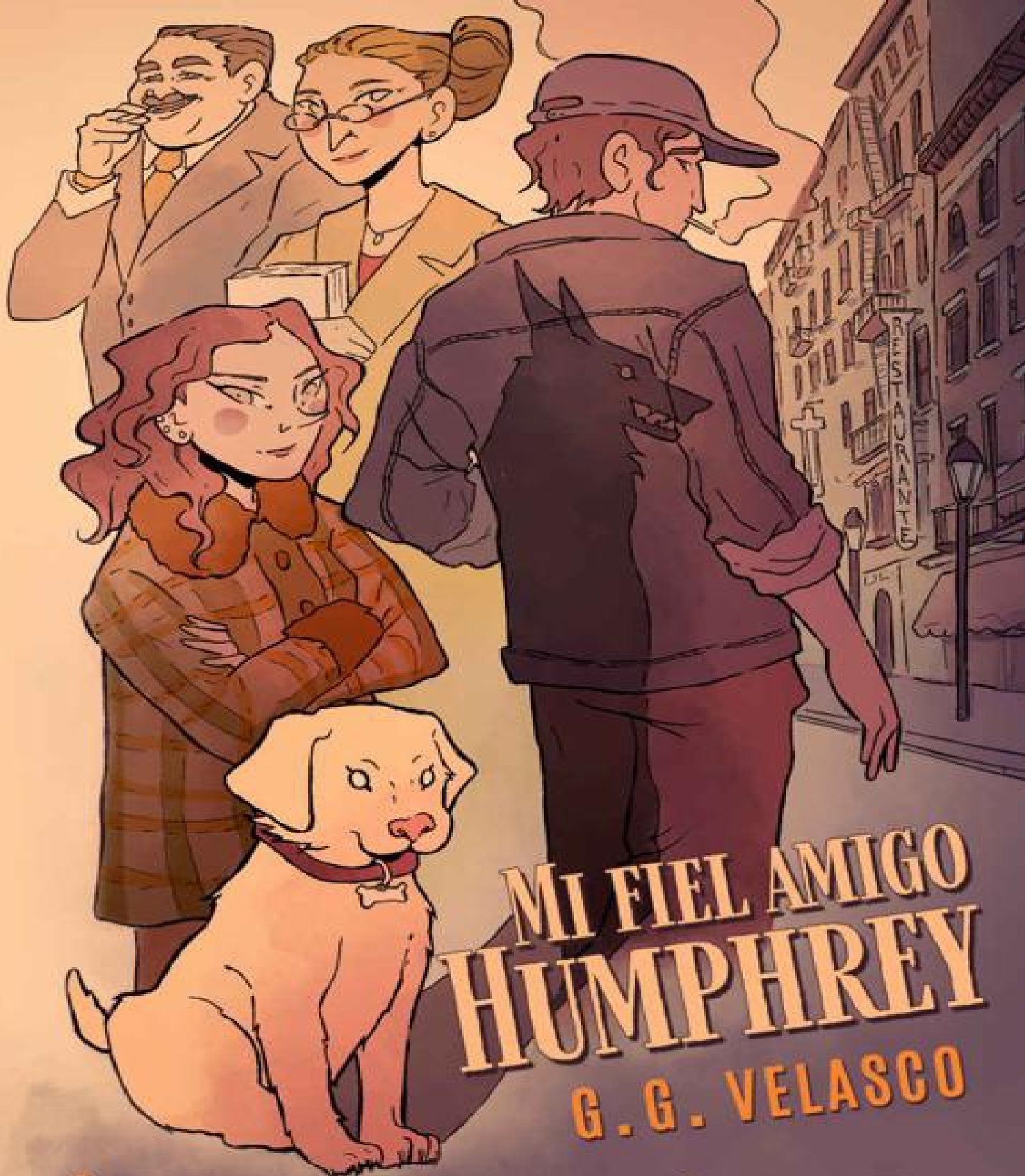




MI FIEL AMIGO HUMPHREY

G. G. VELASCO

SI PIENSAS QUE TU PERRO TE QUIERE, PIÉNSALO OTRA VEZ...

Escritura y edición:

G. G. Velasco

Ilustraciones:

Irina Hironelle

Diseño de personajes:

Alexia Jorques

Maquetación:

Alexia Jorques

Editor:

J. García

Corrección y revisión:

Alliterata Corrección de Textos

Lectores no profesionales:

Paula Ponz, Ana H. Blanco y Elena Velasco

Informante de lectura:

Lalo Iradier

Mi fiel amigo Humphrey

G . G . V E L A S C O

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2023 G.G. Velasco

Título: Mi fiel amigo Humphrey

ISBN: 9798866362424

Edición publicada en diciembre de 2023

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

Ilustraciones: Irina Hironnelle

Corrección: Aliterata Corrección de textos

Ninguna IA ha participado en la creación, desarrollo y edición del libro.

**MI FIEL AMIGO
HUMPHREY**

G. G. VELASCO

*A todos quienes me han ladrado y mordido a lo largo de estos años,
porque sin ellos todavía seguiría siendo un cachorro.*

*Hasta que no hayas amado a un animal,
una parte de tu alma estará dormida.*

ANATOLE FRANCE

NOTA DEL AUTOR

Esta novela es una obra de ficción que en ningún momento pretende ser o parecer autobiográfica. Con ella no aspiro a recrear ningún tipo de acontecimiento o contexto real ni a describir a personajes ajenos al universo de la narración. Todo parecido con el mundo extraliterario, por tanto, es o bien una coincidencia, o bien producto de la fantasía, el morbo, la paranoia o los deseos inconscientes de cada cual, según el caso.

Por otra parte, el texto fue redactado en 2011 y se ambienta de forma tácita en esa época, mucho antes de la entrada en vigor de la Ley de Bienestar Animal y en un contexto donde la sensibilidad hacia el resto de especies era bastante menor que la actual. Debido a ello, es posible que algunos de los sucesos narrados suenen un tanto extemporáneos o provocadores vistos desde la perspectiva presente.

Sirva esta nota para dejar constancia anticipada de ello —así como del hecho de que ninguna IA ha participado en modo alguno en la creación del libro, que también es importante recordarlo—, y para dar fe de que nada de lo que a partir de ahora se narrará en estas páginas ha ocurrido antes fuera de ellas. Por lo menos, que yo sepa. Confiemos en que esto siga siendo así durante mucho tiempo y en que todos podáis tener una relación tan sana con vuestras mascotas como yo, por fortuna, mantengo a día de hoy con mi fiel escudero Floyd.

G. G. Velasco

PRÓLOGO

LA SENDA TENEБROSA

—Por encima de todo, no olvides que siempre tienes que ser tú mismo —sentenció la doctora mientras procedía a extenderle la factura—. Son setenta y cinco.

Y listo. Con aquel par de frases volvía a quedar resumido todo lo que un buen psicoterapeuta debía saber para desempeñar su labor con cierta profesionalidad. Dos frases. No había más secreto. Dos simples y huecas frases. La primera de ellas, un consejo comodín que no se diferenciaba mucho de las *cutresugerencias* de un horóscopo de baratillo; la segunda, una forma sonriente, cortés y disimulada de instar a la clientela a cerrar el pico y aflojar la cartera. El camino para convertirse en un buen paciente no era, en cambio, tan sencillo, y requería aprender más cosas que dos sucintas frases. Casi todas, duras lecciones.

Una de ellas le había enseñado a Bernardo Santos, después de que su cerebro se hubiera cortocircuitado años atrás por causa de una accidentada ingesta de LSD, que las drogas podían tener devastadores efectos secundarios sobre el signo de una vida; otra, que a nadie en su sano juicio le gustaba arrimarse a quienes no poseían dicho juicio —y que a estos, por su parte, les venía mejor suspender todo tipo de actividad social que arrimarse a otros tarados—; y la tercera y más valiosa, que empecinarse en seguir rehuyendo la calle precisamente por ello solo conseguiría multiplicar su inestabilidad, su frustración, sus recetas de pastillas y su número de tienes-que-ser-tú-mismo y de son-setenta-y-cinco por sesión de terapia.

Dicho de otro modo, si aquello en verdad se trataba de ser uno mismo, igual debía ir pensando en quitarse de en medio. O, por lo menos, en prepararse para ello. Hacerlo no le seducía mucho porque implicaba dejar de victimizarse y perder toda coartada médica dirigida a justificar sus comportamientos más asociales y autocomplacientes. Por no mencionar que esa clase de devaneos mentales lo llevaban a plantearse un pensamiento muy incómodo: que quizás la culpa no fuera en exclusiva de los demás, sino también suya. Pese a todo, la idea tampoco le quitaba el sueño porque lo prioritario, más allá de quién tuviera la responsabilidad, era no dejar de atormentarse y de culpabilizarse, disciplina en la que haría podio sin esfuerzo si la declararan deporte olímpico.

El trastorno por ansiedad tenía esas cosas. Y excepto él, huelga decirlo, nadie podía culparlo de haberse especializado en darle la vuelta a la realidad siempre incoherente del universo para

adaptarla a sus enfermizos, pero coherentísimos, pensamientos sobre ella, pues así como el trastorno por ansiedad tenía sus cosas, las neurosis obsesivas asociadas al síndrome depresivo-ansioso tenían también las suyas. Ilsa, su psicoterapeuta, lo sabía; su familia, sus escasas amistades y sus esporádicas relaciones sentimentales lo sabían incluso mejor porque lo habían sufrido en sus carnes; y el propio Bernardo, aunque jamás lo reconociera para no quedar como un idiota delante de todos ellos, era muy consciente también de que algo no funcionaba como debía en su cabeza.

—Tienes una personalidad más compleja de lo normal —solía decirle la analista con una cándida y calculada sonrisa en los labios—. Eso puede ser algo positivo o algo negativo; depende de ti y de la manera en que decidas enfocarlos. Ahora bien, lo enfoces como lo enfoces, recuerda siempre lo que te enseñé: tienes que ser tú mismo. No hay nada más importante que eso.

A Bernardo Santos le maravillaba cómo dentro de aquel gabinete de apenas dos por dos metros queapestaba a incienso barato y mostraba un aspecto de lo más rancio, con sus diplomas universitarios cubiertos de polvo, su decoración ochentera con toques *new age* y sus libros de autoayuda amarilleados, cualquier cosa que dijera presentaba una tendencia muy marcada a ser buena o mala dependiendo de si él era a su vez «él mismo» o no. Con todo, le convenía no mencionarlo para evitar que Ilsa pensara que la desconfianza se le estaba yendo de las manos. Un buen paciente sabía de sobra que necesitaba aparentar normalidad siempre y en todo lugar —aun cuando la normalidad, por definición, fuera una patología—, si no deseaba perder el respeto de su terapeuta antes de tiempo.

—De todas formas, tampoco te preocupes en exceso. Tener una personalidad difícil no es necesariamente lo mismo que tener una personalidad imposible.

Aquella letanía era otra de las favoritas de la psicóloga. Siempre que lo recibía en su consulta, se la soltaba dos o tres veces con la misma ufanidad irritante de quien ha escuchado alguna frase ingeniosa en una película y la cuelga por redes para impresionar a sus contactos. Bernardo había bautizado al fenómeno, irónicamente, «el milagro de la transustanciación», en la medida en que la palabra *compleja* pasaba a convertirse, muy muy rápido, en la palabra *difícil* para así ir curándose en salud. Y es que el treintañero, como paciente, no creía que fuera ni una cosa ni la otra. A veces, ni siquiera creía que «fuera», sin más. Llevaba años sumido en una soledad abrumadora, ajeno casi por completo al mercado laboral y al afectivo, narcotizado, hecho un ovillo bajo la manta del sofá mientras se esforzaba por prestar atención a series y largometrajes que ya no lograba comprender. Salvo por algún teleoperador despistado o alguna que otra empresa manufacturera de alargadores de pene y de productos sexuales revigorizantes, ya nadie lo llamaba. A su casa, que más que una vivienda parecía una porqueriza, apenas entraba el repartidor de pizzas, y su novia, si es que podía llamársele de ese modo, no paraba de tentarlo con alcohol y con tabaco para enredar todavía más la madeja, plan que él nunca desestimaba a fin de acumular más puntos de conmisericordia de cara a la galería. El lema era: «puestos a tirar la vida por la borda, al menos, hacerlo a lo grande y con estilo». Y en esa modalidad concreta de autodestrucción, Bernardo también era un consumado fuera de serie. Su psicóloga estaba al tanto y no había dudado en comunicarle, ya en la primera cita, que solo alguien que encontrara placer en caminar por la cuerda floja del autosabotaje sentiría un apego así de dañino por tales comportamientos.

«Es tu forma de reclamar atención —habían sido sus palabras exactas—. Buscas dar pena para que alguien se conmueva y te salve, pero ese no es el camino. El camino pasa por ser uno mismo. Y tú no lo estás siendo. Tú estás adoptando una pose. Tal vez lo que ocurre, en el fondo,

es que te gustaría ser una especie de artista maldito porque únicamente de esa forma legitimarías tu fracaso como dibujante».

Aquello podía considerarse un golpe bajo en toda regla. Y no era la primera ocasión en que recibía alguno de su parte, sino que solía asestarle hachazos así con bastante asiduidad.

En opinión de Bernardo, tener que pagarle setenta y cinco euros a la semana a aquella mujer para que le insinuara que era un mameluco pretencioso lo convertía virtualmente en uno, ya que todo mameluco pretencioso que se preciara —él lo sabía bien— acostumbraba a acudir a psicoterapia justo con el propósito de escuchar sandeces por el estilo. Pero claro, teniendo en cuenta que hacerlo justificaba su actitud victimista y reforzaba todas las conductas que de ella se desprendían, no le molestaba mucho, de forma que su cuestionamiento de la validez profesional de la doctora se resistía a traducirse en algo más que palabras sarcásticas o apesadumbradas.

Bernardo se preguntaba muchas veces por qué razón seguía acudiendo a la consulta, y solo en su desesperada necesidad de convertirse en el centro de atención por una hora sin que nadie se lo echara en cara encontraba una respuesta. Frente a la irrelevancia de su cotidianidad, las sesiones semanales con Ilsa le proporcionaban el consuelo de poder ejercer de pianista por un rato en el burdel de su mente y de olvidar lo cansado que estaba de bailar a ese son. Por ello mismo, la sorpresa fue grande cuando ella se salió a deshoras de su monocorde patrón de habla-cucurucho-que-yo-te-escucho para proferir una frase destinada, sin que nadie lo supiera, a cambiarle la vida para siempre:

—¿Has pensado alguna vez en hacerte con un animal de compañía?

Él ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada exhibiendo un gesto de contrariedad.

—¿Un animal de compañía?

—Sí. Una mascota. Creo que te sentaría bien tener una como apoyo.

Silencio incómodo y total. La terapeuta, con los dedos de ambas manos entrecruzados sobre la mesa, aguardaba pacientemente a que respondiera.

—Por supuesto. Es justo lo que necesito —se burló Bernardo—. Más mierda que recoger en mi vida.

—Los animales sacan lo mejor de nosotros mismos —prosiguió Ilsa sin dejar de mostrar su proverbial sonrisa de mujer madura hasta el gorro de sonados que no sabía si le hartaban, le daban pena o le hacían gracia—. Y tú necesitas encontrar algo bueno dentro de ti con urgencia.

—Hablas como si las personas fuéramos roscones de Reyes.

—Es una buena metáfora.

Bernardo encogió el sobrecejo.

—Sí, deslumbrante. Como mirar al sol de frente con el ojo del culo, más o menos.

—Deberías trabajar un poco los ejercicios de asertividad que te envié por correo electrónico —apuntó la doctora sin descomponerse—. Quizás también tus metáforas. Te noto demasiado a la defensiva.

—Lo único que hago es ser yo mismo, como me recomiendas cada vez que vengo. Y ya deberías saber, por desgracia, que uno de mis principales rasgos es andar siempre a la defensiva.

—¿Estás seguro? —preguntó Ilsa aplicando un soniquete mordaz a su voz—. A veces las personas no somos como creemos que somos. En ese aspecto, los animales nos llevan bastante ventaja: son como son y nos ven como somos. Insisto en que te vendría de perlas compartir tu vida con alguno.

El sonido de la saliva de Bernardo deslizándose con dificultad a través de su garganta salpicó el enmudecimiento que acababa de apoderarse del lugar. Aquella era la mayor estupidez que había escuchado en toda su vida. O, como mínimo, formaba parte de su particular *top* diez de

sandeces junto con algunos pasajes de un audiolibro de crecimiento personal firmado por un niño con cara de panoli —*El sendero del cinéfilo, cómo convertir tu vida en un taquillazo*, o algo así—, que había tenido la mala idea de escuchar años atrás en un momento de especial confusión mental.

—¿Esto es una nueva modalidad de terapia o simplemente una broma?

—Una terapia. No tan nueva, eso sí. Hay estudios que prueban los beneficios del trato frecuente con animales en personas con desórdenes del estado de ánimo.

—Con todos los respetos, también hay estudios que demuestran que los pingüinos no se caen de espaldas mientras siguen el vuelo rasante de un avión con la vista y no por ello me he ido al Polo para verificarlo.

—Solo era una proposición. Si no te parece que pueda funcionar contigo, mejor será que dejemos las cosas como están, aunque no perderías nada por probar.

El rostro de Bernardo se encalleció, como si detrás de él hubiera un cerebro verdaderamente activo sopesando la oferta desde todos los ángulos al mismo tiempo.

—¿Y qué pasa con la medicación?

—La mantendremos hasta que se produzca alguna mejora. Luego, si todo va bien, podremos ir retirándola poco a poco.

Nunca antes Ilsa había mencionado la posibilidad de rebajar la dosis del cóctel de somníferos, ansiolíticos y antidepresivos que Bernardo consumía cada noche para poder levantarse al día siguiente y no hacer nada. Lo de la mascota tal vez no fuera una mala idea. Después de todo, ella parecía estar muy segura acerca de las propiedades terapéuticas de los animales, y en lo que a él respectaba, salvo por las pastillas, no tenía mucho que perder. Librarse de aquellos comprimidos por un tiempo, teniendo en cuenta que apenas recordaba cómo era el mundo antes de tomarlos, tampoco estaría mal. No en vano, su percepción y sus pensamientos se encontraban anclados desde hacía meses en una especie de bruma perezosa y amodorrante, igual que cadáveres a la deriva con una sonrisa pánfila en la boca. Gracias a las píldoras mágicas de Ilsa podía mantenerse más o menos a flote en los periodos de estrés, pero era evidente que no iba a ninguna parte. Y además estaban los efectos secundarios: que si fluctuaciones de libido, que si limitada capacidad de atención, que si letargia emocional, que si lagunas de memoria, que si náuseas, que si migrañas, que si desrealización..., y así hasta el infinito, porque cada uno de esos síntomas, en un agotador circuito de efectos en cadena, provocaba a su vez otros tantos que lo dejaban todo hecho un caos.

La mera idea de poder librarse de semejante lastre le resultaba muy apetecible y le aterrizzaba al mismo tiempo. Más lo segundo que lo primero. De hecho, ¿cómo iba a enfrentarse al mundo sin sus medicinas? Aquellas pastillitas de colores lo habían salvado en mil y una ocasiones. Eran sus créditos extra, su salvoconducto, su muro de Berlín entre el psiquiátrico y el piso donde malvivía, su talismán de protección fuera de los videojuegos. La única vez que había tratado de no tomarlas y de suplir sus propiedades antidepresivas con ginseng, el efecto rebote lo había arrastrado a no poder conciliar el sueño durante semanas, y, al final, sudoroso, temblequeante y con las orejas gachas, había tenido que bajar a la farmacia para rogar que le vendieran una caja de Trankimazin.

Bernardo recordaba la escena como uno de los peores momentos de su vida, de modo que no quería volver a enfrentarse a ello. El problema radicaba en que su organismo se había habituado a la química y en que esta ya no le hacía tanto efecto como al inicio, de ahí que tuviera que consumir cada vez más y notara los beneficios cada vez menos. La conclusión se imponía por sí sola: sin sus pastillas era solo un guiñapo humano con la cabeza llena de sopa de gominolas a

quien le costaba muchísimo adaptarse al medio. No, no perdía nada por probar.

—De acuerdo —accedió aburrido de que la vida se le estuviera escurriendo de las manos sin que nada ni nadie lo impidiera—. Me haré con una mascota y veremos qué pasa.

Ilsa esbozó una sonrisa triunfal.

—Me alegra oír eso —dijo escrutándolo con magnanimidad—. Nos vemos la semana que viene a la misma hora. Son setenta y cinco, ¿lo he dicho ya?

Bernardo tuvo que asentir y retirar el importe solicitado.

—Y no olvides supermineralizarte, supervitaminizarte y *supersertú mismo* —ironizó entre dientes antes de salir por la puerta de la consulta con la billetera vacía y la sensación de haber metido la pata hasta el fondo por no haber estudiado la carrera de Psicología él también.

Aquella constituía la prueba última e irrefutable de que, por mucho que creyera que ya estaba de vuelta de todo, aún le quedaban muchas lecciones por aprender.

I

SABRINA

La tarea de adquirir una mascota no fue tan fácil como había previsto. En gran medida, porque odiaba tener que lidiar con los dependientes de cualquier comercio, fuera este de animales, de alimentos, de electrodomésticos o de cualquier otro bien o servicio. La interacción social, por lo común, lo ponía muy nervioso. Y siempre que Bernardo Santos se ponía nervioso, en lugar de prestar atención a lo que le decían los demás o a lo que él mismo había ido a hacer, acababa sufriendo inoportunos ataques de ansiedad que lo forzaban a huir y a tumbarse en la acera más cercana para recuperar la calma.

Era un auténtico incordio eso de la fobia social. Por fortuna, había una escapatoria llamada internet que ofrecía soluciones alternativas de lo más práctico para un neutrino humano como él. En el ciberespacio podía ir de compras sin preocuparse por nada, buscar información sin tener que mirar a nadie a la cara y expresarse sin miedo a tartamudear o a decir alguna tontería. Gracias a la red, no necesitaba salir de casa más que para lo imprescindible, que casi siempre se reducía a ir a la consulta de Ilsa o a comer a casa de sus padres, pues Sabrina, su novia, casi podía decirse que pasaba el mismo tiempo con él que en su propio piso. Así que, más o menos, tenía cubiertas sus necesidades básicas.

Fue entonces cuando se dio cuenta: si finalmente abrazaba la sugerencia de la psicóloga y se procuraba un perro, tendría que pasearlo todos los días o el animal acabaría volviéndose loco también. Quizás le viniera mejor un gato, aunque Bernardo odiaba a los felinos desde que la difunta siamesa de Sabrina lo había atacado una noche sin motivo, al más puro estilo Lobezero, para dejarle la cara como un *collage* de papel maché. Él nunca había comprendido el motivo de aquella violenta agresión, pero sospechaba que la gata era capaz de percibir su energía negativa y que se le había sublevado para defender a Sabrina de ella. El caso era, cómo no, encontrar material para darle vueltas al coco y para pasar cuantas más noches en vela mejor. Que el material se lo facilitara un gato, un microgesto o una bellota era lo de menos. Solo importaba que la montaña rusa continuara en marcha y que él estuviera bien surtido de combustible para que no se detuviera.

¿Podría servir un camaleón? La forma de mirar y de sonreír que esos animales tenían no le gustaba mucho. Si se agenciaba uno, posiblemente acabaría creyendo que estaba detrás de todas sus desgracias. ¿Un conejo? Los conejos eran criaturas ridículas y olían mal; además, le recordaban a su abuelo enseñándole a despellejarlos en la vieja finca familiar y no quería correr el riesgo de obsesionarse con el tema. ¿Peces, a lo mejor? Meh. ¿Cómo demonios iban a

ayudarlo unos estúpidos peces? ¿Haciendo burbujitas desde el otro lado del acuario? ¿Mirándolo con cara de paciente lobotomizado entre las algas de pega? ¿Y si se le morían? ¿Y si se olvidaba de darles de comer o de mantener la temperatura de la pecera? Incluso peor, ¿y si se reían de él? No. Tampoco le valían.

Las serpientes eran una alternativa original, cierto, solo que el pánico estaría servido de escapársele alguna por accidente. Nanay. Ni borracho. Y con los hámsteres, hurones y demás roedores tenía el mismo problema de falta de confianza. Por no hablar de que los veía como unas mascotas más propias de perroflautas con complejo de Peter Pan que de un hombre hecho y derecho.

Pensó entonces en tortugas. Las únicas que recordaba haber tenido —un regalo de su padre por su quinto cumpleaños—, las había lanzado por el inodoro con el propósito de liberarlas de su cautiverio, pero habían vuelto a aparecer flotando en el agua, pasadas unas horas, como inertes deposiciones venidas de otra era. Malos recuerdos. Malos pensamientos. Mejor no tentar a la memoria histórica.

Se le agotaban las opciones. Todas las especies candidatas a convertirse en su mascota tenían grandes inconvenientes, hasta los bellos e inofensivos canarios, porque encerrar a un pájaro en una jaula dentro de otra jaula —la suya— se le antojaba una doble crueldad. Al final del día, y en razón de su ciclotimia —que tanto le hacía exudar una sensibilidad fuera de lo común como convertirse en un bastardo incommovible, según la temporada—, era igual de indeciso que sentimental. Si Sabrina no lo había dejado se debía precisamente a ello: en su breve pero intensa relación con la chica, Bernardo había aprendido, no sin cierto estupor, que a algunas mujeres les atraía muchísimo la dualidad; la dualidad y los tipos problemáticos como él, que garantizaban el drama, el conflicto y la ausencia de rutina. Por eso mismo le resultaba de lo más paradójico que alguien con sus taras gozara de cierto predicamento entre el sexo opuesto, ya que esas mismas taras se encargaban de impedir que disfrutara de ello, bien por temor al contacto físico o a la exposición social, bien por déficit de testosterona.

Solo con Sabrina y con Ingrid, su novia de cinco años atrás, había logrado conjurar todos aquellos demonios personales y alcanzar el grado de confianza necesario para poder funcionar como pareja, aunque ese funcionamiento hubiera sido bastante anómalo en los dos casos. Particularmente en el de Sabrina, quien no le andaba a la zaga en cuanto a desequilibrios, como ella misma reconocía alguna vez.

Entre los problemas de la chica se contaban una tendencia exagerada al consumo de alcohol —que estimulaba por contagio su no menos marcada promiscuidad—, un pánico irreflexivo, fruto de una educación religiosa demasiado estricta, a los fenómenos paranormales y un mal genio estacional de los que cortaban el aliento. Por si con todo lo anterior no fuera suficiente, su exnovio se había volatilizado sin decir ni mu medio año antes de que ella hubiera comenzado a salir con Bernardo, dejándola sola con un palmo de narices y un montón de promesas de amor hechas pedazos. Sabrina decía que ya lo había asumido, pero saltaba a la vista que estaba muy lejos de haberlo hecho. Bernardo hasta barruntaba, en ocasiones, que seguía enamorada de aquel tipo. Podía notarlo en la forma en que mencionaba su nombre, en las constantes comparaciones que establecía entre ambos y en el hecho de que no fueran pocas las veces en que rompía a llorar, sin motivo aparente, mientras ambos hacían el amor. Aun así, bastaba con un abrazo y con un ronroneo para que todas esas suspicacias se esfumaran barridas por un soplo de ternura que le calaba los huesos. ¡Qué diablos! Él era un paranoico falto de autoestima. Ninguno de sus desvelos tenía el más mínimo fundamento. Solo se trataba de fijaciones peregrinas, de presuposiciones ridículas. O eso era lo que Sabrina argumentaba siempre que el tema salía a

relucir.

Paranoia. El comodín del público. Una chica con una sonrisa como la suya no podía estar equivocada. Y casi era mejor, en el caso contrario, seguir viviendo en la inopia y tratar de actuar como alguien mentalmente sano.

O como un perro...

Sí. El perro era la opción más socorrida, pero seguía siendo también la más lógica. Hasta donde podía rememorar, incluso le gustaban. Si conseguía seleccionar una raza que se amoldara a su estilo de vida ameboide y no necesitara de muchos paseos, el problema quedaría resuelto. Internet, como de costumbre, tenía la respuesta.

«Perros sedentarios», tecleó en Google. Los resultados apuntaron hacia dos razas en concreto: *Basset hound* y *bulldog* inglés. Un tío suyo había criado varios de los primeros durante algún tiempo, por lo que Bernardo sabía que desprendían un olor muy desagradable y que sus pellejos desparramados cual relojes de Dalí requerían de minuciosos tratamientos. Ni por asomo estaba dispuesto a limpiárselos con bastoncillos cada dos por tres, como la Wikipedia indicaba que había que hacer, para evitar que se les infectaran. Los *bulldog* ingleses, por su parte, le parecían uno de los bichos más feos de todos cuantos había parido la madre naturaleza, y presentaban el hándicap añadido de que eran caros, difíciles de encontrar y muy proclives a padecer afecciones respiratorias y maxilares.

La investigación se extendió por varias horas hasta que logró encontrar algunas alternativas algo más manejables: chihuahuas, caniches, pequineses y *yorkis*. Él dibujante, sin embargo, sentía bastante desprecio hacia estas razas, no solo por su estúpido aspecto de criaturas diseñadas por un escultor rococó ebrio, sino también por el crispante tono de sus ladridos y por su enfermiza afición a refrotarse la entrepierna contra todo. No podía decir, así las cosas, que decantarse por alguna de ellas fuera una buena opción.

Urgía enfocar el asunto desde otra perspectiva. La pregunta debía dejar de ser: «¿qué tipo de perro se amoldaría mejor a mí?» para pasar a ser: «¿qué tipo de perro me gusta?». Puesto que los labradores *retriever* eran su raza favorita, estaba bastante claro que tenía que empezar por ahí. Solo había un problema: los labradores poseían un envergadura considerable y el piso donde Bernardo vivía no destacaba por su amplitud. Lo más probable era que se le quedara pequeño en cuanto el animal madurara y que este acabara destrozándose a mordiscos. Todo ello si antes no se le cruzaban los cables aún más y decidía arrancarle la yugular a modo de venganza.

Pese a todo, los malditos labradores eran tan monos...

Merecía la pena recopilar más datos al respecto. Los foros virtuales de veterinarios y amantes de los perros suponían un buen punto de partida. En ellos descubrió que vivir en un piso pequeño junto a un labrador *retriever* no era lo más recomendable, si bien tampoco se trataba de ninguna locura siempre y cuando el animal recibiera una buena educación y se moviera con frecuencia. Bernardo pensó que prefería tener que pasear a un bonito labrador tres veces al día que soportar la peste de un *basset hound*, las babas y ronquidos de un *bulldog* o los ladridos alelados de cualquier otro espécimen perteneciente a la familia de perros enanos y pelmazos que él denominaba despectivamente *comecoños*.

El labrador *retriever* era, según la mayoría de los testimonios, una raza hermosa, noble, buena, obediente y muy muy lista. Todos los expertos en el mundo canino coincidían en resaltar tales virtudes, alegando que muchos eran utilizados como perros lazarillo, de rastreo humano e incluso para la detección de enfermedades como el cáncer o la diabetes. Esto último se erigió en el factor decisivo para que Bernardo, curtido hipocondriaco, venciera sus reticencias y tomara la decisión de adquirir un ejemplar.

En poco tiempo, encontró varias páginas de subastas de animales con ofertas, pero su escasa transparencia —en algunas ni siquiera había fotos de los cachorros— obstaculizó el procedimiento. Seguro que existían otros medios de adquirir un perro. Las webs de criadores especializados tenían pinta de ser la alternativa más fiable, así que buscó en varias. Todas las mascotas expuestas en ellas tenían un pelaje que para sí quisieran muchas chicas L'Oréal, y de tan sanos que se los veía hasta daban la impresión de haber sido modificados genéticamente, en una perversión cuqui de los experimentos de Pavlov, para hacer salivar a quienes vieran sus fotos. Si Bernardo al final adquiría alguno, seguro que el animal terminaría eclipsándolo hasta dejarlo sin amor propio en lugar de servirle para superar sus problemas. Dicha situación, no obstante, difícilmente podría llegar a producirse atendiendo al precio medio de los ejemplares en relación con sus ingresos como beneficiario de terceros premios en concursos de cómics regionales. Si quería un labrador *retriever*, tenía que encontrar una opción más económica. No tardó en hacerlo. La empresa se llamaba *compradecachorros.eu*. En su web ofrecía una gama extraordinariamente amplia de cuadrúpedos jóvenes, todos a precios muy asequibles y en *packs* de oferta de lo más variado, incluyendo sacos de pienso, juguetes rodantes y libros sobre cada raza en cuestión. Por haber, había hasta promociones de dos por uno. Y también un *link* de vídeo con imágenes de las diversas jaulas donde los perros aguardaban tristes a que alguien se los llevara.

Uno de ellos lo miró con languidez desde la pantalla. Era un *retriever* color canela de no más de dos meses, tan encantador que daban ganas de ensartarlo en un palo y meterlo en una máquina de algodón de azúcar para potenciar la dulzura de su idílica imagen. Debajo de ella parpadeaba un icono con la leyenda «comprar ahora»; y dos o tres líneas de texto explicaban que el cliente tendría a su animal en casa, por correo certificado, en menos de cuarenta y ocho horas tras el clic de compra. Más cómodo, imposible. Bernardo se lo pensó una última vez para no cometer un error. Luego, dejó atrás las vacilaciones y deslizó el dedo índice sobre el ratón decidido a presionar el pulsador izquierdo.

Sabrina apareció de la nada antes de que pudiera hacerlo. Iba vestida con unos vaqueros ceñidos, un jersey de punto de color claro como su piel y un abrigo a cuadros.

—¿A qué andas? —preguntó, las cejas enarcadas en una contorsión curiosa sobre los ojos grandes y negros. Incapaz de responder algo coherente, Bernardo se quedó en blanco—. Cariño, ¿estás bien? —Ella le dio un beso en los labios, rozándolo con su media melena ondulada, y miró confusa hacia la pantalla del ordenador—. ¡Qué bonito!

—¿Te gusta? —Al comprador se le iluminó el rostro de sopetón.

—Muy chulo. ¿De quién es?

—En cuanto clique aquí, nuestro.

La sonrisa de Sabrina se le coaguló en mitad de la cara. De la expresión divertida con que antes había observado al perro ya solo quedaba un pliegue escamado.

—Espero que sea una broma.

—¿Una broma? Pero si acabas de decir que es precioso...

—Y lo es. Tan precioso como peludo, baboso e imagino que maloliente. No sabía que te gustaran los perros.

Bernardo retiró el dedo del ratón, acobardado.

—Ni yo que los odieras.

—No los odio. Simplemente prefiero no tenerlos en casa. Lo ponen todo perdido —declaró Sabrina con los brazos cruzados en una pose hostil—. Además, dan casi tanto trabajo como un niño. Te lo digo por experiencia. Luis le compró una vez un dalmata a su hijo y al final tuvimos

que regalárselo a un vecino.

—¿Por qué, hablemos de lo que hablemos, siempre acabas mencionando a Luis?

—No seas paranoico. Estábamos juntos. Es normal que hable de él.

—Ya, pero esto iba de perros, no de Luis, aunque él también sea un baboso peludo y maloliente.

—Ya estamos...

—Lo siento. A veces me lo pones a huevo.

Ambos se sondearon por unos segundos con una mezcla de cariño y de resentimiento no demasiado compacta. Sabrina rasgó la tensión creada y dijo:

—A ver, ¿qué tripa se te ha roto para que ahora, de pronto, quieras comprar un perro?

—No es cosa mía. Ilsa me lo ha recomendado.

—¿Ilsa?

—Mi psicoterapeuta.

—Ya sé quién es, gracias.

Sabrina frunció el ceño. No le gustaba nada oír hablar de aquella mujer, ella decía que porque no lo estaba ayudando más que a quedarse sin el poco dinero que todavía conservaba en la cuenta de ahorros, pero Bernardo se olía que había algo más; y ese «algo más» tanto podía incluir celos como miedo a que le recomendara también poner fin a la relación que mantenían, como ya había ocurrido en alguna ocasión.

La psicóloga solía comentarle que estar emparejado con Sabrina no lo beneficiaba al tratarse de una chica bastante dispersa y poco dada a comprenderlo. Él lo suscribía hasta cierto punto, con el matiz de que Sabrina era todo lo que le quedaba. Si la perdía, no solo perdería uno de sus últimos vínculos con el mundo, sino también su ya de por sí bastante mejorable vida sexual. ¿Quién salvo ella iba a querer acostarse con alguien que se tomaba el pulso en plena faena para vigilar que ninguna parada cardiorrespiratoria se lo llevara por delante? ¿Y qué decir de sus constantes y cansinos retardos, producto de los efectos secundarios de la medicación, o de las no menos constantes y cansinas suspicacias acerca de si ella había fingido sus orgasmos o no, con eternos debates poscoitales incluidos? Desde luego, aquel eventual *casting* sería una convocatoria muy poco concurrida. Y más cuando él mismo se preguntaba a menudo si de verdad le gustaba el sexo o si, simplemente, estaba abocado a practicarlo a cambio de algo de afecto.

—Esa tía sabe menos sobre la mente que un pirata somalí sobre Educación para la Ciudadanía —prorrumpió Sabrina molesta—. Lo único que hace es sangrarte toda la pasta cada vez que la visitas. Ya llevas casi dos años yendo a su consulta y solo vas a peor. Deberías plantearte otro tipo de terapia. Con tanta pastilla y tanta tontería, debes de tener el hígado hecho praliné. ¡Y el cerebro ya ni te cuento!

En este punto, Bernardo se pertrechó con su voz más melosa y la mejor de sus sonrisas para tratar de atenuar aquel berrinche.

—Si te sirve de consuelo, a mí también me pareció una tontería cuando me dijo lo del perro, pero se trata de una terapia muy extendida que ha tenido excelentes resultados en pacientes crónicos como yo.

—Tú no eres un paciente crónico —repuso ella indignada—. Te gusta ser un paciente crónico, que no es lo mismo.

—Eso da igual. Lo importante es que una mascota podría ayudarme con lo mío, crónico o no.

—¿Y por qué demonios tiene que ser un perro? Los gatos son mucho más limpios.

—Y más malvados y traicioneros, como Greta.

—No metas a Greta en esto. Ella era una santa.

—O sea, ¿que yo tuve que apechugar con tu gata asesina y tú no piensas respetar que me compre un cachorro? ¡Si no hay más que mirarlo para darse cuenta de que es un pedazo de pan!

En la pantalla, el perro olfateaba con interés el objetivo de la cámara web. Sus ojillos traviesos transmitían una conmovedora fragilidad a juego con su aspecto arrebatadoramente entrañable. Sabrina retiró la mirada del monitor y se sentó sobre el regazo de Bernardo, desde donde pasó a darle un buen surtido de arrumacos.

—¿Para qué necesitas un cachorro si ya me tienes a mí? —dijo lamiéndole zalamera la oreja izquierda—. ¿Y para qué lo necesito yo, si tú eres todavía más achuchable?

Bernardo apartó a su novia con un movimiento bronco de la mano.

—Voy a comprarlo te guste o no —advirtió muy serio—. Si existe alguna posibilidad de que un perro me ayude a superar esta mierda, pienso aprovecharla.

Sabrina se puso en pie como activada por un resorte. Sus ojos llameaban de ira reprimida.

—Así que ahora quieres curarte... Yo creía que te encantaba eso de tener siempre una excusa para evitar enfrentarte a los problemas.

—Puede que haya algo de verdad en eso, pero tú siempre me animabas a tratar de sobreponerme, y esta quizás sea la mejor forma de hacerlo. ¿Vas a condenarme a seguir amargado solo porque te dan reparo las babas y los pelos?

—Y el olor, también el olor —añadió Sabrina puntillosa—. No soporto la peste a chotuno de esos bichos.

Los ojos de Bernardo se hundieron en su chica como forma desesperada de aparentar seguridad y así doblegar sus reservas.

—Ese perro puede salvarme la vida —habló con voz grave y rotunda—. Tengo la obligación de intentarlo.

—¿Y si no funciona? Un perro es una gran responsabilidad.

—Si no funciona, yo mismo me encargaré de deshacerme de él. Pero tranquila, eso nunca va a pasar. Funcionará.

La pareja se estudió de hito en hito por un escueto intervalo. A continuación, uno y otro pasaron a besarse de forma forzada. El cachorro cayó de culo al suelo tras rebotar contra la cámara de su jaula. Al volver los ojos hacia la pantalla, tanto Bernardo como Sabrina bosquejaron una sonrisa.

Peludo o no, baboso o no, aquel animal era, efectivamente, una criatura de lo más adorable.

II

TENER Y NO TENER

El cachorro llegó a casa de Bernardo dentro del plazo estipulado por la empresa, solo que no lo hizo, que se dijera, en las mejores condiciones: para empezar, porque no le enviaron un labrador, sino un bóxer, y, para continuar, porque el sistema de ventilación de la caja que lo contenía — unos rudimentarios agujeros practicados con desapego en ella— había fracasado estrepitosamente y el animal ya no respiraba. Incluso se diría, a juzgar por el tufo, que llevaba más horas muerto que las cuarenta y ocho transcurridas desde la venta inicial.

Bernardo corrió hasta el teléfono con el corazón en un puño y marcó el número de la empresa responsable de haber enviado el paquete. Le contestó la voz metálica y estandarizada de una máquina animándolo a dejar un mensaje después de la señal, algo que prefirió no hacer. Pasado un tiempo, volvió a llamar. Esta vez sí obtuvo respuesta, aunque la persona al aparato no tenía ni idea de lo que le decía, pues solo se trataba de un particular ajeno a toda operación de compraventa de cachorros excepto por el hecho de que siempre lo importunaba gente desconocida con la misma matraca.

El primer pensamiento que rondó por la cabeza de Bernardo fue que tendría que haber escogido la modalidad de pago contra reembolso en lugar de la de pago con tarjeta de crédito; el segundo, que se había gastado más de quinientos euros en adquirir un perro muerto y tenía que hacer algo al respecto; y el tercero, que desconocía cómo iba a ingeniárselas para reclamar su dinero debido a la vergüenza que le daban ese tipo de situaciones y al tremendo desafío que para él implicaba protestar.

Dejando de lado que la razón lo asistiera o no, Bernardo aborrecía verse empujado a asumir el rol de lo que popularmente se conocía como mosca cojonera. En escenarios así, la simple posibilidad de que otra persona pudiera tomarse a mal sus demandas le oprimía el pecho hasta casi la asfixia. Por ello, muchas veces, acababa agachando la cabeza y cediendo ante el contrario a nada que este supiera hilvanar cuatro frases seguidas. No estaba acostumbrado a discutir con nadie que no fuera su pareja o formara parte de la familia. Carecía de la confianza necesaria para ello. Y de la autoestima, eso por descontado. La gente, en consecuencia, podía sacar partido de lo mal que se le daba defender su terreno en situaciones de tensión y hacer de él un guiñol.

Ilsa había tratado meses antes de potenciar su asertividad y su inteligencia emocional con una

serie de prácticas absurdas, como saludar a desconocidos por la calle, ser impuntual adrede o vestir de forma llamativa; pero él rara vez se atrevía a llevarlas a cabo, y el resultado acostumbraba a ser nefasto las pocas ocasiones en que sí lo hacía.

Una mañana, por ejemplo, había tratado de generar una conversación con una desconocida en un parque, y esta, tras malinterpretar su respiración agitada, su rubor, su sudor y su atropellada forma de hablar, había huido entre gritos de espanto y propiciado luego que la policía se personara en el lugar para tomarle los datos, hacerle todo tipo de preguntas y registrar su ropa. La mala suerte quiso poco más tarde que los agentes encontraran en el bolsillo izquierdo de su pantalón vaquero varios ansiolíticos sueltos. Al confundirlos con drogas ilegales, lo siguiente fue trasladarlo a comisaría y encerrarlo en una celda junto a un macarra de frondosas patillas que había apuñalado a un hombre por afirmar que Camarón estaba sobrevalorado. Si Ilsa no hubiera cogido el teléfono cuando él la había llamado para que avalara su inocencia, tal vez ahora estaría en una cárcel de mala muerte lavándose con el agua del inodoro con tal de evitar las duchas, una experiencia que quizás le vendría bien para dejar de preocuparse tanto por cosas absurdas.

Pero al grano: reclamar. El mero sonido de la palabra le ponía la piel de gallina. Si ni siquiera tenía valor para regatear en el mercadillo, ¿cómo demonios se suponía que iba a reclamarle nada a una empresa multinacional con departamento jurídico propio? La mejor opción quizás consistiera en pasarle la patata caliente a Sabrina, claro que ella se pondría histérica si lo hacía, lo llamaría cobarde, inútil y poco hombre y el remedio, casi con toda certeza, demostraría ser peor que la enfermedad. Ni de broma quería vivir otra escenita traumática de discusión de pareja. Al menos no hasta que las veleidades de sus biorritmos dictaminaran lo contrario. Para que los de *compradecachorros.eu* le devolvieran el dinero, tendría que luchar por sus intereses. Y con desnudo. De manera que se armó de valor, tomó aire a conciencia y pasó por fin a la acción. En poco menos de cinco minutos hizo lo que había que hacer: enviar una carta a la Oficina del Consumidor exponiendo su caso y tumbarse en el sofá a la espera de una respuesta que nunca llegaría. La que sí llegó, y por sorpresa, fue Sabrina, quien había salido antes de la academia de idiomas por a saber qué motivo. Bernardo recordó que el cadáver del perro continuaba en el pasillo, descomponiéndose sin prisa pero sin pausa dentro de la caja, y sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

—¿Qué es esta peste? —gruñó la chica desde el corredor—. Dime que no has vuelto a cocinar *kimchi*...

Todos sus intentos por evitar que descubriera el cachorro muerto fueron estériles desde el instante en que ella alcanzó la caja primero. Sabrina se cubrió la nariz y adoptó un gesto de desagrado mientras la abría para tocar a continuación la panza del perro.

—Bonito espécimen —valoró con sarcasmo—. Estarás contento. Quinientos euros a la mierda.

Como era habitual en él, Bernardo se apresuró a poner una excusa.

—Ha llegado así. Yo no tengo la culpa. Pero tranquila, ya he reclamado. Nos devolverán el dinero.

—Se trata de tu dinero. Puedes hacer lo que quieras con él. Yo solo digo que..., ¿por qué coño no lo has tirado a la basura?

—No tengo otra prueba de que nos haya llegado sin vida. Si me deshago del cadáver, será imposible reclamar.

—Acabas de decirme que ya has reclamado.

—Y lo he hecho, yo nunca miento, pero...

Una súbita oleada de desconfianza puso a Sabrina en guardia. Su cuerpo enflaquecido se

inclinó hacia Bernardo como el de un depredador a punto de dar caza a su objetivo.

—¿Pero qué?

—Bueno, ya te lo puedes imaginar, las cosas de palacio van despacio.

—Claro. Y entretanto, ¿qué hacemos con el bicho este? ¿Lo metemos en el congelador? ¿Lo ahumamos? ¿Lo llevamos a un taxidermista?

La presa era suya, Bernardo ya solo podía revolversse.

—No te pongas así, anda.

—Si es que te lo advertí. ¿Para qué coño necesitas tú un perro? Lo que necesitas, y rápido, es que te aprieten un poco las tuercas. Nada más. ¡La culpa la tiene esa maldita sacacuartos! ¡Dame el teléfono de la empresa antes de que me enfade de verdad!

—¿Por qué no me crees cuando te digo que ya he reclamado?

Sabrina soltó una carcajada como de hiena.

—¿Por qué? Porque es demasiado bonito para ser cierto, obviamente.

Bernardo se acuclilló frente a la caja, cogió el cadáver en brazos, deglutió afectado y arrojó el animal al cubo de la basura.

—Tú ganas. Me han timado. Soy un pardillo —reconoció por último con el objeto de evitar más desavenencias—. Lo del perro no ha sido una buena idea.

—¿Me estás dando la razón?

El dibujante cruzó los brazos y dirigió la mirada hacia el suelo.

—Eso parece.

—Pues sí que estás distinto. Quizás lo del chucho no haya sido una ocurrencia tan desastrosa...

—Hay un muerto en esta casa. Ten algo de respeto.

—Hasta él se reiría si no estuviera tan ocupado pudriéndose. ¡A ver cómo vamos a quitar este hedor!

—El perro no tiene la culpa de nada. La culpa es mía.

—No te olvides de lo de Alcácer. A lo mejor también es cosa tuya.

Bernardo levantó de nuevo la cabeza y miró a Sabrina sorprendido. Su alarde de humor negro le había arrancado una peliaguda e impropcedente risotada. Ambas rodillas se le doblaron de forma imprevista justo después, como si se le hubieran convertido en gelatina, y cayó sobre la moqueta incapaz de contener el llanto. La imagen del cachorro asfixiándose dentro de la caja junto a sus propias heces y orines le golpeó una y otra vez el cerebro con la fuerza de un badajo de campana. No podía parar de pensar en ello. Y entreveía, aunque ignorara cuál era la razón exacta de aquel fastidioso proceso de centrifugación mental, que podía tener algo que ver con que esa mañana se hubiera olvidado de tomar su medicación.

—¿Así es como piensas recuperar el dinero? —habló Sabrina al cabo de unos segundos, impertérrita.

A Bernardo le costó horrores poner fin a la llorera para replicar en condiciones.

—No se trata solo de dinero. Ese animal estaba vivo antes de que yo lo comprara. Yo soy el responsable.

—Que recuerde, tú no compraste un bóxer, sino un labrador. Y lo que te han enviado dista bastante de poder protagonizar un anuncio de Scottex.

—Bóxer, labrador, ¿qué importa ya ahora?

Las cejas de la profesora respingaron.

—Tú estás haciendo esto para no tener que reclamar, ¿verdad?

—¡No!

—En ese caso, ¿por qué tengo la sensación de que interpretas un papel?

—Mera paranoia. Te la habré pasado. ¡Qué sé yo! ¡Qué más da!

Sabrina le lanzó una ojeada precavida y se sentó a su lado sosteniéndole la cabeza en el regazo como la Virgen al Cristo de una *pietà*. Acto seguido, Bernardo emitió un sollozo, casi un gorgoteo.

—Haremos una cosa —propuso ella—. Yo me encargaré de todo lo relativo a la reclamación y tú te encargarás de lo del perro.

—¿Lo del perro? ¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a que tendremos que buscar otro, ya que ha llegado muerto.

—No me vaciles, anda.

—No te vacilo. Hablo en serio.

—Eso es que quieres algo a cambio.

La chica sonrió. Sus dedos acariciaron con delicadeza el cabello de Bernardo, que aguardaba expectante una contestación.

—Solo que me prometas una cosa...

—Sabes que soy demasiado inconstante para mantenerme fiel a una promesa. Además, hay multitud de contingencias que podrían echarla por tierra: terremotos, tsunamis, aneurismas de aorta... ¡No puedo mantenerlo todo bajo control! El mundo en que vivimos tiende al caos, a la entropía, lo sabes tan bien como yo.

—Ni siquiera la has escuchado y ya estás echando balones fuera. ¿Quieres un perro?

Él asintió. En su semblante relampagueaba el desconcierto.

—Entonces, júrame que cumplirás la promesa.

A regañadientes, cabeceó de nuevo. Su novio selló el pacto con un beso y un cariñoso coscorrón.

—¡Ese es mi chico! Estás hecho todo un valiente.

—¿Y la promesa? ¿Cuál es la promesa? —preguntó Bernardo en un estado de ansiedad casi febril. Sabrina sonrió de forma maliciosa.

—Acabas de comprometerte a cumplirla. Da lo mismo de qué se trate. ¡Fluye!

El interpelado inclinó la cabeza para asentir por tercera vez consecutiva. Al rato, mientras su compañera seguía toqueteándole el pelo, llegó a la conclusión de que la próxima vez que se echara una novia debía cerciorarse bien de que no fuera tan inteligente como ella y se quedó dormido en su regazo.

III

SIROCCO

El refugio municipal de animales se encontraba a unos diez kilómetros de la ciudad, en mitad de un frondoso bosque de eucaliptos mecido con parsimonia por el viento. El sol brillaba en lo alto al abrigo de un cielo inusualmente limpio, en tanto que el aire tibio de la mañana se hacía eco de un desapacible olor a principios de otoño mezclado con pienso de mala calidad y caca de perro.

Sabrina detuvo el coche en una de las plazas del *parking*, entre los dos únicos automóviles que por allí había. Cuando abrió la puerta, comenzaron a escucharse algunos ladridos procedentes del edificio principal.

—¡Vamos! —lo apremió ya desde fuera—. Hagámoslo cuanto antes, no vaya a ser que me arrepienta.

Bernardo no dijo nada. Le apetecía muy poco tener que abandonar la comodidad del vehículo para hablar con un grupo de desconocidos que le harían toda clase de preguntas para asegurarse de que sería un amo responsable, cosa harto dudosa en virtud de lo mal que había cuidado de sí mismo a lo largo de más de treinta años de vida. Tenía miedo de que los encargados del lugar fueran capaces de detectar, con una sola mirada, que algo no iba bien dentro de la alopécica mollera que tenía sobre los hombros. Cabía incluso la posibilidad de que advirtieran su condición de neurótico depresivo enviado por una psicóloga a hacerse con un perro, o la de que la propia Ilsa y el resto de sus colegas hubieran pactado algún tipo de acuerdo con el refugio para que los pirados de la ciudad aligeraran las perreras, lo cual implicaba que sus responsables se reirían de él por lo bajo señalándolo como a una mujer barbuda.

Además, sentía que la presión de tener que demostrar empatía con los animales —o, peor aún, apego espontáneo— acogotaba su enclenque anatomía. Bernardo no sabía cómo comportarse para parecer una persona normal. Y quizás los perros, como le ocurría a la gata de Sabrina, notaran la impostura y recelaran de él. Los perros eran muy listos. Si podían notar las tormentas y los terremotos antes de que se produjeran —dato que estaba científicamente demostrado, al parecer—, no tendrían mayor dificultad en presentir que un humano con los niveles de serotonina en las últimas se hacía el simpático cuando no lo era tanto en realidad. Debido a ello, se negó a salir del coche al tiempo que una fina película de sudor comenzaba a humedecerle la frente.

—Será mejor que volvamos —le costó pronunciar, pues tenía la boca seca y pastosa como un bizcocho—. No puedo hacerlo.

Sabrina lo censuró con un elocuente pestañeo. A su remate, lo agarró por el brazo derecho y

tiró hasta hacerlo salir del coche. Él se revolvió, tratando de volver a entrar, pero ella bloqueó las puertas antes de que pudiera escabullirse.

—Son solo una panda de *hippies* que idolatran a los animales porque no se soportan entre sí —le soltó con timbre desdeñoso—. Probablemente hasta les guste grabar con ellos videos clandestinos como el de Ricky Martin y la Nocilla —prosiguió punzante—. Tienen más que esconder que tú. Así que deja de preocuparte por tonterías. Nadie puede leerte el pensamiento.

El comentario, lejos de aplacarlo, puso a Bernardo todavía más en alerta. Que sabrina le leyera la mente para demostrarle que nadie podía leérsela confería validez a sus sospechas de que todo el mundo estaba capacitado para conectarse a su cerebro y saberlo todo sobre él. Le entró pánico. El campo visual empezó a trepidarle y las piernas le temblaron. El aire parecía resistirse a entrar en sus pulmones. Una sensación de total falta de sintonía con el mundo le sacudió el cuerpo con un estremecimiento. Así era como solían empezar sus ataques de ansiedad. O domaba aquella inopinada tiritona pronto o se derrumbaría tal cual un imperio en declive. Sabrina le dio una bofetada justo a tiempo.

—¡Sé fuerte, coño!

Ni siquiera sintió el golpe. De camino al edificio central, tampoco sintió el dolor cuando un vahído acabó precipitándolo sobre la gravilla del aparcamiento. Alrededor de cinco minutos más tarde recobró el sentido en una fría oficina. Allí, dos chicas jóvenes y un hombre cincuentón lo observaban con divertimento enfundados en sus monos azules y sucios. La trabajadora más hacendosa, una muchacha rubia y menuda, de rasgos más bien agrestes, le ofreció un vaso de agua bajo la atenta supervisión de sus compañeros, que trataban de contener la risa. Sabrina permanecía en silencio junto a ellos con cara de pocos amigos, como siempre que su novio la abochornaba en público. Este pudo percibir el sonrojo virulento de su expresión y comprendió al vuelo que lo de creer que todo el mundo podía leerle el pensamiento no era solo una neura.

—Tenéis que perdonarlo —dijo la chica en su nombre, impaciente—. A veces le dan bajones de azúcar.

—A todos nos dan alguna vez —repuso el operario al mando con calibrada campechanía—. No hay nada de lo que disculparse.

Bernardo prefirió callar. El hecho de que se encontrara en un lugar nuevo para él, convertido en el punto de convergencia de las miradas de un grupo de gente al que tampoco había visto nunca, acababa de dejarlo al borde de la parálisis.

—Con vuestro permiso, me lo llevo —terció Sabrina cogiéndolo del brazo con rudeza y una sonrisa forzada—. Le vendrá bien tomar un poco de aire. Si encontramos algún chucho que nos guste, ya os lo hacemos saber.

Una vez fuera, Sabrina empujó a Bernardo contra la primera de las numerosas celdas que por allí había y lo acorraló con la mirada.

—¡Que sea la última vez que me haces quedar en ridículo! —lo amonestó sin levantar demasiado la voz—. ¡Aprende a ser un hombre!

Bernardo agachó la cerviz y trató de expiar sus pecados con una aprobación arrepentida. Un perro se lanzó en ese momento contra la puerta de la celda ladrando como un trastornado. El joven dio un respingo porque pensaba que estaba vacía. La vista volvió a nublársele. Por un segundo temió que la ansiedad retornara también, pero Sabrina estuvo rápida y le arreó un sopapo antes de que la cosa fuera a más.

Tras ello, la pareja se dispuso a explorar el recinto. Era un amplio solar organizado por hileras de celdas según el tamaño de las distintas razas. Los perros de mayor envergadura se encontraban en la parte más próxima a ellos. Todos muy viejos, feos y con olor a cabrío. En

cuanto a su carácter, había dos grupos bien delimitados: los territoriales, ruidosos y agresivos, y los pasotas, que apenas reaccionaban al verlos o los ignoraban directamente. Cada miembro de este último conjunto lucía bastante más cerca del arpa que de la guitarra, tanto desde el punto de vista físico como anímico. El resto, en cambio, gruñían, ladraban y babeaban sin tregua en lo que a Bernardo le pareció, por familiaridad con la conducta, una estrategia desesperada para llamar la atención.

Los ojos de Sabrina saltaron con asco de un perro a otro. Tan solo uno de los animales, un *collie* de mirada abúlica al que le faltaba una de las patas traseras, le inspiró algo de ternura, aunque toda conmiseración se le pasó de cuajo cuando acercó la mano a la reja con la intención de hacerle una caricia y el perro por poco se la arranca de un mordisco.

Bernardo sintió que lo asaltaban unas ganas locas de romper a reír. No lo hizo por prudencia, pues sabía que a Sabrina le sentaría mal.

—Ten cuidado —se ciñó a fingir preocupación—. Creo que están un poco nerviosos.

—¿No me digas? —replicó ella irónica. Su bota golpeó la verja y el perro huyó hacia la esquina más alejada con el rabo entre las piernas. El resto de los animales recrudeció la intensidad y la frecuencia de sus ladridos y el clamor se extendió por todas las instalaciones—. Deberíamos matarlos a todos —rezongó luego gruñendo igual que otro animal más—. Eso sí que sería una buena terapia.

—No hables así, que te van a escuchar —dijo su pareja en un tono de voz deliberadamente comedido.

—¿Ah, sí? ¡Pues que escuchen todo lo que quieran! Financiar este antro con dinero público tendría que ser delito. Y nosotros ahorrando para poner el gas ciudad en tu piso... ¡Donde tendríamos que ponerlo es aquí y gasearlos a todos! ¡Como en Auschwitz!

Con vistas a no echar más leña al fuego, Bernardo hizo caso omiso de los exabruptos de Sabrina y pasó a observar a los animales como mejor pudo. Su mal disimulado hartazgo no significaba, en cualquier caso, que estuviera en total desacuerdo con su chica: aquellos sacos de pulgas inspiraban cualquier cosa excepto buenos sentimientos.

De una manera autoflagelante, se imaginó a sí mismo administrándoles un tanque de Zyklon-B desde lo alto de algún cobertizo, tal y como Sabrina había sugerido, y volvió a ponerse muy nervioso. ¿Era un chalado por pensar cosas tan macabras o solo las pensaba porque su cruel y traicionera mente así lo disponía para choteársele? En interés de su salud psicológica —le venía bastante mal en aquellos momentos convertirse en el próximo Charles Manson— y del futuro de aquellos desdichados perros, esperaba y confiaba en que se tratara de lo segundo.

—¿Qué rumias? —le preguntó Sabrina al acecho—. No me gusta esa cara.

El dibujante volvió a estrechar los omóplatos como para restarle importancia al asunto. Le disgustaba que ella pudiera penetrar de nuevo en su cabeza solo con mirarlo y anticipó que lo más práctico sería mantener la compostura e impedir que sus líneas de visión se cruzaran.

Así, con la cabeza gacha y el cerebro rebosante de ideas obsesivas e incontrolables, llegó hasta la segunda sección del perímetro, donde se encontraban los ejemplares de tamaño mediano. Estos ladraban aún con más fuerza que los grandes y también con peor humor. Ninguno de ellos era de raza. Solo había mestizos muy alejados del canon de belleza perruna al uso, es decir, de tan desastrados, ya casi no daban ni pena. Los que no tenían el cuerpo cubierto de costras y de mechones apelmazados tenían algún tipo de cicatriz o les faltaba alguna parte del cuerpo, y los que no pertenecían a ninguno de los dos grupos —o pertenecían a los dos— apenas podían conservar el equilibrio debido a lo escuchimizados que se los veía por causa del hambre y de los parásitos internos.

—¿Te gusta alguno? —lo consultó Sabrina, a quien repelían el olor, los ladridos y el aspecto mortecino de los animales—. No me digas que sí, por favor.

Bernardo se detuvo para observarlos a todos con un vistazo panorámico. Cuando hubo terminado, negó de manera tajante. Ella suspiró y ambos se prepararon para visitar la última sección del refugio, hogar de los perros de menor tamaño, en su mayoría cruces de pequinés con acusado prognatismo o ejemplares mitad caniche, mitad rata que no paraban de saltar como locos mostrándoles los dientes entre babas y gruñidos. Uno de ellos, bastante viejo, yacía sobre un montón de paja y heces rodeado de insectos. Hasta que otro de sus compañeros de celda —una criatura achaparrada, con los globos oculares casi fuera de las órbitas— le arrancó un pedazo de piel de una dentellada y él soltó un gemido, nadie diría que podría estar vivo.

—Ese tiene carácter —rio Sabrina señalando al agresor—. Quizás si lo adoptas se te contagie algo, ¿no crees?

Su novio se agachó para poder examinarlo mejor. Intuía que Sabrina solo trataba de ser incisiva, pero, en el fondo, sus palabras eran igual de hirientes que acertadas. El perro se aproximó hasta la verja y olisqueó el aire. Para asombro de los dos visitantes, se dejó acariciar, todavía con el pedazo de pata en la boca.

—¿Qué pasa, chiquitín? —dijo Bernardo con voz ñoña—. ¿Tienes hambre?

El can engurruñó el hocico en el acto. Su aspirante a amo se planteó la posibilidad de que hubiera entendido lo de *chiquitín* y esto le hubiera importunado y continuó acariciándolo. Era un animal de los menos agraciados de la perrera. Si lo adoptaba, todo el mundo se mofaría de él cada vez que lo sacara a la calle subrayando las similitudes existentes entre ambos. No podía permitírsele en su actual situación. Ya le costaba sobremanera aventurarse al exterior en condiciones normales como para hacerlo en lo sucesivo acompañado por un espantoso chucho caníbal.

—Oye, que lo de que lo adoptaras era una broma —puntualizó de todos modos Sabrina al reparar en que su chico contemplaba al perro con afecto—. Este bicho no entra en casa bajo ningún concepto, que luego le cae agua encima o le damos de comer después de medianoche y le salen *gremlins* de la chepa.

—A lo mejor deberíamos fijarnos en algo más que en el aspecto físico —titubeó Bernardo—. ¿No dice la gente que la belleza está en el interior? Pues igual es cierto. ¿Quién sabe?

—En el interior de lo que estás tocando nada más que hay tenias, gases, sangre, excrementos y restos de pienso barato. De eso puedes estar seguro.

El treintañero resopló aliviado. Lo que le había dicho a Sabrina acerca de la belleza únicamente se lo había dicho para acallar su conciencia porque no le gustaba pensar en sí mismo como en un individuo a quien solo le importaba lo insustancial. Y no le gustaba, claro, porque esa quizás fuera la cruda y dura realidad. Frente a ese recelo, constatar que existían más personas como él le quitaba un gran peso de encima del mismo modo que a un enfermo crónico se lo quitaba encontrarse con alguien en peor estado de salud que él.

En cuanto ambos se cansaron de inspeccionar el refugio, les tocó regresar a las oficinas centrales. Todos los empleados se encontraban en corro frente a la pantalla de uno de los ordenadores, riendo de forma casi espasmódica mientras dos mujeres desnudas se comían una especie de copa de helado hedionda en un vídeo de internet. El cincuentón apagó el monitor y se volvió hacia ellos.

—¿Ha habido *feeling*? —preguntó con una sonrisa ortopédica en los labios.

Ni uno ni otra tenían ganas de explicar que los perros eran todos un cuadro y que jamás adoptarían a ninguno, con lo que se limitaron a negar y a simular que estaban muy compungidos.

—¿No queréis echar otra ojeada? Hay muchos animales por aquí. Tomaos todo el tiempo necesario. A nosotros no nos importa. Alguno os hará tilín, ya veréis.

Bernardo volvió a desplazarse hasta la puerta como por inercia. Estaba tan acostumbrado a obedecer para librarse de pronunciar la palabra *no* que ya ni concebía otras opciones. Sabrina lo detuvo *in extremis*.

—En realidad, preferiríamos pensárnoslo un poco mejor —expuso educada pero firme. Al percatarse de que su chica le apretaba la mano, Bernardo asintió en su apoyo—. No queremos adoptar por adoptar. El animal sufriría si cometemos el error de llevárnoslo a casa sin estar mentalizados para ello.

—Lástima —transigió el tipo—. Estoy seguro de que seríais unos buenos amos.

—Quizás más adelante —se mostró inflexible Sabrina a la par que empujaba a su pareja hacia el aparcamiento—. Hoy por hoy, aún debemos aclarar un poco nuestras ideas.

Los trabajadores se desentendieron, activaron de nuevo el monitor y regresaron a sus escatológicos entretenimientos.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió Bernardo ya fuera.

—¿A ti qué te parece? Volver a casa y ducharnos dos veces seguidas para quitarnos este hedor cuanto antes.

—Pero hicimos una promesa...

—Yo solo prometí encargarme de lo de la reclamación y permitir que adoptaras un perro. No es culpa mía que ninguno te haya gustado.

—A quien no le ha gustado ninguno es a ti.

—Y tampoco tengo la culpa de que carezcas de personalidad.

—En tal caso, yo tampoco cumpliré con mi promesa.

—¡Y una mierda!

—Es lo justo. Si no hay perro, tampoco hay promesa.

—¡Pues entra y llévate a uno de esos sacos de pulgas si es lo que quieres, pero luego no te quejes cuando tengamos que desparasitarnos el uno al otro como monos!

Bernardo se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con su desafío tan pronto como ella se subió al coche para dejarlo solo en el *parking*. La pista de grava que conducía hacia la puerta del refugio pareció venirle encima con un abrupto retroceso de su propia percepción. El efecto bien podría definirse como vértigo, y curiosamente, si no recordaba mal, había un plano muy similar en la película homónima de Hitchcock. La listilla de Sabrina sabía que no podía afrontar el proceso de adopción de ningún animal sin nadie a su lado para ayudarlo a ello. Lo de meterse en el coche enfurruñada tan solo era una forma de demostrar su poder. Como casi siempre que eso ocurría, el malherido orgullo de Bernardo revivió contra pronóstico para empujarlo a acometer acciones que de otro modo jamás podría acometer. Por ejemplo: volver al refugio, hablar con toda aquella gente que se había reído de él y apadrinar a un perro feo de narices del cual se avergonzaría y que quizás haría que más personas se burlaran de él. Afortunadamente, la angustia del contexto era demasiado grande y su orgullo no afloró del todo. Sí lo hizo, en su defecto, una oleada de congoja que le trastocó todo el esqueleto de forma inclemente, como un cortocircuito. Trastabilló. Las piernas le castañetearon. Las venas de las sienes comenzaron a latirle con fuerza y sintió cómo su corazón proyectaba hacia ellas un torrente de sangre que se le extendió por toda la cara hasta teñírsela de color rojo. Como guinda final, miró hacia atrás y pudo ver a Sabrina echándose las manos a la cabeza mientras asistía a través del espejo retrovisor a su desmoronamiento.

El pánico a volver a perder la consciencia se convirtió de pronto en una realidad. Su cuerpo

cayó al suelo con un ¡crock! y la vista empezó a obturársele como el diafragma de una cámara de fotos desvencijada. En el último segundo, justo antes de que todo se convirtiera en negro, notó el tacto de algo viscoso en su mejilla y pudo ver el hocico bigotudo de un cachorro de labrador que le sonreía cariñoso desde su lado de la realidad.

IV

EL ÚLTIMO REFUGIO

Cuando despertó, el cachorro de labrador todavía estaba allí.

No había sido un sueño ni una alucinación fruto del pavor a la muerte; había ocurrido de verdad. Y, al igual que la última vez que lo había visto, el *retriever* le lamía la cara de un lado a otro y frotaba de vez en cuando su hocico contra ella. Tenía los ojos grisáceos, casi azules, enmarcados con gentileza sobre unas cuencas de color negro muy intenso, como si alguien hubiera repasado sus contornos con rímel. El labio inferior le caía desde la trufa húmeda y respingona con una leve inclinación, confiriendo a su rostro un porte de lo más simpático. Su pelaje entre blanco y crema, pero más próximo al segundo tono que al primero, brillaba al contacto con la luz y no olía demasiado mal, mientras que sus patas, de una robustez insólita para sus apenas tres meses de edad, eran rollizas y suaves como la barriga a la que sustentaban. De esta última, por su parte, pendía un colgajo diminuto con pelillos amarillentos en la punta.

El cachorro le dio un último lametón a Bernardo, pasó por encima de su frente sin que le importara restregarle los bajos por ella y saltó al suelo. Él trató de reincorporarse. Se encontraba entumecido y cansado. La cabeza le dolía y tenía la lengua y la garganta secas. Un somero vistazo alrededor sirvió para que comprendiera que estaba en casa, tendido sobre la cama con una manta de lana por encima. Desconocía cómo había llegado hasta allí, y también cómo había llegado hasta allí ese perro tan gracioso que ahora se revolvía sobre el suelo en un cómico combate contra una vieja revista de cine.

Alguien entró en la habitación. Supo que se trataba de Sabrina antes de que ella hiciera acto de presencia a través de la puerta del cuarto de baño. El motivo estaba en que la casa olía a cerezas, y cuando la casa olía así, quería decir que se acercaba. Sabrina, no por nada, era una chica muy maniática con los olores. A menudo afirmaba que el apartamento apestaba a fritanga; por ello mismo había adquirido una serie de ambientadores con fragancia California Cherry Scents que siempre activaba nada más entrar. La artificialidad de aquel perfume daba lugar a que flotara siempre por toda la casa un regusto muy poco agradable a pastillas para el retrete. Bernardo prefería el aroma a fritanga, aunque nunca se lo mencionaba para evitar discusiones estériles.

—¿Qué?, ¿recuperado del dos por uno? —dijo Sabrina en tono burlón—. Te estás luciendo

hoy con la hora feliz...

El perro dejó de luchar contra la revista y trotó hasta ella para lamerle los dedos de los pies, todavía con un pedazo de papel pegado al hocico. La chica reculó y emitió un gritito de fastidio.

—¡Aparta, coño!

Indiferente a todo, Humphrey corrió de nuevo hacia Sabrina, se agazapó amenazante a su sombra y dejó escapar un ladrido tan angelical que ya ni sonaba serio.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Bernardo. El animal se lanzó de cabeza contra la pierna izquierda de Sabrina, pero resbaló de forma torpona antes de darle alcance.

—No se está quieto ni un momento. Es un trasto.

—Ya veo, ya... ¿qué hace aquí?

—¿Cómo que qué hace aquí? Tú querías un perro, ¿recuerdas? Pues ahora ya lo tienes, así que debes cumplir tu promesa.

El pensamiento del joven se aturulló. No alcanzaba a comprender de qué iba exactamente todo aquello.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco te acuerdas de tu promesa?

Bernardo resolvió que quizás sería bueno fingir que la había olvidado y culpar a su desvanecimiento de la amnesia. Él era el primero en reconocer que Ilsa no lo había ayudado mucho con sus consabidos tienes-que-ser-tú-mismo-son-setenta-y-cinco. Lamentablemente, tampoco tenía otra persona a quien hablarle con tanta libertad. La terapeuta ni lo juzgaba ni se escandalizaba por lo que decía, dado que para eso le pagaba; y Bernardo se sentía cómodo y hasta querido improvisando en su honor, una vez a la semana, toda clase de dramáticos monólogos. Lo malo era que le había prometido a Sabrina dejar de visitar la consulta si lo del perro fracasaba, una idea muy poco halagüeña más allá de todo posible ahorro.

—De lo que no me acuerdo es de haberlo adoptado.

—Pues lo hiciste. Me tomé la libertad de firmar todo el papeleo por ti mientras estabas inconsciente.

—Estupendo. Gracias por consultármelo.

—Deja de quejarte y disfruta de tu nuevo capricho. A ver cuánto te dura.

El perro se acercó hasta él y lanzó otro ladrido con el entrecejo replegado en una mueca que pretendía ser fiera pero se quedaba en enternecedora. Bernardo le acarició el lomo y sintió su pelo liso y duro colándosele por entre los dedos con un cosquilleo. El animal movió el rabo alegremente. Después se colocó panza arriba y le mordisqueó la mano como si fuera un trozo de tela vieja.

—Es precioso.

Sabrina observó al labrador desde lo alto con no demasiado entusiasmo.

—Sí, tiene su punto. Habría durado poco en el refugio tal y como estaba todo allí. De no ser porque a la salida me crucé con la persona que iba a entregarlo en adopción, jamás nos habríamos hecho con él, lo cual me lleva a pensar que igual fue precipitado recogerlo para darte una sorpresa. Al fin y al cabo, tú estabas demasiado ocupado con tu jamacuco como para pisparte de nada. Y ahora la casa no estaría llena de pelos por todos lados...

—Igual deberías haber esperado a que me despertara —sugirió Bernardo diplomático—. Para enterarme de lo que firmamos, al menos.

—Yo no firmé nada —respondió ella tras un alto—. El nombre que puse en el papel fue el tuyo. Paso de tener ninguna responsabilidad legal sobre este bicho. Pero tampoco te preocupes, solo te comprometiste a... —Cogió unos folios grapados que descansaban sobre la mesilla de noche. En cada una de sus páginas podía apreciarse una réplica perfecta de la firma de su pareja

junto al sello oficial del refugio. Comenzó a leer—: «cumplir la actual legislación sobre protección animal, debiendo proporcionar al cachorro adoptado una alimentación adecuada, los tratamientos veterinarios precisos, así como todos los cuidados necesarios, de conformidad con lo establecido en la legislación vigente; a no someter al animal adoptado a vejaciones o malos tratos, desungularlo, utilizarlo para la cría, así como abandonarlo, venderlo, cederlo o regalarlo; a vacunarlo en un plazo no superior a siete días naturales, a ponerle el chip identificador en cuanto cumpla cuatro meses, a esterilizarlo una vez alcanzada la madurez sexual y, en todo caso, antes de que cumpla un año de edad; y a autorizar a cualquier tercero debidamente habilitado por el refugio a efectuar inspecciones oculares sobre el animal y sus condiciones de vida en cualquier momento y sin notificación previa». Eso es todo.

Bernardo se sintió abrumado por la dimensión del acuerdo. Para alguien como él, que de tan tornadizo no podía confiar ni en su propia sombra, lo que Sabrina había recitado le sonaba casi a esclavitud.

—¿¡Eso es todo!? —rebufó asustado.

—Más o menos —corroboró Sabrina—. Bueno, miento. También te comprometiste a «eximir al refugio de cualquier responsabilidad civil o penal que pueda derivar de la tenencia o comportamiento del animal a partir de la entrega al adoptante, a no dañar su integridad física ni psíquica con independencia de la situación y a que la adopción no responda a un impulso ni a un capricho, sino a una decisión meditada».

Los ojos de Bernardo se abrieron como platos y su boca se quedó medio descolgada. Le aterrorizaba la posibilidad de que todas aquellas cláusulas pudieran volvérselo en contra en un futuro, pues, a efectos legales, eran sus datos los que figuraban en los impresos. No daba crédito a que Sabrina hubiera firmado todo aquello en su nombre.

—Tanto texto mete un poco de miedo...

—¿Qué pasa? ¿Ahora te echas atrás?

—No es eso, y lo sabes.

El perro intensificó la mordida hasta hacerle daño. Bernardo tuvo que retirar la mano y lo empujó enfadado. El animal se estiró sobre el suelo con el culo en pompa para persistir en ladrarle.

—Parece que le gustas.

—¿Tú crees?

—Estaba siendo irónica.

—Ya. ¡Qué raro! Será porque nunca te he dicho que no pillo las ironías y que me incomodan bastante. ¿Qué opinarías tú si me pasara el día contando chistes de leprosos, con lo que te apasiona hablar de llagas y de enfermedades de la piel?

Sabrina se arrellanó sobre la cama y abordó su cuerpo con un beso largo y adulator.

—Lo que realmente me gusta es verte gruñir así —dijo conforme deslizaba los labios alrededor de su cuello—. Te pones de un sexy... —El cachorro ladró de nuevo. Esta vez con mucha más energía que antes—. Vaya. Parece que tenemos otro celoso por casa. Me da a mí que os vais a entender muy bien vosotros dos.

—Mira quién habla, si cada vez que menciono a Ilsa pareces una tetera en ebullición.

Al escuchar esta última frase, Sabrina se apartó en alerta. Por su modo de taladrarlo con la mirada, era obvio que no le había parecido ni apropiada ni graciosa. Ella tenía esas contradicciones: en lo que a su persona concernía, podía decir todo lo que le viniera en gana sobre los demás, pero, en cuanto alguien hacía algún tipo de comentario o chascarrillo sobre ella, enseguida se ponía a la defensiva aunque el comentario en cuestión no fuera más que la

consecuencia lógica de sus propias chanzas.

—¡Yo no estoy celosa de esa tía! —protestó airada—. Ni de esa tía ni de nadie. Si otra se fuera contigo, la verdad es que me haría un favor. —Rio con desdén—. El problema es que eso no va a pasar nunca, porque jamás encontrarás a ninguna con tanta paciencia como yo.

Bernardo sintió deseos de replicar. Se contuvo porque aún le dolía la cabeza y porque sabía que polemizar con Sabrina no conducía a ninguna parte. En lugar de ello, volvió a observar al cachorro, que le devolvió el gesto con una mezcla de desamparo, enojo y fragilidad, y abocetó una sonrisa. Suponía que Sabrina, salvando las distancias, lo veía a él, cada vez que le faltaba al respeto, de la misma forma en la que él veía ahora al perro.

—Deberíamos ponerle un nombre —manifestó.

—No te preocupes —repuso ella—. También me he encargado de eso. Se llama Humphrey. Como Humphrey Bogart.

—¿¡Qué!?

—Imaginé que te gustaría —prosiguió con despreocupación—. Sé cuánto adoras sus pelis. Barajé ponerle Julio Iglesias por lo mitificado que tienes a tu querido maestro, como te gusta llamarlo, y lo mucho que disfrutas escuchando sus discos pese a lo horteras que son —detalló en la misma línea—. Al final, ganó el nombre más claro y contundente. Leí en alguna parte que, cuanto más corto sea el nombre del perro, mayor obediencia le tendrá a su amo.

—Lo que has hecho es una total falta de respeto hacia Bogart. Y un ultraje hacia Julio.

—No digas tonterías. Bogart es tu actor favorito.

—¡Pues por eso mismo! ¿A ti te gustaría que le pusiera tu nombre a un perro? ¿Lo considerarías algo positivo?

—Tampoco sería para tanto. Me lo tomaría como un homenaje, a lo Tarantino.

Bernardo se cruzó de brazos.

—Claro. Te gustaría tanto que seguro que me cortarías una oreja en plan *Reservoir Dogs* para redondear el tributo.

—No saques las cosas de quicio. Bogart lleva décadas muerto, nunca se va a enterar de nada. Y seguro que el nombre le parecería estupendo en el caso de estar vivo, con la cara de chucho feo que tenía.

El labrador gruñó como si tampoco él aprobara la desvergüenza de Sabrina. A continuación mordió el edredón de la cama y tiró con fuerza hasta rasgarlo. Sabrina se irguió al instante muy enfadada.

—¡La madre que...! —Cogió al cachorro por el pescuezo hasta levantarlo en el aire, donde comenzó a revolverse. De su trasero salió por sorpresa una deposición blanda y apestosa que se estrelló contra el parqué con un sonido sordo y le salpicó los tobillos. La repulsión provocó que Sabrina dejara caer al animal. Su cuerpo blanco y peludo aterrizó sobre la hez. Gran parte del lomo se le volvió de color marrón—. ¡Trae algo para limpiar esto! ¡Aprisa!

Bernardo caminó hasta el cuarto de baño y cogió un trozo de papel higiénico. Mientras ayudaba a su novia, vio cómo el perro regresaba hacia lo que quedaba de excrecencia para revolcarse en ella con regocijo.

—¡Dios santo! —rugió la chica hecha una furia—. ¿Por qué hace eso? ¡Para! ¡Stop!

Humphrey desoyó las órdenes y solo dejó de retozar en cuanto hubo considerado que ya no le parecía divertido. Apenas quedaba nada de su pelaje blanco original. Entonces se reincorporó y saltó sobre la alfombra. Al ser de color claro, también quedó bastante embadurnada de inmundicia.

—Lo hacen por instinto, para disimular su olor cuando van de caza —explicó el dibujante—.

Lo vi en *Jara y Sedal*.

—Estupendo. Ahora entiendo por qué es el perro favorito de los anunciantes de papel higiénico.

—Tampoco exageres. Ya tendremos tiempo de educarlo para que se comporte como es debido.

—Tendrás. Yo a este demente fecal no lo vuelvo a tocar en mi vida. Y ni mucho menos pienso limpiarlo. Ni de coña.

Bernardo delineó un rictus de aversión, avanzó hasta el perro, que comenzaba a adormilarse, y lo asió por el pellejo de la parte posterior del cuello, manchándose los dedos en el proceso.

—Ya me encargo yo —musitó con la mirada fija sobre los ojos indolentes del *retriever*.

La profesora observó muerta del asco la alfombra. Segundos más tarde, dejó escapar una sonrisa irónica que venía a decir algo así como: «Querías un perro, pero los perros cuestan; aquí es donde vas a empezar a pagar... ¡con sudor!». La escena habría quedado perfecta si la hubiera rematado golpeando el suelo con un bastón y si alguna sintonía ochentera milimétricamente coreografiada hubiera comenzado a sonar en paralelo.

—Adelante, entonces —dijo Sabrina para facilitarle la entrada al baño—. No seré yo quien me interponga en el inicio de esta bonita amistad.

Bernardo cerró la puerta, introdujo al cachorro en la bañera y pensó que había más de cien motivos por los que no hundir el cepillo de dientes de Sabrina en el agua del inodoro. Como no se le ocurría ninguno, decidió tomarse la justicia por su mano. «*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*», declamó según el cepillo recibía algo similar a un bautismo y la sombra de la extremaunción descendía sobre su noviazgo para susurrar una especie de «amén» que le puso los pelos de punta.

A raíz de ello, tuvo la revelación de que tan solo un milagro podría salvarles del abismo. Era una pena que ese milagro pareciera por el momento más interesado en morder edredones y aflojar el esfínter que en ofrecerles una muestra de esperanza. «Nada que no se pueda solucionar con un buen baño y con un poco de paciencia», se dijo escéptico mientras su reflejo apenas contenía la risa en la mampara de la ducha. Lo poco de fe que aún conservaba se tambaleó a ambos lados del cristal y amenazó con colapsar. Estaba más solo ante el peligro que nunca. O aquel bichejo desbocado comenzaba a comportarse pronto, o el cepillo de dientes sucio que tenía entre las manos y que no dudó en volver a colocar en su soporte, ladino, devendría con el tiempo en su único y último asidero.

La terapia definitiva —era ya un hecho— había por fin comenzado. De ella dependía el resultado de la guerra, y de ella dependía también un destino borroso al que tendría que mirar a la cara, le gustara o no, así fuera con gafas de culo de vaso.

V

TRES EN UNA CERILLA

Al día siguiente, Bernardo se despertó con una fuerte sensación de abotargamiento en la cabeza. Tenía dos manchas negras muy marcadas alrededor de los párpados, el pelo más revuelto que de costumbre y los ojos rojos como tizones. Humphrey había estado ladrando toda la noche y él casi no había logrado pegar ojo debido al ruido. A lo sumo, unas dos o tres horas, y no de forma continuada, de modo que también se sentía muy débil y cansado. E irritable. Muy irritable. El mero detalle de toparse con Sabrina en el baño cuando pensaba que ya se había marchado promovió una punzada de disgusto en su estómago. Le reconfortó ver cómo la chica, al menos, se estaba lavando los dientes con el cepillo que él había sumergido en el retrete el día anterior.

—¿Tienes para mucho? —preguntó al percibir que la punzada se convertía en un doloroso retortijón que reclamaba un vaciado intestinal inmediato.

—¿Es que no puedes hacerlo delante de mí? —masculló ella con el cepillo encartado en la boca, lo cual reducía sus palabras a un gañido ininteligible—. Después de todo el tiempo que llevamos juntos, ya deberías tener la suficiente confianza para ello.

Bernardo no respondió. Había un montón de cosas en Sabrina que le molestaban o le estomagaban en mayor o menor grado, pero, de todas ellas, el poco pudor con que llevaba a cabo en su presencia ciertas tareas que debería acometer en privado se llevaba la palma. No era solo que hiciera sus necesidades o se cambiara todo tipo de artículos de higiene femenina delante de él, sino que lo hacía como si estuviera repasándose los labios. Con más frecuencia, incluso. De haberse enterado de lo del cepillo, tal vez ni siquiera le habría preocupado mucho. Los asuntos de aseo personal solo parecían importarle de piel para fuera. O lo que era un poco lo mismo: veía la legaña en el ojo ajeno pero no la conjuntivitis en el propio.

Bernardo se preguntaba a veces cómo se las había apañado para dar con una pareja con tan escaso sentido del glamur. Y que él, que tampoco venía a ser un tipo particularmente quisquilloso, echara de menos eso dejaba bien claro que algo empezaba a oler a tigre en su relación. O a rata muerta, ya puestos.

—Sabes que no puedo hacer según qué cosas delante de ti —dijo observando el modo en que Sabrina se pasaba un desodorante sobre la superficie peluda de su axila derecha—. Me gusta tener mi intimidad.

Los ladridos de Humphrey retumbaron con especial barullo al otro lado de la puerta del dormitorio.

—Pues si quieres intimidad tendrás que esperar. Aún me queda un buen rato —informó ella con desafecto—. A lo mejor, si vas a darle de comer a ese maldito chucho mientras tanto, consigues que se calle de una puñetera vez.

Las entrañas de Bernardo protestaron. Su rostro se contrajo de dolor y tuvo que tensar también el bajo vientre para que no se le escapara una ventosidad. A pesar de que Sabrina no tenía el menor reparo en soltar flatulencias delante de él —hasta reía a mandíbula batiente siempre que se iba—, él ni podía ni quería alcanzar un grado de confianza tan alto. Le hizo caso y salió de los aseos.

Humphrey, en el pasillo, lo interpeló visualmente con cara de ternero degollado. Nadie que se guiara por su aspecto gentil e inocentón podría jamás imaginárselo rompiendo ni un plato, pero, aparte de haber roto durante la noche varios de los que Bernardo había dejado sobre la mesa de la sala creyendo que no podría alcanzarlos, también había roto un paragüero, el *router*, una guitarra española, dos macetas, una lámpara de pie, las ruedas de la bicicleta y dos de los altavoces de su equipo de cine en casa. No contento con ello, había también arañado todas las puertas a su alcance, mordisqueado las patas de la mesa del comedor y defecado y orinado por todos lados excepto en el rincón cubierto con periódicos que él mismo había dispuesto para tal efecto. El aroma a cereza de los ambientadores, arrinconado por un penetrante olor a jaula de zoológico, era tan insoportable que a punto estuvo de vomitar.

Humphrey se sentó a sus pies, la lengua poco menos que colgándole entre las dos orejas peludas. A Bernardo le resultaba casi una idea herética que una criatura tan amorosa hubiera sembrado el caos por toda la casa. Ahora bien, eran precisamente esa clase de ideas heréticas las que mantenían el mundo en pie y regulaban con mano de hierro el reino natural. No había más que fijarse en Sabrina, quien también parecía muy guapa, simpática y bondadosa a primera vista y era otro mal bicho de cuidado.

Pensar en ella le alteró el pulso. En cualquier instante podría salir de la habitación, descubrir el estado de las cosas y ponerse de los nervios. Si no quería tener que soportarla, más le valía arreglar el desaguizado antes de que ocurriera. Eso fue lo que hizo, y de manera bastante concienzuda, hasta que la docente terminó de acicalarse y se plantó fuera del dormitorio para sorprenderlo recogiendo un enorme gurrúño de papel de periódico manchado de pis. Humphrey remoloneó entre sus piernas y ladró con desafuero. Sabrina, como animada por ello, le cogió enseguida el testigo.

El destinatario de todo aquel revuelo sobrellevó el chaparrón lo mejor que pudo durante un desayuno muy accidentado en el que se limitó a asentir tácitamente y a darle la razón como a los locos, igual que Ilsa hacía con él. Cuando Sabrina al fin abandonó el apartamento para marcharse a trabajar, sintió un inmenso alivio.

—Yo tampoco sé por qué sigo aguantándola —le dijo a Humphrey—. Deja de poner esa cara.

El cachorro ni se inmutó. Bernardo dedujo por lo granítico de su gesto que todo aquel lío le daba lo mismo. Lo único que no le daba igual, si acaso, era el hambre. Visto que aún no había podido ni comprarle un saco de pienso, le sirvió un poco de leche con cereales. La velocidad endiablada a la que devoró el alimento fue directamente proporcional a la velocidad con que luego lo vomitó todo sobre la alfombra del salón para, en última instancia, emprenderla a mordiscos con el tapizado del sofá. La naturaleza le estaba comunicando que tenía que sacarlo de casa cuanto antes o se quedaría sin hogar.

Bernardo se vistió a toda prisa, abrió la puerta y salió del domicilio con Humphrey en el

regazo. El perro se agitaba como un poseso, no paraba de morderle la camisa y también de vez en cuando dejaba escapar algún gas. Sus incontinencias olían a una combinación acre entre butano, fábrica de celulosa y entrepierna desaseada. Era difícil mantener el tipo tras inhalarlas. Tan difícil, casi, como mantener el equilibrio.

La mascota aprovechó el tropiezo que Bernardo sufrió por culpa de ello contra una losa mal encajada y huyó de entre sus brazos. Después se puso a correr por la acera de la larga y transitada avenida donde los dos residían. Cada vez que se topaba con alguien, no tardaba en saltarle encima o en morderle el dobladillo de los pantalones. Un hombre que transportaba varias cajas de cartón con el rótulo «Fragil» estampado en su superficie estuvo a punto de desestabilizarse también, pero, lejos de poner el grito en el cielo, depositó las cajas sobre el suelo y comenzó a acariciarlo y a jugar con él sonriendo como en un anuncio de dentífrico.

La reacción no fue aislada. El noventa y nueve por ciento de la gente que pasaba junto a Humphrey actuaba de la misma forma. Su presencia parecía despertar, incluso en las personas de apariencia más arisca, una empalagosa simpatía que ni de broma despertaban algunos humanos aun oliendo igual de mal. No era algo que le molestara. A fin de cuentas, el perro iba a ser oficiosamente una prolongación de sí mismo. Lo que sí que pronto se volvió un engorro fue tener que avanzar por la calle a su lado. Todo el mundo se arremolinaba en torno a él para acariciarlo. Y además —esto era lo más triste—, le daba envidia que lo hicieran. Bernardo había visto a la misma gente un millón de veces y nadie se había parado nunca ni a saludarlo ni a sonreírle. Aquello tenía algo de injusticia si se paraba a pensar en que el único de los dos que jamás mordía a la gente ni se tiraba pedos en público era él. El agravio comparativo le deparó una intensa ansiedad pese a que lo habitual era que atacara a partir del mediodía y de un modo no tan repentino.

—¿Cómo se llama? —le preguntó una niña de no más de siete años que había acudido con otras dos amigas hasta allí atraída por el aspecto candoroso del *retriever*.

El treintañero tardó en verla y aún más en decodificar la pregunta, pues el aterrizaje desde el mundo de las ideas al mundo real, en ese tipo de breves, a menudo llevaba aparejado cierto retardo.

—Se llama Humphrey —contestó.

—¿Canfri? ¡Qué nombre más raro! ¿Es perro o perra? Suena como a perra.

—Perro.

—¡Ah, claro! —reafirmó la niña señalándole los genitales— ¡Tiene pito!

Las otras crías rompieron a reír picaronamente.

—¿Puedo tocarlo? —suplicó a renglón seguido la misma muchacha del inicio con sus grandes y vivarachos ojos verdes— No el pito, el perro.

El dueño del cuadrúpedo sintió un hondo embarazo y empezó a transpirar en abundancia. Estaba bloqueado frente a la ingenua intervención de la chiquilla, que le había hecho plantearse la angustiosa posibilidad de que alguien pudiera tomarlo por un acosador a la caza de menores con el perro como cebo.

—Ehhhh... Sí, supongo que sí.

Humphrey articuló un bostezo melindroso y se puso panza arriba sobre la acera, complacido por tantas muestras de afecto. El grupo de niñas estiró las manos a un tiempo en dirección a la barriga fofa y ligeramente inflada del animal. Bernardo notó que algo en aquella escena acrecentaba su malestar y trató de poner fin a la sesión de caricias. La machacona y ridícula idea de que pudieran confundirlo por lo que no era cobró todavía más fuerza en su cabeza. Se puso colorado, gruesas gotas de sudor le aparecieron sobre la frente y comenzó a marearse. Una mujer

de unos cuarenta y tantos años se presentó delante de él con el rostro ensombrecido por la desconfianza.

—¡Ava! ¿Qué estás haciendo? —regañó a la niña— ¡Deja a ese perro en paz! Y vosotras, venid conmigo. —Se giró hacia sus amigas— ¡Aprisa!

El dibujante intuyó que sus temores se habían hecho realidad y que aquella madre, en efecto, había visto en él a un degenerado sin escrúpulos. Sin perjuicio de lo embarazoso del asunto, experimentó un gran alivio cuando la mujer arrastró consigo a todas las crías para mantenerlas a salvo. Entonces agarró a Humphrey por el pescuezo, lo acogió de nuevo en su regazo y reemprendió la marcha. Las niñas, a lo lejos, continuaban alborotadas tras su encuentro con el labrador.

—¡Adiós, Canfri! —gritó una de ellas, despidiéndose con la mano.

—¡Qué bonito es! —exclamó otra.

Como si pudiera entender lo que le decían, el perro se las arregló una vez más para abandonar los brazos de Bernardo y echar a correr en pos del grupo. Un turismo que estaba aparcado en mitad de la acera lo forzó a desviarse hacia la transitadísima calzada principal y a invadir uno de los carriles de servicio, donde algunos utilitarios tuvieron que frenar en seco para no atropellarlo. El incidente se propagó a lo largo de toda la avenida, causando un efecto dominó que tal vez habría desencadenado una tragedia de haberse producido con menos margen de maniobra. Uno de los conductores hizo sonar el claxon mientras profería todo tipo de insultos desde la ventanilla del coche, arropado por el resto de automovilistas.

—¡Ata al puto bicho, coño! —escuchó que alguien vociferaba al volante de un Audi.

—¡Y luego átese tú también! —metió cizaña otro piloto justo después—. ¡A una farola!

Bernardo se puso tan tenso que temió haber sobrepasado el umbral de percepción de su propio nerviosismo. Ya no sentía nada más, a decir verdad, que una necesidad imperiosa de alcanzar al perro y de salir de allí cuanto antes para desmayarse en alguna esquina y recobrar el aliento. La madre de la cría, al verlo correr hacia ella, tomó a su hija de la mano y emprendió la carrera en dirección contraria tras instar al resto de la pandilla a que la emulara.

El follón tuvo como principal consecuencia que los conductores tocaran sus cláxones con más fuerza, si cabe. Y aún con mayor obstinación los aporrearon cuando el responsable legal de Humphrey, en su intento por recapturarlo, se cayó de bruces sobre el arcén tras un requiebro del cachorro. Logró alcanzarlo algo más tarde junto a unos contenedores de basura. Con él en brazos, entró sofocado en la primera bocacalle a mano derecha y se resguardó del caos en las escaleras de acceso a un bloque de viviendas. El escándalo se fue apagando en la lejanía a medida que los coches reemprendieron la marcha. Bernardo tomó aire hasta llenar los pulmones y al rato exhaló lentamente para tratar de tranquilizarse.

Desde su posición, ya más aquietado, Humphrey lo contemplaba en silencio como si no tuviera claro por qué se agobiaba tanto por algo tan nimio. Él le devolvió la mirada a la vez que se le formaba un ardor asesino en el estómago. Si la quemazón se hubiera prolongado algo más, tal vez lo habría estrangulado con sus propias manos. Fue suficiente con un lametón cariñoso en la mejilla, sin embargo, para que se le pasaran las ganas de darle su merecido.

Después de todo, solo se trataba de un cachorro.

VI

LA DIOSA DEL AMOR

En la tienda de animales no había ni un solo cliente.

Un tipo con aspecto de *nerd* recién salido de la Comic-Con de San Diego, donde tranquilamente podría haber sido concebido al más puro estilo Freddy Krueger por una banda de perdedores con su misma cara, se encontraba al mostrador devorando como si tal cosa las páginas de una trasnochada revista pornográfica. El lugar era lúgubre yapestaba a alpiste, serrín y ambientador barato. Todo mezclado con el intenso olor a sobaquera que despedía el empleado tras sus gordísimas gafas con montura de metal a las que solo les faltaba el limpiaparabrisas.

Los artículos en venta de la zona principal desbordaban por los estantes como si el tiempo los hubiera hecho desparramarse para pasar el rato, mientras que los animales de exposición, mezclados sin ningún criterio, o bien dormitaban, o bien se agitaban enardecidos en el interior de sus fétidas jaulas. A través de una radio pleistocénica sintonizada con Cadena Dial, Chiquetete hacía de las suyas entre poderosos gorgoritos. El dependiente seguía el ritmo de la canción mediante el tamborileo de un bolígrafo sobre el mostrador. A su lado había un loro encadenado a una pajarera que tenía toda la pinta de que no le gustaba demasiado el pop flamenco. «¡Chicho, del chocho al nicho! —graznaba—. ¡Del chocho al nicho, Chicho!».

Los orificios nasales del perro se dilataron. Orientó el hocico hacia el pájaro y emitió uno de sus risibles ladridos. El friqui levantó la cabeza, retirando por fin los ojos de la revista, y escaneó al recién llegado de arriba abajo después de calarse las gafas sobre la nariz con un tic huraño. Bernardo esperó a que le dijera algo, pero el último fenómeno que parecía poder producirse dentro de aquel negocio era que su propietario abriese la boca para saludarlo, por lo que hubo de tomar la iniciativa.

—Buenos días —se presentó en un intento por sobreponerse a la incomodidad—. Necesitaba algunas cosas para el perro.

El comerciante arrugó el morro mientras escrutaba a Humphrey con su mirada entre mustia e impertinente. No transmitía la sensación de sentir un profundo amor por los animales. De hecho, salvo por su mal olor corporal, apenas transmitía sensación alguna.

—Vaya... —bufó—. Qué cosas, ¿eh?

Los latidos de Bernardo se aceleraron. Siempre que reunía el valor para entrar en una tienda a

comprar algo le ocurría lo mismo: los encargados resultaban ser unos bordes de aúpa. Si su mala suerte respondía a un instinto natural —a lo zahorí— para dar con los minoristas menos proactivos y cordiales de la ciudad o si, por el contrario, lo que *a priori* se asemejaba a una casualidad tenía más visos de causalidad, era algo que todavía no había alcanzado a comprender, pues, aunque estaba al tanto de sus limitaciones, también lo estaba de que se esforzaba más de lo que tal vez debía por mostrarse amable y respetuoso con el prójimo. A lo mejor el problema residía justo ahí. Ilsa se lo había dejado caer en varias ocasiones a lo largo de la terapia y por ello le prescribía todos esos ejercicios de asertividad.

De acuerdo con los consejos de la psicóloga, lo que en ese momento tenía que hacer era enfrentarse al dependiente para evitar que siguiera faltándole al respeto. Tal vez una llamada de atención sobre su pésimo trato al público lograra persuadirlo de que suavizara la actitud, pero eso era solo la teoría; en la vida real, las cosas funcionaban de otra manera, y para actuar como una persona con carácter —él lo sabía mejor que nadie— no bastaba con actuar como una persona con carácter, había que tenerlo, toda una entelequia a los ojos de un cerebro tan falto de serotonina como el suyo.

—¿«Chicho, del chocho al nicho»? —trató de hacerse valer de igual modo con el vientre encogido—. ¿Le parece esa la mejor frase para enseñarle a un loro?

El tipo enderezó la espina dorsal, desafiante, y asintió para confirmar que sí que le parecía una buena frase. Bernardo tragó saliva y quiso encontrar una réplica a la altura de las circunstancias. Cuando creyó haberlo conseguido, el loro gorjeó de nuevo y le dio un susto de muerte que le hizo botar sobresaltado y perder el hilo de su propio guion. «¡Chicho! ¡Del chocho al nicho! —la dicción del ave era ahora más vocinglera, más crispante—. ¡Del chocho al nicho, Chicho!». Sin tratar de disimular, el encargado rio. Bernardo aclaró la voz antes de volver a abrir la boca.

—¿No va a preguntarme qué es lo que quiero? —dijo pretendidamente combativo.

Por al menos medio minuto, apenas se oyó en el lugar el zumbido de las moscas que remoloneaban alrededor de las jaulas de los animales. Una de ellas se posó sobre la nariz de Bernardo y lo obligó a soltar aire por las aletas para espantarla.

—No —respondió el tendero, quien, tras otra larga pausa, en vista de que su cliente daba muestras de haberse quedado en trance, creyó oportuno continuar hablando con desgana—. Ahí tiene todos nuestros artículos. Coja lo que le parezca y yo le cobro. Es el procedimiento habitual. Por cierto, el perro tiene que quedarse fuera. No admitimos mascotas aquí.

Bernardo desconocía si se trataba de una broma de mal gusto o si aquel energúmeno estaba diciendo la verdad, así y todo, como lo de seguir plantándole cara comenzaba a hacérsele algo de bola, se decantó por obedecer incluso en contra del sentido común y de lo que le dictaba el orgullo.

—Quédate aquí —le ordenó a Humphrey en el umbral de la puerta—. Y no vuelvas a liarla, por favor te lo pido.

El perro ni se movió ni pestañeó. Agradado por su docilidad, cogió algo de pienso, un cuenco para la comida y varias pipetas desparasitadoras y pagó el importe correspondiente —a todas luces excesivo, pese a que el dependiente afirmaba con recochineo haberle hecho un descuento—, antes de volver a salir del negocio seguido de cerca por la mirada del malhablado loro.

«¡Chicho, del chocho al nicho! —repitió este en una suerte de gorjeante despedida—. ¡Del chocho al nicho, Chicho!».

Así que, con un montón de bolsas en la mano derecha y la correa con la que ahora sujetaba al labrador en la otra, dueño y can se alejaron calle abajo en dirección al parque de San Cosme, un conocido espacio verde de la ciudad donde Humphrey podría corretear a placer sin desatar el

caos a su paso.

El animal seguía tan agitado como de costumbre. Papel que veía, papel que destrozaba, excremento que olía, excremento que rechupeteaba, y humano que detectaba, humano sobre el cual se abalanzaba y al cual trataba de morder. Entre lo anterior y la atención que despertaba en los viandantes —como siempre, arracimados a su alrededor para darle mimitos—, el trayecto desde la tienda se convirtió en toda una pesadilla. Era increíble el entusiasmo con el que la gente reaccionaba ante su mera aparición. Y también decía mucho de ella, por supuesto. Más que nada, porque al resto de cachorros mestizos que otros ciudadanos paseaban por la zona no se les acercaban ni por accidente.

El aspecto externo seguía siendo el criterio fundamental a la hora de taxonomizar el mundo e interactuar con él para la mayor parte de personas. Bernardo lo entendía a la perfección porque también era así por más que la conciencia de su propia superficialidad le produjera mucho sufrimiento. Si seguía las pautas de Ilsa y se aceptaba a sí mismo, tal vez ese molesto resquemor se fuera; pero, por otro lado, si empezaba por ahí, liándose un porro de autoengaño, podía ser que terminara aceptándose de más y fumando *crack* en un vertedero junto a un montón de poliadictos que también se hubieran aceptado mucho a sí mismos.

A pesar de ello, su apariencia tampoco era tan terrible: tenía planta, un perfil de cara curioso y cierto estilo para escoger qué vestir. Algunos días se miraba en el espejo y hasta le gustaba lo que veía. Que nadie se agolpara a su alrededor del mismo modo que lo hacían alrededor de Humphrey quizás respondiera a un problema de actitud antes que a uno de postura. Bernardo, con toda certeza, irradiaba una negatividad inexistente en el perro, la exudaba por todos los poros con cada ademán esquivo, con cada movimiento trémulo, con cada mirada asustadiza. Muchas personas presentían que algo raro le pasaba y, como ninguna sabía que bajo ese envoltorio temeroso se ocultaba un buen tipo en busca de ayuda —ni siquiera Bernardo—, mantenían una distancia de seguridad respecto a él en el plano estrictamente físico que había ido evolucionando, con el tiempo, hacia una distancia de connotaciones más emocionales en el plano afectivo. O quizás no. Quizás bajo todas estas hipótesis solo se ocultara una pobre estrategia de defensa creada para mantener su pequeño mundo de complejos e inseguridades en equilibrio. Era incuestionable, de uno u otro modo, que esa mañana la espiral de rumiaciones lo había absorbido en bloque. No le llevó más de diez minutos llegar sano y salvo hasta el parque, muy cerca de la casa de sus padres. Allí trató de serenarse de una vez y de recuperar el aliento. Para ello se sentó en un banco, con Humphrey firmemente sujeto a la correa, y sacó el mechero y un pitillo.

Había intentado dejar el vicio al menos en veinte ocasiones, aunque siempre se ponía muy nervioso y le faltaba voluntad para mantener a raya sus impulsos autodestructivos por más de una semana. La última vez incluso la propia Ilsa le había recomendado volver a fumar con la idea de que se relajara un poco, ofreciéndole así la excusa perfecta para seguir encharcándose los pulmones con nicotina y alquitrán. Desde entonces consumía cigarrillos a destajo, hasta el punto de que sus dedos solían estar amarilleados por el humo, la ropa le olía fatal —daba lo mismo cuánto la lavara—, y sus dientes, con el paso de los años, habían adquirido una fea tonalidad *beige*.

Lo peor de todo era que el tabaco ni siquiera le gustaba. Más aún: odiaba su sabor. En particular, cuando se mezclaba con el del alcohol después de una noche de excesos. La razón por la que lo consumía era la misma por la que había empezado a beber: le resultaba cinematográfico y le suministraba cierta seguridad en sus relaciones con los demás. De ahí a la dependencia total no había mediado ni un paso, y esa dependencia total, a la larga, había acabado por mutar en una especie de compulsión paliativa sin la que ya no se veía capaz de templar los nervios.

—¡Qué monada! —exclamó una dulce voz junto a él—. Es un labrador, ¿no?

Bernardo por poco se atraganta con el humo del cigarrillo, ya que no había visto llegar a nadie.

—Sí, un labrador —respondió con azoramiento—; se llama Humphrey. No Canfri, sino Humphrey.

La pregunta la había formulado una chica de más o menos su misma edad, pelirroja, con ojos color miel y unas facciones tan cautivadoras que no pudo reprimir la conjetura de que fueran una tapadera. Tenía un corte de pelo muy hermoso. Discreto, como a él le gustaba, pero a la vez diferente. Un mechón de pelo cobrizo le caía sobre parte del ojo derecho, en tanto que el izquierdo asomaba apocado desde lo más profundo de sus hechuras suaves y armoniosas. A ambos lados de los labios, gruesos y rosados, había dos irresistibles hoyuelos. Su sencilla indumentaria —unos pantalones vaqueros, una blusa de color azul y unas zapatillas deportivas—, acentuaba el atractivo natural de su cuerpo menudo pero bien torneado. Y dado que no tenía la cara embadurnada con maquillaje y tampoco lucía joyas, salvo por una fina pulsera de plata en su muñeca derecha, este atractivo refulgía con un halo especial: el de las cosas auténticas y no premeditadas; el de la espontaneidad genuina; el de quien sabe que no necesita de celofanes para mostrarse siempre impecable; ese mismo halo que Bernardo presagiaba que nunca podría rodearlo y que no le importaría tener que admirar hasta que le reventaran las córneas. Encandilado por él, no pudo más que quedarse sin palabras frente al boyante esplendor de la muchacha.

—Humphrey, como Humphrey Bogart. Buen nombre —convino esta mientras el *retriever* se enzarzaba en un revoltijo de tomas y dacas con otro perro llegado con ella hasta el parque, un sabueso tricolor de ojos caídos y grandes orejas negras—. Y tiene su mismo carácter, por lo que veo.

Él buscó corresponderle con alguna expresión amable, pero no fue capaz de dar con ninguna que le convenciera. La presencia de aquella muchacha tan arrebatadora a menos de un metro le generaba un bienestar solo equiparable a la viveza de su inquietud y a su miedo a meter la pata de alguna forma vergonzante, como a menudo le ocurría.

—El tuyo también es muy bonito —logró decir casi balbuciente—. ¿Cómo se llama?

Las dos simpáticas cavidades faciales de la joven volvieron a hacerse visibles.

—Se llama Clint, por Clint Eastwood —desveló—. Él también es un tipo duro, como Bogart. ¿Vienes mucho por este parque?

La pregunta cogió a Bernardo desprevenido. No sabía cómo debía interpretarla, si como un intento descarado de flirteo o como una mera muestra de amabilidad. Ilsa siempre le recriminaba que viera lo que quería ver; y su madre, en la misma línea, solía echarle en cara que siempre se enamorara de la primera que le prestaba atención. Combinando ambas teorías, parecía una obviedad que aquella chica tan solo estaba manteniendo con él una charla de cortesía, como las muchas que a diario debían de producirse por todos los parques de la ciudad. Sin embargo, su sonrisa... No señor, no podía perder la esperanza tan rápido. Tenía que prolongar aquel encuentro cuanto pudiera.

—Vivo cerca —explicó entre titubeos—. Supongo que sí, que vengo bastante. O vendré. De paseo, quiero decir. Con Humphrey.

A la chica le hizo gracia el modo torpe y deslavazado en el que Bernardo acababa de dirigirse a ella. Sus hoyuelos se pronunciaron un poco más. Volvió a sonreír y tomó asiento a su lado. Bernardo procedió con torpeza a liberar a Humphrey en cuanto vio que ella iba hacer lo propio con Clint. En el ínterin, las correas de los dos animales se hicieron un lío, de tal forma que ambos

dueños pasaron sus brazos uno por encima del otro para destrenzarlas, con los rostros a un cuarto de aliento de distancia. O menos. Ella no olía a perfume. No olía a nada. Él, por el contrario, estaba tan nervioso que podía prácticamente paladear el aroma de su propio sudor empapándole la ropa. Se sintió avergonzado. Como consecuencia de ello, el sudor afloró de forma aún más copiosa. Tuvo que bajar los brazos para ocultar que se le había mojado la camisa. La joven metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de chicles.

—¿Quieres uno?

Todavía con el cigarro a medio consumir, Bernardo asintió timorato. La goma de mascar que ella le entregó desprendía un singular sabor a regaliz negro y tenía un ligero regusto picante.

—Es que lo estoy dejando —dijo la chica—. El tabaco, quiero decir.

Su admirador se forzó a amagar una curvatura feliz con los labios. Por dentro, no obstante, un torbellino de sensaciones contradictorias venía de hacerse con el control de todo. Humphrey y Clint se olisqueaban los traseros a no más de diez metros.

—Yo es la primera vez que estoy en este parque —habló la muchacha después de una breve pausa—. Lo encuentro muy hermoso.

Aquello incitó a Bernardo a recordar algo que a veces le decía Ilsa: «La mejor manera de hacer que una charla marche bien es interesarse por los demás». Según la psicoterapeuta, él fallaba de manera calamitosa al establecer relaciones sociales porque estaba demasiado pendiente de todo y porque se evaluaba muy duramente con cada gesto, cada oración y cada cesura hasta apartarse del verdadero núcleo del diálogo y convertirse en un espectador de su propio egocentrismo. En semejantes situaciones, resultaba casi una quijotada preocuparse por el otro, pero, de acuerdo con todos los especialistas, era lo que había que hacer para mejorar. Ni siquiera tenía por qué ser una preocupación sincera. Bastaba con fingir interés. Ya el ensimismamiento del resto de la humanidad —en opinión de Ilsa, igual de egocéntrica que él—, se encargaba siempre del resto.

«A los seres humanos nos encanta hablar de nosotros mismos —resonaron las palabras de la terapeuta en su cabeza—, solo hay que prender la mecha para romper el hielo y que todo comience a fluir. Luego, con agitar la cabeza de cuando en vez es suficiente. No hay más misterio que ese».

Bernardo siempre había visto aquella teoría como una hipótesis desoladoramente reduccionista, aunque no podía afirmar que careciera de lógica. Si le costaba aceptarla se debía más bien a lo mucho que le entristecía hacerlo. Podía tolerar que él fuera un mentecato solipsista incapaz de escuchar a los demás; ahora bien, aceptar que la gente que lo rodeaba y a quien tomaba como modelo también era como él y que lo que él creía que era comunicación era, en realidad, un montón de egos enhiestos pretendiendo escuchar a otros le ocasionaba un desasosiego insufrible.

—¿De dónde eres? —Se atuvo, con todo, a la hipótesis de la psicóloga para evitar que la conversación se empantanase o que la chica pensara que no deseaba prolongarla—. No te he visto nunca por aquí.

Ella se pasó la mano por el pelo. Tales ademanes revelaban interés y afinidad por la otra persona, a juicio de algunos de los libros de comunicación no verbal que Bernardo había leído tiempo atrás, de modo que se lo tomó como un buen indicio y trató de asimilarlo a contrarreloj para no quedarse paralizado.

—Vengo de muy lejos —se limitó a responder la chica en tono nostálgico.

—¿De dónde exactamente? —insistió él, esta vez con curiosidad real.

—Islandia. Vivía allí hasta hace dos meses. En Grundarfjörður, un pueblo al norte de

Reikiavik. Tal vez lo conozcas por la montaña Kirkufjell. Es un lugar muy turístico.

Si aquella joven ya le parecía una persona fascinante cuando aún creía que era su compatriota, el añadido de aquel exotismo determinó que apenas pudiera contener dentro de sí la atracción suscitada por el misterio de su presencia en el parque.

Islandia. ¡Nada menos!

El nombre del remoto país ártico evocaba en su cabeza un montón de imágenes teñidas de bruma, calma, belleza y tranquilidad. Siempre había querido viajar hasta aquella lejana isla para disfrutar de sus paisajes lunares, de sus sobrecogedores páramos de cenizas volcánicas, de las docenas de tipos de nieve que se rumoreaba que sus habitantes distinguían y de las auroras boreales, entre otras cosas. Y de no ser por el pánico cervical que le infundía montar en avión, así como por el resto de sus fobias, ya lo habría hecho hacía tiempo. Con mucha más razón ahora que acababa de descubrir lo atractivas que eran las mujeres de esas latitudes.

Ella sonrió una vez más y su acompañante se vio arrastrado por un coletazo de ilusión.

—Hablas muy bien el español —la halagó—. No tienes ningún tipo de acento.

—Tampoco te creas. Asistí a un curso de tres meses antes de venir, nada más, pero sigo teniendo que mejorar —rebatía la nórdica con modestia.

Bernardo calculó que, para que él pudiera llegar a hablar el idioma islandés con la misma fluidez con que ella se expresaba en español, por lo menos tendría que pasar una glaciación. Además de guapa y simpática, por tanto, aquella chica era también muy inteligente. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Porque, o mucho le fallaba la vista, o no había ninguna cámara oculta filmándolos a ambos.

—¿Y qué tal lo llevas? —se interesó, casi tan incómodo por la humedad de sus axilas como hechizado por los risueños agujeros que de nuevo le marcaron ambos lados de la boca.

—Bueno, he tenido que adoptar un perro —aclaró ella con una nota de amargura—. Prácticamente solo hablo con él, pero podría ser peor.

Mientras Humphrey y Clint retozaban sobre el césped como dos amantes acalorados, Bernardo presupuso que también se sentía sola en la ciudad. La idea de facilitarle su número de teléfono, invitarla a tomar un café o proponerle dar un paseo desfiló por su cabeza, solo que el miedo al rechazo le impidió convertir sus pensamientos en palabras y se produjo un receso consensuado que a él, por alguna razón, le resultó mucho menos tenso de lo habitual.

—No hay nada malo en adoptar un perro —declaró sintiéndose cada vez más a gusto a su lado, como también la foránea daba la impresión de estarlo al suyo—. Yo tengo otro, ya lo ves.

Aquella era una forma velada de decirle que la comprendía y que estaría encantado de ayudarla. Si el subtexto había quedado lo suficientemente claro para que pudiera captarlo o no, lo desconocía. Esperaba que así fuera, desde luego, pero no podía confiarse o se expondría a hacer el canelo, un horizonte aún más trágico que el de tener que enfatizar aquel mensaje. Ella era una chica lista. Tenía que captarlo. Una chica lista, guapa y simpática, claro que... ¿y si lo decodificaba y no le gustaba su contenido? Tal vez se le había acercado con la intención de que pudiera servirle como lubricador social. Era posible, incluso, que aspirara en secreto a conocer a un montón de nativos gracias a él y que le estuviera hablando por pura conveniencia. En ese caso, acabaría decepcionándola, pues Bernardo no conocía a mucha gente salvo a Sabrina, y dudaba que ella quisiera conocerla.

Su ánimo se nubló al recordar que tenía una novia. Estaba harto de ocultar cosas, de tratar de comportarse como alguien normal, de sentir vergüenza por su falta de adaptación social, de todas esas dolorosas realidades. Una imagen de sí mismo siendo absolutamente sincero con la forastera se proyectó en su mente y la intranquilidad disminuyó. De algún modo, sabía que ella no solo lo

entendería, sino que lo ayudaría a reconquistar su seguridad y a volver a disfrutar de la vida. Era, más que una corazonada, una certeza. Casi sentía que ya había sucedido en alguna otra vida, lo cual no lo eximía de seguir teniendo un grave problema: ¿cómo pasar de una mera conversación casual en un parque a ese otro nivel? Bernardo ni siquiera recordaba de qué forma había logrado hacerlo con Sabrina. Lo más probable era que ella se hubiera encargado de todo, ya que lo único más frágil y quebradizo que su memoria era su pírrica capacidad para tomar las riendas.

Sintió el azote de la frustración en la nuca y comenzó a flaquear. Ya no estaba tan seguro de que a ella le apeteciera conocerlo tanto como a él le apetecía conocerla a ella. Con el añadido de que nada había cambiado. Su sonrisa, sus gestos y su voz seguían siendo como antes. Solo la perspectiva acababa de variar, oscurecida por el temor y la sospecha de que lo que él tomaba por un apasionado romance en ciernes quizás no fuera más que la ensoñación de un maniaco con poliestireno expandido en la mollera.

Las parejas normales no se enamoraban en cinco minutos paseando al perro. Primero, si eso, se conocían, luego compartían una o dos copas, se iban a la cama para ver qué tal y, en el mejor de los escenarios, repetían hasta establecer una relación sólida y duradera. Lo que a Bernardo le ocurría estaba reservado para los obsesivos de frenopático o los protagonistas de las películas de Hollywood. Y él no se parecía a Ryan Gosling ni en el blanco de los ojos, que en su caso era más bien rojo de los ojos por culpa del insomnio y de la nicotina. ¿Estaba dispuesto a perder esa oportunidad por no arriesgar? La pregunta zumbó alrededor de sus pensamientos y lo aguijoneó con fuerza hasta que otra aún más perturbadora le tomó el relevo: ¿en serio podría llegar a ser tan cobarde, tan pusilánime? ¡Vaya si podía! En lo que se refería a hacer el primo, por suerte o por desgracia, Bernardo Santos no se caracterizaba por tener muchos límites.

—Creo que voy a empezar a venir más por aquí —dejó caer la chica.

—Yo... yo... también —repuso Bernardo mientras se recreaba en la contemplación de su hipnótica fisionomía.

La islandesa apenas pudo disimular una risilla dulce. Él la interpretó de la única forma posible hasta que su inconstancia lo empujó a pensar en que aquello tal vez no encerrara ningún significado oculto y a vacilar. El móvil sonó de improviso dentro de su bolsillo para postergar la incertidumbre por las bravas.

—¿Diga? —murmuró temeroso de que pudiera tratarse de algo importante.

Al otro lado de la línea, el timbre cálido y escasamente afectuoso de Sabrina enseguida le hizo arrepentirse de ello.

—¿Cómo va ese día? —preguntó rutinaria—. ¿Todo bien?

El treintañero acusó el peso del rubor y se apartó hacia la izquierda, como si así nadie pudiera oírlo. Su nueva amiga bajó la vista, se diría que resignada, sin enmascarar su decepción.

—Sí, todo bien —anunció Bernardo con una voz que, de tan poco natural, sonaba casi computerizada: la misma que solía poner siempre que se veía en la obligación de hablar por teléfono delante de otra gente—. Muy bien.

—No mientas —rejoneó Sabrina con destreza—. Sé que no es así.

Por la rabadilla del dibujante culebreó un escalofrío. ¿Era posible que Sabrina hubiera notado que flirteaba con otra persona? No quería ni pensarlo...

—Todo va bien —reiteró—. Tranquila.

—Mientes fatal, mi amor —dijo ella como para finiquitar el misterio. La otra chica seguía con la mirada gacha, algo impaciente.

—¿Por qué piensas que te miento? —le costó vocalizar a Bernardo.

—Porque te estoy viendo.

Casi se le cae el teléfono al suelo. Con los nervios a punto de saltársele como cuerdas de violín demasiado tensas, echó un vistazo alrededor y se preparó para el desastre.

—¿En serio? —quiso cerciorarse—. ¿Dónde estás?

—Detrás de ti.

La respuesta le heló la sangre. Cuando intentó tragar saliva, lo que se tragó fue más bien su aliento entrecortado. El sudor volvió a hacer de las suyas. Ya le chorreaba por la frente como un riachuelo. Se puso rígido, los músculos de la cara petrificados por el espanto. No quería ni podía mirar hacia atrás. Mal que le pesara, tuvo que hacerlo.

Sabrina lanzó una carcajada a través del teléfono.

—Mira que eres pardillo. Te lo tragas siempre todo.

—Idiota —apenas se atrevió a sisear tras descubrir que allí no había nadie. La escandinava le envió una mirada inquieta con la que trataba de hacerle ver, si no se equivocaba, que la conversación se estaba alargando demasiado—. ¿Qué quieres? —azuzó a su novia—. ¿Por qué me llamas desde otro número?

—¡Joder, qué borde! Ya pareces yo. Te llamo desde otro número porque me olvidé el teléfono en casa. Era solo para que lo supieras, por si me llamabas y no te respondía. Si quieres hablar, llámame a este. Me lo acaba de dejar un alumno.

—De acuerdo, lo haré.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

—En ese caso, nos vemos por la noche. Un beso.

—Sí.

—¿Sí?

Bernardo se resistió a ofrecerle la contestación que buscaba. Hablar con ella le seducía tan poco en aquel instante como mostrarle afecto delante de la islandesa.

—Que otro beso —lo hizo de todas formas para que no se enfadara—. *Ciao*.

Y, sin más zarandajas, canceló la comunicación.

—Era mi madre —se disculpó, apenas creyéndose que hubiera actuado de una forma tan expeditiva—. Está un poco pesada últimamente.

—No te quejes. Al menos tienes una familia que te quiere —lo reprendió la chica con una tristeza tan tierna y honesta que le llegó al corazón. Ambos se miraron a los ojos. Por una vez, Bernardo mantuvo los suyos en alto y no se sintió cortado por haberlo hecho.

—Oye, se me está ocurriendo algo —sugirió en aprovechamiento de aquel impulso—, ¿qué te parece si me das tu teléfono y quedamos algún día?

Aunque la extranjera sonrió como para subrayar que aquello era lo que había estado esperando, no pudo decir nada por culpa de que los dos perros acordaron atacarse el uno al otro cuando se disponía a hacerlo.

—¡Clint! —gritó poniéndose en pie sobresaltada—. ¡No!

El rollizo sabueso acababa de morder al cachorro en una oreja y ahora le lanzaba zarpazos a los ojos entre pavorosos gruñidos. Su rival trataba valientemente de responder a los ataques, aunque era demasiado pequeño y demasiado torpe para causar daños de consideración. A ambos amos les costó separarlos debido a que los animales estaban tan inmersos en la contienda que no atendían a órdenes. La nórdica fue la primera en lograr que su perro se contuviera. Bernardo intentó enganchar al *retriever* con la correa para inmovilizarlo también, pero este le mordió la mano y rompió a correr en dirección a la salida principal del parque.

—¡Mierda! —exclamó incrédulo—. ¡Ven aquí!

Humphrey, avanzando al trote sobre la hierba con el pelaje manchado de sangre, ni siquiera se volvió para atender a sus chillidos. Los llamamientos persistieron hasta que la distancia fue ya excesiva y temió que se extraviara o pudiera ocurrirle algo malo. Ante el peligro, hubo de plantearse si debía salir a la carrera detrás del chucho, con el consiguiente riesgo de que la chica ya no estuviera allí a su regreso, o quedarse junto a ella. No era una elección fácil: de un lado, Humphrey estaba a su cargo y se había comprometido a cuidarlo; de otro, si había adquirido una mascota era para desentumecer su vida y que le pasaran cosas nuevas, como conocer a un alma gemela. ¿Cuál de los dos lados de la balanza debía priorizar?

—Vuelvo enseguida —resolvió confiando en que su acompañante no se marchara—. Espérame aquí.

Para su sorpresa, no sucedió ni lo primero ni lo segundo, pues el animal tuvo la fabulosa idea de internarse en un gigantesco laberinto de setos ubicado en la ladera norte del parque, y Bernardo, siguiendo sus pasos para no perderle la pista, terminó desorientándose dentro de la maraña.

Cuando casi una hora más tarde por fin logró encontrar la salida, un agente de policía lo aguardaba con el labrador sujeto entre las piernas.

—¿Es suyo este perro? —preguntó muy serio mientras el cachorro se refrotaba los bajos contra el canto de sus botas.

Él cabeceó reacio y comenzaron a lloverle las multas: una por no usar la correa, otra por no estar al día con la cartilla de vacunación y con el resto de papeles, y una última, cuando ya parecía que no habría más motivos de sanción, porque Humphrey tuvo a bien ponerse a defecar a los pies del agente y revelar con ello que lo había sacado a pasear sin bolsitas recogecacas en el bolsillo. El saldo de todo aquel entuerto acabó cobrándose ochocientos euros, sesenta minutos de retraso, un banco vacío y un corazón roto.

Bernardo asentó los glúteos en el mismo lugar donde la chica y él habían charlado poco antes y notó cómo sus ojos desfallecidos se derretían en silencio igual que dos gotas al viento. El perro lo miró desde el otro extremo de la correa, moviendo el rabo a izquierda y derecha, y descolgó la lengua como si nada hubiera pasado. Por desgracia para su dueño, aquello era justo lo que acababa de ocurrir.

VII

EL CIRCO SANGRIENTO

Siempre que Bernardo indagaba para entretenerse en los perfiles psicológicos de sujetos con problemas mentales, léase asesinos en serie, líderes de sectas satánicas o políticos en funciones, descubría alguna clase de relación conflictiva entre dichos sujetos y sus respectivos padres. O eso, o algún otro trauma de la infancia vinculado de forma directa o indirecta con ellos. En su caso, por el contrario, las relaciones con sus padres habían sido las mejores que podría haber tenido. Comprensivos, tolerantes, agradecidos y generosos, le habían sufragado todos sus estudios —tan diversos como estériles—, lo habían apoyado en todos sus proyectos —incluso los más disparatados, como cuando se le había metido en la cabeza dedicarse al diseño artístico de máquinas tragaperras—, y habían también soportado todas sus neuras y salidas de tono, que solían ser de lo más cansinas, frecuentes y delirantes.

Por estos y otros motivos, Bernardo llevaba tiempo sintiéndose en un estado de deuda perpetua con ellos. Los pobres habían depositado tantas expectativas sobre su figura que la sensación de haberles fallado llevaba años convertida en su gigantesca bola de estiércol personal. Día tras día la llevaba consigo, empujándola denodadamente como un escarabajo pelotero sin que nunca dejara de aumentar. A veces ni siquiera recordaba que seguía ahí de tanto que se había acostumbrado a ella. En tales ocasiones, su padre, su madre y su hermana solían refrescarle la memoria sin demasiados paños calientes: «Tienes ya treinta primaveras. Como no encuentres un trabajo que te permita cotizar un poco, lo vas a pasar mal cuando llegues a los sesenta». «¿No piensas darnos un nieto? Es lo mínimo que nos merecemos después de todo lo que hemos hecho por ti». «Debería darte vergüenza vivir en el piso de papá y mamá a tu edad. ¡Al menos págales el alquiler!». «Si me hubieras hecho caso y te presentaras en su momento a las oposiciones, ahora no tendrías que vivir de concursos y convocatorias de ayudas públicas». «¿Qué tontería es esa de la ansiedad y la depresión? A ti lo que te hace falta es una buena mili, como la que hice yo. Recuerdo aquella vez en Mahón, que...».

Y así todos los días: sin tregua, sin piedad. Bernardo era incapaz de hacerles ver que el primero que quería tener un buen trabajo, una pareja decente, un hijo hermoso y lozano, un piso propio y una vida normal era él. Su frustración por no haber conseguido ninguno de estos objetivos —que los hijos de todos los amigos de sus padres, al parecer, sí habían conseguido, lo

cual acentuaba el fiasco—, tenía una naturaleza dual. Por una parte, estaba la insatisfacción íntima que le originaba la carencia de todo lo anterior, y, por otra, estaba la insatisfacción extra que le producía el descontento de su familia.

Si de él dependiera, lo habría dado todo para hacerlos felices, vaya por delante, claro que un montón de cosas escapaban a su control. A saber: ¿cómo iba a conseguir un empleo si tenía tantas dificultades para trabar conversaciones normales por causa de su fobia social? ¿Acaso podría superar una entrevista de trabajo sudando como un cerdo, permanentemente ruborizado y tartamudeando de forma estúpida al hablar? Tal vez podría lograrlo si computara como minusválido, pero ni eso. A pesar de todas sus taras, valía igual que cualquiera a ojos de la sociedad. ¿Era aquello justo? Él creía que no. ¿Y cómo iba a darle un nieto a nadie si la persona con quien compartía sus días, además de tratarlo como un trapo, ni siquiera contemplaba tal posibilidad? ¿Cambiando de pareja? Lo haría si lo hubieran programado desde el punto de vista genético para flirtear con el sexo opuesto o si volviera a toparse con la chica del parque, solo que tampoco eso estaba en su mano. ¿Un piso propio? ¿Una vida independiente? Para ello necesitaba dinero, y para obtener dinero antes necesitaba un trabajo, y para obtener un trabajo primero necesitaba superar sus problemas, y para superar sus problemas, claro, no necesitaba que le repitieran que los tenía, porque eso solo empeoraba el cuadro.

Pese a ello, que a Bernardo le afectara lo anterior no imposibilitaba que comprendiera el punto de vista de su familia. Lo comprendía bastante mejor de lo que ellos comprendían el suyo. Debía de ser terrible, bien mirado, haber traído al mundo a un chico en teoría normal solo para ver cómo la vida que le habían dado no lograba prender en él de un modo estable. El dibujante se sentía muy avergonzado por ello, y no era raro que esa vergüenza lo llevara a adoptar actitudes irascibles frente a sus seres queridos o a experimentar grandes altibajos de humor en su compañía, quizás porque, de acuerdo con las leyes del buen cobarde, solo podía permitirse actuar así delante de gente cuya fidelidad tenía garantizada de antemano.

O eso creía él...

Oficialmente, Bernardo había abandonado el nido materno apenas un año antes de la adquisición de Humphrey, pero, extraoficialmente, el nido al que se había mudado no dejaba de ser también materno, dado que su madre figuraba como propietaria legal del inmueble. La idea la había tenido él mismo una tarde de intensa letargia frente al televisor. En concreto, la número tres mil quinientos sesenta y ocho. O similar. Se le había iluminado la bombilla a raíz del pudor que sentía desde hacía años a que sus padres contemplaran el erial en que se había convertido su existencia. No podía soportar que presenciaran cómo toda su actividad social se iba reduciendo poco a poco al ámbito de su habitación, y cómo esta última, ya no poco a poco, sino muy muy muy rápido, se volvía más pequeña cada vez. Para atajar la humillación, una tarde les había sugerido irse a vivir al piso que tenían en alquiler, donde ya todos se habían alojado con anterioridad.

—Lo que os pagan por arrendarlo no da ni para pipas —recordaba haberles dicho para persuadirlos—. Además, esos inquilinos vuestros lo están destrozando todo. Yo podría arreglar los desperfectos, cuidarlo mejor que nadie, comprar algunos muebles y vivir dentro junto con algún otro realquilado.

Ellos dudaron bastante. Entre otras razones, porque buscaban una emancipación real, y no un simulacro. Con todo, entendían que su hijo era ya talludito y que necesitaba cierta independencia, por lo que le habían dado su bendición confiando en que estar solo lo ayudaría a espabilar.

Desde aquel verano, Bernardo languidecía en una vivienda unifamiliar que cada día le

resultaba más opresiva debido a que ignoraba cómo rellenar su vacío. Tal vez por ello —y porque lo de compartir piso enseguida se quedó en nada al advertir que la compañía de un extraño rompería en exceso el delicado equilibrio de su entorno—, había accedido a que Sabrina se estableciera de manera intermitente allí.

Era algo que ni siquiera él se explicaba muy bien. Odiaba la soledad. Intuía que estaba detrás de la mayor parte de sus problemas, que los favorecía y que era el gran enemigo a batir. Y sin embargo, no dudaba en saltar a diario a sus brazos consciente de que mantenerse alejado del mundo le proporcionaría el mismo sosiego y el mismo placer que a un eremita hacer vida monástica en una gruta de montaña.

Estar a solas le atraía de un modo morboso e irresistible, le permitía olvidarse de que no lograba establecer conexiones duraderas con el resto de la humanidad y atemperaba el siempre ruidoso caudal de sus pensamientos. A cambio, solo tenía que lidiar con algunos efectos secundarios poco deseables, como la pena, la melancolía, la indolencia, el estrés, la baja calidad de su sueño o sus periódicas fijaciones autodestructivas, motivos todos ellos de que aún siguiera plantándose algunas noches en casa de sus padres con cualquier excusa a fin de que le permitieran descansar allí. El agravante de que también continuara visitándolos casi todos los días para comer en su mesa —y así no tener que gastarse los cuartos en el supermercado—, o, lo que era aún peor, de que les saqueara la despensa con el mismo objetivo antes de regresar al piso dejaba muy claro que su independencia y la implantación del esperanto como lengua franca compartían unos índices similares de afianzamiento. Bernardo lo sabía bien, y sabía que ellos también lo sabían aunque se hicieran los tontos; pero sabía asimismo, gracias al cielo, que estaban muy preocupados por él y que verlo todo el rato no les desagradaba porque era el mejor modo de mantenerlo vigilado.

Para cuando se presentó en la casa con Humphrey en el regazo, el pacto todavía estaba vigente. Su padre abrió la puerta. Tenía el pelo revuelto, la nariz manchada de pequeñas venas encarnadas y un pinturero mostacho que ribeteaba con picardía su graciosa sonrisa, carente del colmillo superior derecho. Para tratarse de alguien no muy alto y con una edad ya estimable —sesenta y dos años—, poseía cierta corpulencia y un fenomenal estado de forma. Las nieves del tiempo habían plateado su sien y marchitado su piel, como en la canción, aunque conservaba una gran jovialidad y un despierto sentido del humor del que tanto su madre como su hermana carecían.

—¡Hombre! —deslizó con retranca al verlo—. ¡Cuánto tiempo! ¿De compras otra vez?

—No solo de compras —fingió reír Bernardo, que elevó al cachorro para que lo viera—. Este es Humphrey.

A su padre se le quebró la sonrisa. Mientras examinaba al animal con una mirada respondona, apenas parpadeó.

—¿Humphrey? —repitió muy serio—. ¿Por Humphrey Bogart?

—Eso es —validó Bernardo sonriente—. Si lo miras de lado, hasta se parecen un poco y todo.

—Ya. ¿Y tú crees que Bogart aprobaría que le pusieras su nombre a un perro?

—Lo hice con cariño —se defendió Bernardo, que no esperaba que su padre reaccionara de la misma forma en que él había reaccionado frente a Sabrina—, es un homenaje.

—¿Un homenaje? ¡Pero si lo estás llamando saco de pulgas!

—O cachorro adorable, según se mire.

—Será eso, sí.

Había un deje en la manera de hablar de su padre que no sonaba nada prometedor. La distintiva afabilidad de sus modales había desaparecido al poco de haber posado los ojos sobre el

perro. Era impropio de él, y solo podía implicar algo: además del nombre del cachorro, le desagradaba que lo hubiera comprado. Bernardo ignoraba la razón, ya que su progenitor era un gran amante de los animales. Ninguna de las mascotas que había tenido con anterioridad, eso sí, había llegado a cerrar su ciclo de vida junto a él: Cola-Cao, el viejo *collie* del clan, había muerto atropellado por un tractor durante un paseo por el campo; a Nesquik, el dóberman, habían tenido que sacrificarlo como único modo de conseguir que dejara de atacar a todas las abuelas y niños del barrio; Paladín, el *fox terrier*, había huido un buen día harto de que sus paseos no duraran tanto como él quería —igual que el gato Milka y su sustituto Kitkat por un motivo algo más mundano: la búsqueda de una *partenaire* sexual—; y Tulicrem, su obediente pastor belga, había pasado también a mejor vida tras ser envenenado por una vecina tarada que lo odiaba y de la cual él se había vengado posteriormente a manguerazos mientras esta colgaba la ropa en el jardín.

A la luz de todo ello, la actitud del jefe de la casa al descubrir al cachorro no aventuraba nada bueno, de lo que se sobreentendía que iba a ser mejor poner pies en polvorosa si decidía acercarse a alguna toma de agua. Bernardo incluso temía que su padre, quien cada vez se mostraba más proclive a los exabruptos, pudiera estar sufriendo las consecuencias de una senilidad incipiente. Nunca se lo había dicho a él para evitar que se soliviantara, pero sí que lo había hablado meses atrás con su hermana y ambos habían coincidido en algo por primera vez en lustros. Solo en parte, claro, pues, mientras que a Bernardo las aventuras de su padre le parecían muy divertidas, a su hermana, Gloria, le daban bastante vergüenza ajena. Ella no llevaba nada bien, por poner un par de ejemplos, que se hubiera aficionado a hacer de vientre en público con el argumento de que era mucho más beneficioso para el tracto digestivo o que a veces se tomara algunas copas de más y acabara amenazando con pistolas detonadoras a cualquiera que le llevara la contraria en materia de fútbol o política, fijación muy alejada de las buenas costumbres que más de una vez lo había llevado a pasar por los juzgados.

Esas butades y otras del estilo, como la de lanzarse a beber de las ubres de las vacas cada vez que se encontraba una por el campo al grito de «lo natural sabe mucho mejor», no eran plato para todos los gustos. Y mucho menos para el de su hermana, cuyos escrúpulos estaban muy por encima de los de la media, hasta el punto de no poder entrar en ningún hospital por miedo a los gérmenes o de ser incapaz de limpiarse el trasero con un papel higiénico que no tuviera al menos doble capa y se encontrara convenientemente perfumado. En compensación por los excesos paternos, Gloria era de esa extraña estirpe de personas capaces de aguantarse las ganas de orinar durante un vuelo transoceánico con tal de no tener que utilizar los aseos del avión. O en otras palabras: sus reparos, sus ganas de chincharlo y su vejiga estaban a prueba de bombas. De las de racimo.

En el interior de la casa olía a queso gratinado. Humphrey elevó el hocico, olfateó el aire con devoción y comenzó a salivar. Su madre aguardaba en la cocina preparando una lasaña vegetal. Era como la vigésima vez que intentaba hornear una desde que Bernardo había tenido el desacierto de decirle que le apasionaba aquella receta, pero, por diferentes vicisitudes, jamás había conseguido culminarla con éxito. O bien se le quemaba, o bien se le desparramaba durante la cocción, o bien lo arruinaba todo en el momento menos oportuno al añadirle algún ingrediente que no pegaba ni con cola tratando de aportar su toque personal a la receta.

En cuanto vio a Humphrey, la lasaña se le cayó del susto y gritó con estridencia. El animal saltó al suelo desde su regazo y comenzó a lamer la masa deforme en la que se había convertido la vianda sin dejar de mover el rabo.

—Dime que no te has comprado un perro —gruñó su madre entre afanosos suspiros.

Bernardo se rascó el cogote y recogió al peludo para evitar que se indigestara. Su hocico

negro era ahora blanco por efectos de la bechamel.

—Técnicamente, lo he adoptado.

Fuera de sí, la mujer se llevó las manos a la cabeza.

—¿Un perro? ¿Has adoptado un perro? ¿Otro?

—Es la primera vez que adopto uno. Técnicamente...

—¡Déjate de tecnicismos! —berreó la cocinera quitándose el delantal y arrojándolo al suelo de malos modos. Humphrey se revolvió en los brazos de Bernardo. Su instinto de perro cobrador lo apuraba a saltar a recoger la prenda, aunque él lo detuvo a tiempo—. ¡Casi no tienes ni para comer y te compras un perro! ¿Es que has perdido el juicio?

—Vamos, vamos. No te pongas así. Mira qué bonito es... —intervino el patriarca. Su dedo índice se acercó a Humphrey y este se lo mordió hasta que hubo de retirarlo. Tenía sangre en él.

—Todavía no controla la mordida —lo justificó Bernardo—. Solo es un cachorro.

—La última vez que tuvimos un cachorro por aquí nos gastamos el sueldo de un trimestre en reparar los arañazos que dejó en los muebles del salón —protestó su madre—. Eso pasando por alto todas las veces que se cagó por las habitaciones, los cientos de pelos que todavía hay pegados a mis abrigos o que al final no le hacíais ni caso y tenía que salir a pasearlo yo. ¡Ni de broma voy a permitir que vuelva a suceder algo así!

—¡Maldito chuchó! —farfulló su padre mientras se limpiaba la sangre del dedo contra la pernera del pantalón—. Me los ha clavado bien.

Bernardo acarició al perro para calmarlo, sin conseguir más que ganarse otro mordisco en la mano.

—Igual exageráis un poco —alegó conteniendo el dolor para con ello mitigar a su vez la importancia del incidente—. No voy a negar que en el pasado hayamos tenido algunos problemas con nuestros animales. Humphrey, en cambio, es responsabilidad mía y me encargaré de él. Os juro que no le veréis el pelo si no queréis hacerlo.

—Claro. Pues mira cómo te está dejando el jersey. —Su madre estiró la mano y agarró un revoltillo de pelos blancos de los muchos que se le habían quedado pegados a la ropa—. ¿Y dónde pretendes esconderlo para que no lo veamos? Porque no querrás meter a un labrador en un piso, ¿verdad?

—Eso es cierto, hijo. Los labradores son una raza que requiere de mucho ejercicio. Y no te ofendas, pero, exceptuando el aporreamiento masivo de mando de videoconsola, donde sin duda vales tu peso en oro, el deporte no es lo tuyo.

Siempre lo mismo con su padre. A la mínima oportunidad, aprovechaba para proyectar contra él todo el coraje que sentía por no haber conseguido que le gustara el deporte. Esto se debía a que llevaba décadas combinando su trabajo como oficinista en un banco con un puesto de entrenador de fútbol en el mismo equipo local donde él, según se afanaba en recalcar cada vez que le daba al tinto, había destacado como guardameta de joven y donde, a mayor gloria, presumía de haber conquistado el récord de imbatibilidad en el sesenta y ocho mientras el resto de los jóvenes de su edad se dedicaban a quemar contenedores y a dejarse contaminar por el marxismo. Su madre solía bromear acerca de la desafección de Bernardo por el deporte y a menudo le recordaba a todo el mundo, en una especie de loa a las ironías del destino, que no paraba de darle patadas en el vientre durante el embarazo.

—Creíamos que iba a ser futbolista, pero al final nos salió pelota —le gustaba a apuntillar como moraleja.

No mentía. Su hijo había sido un bebé más bien gordo. Con el agravante de que aún había ganado más grasa corporal durante la pubertad gracias a las fritangas con las que solían

alimentarlo. A Bernardo Santos Sr. nunca le había gustado eso. En especial, cuando iban a la playa y las loras del crío atraían más miradas que sus propios pectorales. Naturalmente, el pequeño Bernardo tampoco encontraba agradable su sobrepeso. Se sentía mal consigo mismo, feo, imperfecto. Y puesto que esa complexión lo inhabilitaba para seducir a las chicas en la vida real, lo hacía en las viñetas de los cómics que él mismo creaba utilizando como protagonista a un personaje llamado igual que él. Pronto, aquella catarsis tuvo como resultado que comenzara a dibujar con gran soltura y a adquirir tal pericia a los lápices que su padre, muy poco dado a alardear de él por los motivos antes descritos, empezó a hacerlo frente a todo el mundo en celebración de sus primeros premios y reconocimientos.

Su cuerpo pegó entonces el estirón hasta transformarlo en un joven flaco, espigado y sin atisbo de adiposidad, si bien la pasión por el deporte —algunas cosas nunca cambiaban— seguía brillando por su ausencia. Ni lo veía por la tele ni lo practicaba. Más aún, en las pocas excepciones a esa norma, había comprobado que ejercitarse incrementaba sus niveles de ansiedad —le obsesionaba demasiado el ritmo de bombeo de su propio corazón—, y no le habían quedado muchas ganas de seguir meneando el esqueleto. La regla a partir de ahí pasó a ser: «prohibido moverse, salvo en caso de extrema necesidad». Y nadie podía decir que no la hubiera cumplido de manera taxativa.

—¡Increíble! —lo enjuició una voz a sus espaldas—. ¿No has escarmentado todavía?

Era su hermana. Sostenía las llaves del coche en la mano y un bolso al hombro tan colorido como aparatoso. Desde hacía un tiempo, la muy canalla disfrutaba metiendo cizaña en todos sus asuntos delante de sus padres. Bernardo no entendía qué la llevaba a hacerlo con tanta ferocidad y mala baba, pues muchas de las cosas que estos le echaban en cara podían aplicársele por igual. Quizás ahí estaba el truco, en su habilidad para utilizar aquellas puñaladas traperas como cortina de humo y táctica de desvío de la atención. Solo así podía explicarse que le reprochara continuamente el asalto del piso familiar cuando ella, que le sacaba cuatro años, se había independizado solo dos meses antes, o que le reprochara que siguiera yendo a comer a casa cuando también hacía lo mismo.

Por culpa de esta actitud tan hipócrita, Bernardo y su hermana habían tenido numerosos rifirrafes. La impaciencia del primero y su facilidad para irritarse no casaban muy bien con los modos desafiantes y el temple sardónico de la segunda. De este modo, mientras él se desesperaba cuando su némesis no le daba la razón en algún asunto en que los datos demostraban que la tenía, ella disfrutaba no escuchándolo y sonriendo de forma arrogante, como si le diera igual que el arcángel Gabriel bajara de los cielos para anunciarle que estaba equivocada, hasta que Bernardo perdía los estribos y ambos dejaban de hablarse durante días, semanas o meses. Pero, a su manera, los dos se comprendían y hasta se toleraban.

Les gustara o no, eran mucho más parecidos de lo que ninguno admitiría. Por lo menos desde un punto de vista temperamental. En cuanto a lo demás, no podían ser más diferentes: si Gloria cuidaba su aspecto a conciencia; a Bernardo no le podía importar menos; si Gloria disfrutaba gastándose el dinero en cosas caras y lujosas, Bernardo detestaba el derroche y la suntuosidad; si Gloria no experimentaba nada que no fuera indiferencia frente a una buena película, un buen libro o un buen disco; el estado de ánimo de Bernardo oscilaba de forma radical según lo que hubiera visto o escuchado —con mayor fervor cuando lo que había visto era alguna película de Bogart y lo que había escuchado algún álbum del maestro Julio Iglesias—; y, por último, pero no menos significativo, Gloria envidiaba a Bernardo porque siempre había sido el hijo favorito de sus padres —seguía siéndolo, aun con todas las expectativas truncadas—, en tanto que su hermano pequeño la envidiaba a ella por haber logrado darles todo lo que él no lograba darles: la

tranquilidad de tener un trabajo, una pareja, un futuro nieto y estabilidad afectiva.

—Esto no va contigo —gruñó Bernardo crispado—. Igual harías mejor yéndote a cambiar el támpax, que parece que hoy lo necesitas.

—¡No le hables así a tu hermana! —ordenó su madre—. ¡Es machista!

—Ha empezado ella.

—¿Ah, sí? ¿He traído yo un perro a casa cuando está claro que no puedo cuidar ni de mi flora intestinal? —se burló Gloria.

—Joder, si lo llego a saber, no vengo.

Humphrey no paraba de dar vueltas en el regazo de Bernardo. Él se vio obligado a dejarlo en el suelo y el perro se puso a olisquear a todos los presentes con haraganería.

—Como se vaya por la pata, lo limpias tú —advirtió su madre.

El *retriever* trotó hasta ella y comenzó a mordisquearle las zapatillas—. ¡Quítamelo de encima! —agregó la mujer con un respingo horrorizado.

—Solo está jugando.

—¡Y un cuerno! ¡Me está mordiendo! ¡Ay!

—Humphrey. ¡Ven aquí!

—¿Humphrey? —terció su hermana, a la caza—. ¿En serio?

—Es una falta de respeto, ya se lo he dicho yo —ratificó su padre.

—¡Humphrey!

El cachorro no obedeció. Para alejarlo de las zapatillas, Gloria le dio un puntapié en el trasero. Su cuerpo rodó hasta los pies de Bernardo, que volvió a recogerlo.

—Será mejor que me vaya —desistió mientras el perro babeaba sobre sus brazos—. Esta visita ha sido mala idea.

—¡Y tanto! —confirmó su madre—. Pero de aquí no te vas hasta que contestes a mi pregunta: ¿dónde piensas meterlo? ¿En el piso?

El requerido sabía que no debía responder nada. Al menos no con sinceridad.

—Se quedará en casa de Sabrina —dijo tras un carraspeo delator.

—Te he parido —replicó ella—. Sé cuándo mientes.

Bernardo odiaba ese tipo de arrinconamientos. Si ya le parecía que era transparente a los ojos de todo el mundo, cuando se enfrentaba a los de su progenitora no se trataba de que fuera transparente, era agua de Solán de Cabras. Engañarla estaba a años luz de constituir una opción realista. Como madre, tenía un don especial para sintonizar con sus pensamientos y emociones, el famoso instinto maternal o lo que demonios fuera, y le fastidiaba que alguien por lo general tan poco observadora siempre le ganara la mano en lo que a la veracidad de sus palabras concernía.

—Para ser sincero, no esperaba que reaccionarais así —trató de explicarse con una calma que ni de lejos sentía—. Presupuse que os gustaría tenerlo en casa. Quiero decir: miradlo. —Volvió a depositar a Humphrey en el suelo—. ¡Es un ángel!

Esta vez, el cachorro se quedó quieto. Sus ojos se encontraron con los de Gloria y los de su madre mientras meneaba el rabo y trataba en vano de morderse la punta. La familia al completo presenció aquellos graciosos movimientos con atención. Luego, Bernardo percibió que en el rostro de todos sus integrantes, pero de manera particular en el de su padre, empezaba a emerger una velada sonrisa.

—Hay que reconocer que feo, lo que se dice feo, no es —admitió la abnegada madre y esposa—, pero nada de vivir en el piso. Lo destruirá.

—No si yo se lo impido —propuso el dueño del animal—. Esta raza es muy inteligente. Dicen

que aprenden rápido. Además, lo estaré vigilando todo el rato.

—¿Y los pises y las cacas?

—También le enseñaré a hacerlo todo donde debe. Y lo sacaré al parque cuando toque. Será cuestión de días hasta que aprenda.

Ella realizó una pausa pensativa al tiempo que su marido, mucho menos hostil, jugueteaba de nuevo con Humphrey y Gloria aguardaba el dictamen ansiosa por rematar al artista gráfico.

—¿Y quién va a pagar todos sus gastos? —inquirió la primera, inapelable—. Tener un perro conlleva una responsabilidad. Hay que darle de comer, llevarlo al veterinario, desparasitarlo y mil cosas más. Y tú no tienes un duro.

—Eso es falso. Acabo de ganar un concurso.

—Un premio de medio pelo no es un sueldo. Nadie te garantiza que el día de mañana vuelvas a ganar otro. ¿Si te quedas sin dinero, qué? ¿Además de gastarme los cuartos alimentándote a ti, también tendré que pagarle todo a él?

—Encontraré trabajo. Lo prometo.

—Siempre dices eso, pero llevas casi siete años con la misma monserga y aún no has dado palo al agua.

Bernardo se sintió otra vez acorralado. Por mucho que le doliera, llevaba toda la razón del mundo. No había tenido ningún trabajo serio desde su graduación, y ya había llovido de lo lindo.

—Cierto —malmetió Gloria, tan carroñera como de costumbre—. Primero el trabajo, luego las mascotas. Porque descendencia ya se ve que no les vas a dar.

—¡Tú cállate, payasa!

—¡Vete a la mierda! ¡Tarado, que eres un tarado!

La rabia ascendió por el sistema circulatorio de Bernardo hasta propiciar un repliegue descontrolado de su rostro

—¿Qué has dicho, pedazo de cerda?, ¿quieres que te recuerde lo de tus vómitos después de comer?

Gloria estalló también en ira y amenazó con arañarle la cara.

—¡Vomito porque me das asco! —rugía fuera de sí— ¡Hueles a esmegma!

—Ya, claro. ¿Y el cocido a que huele, que hace mucho que no lo pruebas? —ironizó él con histriónicos aspavientos—. ¡Uhhhhhh! ¡Soy el cocido! Vengo a por ti. ¡Mira qué morcón! ¡Cocido montañés! —Colocó las manos sobre la entrepierna en un gesto obsceno. Su padre se interpuso para tratar de separarlos, sin éxito.

—¡Cocido tienes tú el cerebro con tanta pastilla! ¡Deberías estar en el puto manicomio, jugando al pimpón con tus otras personalidades!

La paciencia de Bernardo se colmó e hizo que saltara sobre Gloria impelido por una furia descontrolada. De camino, arrolló al cabeza de familia como un camión sin frenos a un cervatillo distraído. Todos acabaron en el suelo, donde los dos hermanos llegaron a las manos a pesar de los intentos del tercero en discordia por poner fin a la contienda. Gloria le mordió una oreja a Bernardo. En represalia, él quiso meterle un dedo en un ojo, pero su adversaria estuvo más rápida y logró esquivar el ataque utilizando como escudo el cráneo de su padre. El índice se hundió en la cuenca derecha del mediador con un sonido cremoso. Del leñazo subsiguiente, Bernardo voló hasta el cubo de la basura.

—¡Basta! —gritó el del ojo herido poniéndose en pie para poner fin a la disputa—. ¡Una palabra más alta que otra y saco la manguera! ¡O la pistola!

La amenaza no pudo tener un efecto más persuasivo. Ambos contendientes cejaron en su lucha y se limitaron a sondearse el uno al otro con rencor mientras su padre y su madre hacían lo

propio con ellos durante alrededor de medio minuto. A su término, todos repararon en Humphrey. El travieso cachorro seguía moviendo el rabo como si nada, pero entre sus dientes de leche podían apreciarse los restos rosáceos de una bolsa de raticida.

VIII

HORAS DESESPERADAS

Como si de otro perro más se tratara, Bernardo llegó hasta las dependencias del veterinario con la lengua fuera. Su cansancio se debía a que había rechazado, en un ataque de orgullo, que su padre lo transportara en coche hasta allí y a que eso lo había obligado a efectuar el desplazamiento a la carrera solo para demostrar que podía ocuparse de sus propios asuntos. El perro, que llevaba un buen rato aletargado y le había vomitado unas tres veces sobre el abrigo, no tenía muy buen aspecto: su boca rebosaba espuma blanca, los ojos se le habían entornado sobre el hocico reseco y su temperatura corporal excedía en varios grados a la media ordinaria.

Cuando Bernardo se plantó en la consulta, chorreante de sudor, y acomodó a Humphrey sobre la camilla, advirtió que el perro no solo lo había puesto perdido de licores gástricos, sino también de heces malolientes de consistencia mucosa. Todo ello, unido a que la herida del pedazo de oreja que su hermana había tratado de arrancarle seguía sangrando con profusión, le otorgaba una apariencia desahuciada muy poco acorde con los estándares de un establecimiento tan de postín como aquel.

El hombre al mando del negocio, un tipo bajito y corpulento de cabellos rubios y carrillos sonrosados, todavía se acordaba de él por haberlo visitado antes con otras mascotas, de ahí que le tendiera un par de toallitas higiénicas para que se limpiara, sin hacer ningún comentario. Ya más tranquilo y aseado, Bernardo pasó a narrarle lo que había ocurrido. El veterinario escuchó pacientemente su relato, le formuló unas cuantas preguntas que él respondió con docilidad y pasó a tratar de salvarle la vida al labrador.

—No puedo garantizarte que vaya a sobrevivir —lo previno de antemano poniéndose los guantes—. Es muy joven aún y puede haber complicaciones, pero haré todo lo posible por sacarlo adelante.

El dueño del cachorro le dio su aprobación. Una auxiliar de clínica con voz de pito y maneras sobreactuadas lo condujo seguidamente hasta la sala de espera, donde Bernardo acaparó un sillón y se puso a leer una revista de temas caninos. El primer contenido con el que se topó fue un reportaje firmado por el afamado etólogo Claude Lund en el que este desmontaba el mito de que los perros podían servir de ayuda a las personas con trastornos mentales. Según sostenía, era verdad que aportaban un valioso estímulo terapéutico en ciertos pacientes al reconectarlos con el

mundo real, pero dicha premisa en ningún caso valía para todas las personas, ya que había que tener muy en cuenta cada perfil concreto antes de evaluar la posibilidad de usar a un animal como recurso médico. En una tónica similar, el tal Lund puntualizaba que no todas las razas resultaban aptas para ello y aportaba datos estadísticos que refrendaban su hipótesis de que una mala combinación raza-de-perro/neurosis-de-amor podía empeorar el pronóstico del paciente e incluso conducirlo al suicidio, como así había ocurrido en determinadas ocasiones.

Bernardo dejó la revista encima de la mesa y comenzó a sudar otra vez. Si aquello era cierto, tal vez se hubiera condenado a sí mismo al adoptar a Humphrey. Y si no lo era, el comecome ya se había incrustado en su cerebro y no iba a librarse de él por una buena temporada. «Estás pensando de manera catastrofista —se dijo—. Tu perro agoniza ahí dentro y a ti, para variar, solo te preocupa lo que pueda pasarte...». Pero era inútil. La terapia cognitivo-conductual no funcionaba con él igual que tampoco habían funcionado el yoga, el taichi o las pastillas. Su negatividad desbordaba cualquier medida que adoptara para contrarrestarla. Tenía la fuerza de una erupción volcánica y la pregnancia de la brea. Ilsa decía que se trataba de una distorsión, pero Bernardo sospechaba que eso de pensar que las cosas que a uno no le gustaban fueran siempre una distorsión era la mayor distorsión de todas. ¿Por qué tendría que concebir el mundo en blanco y no en negro si existían más posibilidades de que todo fuera negro que blanco? No había más que leer las noticias. O salir a dar un paseo. O echarse una novia, ya que estábamos. Hasta las peores paranoias atesoraban, en el fondo, un atisbo de verdad. ¿Y qué demonios era la verdad? Desde luego, autoconvencerse de que el corazón no se le podía parar en cualquier momento no. Ni tampoco creer que podía hacer cosas que estaba claro que no podía hacer, o verse a sí mismo de formas que no se ajustaban a la realidad. Aquellas técnicas eran el equivalente inalámbrico de una lobotomía, y él no quería vivir en Matrix ni tener la cara de palo de Keanu Reeves. Tal vez asumir la realidad de su propia miseria lo estuviera destruyendo desde todos los puntos de vista, pero al menos lo había decidido por voluntad propia. Lo que Ilsa pretendía era una quimera y una estupidez, algo similar a tratar de venderle un cucurucho de cagarrutas de cabra a un grupo de excursionistas haciéndolas pasar por Conguitos. No negaba la posibilidad de que hubiera gente tan incauta como para caer en la trampa; otra cosa era que eso llegara a alterar el sabor de nada. Medio vacío o medio lleno, el cucurucho siempre contenía y siempre contendría la misma materia de la que estaban hechos los sueños: decepción.

Transcurrida una media hora, el veterinario reapareció en la sala de espera. Bernardo se sorprendió al pensar que estaba a punto de comunicarle que Humphrey había fallecido y sintió cierto desahogo. Si el perro sobrevivía, ya no le sería posible rechazar su custodia por culpa de las discusiones que había mantenido con su novia y con su familia. Y, en ese caso, de acuerdo con el artículo de Claude Lund, no le esperaba nada bueno, así que su muerte era quizás lo mejor que podía pasarle. En el rostro del doctor, no obstante, se apreciaba más cansancio que abatimiento.

—Buenas noticias. Humphrey saldrá de esta.

El dibujante se esforzó por sonreír para no levantar sospechas. Aun con esas, era obvio que la felicidad distaba de embargarlo.

—Estupendo —dijo en tono seco y aséptico—. No sabe cuánto me alegro.

—Ha sido complicado, eso sí —continuó el veterinario—. Tuve que sedarlo, sonarlo y practicarle varios análisis. Y también que abrirle una ficha, expedirle el pasaporte europeo y tramitarle una cartilla de vacunación. Es la ley.

—¿Tanta burocracia por un perro? —preguntó el treintañero, que nunca antes había visto semejante despliegue de papeleo.

—La verdad es que es un poco excesivo, pero si no lo hago se nos puede caer el pelo a los dos. Como digo, es la ley. Y la ley hay que cumplirla.

Bernardo se avino a consentir. No era plan de gritar «*Sieg Heil*».

—Pues nada, entonces. ¿Cuánto le debo?

Con un ademán cómplice, el veterinario le solicitó a su auxiliar que preparara la factura. La empleada se tomó su tiempo, pues tenía que sumar un buen número de conceptos. Cumplido el trámite, le entregó un papel doblado y una bolsa repleta de chuches para mascotas.

—A esto invita la casa —comentó risueña—. Le gustarán.

Bernardo agradeció el detalle, recogió todo y se lo guardó en el bolsillo. Más tarde, le dio la tarjeta de crédito y esperó a que realizara la transacción. El especialista apareció al cabo de un rato con Humphrey en brazos. Estaba adormilado y seguía sin tener buen aspecto, pero el rabo le ondeó ligeramente, a pesar de todo, al olisquear las chuches.

—Se irá poniendo bien a medida que avancen las horas —relató el hombre tras pasarle el cachorro—. Que no coma ni beba nada hasta mañana excepto este pienso hipoalergénico. —Le entregó también una bolsa de alimento de primera calidad—. Ya se lo carga Merche en la factura. —La ayudante examinó la bolsa y tecleó algo en el ordenador—. Asegúrese también de que no salga mucho de casa hasta que complete todas las vacunas o podríamos tener problemas con el parvovirus o la leptospirosis. ¡Ah!, y, por supuesto, dele mucho cariño, que el pobre lo necesita.

El silencio inundó la sala hasta que el lector de tarjetas emitió un bip. Aquello ponía de relieve que había algún tipo de problema con la transacción. La auxiliar volvió a deslizar la Visa por el cacharro, con idénticos resultados.

—No funciona —avisó desconfiada—. Su banco rechaza la operación.

Bernardo se puso rojo como un tomate y comenzó a transpirar de nuevo. El corazón le iba a mil por hora y el resto del cuerpo, entre el peso del perro y el de la bolsa de pienso, se le descoordinó. No bien hubo colocado el codo sobre el mostrador para recuperar el resuello, metió la otra mano en el bolsillo y sacó la cartera, de donde tomó otra tarjeta.

—Pruebe con esta —dijo, y se la cedió a la muchacha.

Ella la pasó también por el lector y volvió a escucharse un agudo pitido. La segunda vez que lo hizo, ocurrió lo mismo. Y la tercera, también. No sabía dónde meterse. Se sentía muy turbado por lo que estaba ocurriendo. En parte, porque tanto el veterinario como la auxiliar lo miraban con cara de «este caradura está sin blanca», algo que él sabía que era falso porque dos días antes sus fondos sobrepasaban los tres mil euros gracias al último concurso que había ganado, y no debería producirse, por consiguiente, ningún tipo de problema con el pago. Sin embargo...

—Parece que tampoco funciona.

Bernardo trató de deglutir sin lograr que un mínimo de saliva descendiese por su áspera y rugosa garganta. En el veterinario y en la auxiliar de clínica ya no quedaba ni rastro de la afabilidad con que lo habían recibido. Ya solo se le ocurrió una idea para salir cuanto antes del atolladero. Y esta idea, a todos los efectos, no era la que a él ni a la cartera de sus padres más les habría gustado...

IX

CALLEJÓN SIN SALIDA

—¡¡¡Mil quinientos!!! ¿Por un perro? —Los ojos de la madre de Bernardo se desorbitaron—. ¿Me estás tomando el pelo?

El hijo pródigo no tuvo más remedio que inclinar la cabeza y enseñarle la factura. Su progenitora inspeccionó el papel con el mismo detenimiento con el que un oncólogo examinaría una radiografía de un tumor cerebral y con el mismo terror con el que alguno de sus pacientes respingaría ante la visión de un enorme borrón negro en ella.

—¡Esto es demasiado!

—Lo siento. Tuvo que ingresar por urgencias y le hicieron de todo. Mira cómo está el pobrecillo. Sin el tratamiento habría muerto.

—Espero que esto desgrave, porque de lo contrario lo que se habrá muerto serán mis vacaciones. ¡Y llevo mucho tiempo preparándolas!

—No te preocupes, mamá —incidió Bernardo tratando de sonar solemne—. Te juro que te lo devolveré.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —rio ella con el rostro descerrajado por una expresión psicótica—. ¿Vendiendo la videoconsola y todos esos estúpidos juegos?

Él respiró hondo, elevó la cabeza y se esforzó por aparentar seguridad.

—Encontraré un trabajo —dijo—. Como os prometí.

—Claro. Y yo voy y me lo creo.

—Que me caiga aquí mismo fulminado si no lo hago —se arriesgó a añadir—. Encontraré un trabajo y os devolveré el dinero.

—No es la primera vez que escucho algo similar —lo cuestionó su madre, presa de un escepticismo tal que haría palidecer a la mismísima duda metódica cartesiana.

—Esta vez va en serio. Me pondré las pilas.

—Más te vale. Pero de momento, para asegurarnos el verano en Torre vieja, tendrás que abandonar el piso y alquilarlo.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes. Necesitamos ese dinero.

—¿Y dónde voy yo a vivir?

—En casa de esa novia tuya, por ejemplo.

Bernardo soltó un bufido de contrariedad. Sabía que a Sabrina no le agradaría la idea, pues le había planteado en varias ocasiones la pertinencia de vivir juntos y ella siempre se había opuesto con el argumento de que no estaba preparada, lo cual quería decir, en realidad, que a lo que no estaba dispuesta era a poner su independencia en peligro para convertirse en la enfermera con derecho a roce de un desequilibrado.

—Sería mejor que me quedara con vosotros —sugirió sin demasiada convicción—. Mi cuarto sigue prácticamente igual que cuando me marché.

—Lo siento, pero mientras ese perro te acompañe no podrás vivir aquí.

—¡Vamos! En el jardín no os molestaría nada. Yo le daré de comer y lo pasearé.

—¡He dicho que no! Apenas lleva cinco minutos dentro y ya lo ha puesto todo perdido. Y huele mal.

—Además, acabo de arreglar el sembrado—terció el cabeza de familia, quien estaba escuchándolo todo desde la habitación contigua y tenía sus labores hortofructícolas en muy alta estima.

—Eso —apuntilló su madre.

—Sabrina no me dejará vivir con Humphrey en su casa —le costó reconocer a Bernardo tras una larga pausa—. Tampoco le gustan los perros.

—En tal caso, lo de adoptar uno ha sido casi tan acertado como liarte con ella...

—No fui yo quien tuvo la idea, fue cosa suya. Lo de adoptar, digo.

—¿Suya? Deberías haber estudiado Veterinaria en lugar de Bellas Artes. La carrera solo te ha servido para hacer monigotes y transformarte de paso en uno.

—No son monigotes. Son novelas gráficas.

—Llamémosle equis. Está claro, de cualquier modo, que no tienen mucho futuro.

—¡Médico! —subrayó su padre—. ¡Lo suyo habría sido que te matricularas en Medicina, como te recomendé hace años!

—O en Derecho y luego opositar para notario, que esos sí que viven bien y no dan un palo al agua —precisó su madre.

A Bernardo ya solo le quedaba el recurso de arrastrarse. Guiado por la desesperación, puso cara de pena e intentó inspirarles algo de clemencia.

—Por favor, dejad que me quede aquí, aunque solo sea por un tiempo.

—Lo lógico es que te alojes con tu novia. Se supone que te quiere, ¿no?

La pregunta dolía. En buena medida, porque estaba al tanto de que las madres siempre tenían la razón. Cuando la suya insinuaba algo, lo insinuaba porque era capaz de leer el código mejor que nadie. El de Sabrina, sin ir más lejos, lo había leído valiéndose de apenas un escaneo superficial para concluir terminante que no era buena para él, y su veredicto se había vuelto incluso más rotundo tras enterarse de que Luis, la anterior pareja de la chica, la había plantado pocos días antes del inicio de su relación con Bernardo.

Digamos, por abreviar, que la madre del reemplazo era una persona bastante chapada a la antigua en lo que a amoríos atañía. Es decir, que le chirriaba mucho que en tan poco tiempo una persona se enamorara locamente de otra. Sobre todo cuando esa persona rozaba la cuarentena y se sentía abandonada por su anterior pareja.

Bernardo sabía de sobra, por su parte, que aquella desconfianza tenía un fundamento real, solo que lo orillaba todo de manera deliberada porque también salía ganando con el acuerdo que Sabrina y él mantenían: dormía calentito, tenía vida sexual, alguien con quien hablar, aunque fuera de tonterías, y ella tampoco lo insultaba demasiado cuando se venía arriba con su peculiar

sentido del romanticismo. La única condición para seguir gozando de esos beneficios era soportarse el uno al otro jornada tras jornada, tarea que ya no les resultaba tan sencilla como al inicio pero que aún no había llegado a tornarse insufrible.

Volviendo con la madre de Bernardo, el destino había dictaminado también, en su juguetona socarronería, que gozara de la facultad de sorprender a Sabrina en compañía de Luis con bastante recurrencia. No importaría mucho que esto ocurriera, desde luego, si ella viera en los comprometidos encontronazos entre ambos algo tan normal como Sabrina pretendía hacerles creer, sin embargo, como no era ni mucho menos el caso, su aversión hacia la profesora se había acrecentado de forma exponencial aun consciente de que su hijo estaba al tanto de todo. El prefería quitarle hierro al asunto y actuar como si le diera igual para no desquiciarse. Mientras no saliera de casa, nadie podría señalarlo como a un pobre cornudo, así que la procesión se quedaba allí mismo, en casa, junto al resto de sus tormentos, desvelos y rumiaciones. Solo debía doblar la medicación para diluirlos todos. Y siempre estaba en su mano el consuelo, como no, de seguir viendo películas arrebujaado a su lado bajo la manta, que era más o menos todo lo que tenía y todo lo que le importaba.

—Por supuesto que Sabrina me quiere —rechistó Bernardo pese a todo, molesto por el comentario—. Es mi novia por algo.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema está en que ella es una chica moderna que valora su independencia. Antes de irnos a vivir juntos tiene que estar segura de que la cosa va a funcionar.

—Pero si ya se pasa el día en nuestro piso. ¿No será que «independencia», en su mundo, significa «libertad para tirarse al exnovio»?

—No empieces, mamá. ¿Puedo quedarme aquí o no?

—Tú sí. El perro no. Por cierto... —echó una ojeada aprensiva alrededor—, ¿dónde demonios se ha metido?

Ambos salieron de la cocina y encontraron a Humphrey con el trasero apuntando hacia la alfombra del comedor mientras de su orificio anal salía una especie de porrusalda pestilente. Su padre se encontraba ahora tumbado en el sofá, viendo *Saber y ganar*, y no se había percatado de nada. El estropicio puso a prueba la paciencia de la matriarca. Aquella alfombra, además de tener un valor económico considerable, por lo visto tenía también un alta cotización sentimental al haber sido tejida por una habilidosa bisabuela suya como regalo de boda.

—¡Saca a ese bicho de aquí ahora mismo! —exigió a voces—. ¡Y que no lo vuelva a ver!

Su padre se incorporó asustado para observar el chorretón de heces sobre la alfombra.

—¡Virgen santa! —exclamó—. ¡Parece un Pollock!

Humphrey dio un par de vueltas alrededor del charco y se acurrucó junto al sofá con los ojos fruncidos en una carantoña abúlica.

—Está enfermo —acudió el dibujante en su auxilio—. A todos nos puede pasar...

—¡Y un cuerno! El día que salga algo así de mi culo te juro que me lo coso —objetó el oficinista— ¡Con los dientes!

Su esposa le cedió a Bernardo un rollo de papel de cocina y un espray quitamanchas. La cara de musulmán ofendido por la visión de una caricatura de Mahoma con la que procedió a entregárselo bastaba por sí misma para expresar lo que sentía por dentro. Él captó con claridad el mensaje y se puso manos a la obra.

Mientras limpiaba el manchurrón, se le ocurrió que aquella era, en cierto modo, una metáfora sublime del estado de su existencia. Después, se dejó de lírica y siguió frotando hasta despellejarse los dedos.

X

EN UN LUGAR SOLITARIO

El día estaba gris como el reverso de una mortaja, y el viento, frío y ululante, soplaba sobre los árboles meciéndolos con liviandad a modo de peine invisible.

En el parque de San Cosme, que se encontraba sorprendentemente concurrido para esas horas de la mañana, había un montón de individuos paseando a sus perros. Bernardo no se acercó a ninguno por temor a que contagiaran a Humphrey de alguna de las enfermedades mencionadas por el veterinario y a tener que pagar por ello otros mil quinientos euros, de tal manera que el chuchito, frustrado, tiraba de la correa con energía en un intento estéril por jugar con el resto de animales pese a que aún no estaba recuperado del todo.

El banco donde había conocido a la chica islandesa continuaba vacío. Desencantado, el exestudiante de Bellas Artes se prendió un cigarro y tomó asiento sobre la gélida losa de piedra aguardando a que volviera a acercarse por allí.

Parecía mentira, pero, desde su última visita al parque, no hacía tanto tiempo, las cosas se habían complicado muchísimo: estaba arruinado, sus padres le habían quitado las llaves del piso hasta que se desembarazara del perro y la mancha de la alfombra, por más que había sudado la gota gorda tratando de hacerla desaparecer, continuaba ahí. Humphrey, para rubricar el descalabro, persistía también en su pasión por llevarse a la boca todas las cacas de la ciudad, como descubrió tras mirar hacia abajo y sorprenderlo degustando una tan pancho entre sus piernas. La necesidad de quitarle aquel sucio hábito empezaba a apremiar, pero no se le ocurría cómo hacer que lo comprendiera ni tampoco deseaba perder demasiado tiempo por culpa de ello. Tenía asuntos mucho más urgentes que atender. Entre otros muchos, convencer a su novia de que los cobijara a los dos temporalmente en su casa.

Bernardo buscó el número de teléfono de Sabrina en la agenda del móvil y observó prácticamente en trance todas las cifras que lo componían, a la espera de reunir el arrojo necesario para pulsar el botón de llamada. Ni que decir tiene que no lo consiguió. Casi mejor. Estaba seguro de que su chica se pondría frenética cuando le comunicara lo ocurrido, y lo cierto era que en ese momento, tal y como estaba yendo todo, prefería terminar el cigarro —aunque antes o después tendría que abordar el tema—, y relajarse un rato leyendo sus últimos mensajes de WhatsApp. No había muchos salvo media docena de la propia Sabrina, casi todos bastante

fríos y telegráficos, del estilo «me paso por casa a las ocho», «me he dejado unas bragas usadas en el cuarto de baño» o «no te olvides de comprar papel higiénico». Su destinatario se desilusionó bastante por ello. Le habría gustado tener una pareja más afectuosa, como las que a menudo veía caminando acarameladas por la calle, pero Sabrina no era de esas. Al contrario, incluso le molestaba que le diera la mano o que la besara en sitios públicos, por no hablar de que tampoco le decía nunca que lo quería o tenía detalles bonitos con él. En su último cumpleaños, por ejemplo, le había regalado una alfombrilla antideslizante para la ducha. Y por si eso no fuera ya triste, al fijarse en su escaso entusiasmo por el presente, se había sentido tan ofendida que durante tres días ni le había dirigido la palabra.

Entre todos aquellos mensajes anodinos, Bernardo encontró uno escrito por un antiguo amigo eslovaco —Berger, compañero de un curso de alemán realizado diez años atrás en el extranjero— que se le había pasado revisar. Decía lo siguiente: «Hallo, Bernardo, ¿cómo lo llevas? Estoy en tu ciudad. ¿Quedamos para tomar algo?».

Le entró pánico. No era el único mensaje de esas características que había llegado hasta su buzón remitido por personas salidas de otras épocas mejores, cuando todavía sus problemas no habían eclosionado, y que él no había atendido. Ese talante forzosamente esquivo le dolía en el alma porque era contradictorio con sus deseos.

Quizás se tratara de amor propio, quizás de vergüenza, o quizás de una mezcla perniciosa de ambas emociones. En cualquiera de los supuestos, estaba seguro de que ninguno de sus añejos contactos comprendería los motivos que lo llevaban a actuar de esa forma y siempre acababa distanciándose. Porque, ¿cómo explicarles que el hecho de que hiciera oídos sordos a sus mensajes, llamadas y correos electrónicos no tenía nada que ver con que descartara un reencuentro?, ¿cómo darles a entender, sin hablarles ni escribirles, que deseaba volver a verlos tanto como ellos a él?, ¿cómo comunicarles que era mejor que se quedaran con el buen recuerdo que tenían de su yo del pasado en lugar de estropearlo todo con la nueva y empeorada versión de sí mismo? Según con qué gente, Bernardo Santos detestaba dar pena. Y, para evitar que estas personas lo vieran en un momento tan bajo, no se lo pensaba dos veces a la hora de perder todas las amistades que hiciera falta si así salvaguardaba su imagen y su dignidad. Poco a poco se estaba convirtiendo, debido a ello, en una especie de monje de clausura, con la diferencia de que sus votos eran cualquier cosa menos voluntarios.

O empezaba a plantar cara a esos temores irracionales o se hundiría todavía más. De modo que decidió tomar cartas en el asunto y escribirle un WhatsApp a su viejo amigo. Transcurrida media hora, no recibió contestación alguna, como tampoco la recibió al segundo y al tercer mensaje enviados. La alternativa a ese silencio pasaba por dejarse de textos y llamar directamente. Él aborrecía mantener diálogos telefónicos incluso más que mantenerlos cara a cara. Y se manejaba igual de mal en ambos contextos. Con todo, siguió adelante. La respuesta llegó por fin bajo la forma de una voz pregrabada explicándole que el número al que llamaba ya no existía. Era lógico, porque el mensaje de Berger, aunque al principio no lo hubiera notado, tenía ya meses. Bernardo se lo tomó como algo personal. No una metáfora esta vez, sino una advertencia: había desperdiciado tanto tiempo manteniendo su vida en animación suspendida que ya hasta sus buenas vivencias pretéritas empezaban a resentirse. Debía dejar de aferrarse a su poco confortable presente y comenzar a labrarse un futuro. Se preguntó si Humphrey podría ayudarlo a ello o si no sería más que un obstáculo. El cachorro tomó refugio entre sus piernas y empezó a jugar con los cordones de sus zapatos. Bernardo vio al girarse que había un periódico a su lado, probablemente dejado allí por algún anciano artrítico que lo habría usado con el fin de protegerse los cuartos traseros, y lo abrió por curiosidad.

Sus páginas arrugadas recogían las mismas crónicas cansinas que había escuchado día tras día desde la infancia: subidas de impuestos, atentados en Israel, matanzas en Estados Unidos, un estudio que contradecía a muchos otros que daban por sentado los beneficios de algún alimento, manifestaciones de personas descontentas por cualquier cosa que les diera una buena excusa para hacinarse, algún artista hablando de más sobre su propia obra, un terremoto en América del Sur, abruptas oscilaciones de índices bursátiles, predicciones meteorológicas catastrofistas y listas interminables con los resultados de los últimos encuentros deportivos. El mundo era cada vez más aburrido y menos original, y los periodistas, por descontado, se hacían eco de toda esta rutina con idéntica dejadez.

Mientras leía los anuncios clasificados de contactos, le sobrevino la loca idea de prostituirse él también para sacar algunas perras. Ahí se lo pensó mejor, recordó que no podía ni mear cuando alguien lo miraba de reojo en unos urinarios —y que, por lógica, mucho menos podría practicar sexo con desconocidos a cambio de dinero—, y pasó a leer las ofertas de empleo. Había perdido hacía tiempo el hábito de consultarlas porque rara vez aparecía publicado algo que no fueran cebos mal escritos para captar opositores a los más variados trabajos administrativos. Por ello mismo le sorprendió tanto encontrar un anuncio distinto. Su texto rezaba así:

TRABAJA EN TANATORIOS

**** PROFESIÓN SIN PARO.***

**** GRAN REMUNERACIÓN DESDE 2300 EUROS/MES.***

**** VENTAJOSAS EXPECTATIVAS DE FUTURO.***

¡LLAMA AHORA!

Junto al gancho, había también una pequeña y perturbadora imagen. En ella quedaba retratado un cadáver femenino, de labios gruesos y aspecto decimonónico, al que una recia mano le aplicaba contorno de ojos con gran profesionalidad. Más que un anuncio fúnebre, parecía un grotesco anuncio de cosméticos.

Tardó unos diez minutos en dejarse tentar por un alarde de intrepidez y doblegar sus miedos a marcar el número. Lo atendió una joven con voz de falsete que comenzó a explicarle, de la misma forma entre alegre y monacorde en que lo haría un presentador de teletienda con astenia primaveral, en qué consistía el empleo y cuáles eran sus condiciones. Al término del aburrido discurso, le propuso también una entrevista. Bernardo seguía sintiéndose muy poco capaz de enfrentarse a un desafío así, claro que, si tenía alguna posibilidad de conseguir un empleo superando una entrevista, aquella convocatoria era sin duda la más adecuada.

Accedió.

Para cuando algo más tarde pulsó la tecla de finalizar llamada, la bulliciosa sensación de haber cometido una imprudencia se había extendido por todo su cuerpo.

Humphrey apartó una mosca con el rabo, bostezó y cerró los ojos. Su actitud era probablemente la más sabia. Y que un perro se lo hubiera recordado —de manera fortuita, además—, tenía tanta guasa como que él no viera nada claro que pudiera llegar a enseñarle algo en el futuro.

Ya solo el tiempo, para el caso, podría despejar ese y otros enigmas.

XI

LLAMAD A CUALQUIER PUERTA

La galería de ingreso a la casa de Sabrina lo observaba retadora desde la fachada del edificio. Bernardo, de pie frente a ella junto a Humphrey, tomó la difícil determinación de seguir adelante y cruzó al otro lado. Para culminar su arrebató de valor, recorrió el vestíbulo y las escaleras que conducían hasta el piso sin que el pánico a que su novia se pusiera hecha un basilisco lograra detenerlo. Así fue como llegó hasta la segunda entrada. La más importante de todas. En la parte baja de la puerta, había un viejo felpudo con la leyenda «Bienvenido» impresa con grandes letras rojas en su superficie. La sutil ironía del mensaje le hizo mucha gracia, aunque no se atrevió a reír.

Llamó al timbre. Sabrina compareció al rato con una toalla blanca enroscada en la cabeza y otra embuchándole el torso. Al verla se dio cuenta de que había dejado de parecerle tan sexy como cuando la había conocido. No era la primera vez que ideas como esa le venían a la cabeza, pero sí la primera en que procesarlas se le antojaba una escarpada pendiente de guijarros con un claro destino: la morrena del mayor glaciar emocional de su historia.

Sabrina le dio un beso de bienvenida con sonrisa incorporada.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó recelosa en cuanto vio a Humphrey y volvió a ser la de siempre—. Quedamos en que no pisaría mi casa.

Iba a ser una conversación delicada.

—Lo sé —respondió él—, pero se trata de una emergencia.

—Sorpréndeme.

—Es una larga historia.

—Y tú eres bueno resumiendo, así que desembucha.

Bernardo cogió aire, mirándola a los ojos con un temor casi reverencial, y lo confesó todo de carrerilla.

—Mis padres me han echado de casa.

Ella profirió una risotada.

—No me gastes esta clase de bromas —amenazó sin intermisión—. No tienen gracia.

—Lo sé. Por eso no bromeo.

—¿Habéis discutido otra vez?

—Más o menos.

—¡Joder! —Sabrina sacudió la cabeza, enojada—. ¡Con lo fáciles de manejar que son y siempre tienes que cagarla! ¿Acaso no ves que discutir con ellos es contraproducente?

—El problema no soy yo —vaciló Bernardo—. El problema es...

—Humphrey —se encargó su compañera de completar la frase ella misma.

—Sí.

—Estaba visto. Pues ya puedes ir llamando a la espabilada de Ilsa para darle las gracias por sus sabios consejos. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Bueno, pensaba que, ya que somos una pareja, deberíamos buscar alguna forma de lidiar juntos con la cuestión.

—Ni de coña. El perro no puede estar aquí.

—¿Y dónde quieres que lo meta? Ni siquiera tengo sitio para mí.

—Ese no es mi problema. Es TU problema. Y, como es TU problema, TÚ te lo guisas y TÚ te lo comes, que ya eres mayorcito.

—Por favor, no me hagas esto...

—Lo siento, cariño, pero es o el perro o yo.

Bernardo hizo saltar su mirada de la chica a la mascota y viceversa. Si en realidad tuviera que escoger, no dudaba de que se quedaría con el perro por mucho que este insistiera en soltar lastre sobre las alfombras. Igualmente, se acercó hasta la profesora, la rodeó con los brazos y trató de besarla en la boca.

—¿Qué haces? —Lo apartó de un manotazo.

—¿Tú qué crees? —dijo Bernardo quitándose la camisa.

Su resistencia no duró demasiado. Todo el mundo tenía un punto débil y ese punto débil, en el caso de Sabrina, era su voraz apetito sexual. No había ningún horario o circunstancia en que no le apeteciera darse un revolcón, con lo que Bernardo, sabedor de que los impulsos más primarios desataban en ella ondas de marejada a fuerte marejada a nada que la estimulara, solía aprovecharlo en su beneficio porque a él, que se encontraba en el extremo opuesto, le daba un poco lo mismo tener que complacerla.

—¿De dónde has sacado tanta energía, tigre? —preguntó la homenajeadada con la cabeza sobre su pecho desnudo en cuanto alcanzaron el inevitable clímax—. ¿No habrás vuelto a tomar ginseng? ¿O es que ya te has pasado a la Viagra?

—Muy graciosa —contesto su novio, y le acarició el cabello.

Ella abarquilló los labios con dulzura. Un largo pero placentero silencio se adueñó entonces del dormitorio. Durante su transcurso, Bernardo se congratuló por la estrategia empleada. Gracias a ella, de momento, había logrado colar a Humphrey en el piso.

—No, en serio, has estado muy bien —habló Sabrina de nuevo—. Te quiero mucho.

El satisfecho amante dejó también que sus labios dibujaran una sonrisa. O, para ser más precisos, simuló que la dibujaba.

—Lo mismo digo.

Era demencial cómo dos seres humanos podían llegar a mentirse tanto de un modo tan descarado. Aquel pacto de naturaleza casi mecánica por el cual Bernardo mitigaba su soledad y ella satisfacía sus necesidades íntimas se alejaba bastante de lo que un experto en relaciones conyugales consideraría una relación saludable. Y aunque ambos, en mayor o menor medida, tenían conciencia de la farsa, no parecía importarles que se perpetuara.

Humphrey interrumpió la magia del momento al tratar de subirse a la cama.

—¿Y este de dónde sale?

—Vamos, relájate.

—¿No nos habrá visto?

—¿Y qué si nos ha visto? Solo es un perro.

—Tienes razón. Creo que paso demasiado tiempo contigo. Empiezo a tener neurias yo también.

El cachorro logró alcanzar el objetivo previsto y ascendió hasta lo alto del colchón. Sabrina emitió un chillido, estiró el torso para evitar que se le acercase y se llevó las manos a la cabeza. Nada de aquello detuvo a Humphrey. Reptó hacia Bernardo con torpeza y se acurrucó frente a ambos.

—No me digas que no es simpático —dijo el dibujante tratando de exprimir al máximo la ternura de la situación—. Mira qué carita...

La propietaria del piso lanzó una ojeada cabizbaja al animal mientras este se relamía las patas. Luego pestañeó y estiró la mano izquierda hacia él, renuente, para hacerle una caricia en el lomo.

—Me duele tener que reconocerlo, pero no puedo negarlo. Es una monada.

«¡Gol! —pensó Bernardo para sí—. Y por toda la escuadra». No obstante, Sabrina se levantó de sopetón, cogió al cachorro por la piel del pescuezo y lo arrojó al suelo junto con todas las esperanzas de su dueño, tal vez prematuras, de haberse salido con la suya.

—Sigue siendo peludo y baboso —explicó asqueada—. Por hoy puede quedarse, siempre que no entre en la habitación. Mañana, eso sí, tendrás que poner fin a esto. Aquí no puede estar.

El mazazo lo cogió desprevenido. Un retortijón de cólera se fraguó de pronto en su estómago y quiso gritar para liberarlo. En lugar de ello, se conformó con chasquear la lengua y asentir. Ahora que Sabrina estaba más relajada debía evitar que se crispase para que aquella tregua durara lo máximo posible, de forma que intentó abordarla por segunda vez solo para tantear cuán férreas eran sus defensas. Desde luego lo eran, pues ni con lujuria desenfrenada de por medio consiguió que cambiara de opinión.

—Al menos deja que se quede unos días —terminó implorándole con patetismo—. Tres o cuatro nada más.

Su chica pellizcó las sábanas hasta agarrar un manojo de pelos color canela y los dejó caer todos al suelo.

—Ni de broma —zanjó autoritaria—. He dicho que se irá mañana y mañana se irá.

Una noche, en todo caso, seguía siendo una noche. Quizás cuando amaneciera podría conseguir que cambiara otra vez de opinión. Hasta que eso pasara, lo prioritario era buscar una manera segura de acomodar al animal en el piso y de impedir que causara más destrozos. La misión habría sido más fácil si Sabrina hubiera accedido a que durmiera con ellos en el cuarto, dado que así podrían monitorizar mejor sus movimientos, pero, cuando su novia se cerraba en banda, como estaba sucediendo, ni siquiera un equipo de waterpolo serbio tenía posibilidades de convencerla de lo contrario.

Para salir del apuro, decidieron empapelar el suelo con hojas de periódico, poner lejos del alcance de Humphrey todo objeto susceptible de ser mordido y encerrarlo dentro de una caja de cartón, en la cocina, con una manta raída, más papeles de periódico y un viejo despertador de cuerda como todo acompañamiento. Según Bernardo había leído en una bitácora de internet, el tictac de los relojes de mesa calmaba a los cachorros más revoltosos porque les recordaba al ritmo cardíaco de sus madres. No era ninguna locura que pudiera funcionar. Sabrina, indiferente a ello, metió la mano en la caja con gesto censor y extrajo el cacharro de entre las páginas de prensa.

—Es un recuerdo —alegó mostrándolo con orgullo—. No voy a arriesgarme a perderlo para que este bicho duerma mejor.

—Tranquila. No le hará nada —repuso Bernardo conciliador—. Ni siquiera se dará cuenta de que está ahí.

Tampoco en esta cuestión ella dio su brazo a torcer.

—Olvidalo —negó concluyente—. Es capaz de comérselo. Todo lo que ve se lo traga, como tu hermana.

El dibujante pasó por alto la referencia a Gloria —Sabrina la odiaba por algún motivo que no comprendía bien—, y trató de explicarle que retirar el despertador dificultaría que Humphrey conciliara el sueño e incluso podría favorecer que les diera la lata durante toda la noche. La advertencia no logró persuadirla ni siquiera así.

—Más te vale que duerma como un bendito —fue lo único que dijo antes de enfilar ella también el camino hacia el dormitorio.

En contra de sus deseos, Humphrey empezó a emitir ladridos y aullidos cuando la pareja se metió en cama. Su interminable concierto exasperó a la sección femenina de tal forma que Bernardo se vio obligado a bloquearle el paso por la fuerza para evitar que le hiciera daño.

—Paciencia —le indicó con el objetivo de apaciguar su mal genio—. Lo peor que podemos hacer es ir allí. Asociaría el ladrido con nuestra presencia y eso solo reforzaría sus miedos y su conducta. Ya sabes, estímulo-respuesta.

—Yo soy más de estímulo-doshostias —se afanó ella en espetarle, hiriente, a modo de desquite—. Y te puedo asegurar que, si por mí fuera, le enseñaría ahora mismo a ese chuchito lo que es un buen aprendizaje condicionado...

Alrededor de las tres de la madrugada, Humphrey dejó de ladrar y la pareja pudo descansar al fin. Bernardo, aun así, no fue capaz de dormir mucho. A su comprensible preocupación por el estado tan penoso de sus vínculos afectivos con Sabrina se sumaba el recuerdo mordiente de la chica del parque y el terror que le producía pensar que lo de la terapia animal hubiera sido un desatino. Todo ello acabó por formar en su cabeza una bola de pensamientos tan grande, incómoda y pesada que enseguida aplastó cualquier expectativa de abandonarse a un sueño reparador. Sabrina, por suerte, se quedó dormida muy rápido. En cuanto empezó a roncar, él aprovechó para ponerse sigilosamente en pie y salir del cuarto con el plan de fumarse un cigarrillo en el balcón. Tuvo mucho cuidado de no hacer ruido al abrir la ventana para no despertar a Humphrey. Nada más notar el aire fresco acariciándole las mejillas, cerró los ojos y se dejó hacer.

El roce de la brisa nocturna sobre su piel le resultaba muy placentero. Por un instante, incluso estuvo a punto de dejar de pensar. Solo a punto. Su torpeza habitual le jugó una mala pasada en mitad del amago de Nirvana y el cigarrillo, que era el último que le quedaba, se le cayó por accidente a la calle. Aquel percance lo llevó a pensar otra vez en que estaba harto de todo y en que, si alguien decidiera insertarle un cartucho de dinamita al mundo por el trasero a fin de acabar con sus irritantes imperfecciones, él sería el primero en prender la mecha. Lo que Bernardo no sabía era que la caída del pitillo acababa de salvarle la vida. Lo empezó a entender cuando volvió a entrar en la casa y un intenso olor a butano estremeció a un tiempo su pituitaria y su corazón, y cuando accedió a la cocina y Humphrey salió de debajo de la encimera —donde había un hueco que a primera vista no parecía tan grande como para permitirle el paso— con un trozo de tubo naranja entre los dientes, lo comprendió todavía mejor. El pedazo de goma mordisqueada pertenecía al conducto que comunicaba la caldera con las bombonas. Si Bernardo hubiera encendido el cigarro, la casa habría volado por los aires, de lo que se deducía que, o escapaban de ahí echando leches, o quizás acabarían durmiendo de manera más profunda de lo que horas antes jamás se hubieran figurado.

Con Humphrey en el regazo y algo de sudor humedeciéndole el rostro, regresó al cuarto de Sabrina resuelto a despertarla. No le sorprendió quedarse paralizado frente a su cuerpo dormido, aunque sí lo hizo —un poquito, al menos— que se planteara abandonarla allí a su suerte para no tener que bregar con ella nunca más.

Una débil arcada de reconcomio le revolvió las tripas y empezó a sentirse mal. No por Sabrina, sino por él. Esas ocurrencias eran justo las que solían desencadenar sus peores obsesiones. En particular, porque le inducían todo tipo de ideas turbias y desasosegantes que no se adecuaban del todo a la realidad, como aquella vez en que la visión de unas fotos de Chris Hemsworth sin camiseta le había hecho pasarse dos meses convencido de haber «volteado la canoa», o aquella otra en que se había visualizado haciendo *twerking* en tanga sobre el altar mayor de la catedral y el temor a que Dios existiera y se vengara por ello no le permitió dormir durante más de una semana.

Estos tragicómicos pormenores solían monopolizar gran parte de sus sesiones con Ilsa sin que ni ella ni él supieran a ciencia cierta si padecía un trastorno obsesivo o si, simple y llanamente, le daba demasiada importancia a cuestiones que no la tenían. Bernardo, fuera como fuere, había desarrollado una teoría alternativa para explicar el origen del problema. De acuerdo con ella, su tendencia a comerse el coco era la prolongación inevitable de una hipocondría de libro desde el plano somático hasta el plano mental. Solo que, como ya había sufrido todo tipo de enfermedades ilusorias —cáncer de testículos, dengue o encefalitis espongiiforme, entre muchas otras—, a su cerebro ya no le proporcionaba ningún aliciente padecer enfermedades físicas de carácter mortal y había empezado a generar, para mantenerse entretenido, encerronas psiquiátricas de estructura análoga y permutable: un síntoma, una reacción exagerada e idéntico resultado: ansiedad. A veces se preguntaba con qué le maravillaría su cabeza en el próximo estadio, si bien no terminaba de animarse a resolver el acertijo por si acaso.

Allí tumbada sobre la cama, con los ojos cerrados en una tibia expresión de placidez mientras su cuerpo apenas se atisbaba entre un montón de sábanas, Sabrina hasta desprendía cierta ternura. Afortunadamente, a Bernardo no se le escapaba que todo era un espejismo. Las ranas amazónicas más venenosas también parecían muy poquita cosa y uno se arriesgaba a estirar la pata si las tocaba. Del mismo modo, fue poner la yema del índice sobre la frente de su novia y ella ya le había arreado un guantazo en plena cara antes de que pudiera explicarle lo ocurrido

—¡Para! —rebuznó agresiva—. ¡Estoy durmiendo, joder!

Él volvió a pensar en retirarse sin decir nada. Al rato, pensó también en si podría vivir con el peso de algo tan terrible sobre la conciencia y perseveró.

—¡Pues deja de hacerlo ahora mismo y levántate! —le dijo sulfurado—. ¡Corremos peligro!

Sabrina protestó entre refunfuños y se revolvió una vez más sobre el colchón con un ronroneo perezoso. Tanto si había escuchado la advertencia como si no, le importaba bien poco. De lo contrario, no se habría puesto la almohada encima de la cabeza para no tener que escuchar ninguna más. Soltó a Humphrey y se dio prisa en cogerla en brazos. Apenas podía con ella. Sus gritos y pataleos, en combinación con los arañazos que una y otra vez le dedicaba, tampoco ayudaban. Irremediablemente, tropezó con el cachorro y cayó al suelo con estrépito hasta cosechar un golpe bastante doloroso para todos los implicados. Varios forcejeos más tarde, consiguió por fin arrastrar a su pareja al exterior de la vivienda para revelarles lo ocurrido. Ella se puso en pie, con los ojos enrojecidos por la furia, y le propinó otra sonora bofetada.

—¡Me la vas a pagar! —gruñó en estado de enloquecimiento, la palma apoyada en la pared del rellano.

Humphrey trató de encaramarse a su pierna y también recibió un sopapo. Tras rodar por el

suelo igual que una pelota vieja, su dueño lo recogió y se situó junto a Sabrina para tratar de sentarla en uno de los peldaños y de que entrara en razón. La chica se había puesto tan iracunda que lo empujó escaleras abajo con brusquedad.

—¡Largo de aquí! —berreó a lo kraken con dolor de ovarios—. ¡Y mantente lejos!

Bernardo volvió a levantarse a los pocos segundos, paralizado y dolorido,

—Son casi las tres de la mañana —adujo sin tener ni idea de cómo debía reaccionar para limar asperezas con Sabrina, pues la táctica de excitarla sexualmente, dado el espectáculo, le parecía más bien poco oportuna—. No puedes hablar en serio.

Ella le dedicó entonces una mirada de resquemor que fue más que suficiente para hacerle comprender que sí, que hablaba en serio.

Adoptado y adoptante terminaron durmiendo esa noche dentro de uno de los toboganes con tejadillo de colores del parque infantil más cercano, aunque el primero, incapaz de interpretar lo que estaba ocurriendo, seguía mostrándose activo y juguetón.

—No te preocupes —le susurró al oído—. Sobreviviremos.

Humphrey le pasó la lengua por la cara. Sus brumosos ojos grisáceos tardaron al menos media hora en caer rendidos. Los de su amo, en contrapartida, apenas pestañearon en todo lo que quedaba de madrugada.

XII

CASABLANCA

Lo primero que Bernardo hizo cuando los rayos más madrugadores del sol penetraron en el tobogán fue telefonear a Ilsa para pedirle una cita con carácter de urgencia. Ella le explicó que tenía la agenda llena y que no iba a poder verlo hasta la semana siguiente, lo cual provocó que Bernardo se tomara el lujo de montar en cólera y de apelar a todo el dinero que le había hecho ganar para que por favor le encontrara un hueco. Opuso reticencias, pero, en vista de su irascibilidad, tuvo que acceder a verlo incluso antes del horario de apertura de la consulta. Quedaron en un café próximo al centro histórico llamado oportunamente Casablanca, igual que la película.

Como de costumbre, Bernardo llegó al lugar con antelación. Nada más advirtió que Ilsa todavía no había aparecido, apretó los dientes frustrado y se dispuso a esperar en el exterior. No soportaba tener que sentarse en la mesa de un bar a solas fingiendo desenvolverse con naturalidad. Se ponía muy nervioso cada vez que lo intentaba y se sentía observado y hasta sojuzgado siempre que pedía algo y terminaba derramándosele por no ser capaz de mantener el pulso a raya. Ilsa lo sabía, y era posible que por ese motivo hubiera decidido citarse con él ahí y no en la consulta. Entretanto, Humphrey daba vueltas a su alrededor y aprovechaba cualquier mínimo descuido para abalanzarse sobre los viandantes. Su vivacidad era tan inagotable que resultaba hasta inverosímil. Al fin y al cabo, solo tenía tres meses, y los cachorros de esa edad, de acuerdo con lo que había leído en los libros, dormían la mayor parte de la jornada. No era el caso de su labrador. De hecho, el desequilibrio energético entre ambos se estaba volviendo más insoportable a cada rato. Así, mientras que Bernardo tendía a no hacer nada y a buscar siempre la manera menos cansina de desempeñar cualquier tarea, Humphrey actuaba a menudo según las pautas de un torbellino de los de «acción es carácter». Aquello podía considerarse algo extraño en la medida en que Ilsa le había prometido que tener un perro repercutiría de forma positiva sobre su proactividad, pero no cabía duda de que Bernardo, en lugar de haberse contagiado del vigor del animal, comenzaba a sentirse cada vez más superado por su exceso de brío.

Cuando la psicoterapeuta llegó al bar, los ojos se le derritieron ante el cachorro. La alegría tan sincera con que agasajó a Humphrey mediante caricias y arrumacos, propició que a Bernardo lo carcomiera la envidia y que apartara a la mascota de un tirón para ordenarle permanecer en el sitio.

—¡Menuda cucada! —exclamó Ilsa, el rostro resplandeciente de felicidad—. Los labradores son una raza fantástica. Mi preferida, si te soy sincera. ¡Buena elección!

Bernardo guardó silencio.

—¿Así es como aplicas mis consejos? —dijo la especialista tras mirarlo de arriba abajo—. Quedamos dentro, no fuera.

Él suspiró con hartazgo y recogió la cabeza entre los hombros.

—Como no estabas, preferí esperarte aquí.

—Ya, ¿y qué pasa con la promesa que me hiciste acerca de no incurrir en este tipo de conductas de evitación?

—Me apetecía fumarme un cigarro —puso como pretexto por si colaba—. Yo no tengo la culpa de que ya no dejen fumar en ningún sitio.

Ilsa deshizo la expresión avinagrada de su rostro para sustituirla por una sonrisa que ni por asomo lucía tan espontánea como su comportamiento con el perro.

—Por esta vez, pase —condescendió a la que le daba una palmadita en la espalda—. Pero la próxima no pienso ser tan benévola.

Ambos ingresaron al bar, tomaron asiento en la esquina más apartada de todas, ordenaron un té verde y una caña de cerveza y se prepararon para entrar en materia. El local, que con su elegante decoración de los años cuarenta era tan pequeño y acogedor como un agujero de hobbit, estaba lleno de turistas con cara de alelados y de ancianos gruñones que leían el periódico entre sorbo y sorbo a su café con gotas. Por toda la estancia olía a cruasanes recién hechos, aceite barato y sudor rancio de mochilero rebajado con agua de lavanda.

Bernardo mojó los labios en la cerveza. Desde el exterior, podían escucharse los ladridos inflamados del animal, pues había tenido que amarrarlo a un desagüe para respetar las normas de derecho de admisión.

—Sabes que no deberías beber —le recriminó Ilsa de nuevo, abriendo un sobrecillo de azúcar con delicadeza y volcando el contenido en su taza de té—. No es bueno que mezcles la medicación con alcohol. Y menos a estas horas de la mañana.

—Tranquila, hoy me he olvidado de tomar las pastillas.

—Espléndido —aprobó ella irónica—. Ya veo que lo estás dando todo por recuperarte, como de costumbre.

—He adoptado un perro. ¿Qué más quieres?

Ilsa alargó la mano y le arrebató la cerveza a traición.

—Que afrontes tus problemas de una vez y aparques las pamplinas. Puedes comenzar, si lo ves bien, por contarme cómo te ha ido esta semana.

—Dejando de lado que mis padres me han echado de casa, que he dormido en un parque infantil, que mi novia no me habla y que casi muero por inhalación accidental de butano, todo sobre ruedas.

El choque de las vajillas y los cubiertos de la barra se hizo con la charla por un largo y embarazoso paréntesis. La cafetera emitió a su conclusión un quejido espumoso que animó a Ilsa a replicar.

—Aunque lo que me cuentas fuera real, que lo dudo, dramatizas demasiado —le dijo. Bernardo estaba tan acostumbrado a que los demás relativizaran sus problemas que ni se molestó en rebatirle nada—. No hay manera contigo. Siempre afrontas las cosas desde un punto de vista negativo en lugar de focalizar la atención sobre lo positivo, que es lo que todos los días te repito que deberías hacer.

—¿Y qué tiene de positivo lo anterior? —objetó Bernardo con descreimiento—. A mí no me parece que tenga mucho.

La mujer sostuvo la taza de té y resopló sobre el líquido para enfriarlo

—Quizás no, pero estoy segura de que algo positivo sí que te habrá pasado desde la última vez que nos vimos. Y dudo que lo estés teniendo en cuenta.

Su paciente trató de hacer memoria. No se le ocurrió gran cosa que decir hasta que recordó el encuentro con la muchacha del parque.

—Bueno, la verdad es que... —De pronto lo invadió el presentimiento de que no debería contarle nada. Era posible que Ilsa lo criticara por lo pueril de su sentido del romanticismo. O incluso que le reprochara, como casi todos sus conocidos habían hecho alguna vez, que necesitara de obsesiones fantasiosas como esa para montarse películas que lo distanciaran de los problemas reales. Así que, en el último momento, cambió de tema—. Tengo una entrevista de trabajo esta tarde.

—¿En serio? —Su reacción sonó incrédula, como si ni ella misma, que se suponía que confiaba en su potencial, hubiera pensado jamás que eso pudiera sucederle—. Me alegro mucho. ¿Y para qué tipo de trabajo exactamente?

—Para un tanatorio.

Parte del té se le derramó a la psicóloga sobre la mesa.

—¿Un tanatorio?

También con apuro, Bernardo agitó la cabeza en señal de asentimiento. Le picaba la curiosidad por saber qué opinaría Ilsa de aquello, aunque su sexto sentido de paranoico recidivante ya auguraba que, casi con total seguridad, no sería algo muy constructivo.

Como buen paranoico, no se equivocaba.

—Pagan bien y parece que es un sector en auge —apostilló—. Los clientes, además, no protestan, por lo que debería resultarme más fácil lidiar con ellos.

—Yo que tú no estaría tan seguro. Tengo pacientes que trabajan en pompas fúnebres y digamos que..., bueno, no les ha sentado muy bien bregar día tras día con la muerte. Casi todos eran personas psicológicamente sanas antes de meterse en ello.

—No me quedan muchas más opciones. Necesito el dinero para poder caerme muerto en algún lado.

—Te veo muy seguro.

Hacía muchos años que nadie se refería a Bernardo utilizando aquel adjetivo: *seguro*. Por ello, pese a la desconfianza con la que Ilsa lo había pronunciado, hizo caso a su terapeuta y se lo tomó como algo positivo.

—¿Tú crees? —preguntó emocionado.

—Más bien creo que estás cometiendo un gran error. Para trabajar en algo así se requiere una gran fortaleza mental, y yo diría que tú no cuentas con mucha.

El argumento tenía un fuste bastante sólido. Bernardo, aun con ello, no quería rendirse sin dar algo de batalla.

—Tal vez logre tenerla si finalmente me seleccionan para el trabajo y lo acepto —elucubró esperanzado—. Yo lo veo como una especie de terapia de *shock*.

—¿Y si el *shock* es demasiado grande? Puede que lo que encuentres allí te afecte en exceso y empeores.

—Ese trabajo es la única posibilidad de ganarme la vida que se me ha presentado en años. No puedo permitirme el lujo de rechazarla. Tengo que arriesgar.

Ilsa deslizó los dedos con nerviosismo alrededor de la superficie de la taza. Cuando al fin logró dar un trago al té, hizo una pausa táctica para reflexionar.

—No creo que esa decisión pueda definirse como muy inteligente.

—Ahora la que solo se centra en la parte negativa eres tú. ¿Y si acaba gustándome? A lo

mejor el contacto con la muerte me inmuniza y dejo de pensar tanto en ella, ¿no?

—Es factible, pero también lo es que ese contacto pueda despertar en ti nuevas obsesiones.

—¿A qué te refieres?

—Prefiero guardármelo para mí. No quiero condicionarte. En cualquier caso, admiro tu valentía. Parece que al fin empezamos a progresar en algo.

Bernardo asintió con convicción.

—Está decidido. Quiero presentar mi candidatura.

—Siendo así, tendrás que prepararte para la entrevista. ¿Te ves capaz de superarla?

El interrogado se amparó en un movimiento furtivo de su mano para asir otra vez la cerveza y beber un poco.

—Eso da lo mismo —se mostró firme—. Lo importante es que me presente allí con independencia de ello. No hacerlo supondría aferrarme de nuevo a esas conductas de evitación que tanto te disgustan.

—Pues entonces, adelante —sonrió Ilsa asombrada por la agudeza de un cliente a quien quizás había subestimado—. Tienes mi bendición. Eso sí, si luego te arrepientes, no digas que no te lo advertí.

—No lo haré —sentenció él ya con menos entereza.

—Ojala sea cierto. ¿Y qué tal con el perro? Te sientes mejor desde que lo tienes, ¿verdad?

—Sí —mintió—. Fetén.

Los ladridos y gemidos de Humphrey sonaban cada vez más estentóreos. El camarero se asomó a la puerta y miró al perro con empalago. Ilsa no dio muestras de haber captado el sarcasmo y volvió a quitarle el vaso de cerveza.

—¿Ves? La terapia animal es mano de santo —se ufano luego—. Puede que ahora de cachorro te dé un poco la lata, pero los perros tienden a relajarse con el tiempo, y créeme, su lealtad está muy por encima de la de cualquier ser humano. Al final, serás tú quien no podrá dejar de vivir a su lado. Lo sé bien, yo misma tuve varios labradores como el tuyo.

Ante la imposibilidad de hacerle ver que no eran casos comparables, Bernardo se guardó de mencionarle lo que pensaba: que aquella devoción suya por los perros quizás disfrazaba de terapia revolucionaria una galopante falta de recursos profesionales. Psicoterapeuta o no, Ilsa simplemente era una persona como cualquier otra que hacía lo mismo que podía hacer una persona cualquiera: hablar, opinar, dar consejos y equivocarse. Igual que un amigo, solo que simulado y a sueldo, con las ventajas y los inconvenientes que esto comportaba para quienes frecuentaban su consulta. Entre las primeras, no tener que aguantar los problemas de nadie a cambio de que escucharan los suyos —el dinero suplía a la cortesía—, y, entre los segundos, acabar interiorizando que todas aquellas charlas, detrás de la mascarada, traslucían una frustrante artificialidad. Poco importaba ya. El resultado era siempre y en todo caso igual: nadie, excepto él mismo, podría salvarlo. Y nadie, excepto él mismo, podría tampoco hundirlo más en la miseria. En teoría, al menos.

—Me gusta que lo entiendas —afirmó Ilsa—. Es muy importante tener paciencia en los primeros meses. Te vendrá bien trabajar un poco en ella para fortalecerla. Los dos sabemos que nunca se ha tratado de una de tus especialidades.

—Lo intentaré —convino con desgana.

—Por cierto, ¿has pensado en entrenarlo? —prosiguió la mujer, ajena a que sus intervenciones lo habían desmoralizado de tal forma que casi ni deseaba seguir hablando.

El ceño de Bernardo onduló confuso en mitad de una pausa tensa.

—No.

—Pues deberías. Ahora mismo es la mejor edad para que aprenda y quizás se te haga más llevadero —le recomendó—. Ya sabes: *¡sit!*, *¡up!*, *¡freeze!* y todo eso.

El paciente achicó una sonrisa protocolaria. No negaba que entrenar a su perro fuera una buena idea, pero el quid de la cuestión, más que en enseñarle a Humphrey a sentarse, levantarse, girar sobre sí mismo o traerle una pelota, estaba en enseñarle a dejar de destruir su relación de pareja, sus lazos familiares y su equilibrio mental, y no existía, a su entender, ninguna orden breve y contundente para impedir que esto siguiera ocurriendo. De «*¡sit!*» a «¡no sueltes pelo en casa de mi novia ni muerdas los conductos del gas o tendremos que dormir de nuevo en un tobogán sobre los vómitos de los mendigos!» y de «*¡up!*» a «¡no vuelvas a cagarte en la alfombra o mi madre acabará desheredándome hasta el quinto grado de consanguinidad!», había un gran trecho.

—Otra cosa... —retomó Ilsa el hilo de su discurso—. ¿Qué vas a hacer con Humphrey si finalmente te seleccionan para el trabajo?

Bernardo no había pensado en ello aún. Por no pensar, ni siquiera había pensado en qué haría con el perro durante el tiempo que durara la entrevista. Las manos comenzaron a temblarle a medida que los gemidos de su mascota continuaban abriéndose paso desde el exterior para crispar los ánimos del camarero y de buena parte de los presentes. Ilsa consultó el reloj y apuró lo que le quedaba de té.

—Tranquilo, este es justo el punto fuerte de la terapia animal —decretó al tiempo que se limpiaba los labios con una servilleta—. Enseñar al paciente a llevarle la delantera a los problemas y a emprender nuevos caminos para solucionarlos. ¿No lo ves genial? —Depositó un billete de cinco euros sobre la mesa—. Invito yo. Ahora, si me disculpas, tengo que dejarte. Buena suerte.

—De acuerdo. Adiós.

La psicóloga le dio dos besos de despedida. Antes de salir de la cafetería se tomó medio minuto, bajo el dintel de la entrada, para volver a jugar con Humphrey y despedirse también de él con un beso en el hocico. Sus ladridos y gemidos volvieron a atronar conforme su dueño se debatía entre apurar lo que le quedaba de consumición y pedir otra o ir al servicio a arrojarle inodoro abajo. El camarero le hizo frente malhumorado.

—¿Es suyo ese perro?

Bernardo dudó, pero, como Humphrey estaba registrado a su nombre y no quería incurrir en una nueva conducta de evitación, le trasladó que sí con un cabeceo sumiso.

—En ese caso, sería de agradecer que se lo llevase. Me está espantando a la clientela.

Los buenos modales de aquel hombre solo eran una fachada. Por dentro, le hervía la sangre. Al dibujante le habría gustado estrellarle el vaso de cerveza en la calva para que se metiera en sus propios asuntos. Su incorregible cobardía, lamentablemente, lo instó de nuevo a consentir, a salir también del local y a desatar a Humphrey y marcharse con el rabo bastante más entre las piernas que el animal.

Tardó casi hora y media en ir desde el bar hasta la estación de autobús más cercana por causa de la multitud de personas —en su mayoría, mujeres muy guapas— que seguían apelotonándose alrededor del cachorro para dejarse morder y lamer por él. La popularidad del labrador era algo que lo llenaba de orgullo, aunque seguía enervándole que todas esas chicas se fijaran tanto en el can y tan poco en él. Sintió otra vez envidia. Primero, unas meras brasas titilantes en el pecho; más tarde, todo un caudal de fuego descontrolado que se extendió por su sistema cardiovascular hasta golpearle el cerebro con brutalidad. Se había convertido en el comparsa de su propio perro, en el amigo feo del amigo guapo, ese que siempre se veía obligado a observar cómo quienes lo

rodeaban salvaban al mundo y se quedaban con la chica en tanto que él terminaba borracho en un rincón sin que nadie le hablara más que para pedirle cigarros.

Se lo pensó dos veces. ¿De verdad estaba celoso de un *retriever*? Mucho se temía que sí, que lo estaba y que quizás podía llegar a estarlo más si se lo proponía. Maldijo a la naturaleza por no haberle proporcionado cuatro patas, una lengua enorme, orejas peludas, cara de no haber roto un plato y un rabo con el que expresar alegría de forma inconsciente y huyó de las *groupies* caninas hacia el autobús que conducía al tanatorio. El tipo al volante lo invitó a abandonarlo en cuanto vio al cachorro, ya que estaba prohibido viajar con animales dentro. Bernardo desconocía que existiera una regulación al respecto. Era algo que no solo lo desconcertaba, sino que le resultaba hasta agravante habida cuenta del pintoresco paisaje humano congregado en el autocar, en su mayoría, vejestorios malencarados que no paraban de gritar y de babarse sobre los asientos, adolescentes poligoneros de resaca o pretenciosos estudiantes universitarios aficionados a debatir sobre la filmografía de Sofía Coppola.

Mientras *Los 40 Latin* sonaban machaconamente de fondo, contuvo su hastío una vez más y se preparó para salir de allí hecho un manojo de nervios. Ni siquiera se tomó la molestia de explicarle al conductor cuál era la situación, porque dudaba que la comprendiera. En ese instante, tuvo lugar el milagro: dos jovencitas vestidas con un elegante uniforme escolar detectaron a Humphrey en el pasillo y avanzaron hasta él lanzándole toda clase de piropos. La más efusiva de ellas, sin preguntar ni nada, lo tomó en sus brazos y dejó que le lamiera la cara. Otra, se aproximó al chófer poniéndole ojillos y consiguió que se saltara sus propias normas para permitir que el cachorro se quedara e incluso que lo manoseara con cariño él mismo.

Era algo fascinante. Aquel perro poseía un carisma fuera de serie pese a que lo único que había hecho en la vida era dar lengüetazos, comer, defecar y agitar la cola. ¿Por qué? Pues porque sí. Bernardo destiló tanto malestar en tan poco tiempo que creyó que los cristales del autobús se empañaban por ello. Dicho malestar se convirtió de prisa en odio, y el odio, en inquietantes fogonazos de imágenes repletas de violencia donde, para su propio desagrado, le aplastaba la cabeza contra el suelo.

—¿Cómo se llama? —formuló una de las muchachas la pregunta de rigor.

—Humphrey —respondió él.

—¿Canfri?

—No, Humphrey, por Humphrey Bogart.

La colegiala contrajo el rostro, como si no le sonara de nada el actor estadounidense, y permitió que el perro le mordisqueara los dedos.

—¡Mira que eres guapo, Canfri!

Su amo ya no pudo más. Entre la animosidad insalubre que le roía las entrañas, el considerable retraso que llevaba con respecto al horario fijado para la entrevista, lo sobrecargado del autobús, el molesto zumbido de la radio y la incapacidad generalizada de la población para pronunciar correctamente el nombre de su perro, se le estaban empezando a hinchar las meninges. O aquella locura acababa pronto, o no sería de extrañar que le explotaran.

El mero pensamiento lo puso en alerta y notó que la vista se le nublaba. Todo lo que pudo distinguir en los momentos previos a desvanecerse fueron los rostros de algunos pasajeros precipitándose ceñudos sobre él, y todo lo que pudo oír fueron unos versos cursis de Miguel Bosé, respunteados por una melodía igual de tontorróna, que se diluyeron en su mente como una acuarela demasiado aguada.

XIII

A TRAVÉS DE LA NOCHE

El autobús se detuvo en la última parada de la ruta para recoger a un grupo de personas vestidas de negro. Bernardo Santos, con las orejas gachas después de haber recobrado la consciencia, pudo por fin apearse del vehículo. Su frente estaba cubierta por un sudor frío que se apresuró a secar con la camisa y no impedía que el aturdimiento persistiera.

Había hecho el ridículo en público una vez más. El ridículo y el idiota. Humphrey, en cambio, ni se había inmutado por el trompazo. En el momento de la caída estaba demasiado absorto complaciendo a la concurrencia como para preocuparse por el cantamañanas de su dueño, quien hubo de esperar a que el autobús se marchara para recuperar su atención. Y ni siquiera así logró hacerlo del todo, porque la mascota había confraternizado tanto con sus admiradoras durante el trayecto que ya solo el largo de la correa la separaba de irse con ellas. Bien mirado, era comprensible. Cualquier perro actuaría igual frente a semejante exhibición de afecto. Hasta el propio Bernardo, de no estar condenado a ser un gris y anodino humano —o a parecerlo, más bien—, haría lo mismo en su pellejo. Nadie podía culparlo. Mejor dicho: él sí que podía, pero prefería culparse a sí mismo para mantener la tradición.

Fuera, el día se había encapotado. Un viento tibio y meloso le acarició el rostro. Los cipreses del camposanto, situado a unos cien metros del tanatorio, ondeaban con remolonería al compás de la brisa y del sutil aroma a humedad mezclado con ceniza reinante en ella. El toque húmedo provenía del cementerio, mientras que el regusto ceniciento lo hacía del tejado del tanatorio, a través de una estrecha chimenea que a Bernardo le recordó a las de los crematorios de Auschwitz. El edificio era, no obstante, muy hermoso, con un montón de vidrieras de cristal esmerilado formando ángulos imposibles, un diseño arquitectónico irregularmente rectilíneo, como de figura de origami, y un aspecto más propio de un pequeño aeropuerto que de un tanatorio. No por casualidad había un montón de pantallas dentro dispuestas a la manera de los paneles informativos de las terminales de vuelo. En ellas se mostraban los nombres de los fallecidos, el número del cubículo que los acogía y un discreto «descanse en paz» en lugar de códigos IATA, puertas de embarque y destinos. Salvo por eso, apenas había diferencia: la comida del bar era igual de mala, los ventanales, igual de amplios, y los suelos pulidos y resbalosos brillaban con el mismo resplandor quirúrgico de los corredores de AENA.

El hombre encargado de recibir a los visitantes en la puerta lo detuvo antes de que pudiera entrar.

—Su perro debe quedarse fuera —informó con una sonrisa cordial—. Lo siento mucho.

No era una prohibición gratuita. Que le vetaran el acceso a un tanatorio por ir acompañado de un animal tenía más sentido, en tanto en cuanto este podría olfatear la comida equivocada y sentirse tentado por ella, que vetárselo a un autobús donde el olor más estimulante era el de axila revenida.

Bernardo supuso que ahora tendría que llegar a un acuerdo con aquel hombre y que no iba a ser una tarea fácil a tenor de los nervios por la entrevista, de lo mal que se le daba regatear y del tétrico contexto general.

—Si le parece, lo dejaré en la guardería con los niños —propuso el tipo de la puerta tras coger él mismo la correa—. Porque no muerde, ¿verdad?

—Solo los tubos de las bombonas de butano —contestó Bernardo con sorna para enmascarar su creciente azoramiento.

Humphrey se dejó guiar por aquel empleado hasta el jardín del patio interior e irrumpió allí como un huracán. Los niños que jugaban por la zona enloquecieron al verlo, a lo que él respondió ofreciéndoles un recital de saltos, lametones y zigzagueos espasmódicos de cola. El contraste entre el alegre bucolismo de la escena y las estampas afligidas que los cristales dejaban entrever del resto del edificio se le antojó una visión hasta cierto punto alentadora. Los ojos del hombre daban señales de coincidir con él en tal apreciación.

—A veces no está mal ver un poco de vida por estos lares —musitó melancólico—. Los perros son unas criaturas de lo más asombrosas. Hay quien se hace inhumar con ellos y todo.

Su inocente comentario desasosegó a Bernardo. No era que la idea de que una persona decidiera enterrarse con un perro lo intranquilizara. Lo que lo hacía era pensar en que uno de los dos pudiera despertarse tras un episodio no detectado de catalepsia y que tuviera que comerse al otro para sobrevivir. Por motivos como aquel había dejado escrito en una especie de testamento ológrafo, ya de muy joven, que no lo enterraran ni lo incineraran si algún día pasaba a mejor vida antes de tiempo, sino que lo pusieran a curar, como a un jamón serrano, hasta que su cuerpo se amojamara lo suficiente como para descartar la posibilidad de una resurrección involuntaria. Entonces, siempre y cuando no se produjera ninguna novedad, deberían donarlo a la ciencia para su estudio, aunque a la ciencia le interesara más estudiar los motivos que lo habían llevado a disponer semejante estupidez que diseccionarlo.

El empleado lo condujo, en cualquier caso, hasta las dependencias de quien había fundado la empresa: el señor Ugarte. Se trataba de un hombre orondo y campechano, en torno a los sesenta años, muy alejado del perfil depresivo descrito en el Casablanca por Ilsa sobre los trabajadores de pompas fúnebres. Antes bien, exhibía una sonrisa próxima a lo celestial, fumaba como un carretero, sin importarle la larga lista de fallecidos por cáncer de pulmón a la que presumiblemente se habría enfrentado, y no paraba de bromear con desarmante alegría acerca de los aspectos más siniestros de su oficio. Ese distanciamiento irónico, ya fuera impostado o no, contribuyó de manera decisiva a que Bernardo se relajara.

—Mucha gente piensa que este negocio es sórdido y poco agradecido —explicó el señor Ugarte sin mayores preámbulos—, pero eso es porque desconocen que el volumen de dinero que mueve es proporcional a lo poco que se mueven y dan por saco los clientes. —Rio de forma vigorosa—. Sin hablar del gusto que te entra cuando hay que embalsamar a algún idiota a quien te habría gustado estrangular tú mismo en vida. Te lo aseguro: nada mejor que eso para perderle el respeto a la muerte. —Volvió a reír, esta vez a mayor volumen—. Lo llamo la venganza dulce.

Y que no te preocupe el tema macabro, puedes estar seguro de que no es para tanto. Yo mismo trabajé en sectores muchísimo más desagradables. ¿Has estado alguna vez en una fábrica de kebab? Eso sí que es una guarrería. Y no te digo nada de limpiar los retretes de garitos para jubilados en Benidorm, que viene a ser igual de grumoso y de vomitivo. —Se detuvo para tomar algo de aire entre una nueva salva de risotadas—. Solo te pido una cosa si de verdad quieres trabajar aquí: motivación. A lo largo de los años he tenido a muchos empleados en nómina y no todos se tomaban el trabajo en serio. Si firmas para mí, me gustaría que lo hicieras con todas las consecuencias y no a tontas y a locas. Es un empleo bien pagado, digno y con muchos días libres. Todo lo que tienes que hacer se puede aprender en una tarde. A cambio, únicamente te exigiré que vuelques tu dedicación en ello y que no nos abandones al primer contratiempo. Detesto a los achantados. Y detesto también a la gente que no tiene palabra, por mucho que la ley laboral los ampare. ¿Estás dispuesto a ello, jovencito?

El postulante trató de procesar lo que acababa de escuchar antes de ofrecerle una respuesta. Tal y como se lo vendía, aquel empleo reunía bastantes más pros que contras, y también él pensaba, en efecto, que tratar con cadáveres iba a serle mucho más fácil que manejarse con seres vivos incapaces de comprender sus mecanismos mentales. La oportunidad de ganar dinero y de adquirir a la par la emancipación le venía que ni pintada. Solo un pequeño problema lo separaba de poder aceptar: Humphrey.

—Por ese perro tan majete que tienes no te preocupes —determinó Ugarte sagaz al advertir que se demoraba en responder—, puedes traerlo siempre que quieras. En el jardín hay espacio de sobra. Los animales transmiten buena vibra, y eso es bueno para el negocio. Dime, ¿estás dispuesto a ello?

Un entusiasta apretón de manos con posterior firma de contrato refrendó el acuerdo entre ambos. A su nuevo jefe se lo veía más que complacido por la agilidad con que el trámite se había llevado a cabo, aunque también transmitía la sensación de encontrarse algo sorprendido por ello, intuyó que porque no siempre lograba persuadir a sus candidatos de rubricar los papeles sin antes toparse con un montón de trabas y de remilgos. Para celebrarlo, el empresario le puso un brazo alrededor del cuello mientras sonreía y le daba suaves golpes en el pecho. Increíblemente, la entrevista había salido que ni pintada, y Bernardo, más allá de haber conseguido el puesto, acababa de conciliarlo de un modo razonable con todas las obligaciones contraídas por la adopción del cachorro. Si aquello estaba destinado a ser el principio de una nueva vida, como parecía, no dejaba de tener su gracia que esa nueva vida, de entre todos los lugares en los que había podido comenzar, lo hubiera hecho justo en un tanatorio.

Ugarte lo guio al rato al depósito de cadáveres y él comenzó a darse cuenta con cierto encogimiento de que no todo iba a consistir en estar a la altura de las expectativas. También iba a tener que preocuparse de otro asunto importante: no vomitar.

La morgue lucía fría y limpia como un hospital en su primer día de uso, con la única particularidad de que allí no olía a desinfectante y a lejía, sino a líquido de embalsamar disuelto en sangre muerta, orines y heces rancias. Su jefe le presentó a algunos de los personajes que pululaban por aquel espacio malsano y se le pusieron los pelos de punta. En primer lugar, por su aspecto disfuncional y por la espeluznante familiaridad con que lidiaban con la carne muerta, dado que allí se cortaban pellejos y se sajabán esternones como quien fileteaba cien gramos de salchichón; en segundo lugar, porque el instrumental que manejaban —objetos metálicos y afilados de toda clase— evocó en su mente escenas muy poco agradables en fondo y forma; y en tercer y último lugar, porque hasta entonces, por alguna razón, había dado por supuesto que trabajaría solo, y no en colaboración con tantos desconocidos.

Le estaba bien empleado por no tener término medio y por precipitarse en sus decisiones, que era algo que siempre le reprochaba su entorno. O bien se pasaba meses dándole vueltas a un asunto, o bien lo abordaba por las bravas de forma muy imprudente, como había sido el caso. El desliz le dio alas para autoincreparse por no haber hecho más preguntas antes de estampar su firma en el pliego contractual, y más adelante, frente al drenaje de su primer cadáver, lamentó también no haber estipulado en el documento la posibilidad de retirarse tras una primera toma de contacto si las cosas no resultaban como se las había imaginado. En términos legales, podía hacerlo si lo deseaba, pero Bernardo prefería considerarse alguien de palabra a confrontar a la única persona que le había ofrecido algo en la vida y prevenir así que en el futuro pudiera declinar redactarle una carta de recomendación.

El señor Ugarte no tenía por qué pagar por su torpeza. Él era quien había metido la pata hasta el corvejón, nadie más. Si ahora tenía que recauchutar fiambres en mal estado para redimir sus pecados, debía hacer de tripas corazón y no defraudar a su empleador.

El primer día de trabajo transcurrió, por tanto, entre algodones manchados de fluidos corporales, arcadas y pensamientos monomaniacos de todo tipo. Después de haber estado durante décadas obsesionado de manera reiterada con la posibilidad de padecer mil y un desórdenes de índole psiquiátrico, esto último no tendría por qué asustarlo, pero le aterraba que pudiera perder algún día el control de su propio filtro mental y que terminara, en razón de ello, metido de lleno en alguna de sus más pavorosas pesadillas.

Ilsa solía apuntar al respecto que aquellos temores suyos funcionaban según la lógica del vértigo, y que igual que algunas personas se sentían atraídas de forma morbosa por el miedo al vacío sin que eso significara que fueran a saltar a ningún lado, actuaban también como una suerte de medida preventiva a la que su psique se acogía para recordarle, mediante el miedo, que existía un peligro real y que debía estar alerta. Él le replicaba a menudo que un mareo instigado por ese mismo miedo podría causar un soponcio y una caída de todos modos, y ella, entre carcajadas, casi siempre le respondía con un sucinto: «Deja de buscarle tres pies al gato» que potenciaba sus paranoias todavía más.

Así como hubo concluido con su labor del día, el señor Ugarte dejó de enseñarle los trucos del oficio y lo felicitó por su progreso.

—Tienes talento, chaval, tienes talento... Con esas manos de pianista que te gastas llegarás lejos —lo alabó—. Tal vez algún día me tengas entre ellas, así que no te relajes. Quiero estar hecho un pincel cuando me llegue la hora.

Era una pena que sus halagos no surtieran ningún efecto sobre el hedor a intestino recién abierto que se le había impregnado en la ropa, o que tampoco sirvieran de mucho para guiar a buen puerto el arca de Noé atestada de negatividad en que se había convertido su mente. Ambos franquearon la puerta a la vez. El señor Ugarte, asombrado de que no tuviera coche propio, se ofreció a llevarlo de vuelta al centro de la ciudad.

—La verdad es que haces bien en no conducir —aseguró de camino al aparcamiento—. No sabes la de Fittipaldis que han pasado por mis manos. Y te lo aseguro, a algunos prácticamente los tuve que despegar con una espátula del asfalto. Ponerlos decentes luego es un poco como preparar comida liofilizada. Así que ya presupondrás la moraleja: por más que un buen coche sea un imán para las nenas, al final todos los aficionados al motor, hombres o mujeres, acaban a nuestro cargo. Y en el caso de las mujeres, que cuando les gustan los coches suelen ser bastante turgentes, todo sea dicho, lo de la silicona es un lío del carajo. No entraré en detalles, pero hemos tenido algún que otro problema con ello. Digamos que los implantes mamarios y la muerte tienen una relación... bueno, tirante.

El aprendiz de tanatopractor estaba más o menos de acuerdo respecto al peligro que los coches entrañaban, de ahí que nunca se hubiera sacado el carné de conducir. Él veía los coches, en general, más como una amenaza a la seguridad pública que como un medio de transporte. Por otro lado, alguien de su perfil, ya con graves problemas de serie para ceder el paso al resto de viandantes por la calle, no duraría mucho tiempo al volante. Y menos bajo el influjo de ansiolíticos y antidepresivos. No. La conducción no era lo suyo. Lo suyo era comportarse igual que una correduría de seguros y minimizar los riesgos sin perder de vista los desembolsos, aunque para ello hubiera que echar mano constantemente de autobuses, trenes de cercanías y terceros a quienes no les importaba llevarlo a los sitios, como su nuevo jefe.

Ya ambos se encontraban dentro del coche cuando Bernardo se acordó de Humphrey —tanto divagar le había hecho olvidarse de que el perro continuaba en el jardín—, y tuvo que preguntarle al empresario si sería tan amable de darle unos minutos para ir a recogerlo, pues aún tenía que buscar un sitio donde meterlo esa noche. El señor Ugarte soslayó el asunto y alegó que el perro podía quedarse allí, en el parterre, tanto tiempo como fuera necesario.

—Pero tiene que beber —mencionó él—. Y comer.

—No te preocupes por eso —repuso su jefe—. Ya me he encargado yo.

Bernardo se sobrecogió. Aquella frase no le había gustado mucho. Y el deje de sorna con el que acababa de proferirla, tampoco. Muerto de miedo, salió del coche a toda prisa, corrió hasta el lugar donde había dejado a Humphrey y lo sorprendió dando buena cuenta de un cuenco de pienso y de otro de agua fresca. El perro no le hizo ningún caso y siguió devorando la comida con parsimonia. Su amo regresó al coche aliviado por ello.

—¿No te habrías imaginado que...? —carcajeó el empresario—. ¡Me caes bien, muchacho, muy muy bien! —Él rio igualmente, solo que llevado en exclusiva por la inercia. Ugarte le dio un par de palmadas en el hombro—. Si hubiera más gente como tú, este valle de lágrimas igual estaba mejor follado y todos dejaban de llorar tanto.

—Muchas gracias, señor —se lo tomó como un cumplido—. Y muchas gracias también por la oportunidad que me ha dado. Espero no decepcionarlo

El hombre lo observó con extrañeza.

—¿Un sentimental? —dijo con retintín—. Si lo llego a saber, paso de contratarte. Los sentimentales solo traéis problemas. ¿No serás vegetariano?

—No —titubeó Bernardo pasmado por la pregunta—. Como carne, aunque tampoco mucha.

El señor Ugarte volvió a darle una nueva palmada en el hombro, esta vez de camaradería, y soltó una risotada grandilocuente.

—Eso es lo que más me gusta de ti —reveló guasón—, que todo te lo tomas en serio. La empresa necesita gente así, gente seria. Creo que juntos haremos un buen equipo, amigo mío, lo presiento. ¿Qué tal si nos tomamos unas copas?

La invitación cogió de nuevo a Bernardo con la guardia baja. No podía discernir si el mandamás lo decía en serio o no. Le pasaba igual con toda la gente que ejercía de figurante con frase en su vida, si bien no en ese grado. Aquel tipo tan campanudo tenía el don de salirse por la tangente y de descolocarlo a cada frase, con el curioso añadido de que lograba hacerlo sentir cómodo al mismo tiempo y hasta casi seguro de sus capacidades. Era muy raro, pero, por razones inexplicables, le había caído en gracia, y justo eso, caerle en gracia a alguien, sucedía tan pocas veces en su vida que decidió aceptar. Después de la bronca con Sabrina y con sus padres no tenía ningún sitio mejor adonde ir. Emborracharse a expensas de un jefe impredecible con quien parecía haber hecho buenas migas le resultaba más tentador en ese momento que suplicarle a la chica que le prestara asilo o que hacer lo propio con su familia. Todo ello fue clave para que

obviara que no debía probar alcohol, a riesgo de multiplicar los efectos secundarios de la medicación, y para que se mentalizara de seguirle la corriente y beber algo juntos.

Paradójicamente, el alcohol le sentó mucho mejor a Bernardo que al empresario. Bastaron un par de *gin-tonics*, de hecho, y ya empezó a contarle todas sus miserias y a llorar de forma patética en mitad de un club de *striptease* llamado Sierra Madre al que se había empeñado en ir. El trasfondo de aquel bajón anímico era difícil de descifrar a la luz de que se expresaba con balbuceos apenas inteligibles, pero la palabra *zorra* la pronunciaba con gran énfasis y asiduidad.

Bernardo escuchó pacientemente todos sus lamentos y luego trató de consolarlo. Tras ello, el propietario del tanatorio se le echó encima y comenzó a llorarle sobre el hombro.

—¡Son todas unas guarras! —exclamó— ¡Unas guarras!

—¿Bernardo? —preguntó alguien a espaldas de ambos mientras el dibujante soportaba con estoicismo la misógina llorera de su jefe—. ¿Qué haces por aquí?

Se trataba de Yvonne, una amiga de Sabrina que no hacía más que inmiscuirse en su vida y encizañar su relación bajo el argumento de que Bernardo no era para ella. En opinión del perjudicado, porque le dolía que Sabrina hubiera decidido dejarla de lado para pasar más tiempo en su compañía.

—¿A ti qué te parece que está haciendo? —intervino el señor Ugarte—. ¡Estamos de pendoneo!

—¿De pendoneo? —repitió la chica con una sonrisa taimada.

—¡De putas, joder! ¡De putas!

—Okey. Entiendo. ¿Y qué pasa con Sabrina?

—¿Quién coño es Sabrina? —se mofó su jefe—. ¿La del «*boys, boys, boys*»?

—Sabrina está en casa —no se contuvo Bernardo—. Tenía trabajo pendiente para mañana Yvonne volvió a mostrar la doblez retorcida de su sonrisa.

—Ya veo, ya...

En circunstancias normales, el dibujante jamás se habría atrevido a plantarle cara, pero aquellas no eran, ni de lejos, circunstancias normales.

—¿Y tú qué haces por aquí? —contraatacó malicioso.

Yvonne, en absoluto amenazada por la pregunta, ensanchó todavía más los labios. Un bailarín en cueros subido a una peana detrás de ella hacía girar su miembro a gran velocidad como el proyectil de una honda a punto de ser disparada. La purpurina fluorescente que lo recubría trazaba figuras circulares en el aire y salpicaba a la clientela de finas partículas luminiscentes.

—Una compañera de curro, que está de despedida —contestó la chica impertérrita—. Lo de siempre.

El señor Ugarte miró hacia el hombre de la plataforma y se quedó embobado observando sus proezas pélvicas.

—No es lo que parece —aprovechó el joven para excusarse—. Trabajo a su servicio. Me ha sido imposible decirle que no.

—Relájate —rubricó Yvonne con una risilla—. Aquí nadie te está juzgando. Seguro que Sabrina lo comprende, no te preocupes.

Había demasiada carga sarcástica en el tono de su voz. Bernardo advirtió que volvía a sudar como un marrano y a acusar cierta sensación de irrealidad pese a que el alcohol había aligerado sus nervios. El malestar creció cuando el *stripper* dio en acelerar también las caderas, lo cual amplió en varios metros el radio de acción de aquellas aberrantes creaciones lumínicas.

—¿Has visto esto, chaval? —exclamó el señor Ugarte tan cerca del espectáculo que su cabeza ya casi parecía inserta en los genitales del gogó—. ¡Es como un salvapantallas del Windows,

pero a toda leche!

De súbito, el colgajo de carne brillante le atizó con fuerza en pleno ojo izquierdo. Tanto el *stripper* como él chillaron de dolor y se lanzaron el uno contra el otro para dirimir a golpes quién había tenido la culpa. Los encargados de seguridad se vieron empujados a intervenir y a expulsar a Ugarte y a su nuevo discípulo, que había acudido raudo y veloz en su ayuda, fuera del recinto.

Ya en el exterior, ambos tuvieron que apoyarse el uno sobre el otro para no perder el equilibrio. A excepción de un par de gatos, de varios adolescentes gritones y de algún que otro viejo borracho con incontinencia urinaria, la ciudad estaba desierta. Bernardo ni siquiera sabía dónde se encontraba exactamente. Su cabeza se tropezaba casi tanto como sus pasos; su ropa olía a tabaco, sudor y alcohol de garrafón, y su cuerpo enclenque apenas se bastaba por sí solo para mantener en pie el del señor Ugarte. Empezó a llover. El empresario continuaba barbotando palabras indescifrables en un bucle sin fin. Su ojo herido se le había hinchado a causa del golpe.

—¿Sabes una cosa, hijo mío? —farfulló entonces, pensativo—. Nunca antes había visto un cimbrel tan de cerca. ¿Y sabes otra cosa?, ¿eh?, ¿la sabes?

Bernardo tuvo miedo de responder. Por no contrariarlo, se arriesgó a hacerlo en voz muy baja.

—Que me gustan. ¡Me gustan los cimbreles! —rugió su jefe—. ¡Joder, ahora mismo estaría todavía flipándolo con el de ese tiarrón si no nos hubieran echado! No soy gay ni nada, ¿eh?, pero... ¡menudo badajo! Te juro que me sentaría a admirarlo, con una cerveza en la mano, hasta el día del Ragnarok, que es el del juicio final en vikingo, por si no lo sabes. Y a ti también te admiraría de ser necesario, muchacho. ¿Me entiendes?

Si aquella pregunta no contenía un espinoso subtexto sexual, Bernardo era el mayor malpensado de la historia de los malpensados.

—Pues no lo sé —dijo en un tímido intento por escurrir el bulto.

El señor Ugarte rio, se dejó caer de culo sobre un banco y desenfundó a bocajarro su amorfo y macilento pene.

—Tranquilo, que yo te enseño —declaró desacomplejado—. Vamos, hijo, no tengas miedo, te prometo que no muerde.

—Yo...

—¿A qué esperas? Dale de una vez. Es solo una pilila, no un chile habanero.

—Pero señor...

—¿Acaso quieres que me enfade?

De modo que el aspirante a embalsamador, llevado por el cóctel de alcohol y pastillas, el temor a perder el trabajo, la influencia de la luna llena, el efecto vértigo y su inaudita identificación emocional con aquel pobre hombre, terminó acucillado frente a él dispuesto a retribuirle sin palabras todos sus favores durante los dos minutos y medio siguientes.

El señor Ugarte se lo agradeció con un largo gemido de placer y una última palmada en el hombro. Bernardo se limpió la comisura de los labios con la manga del jersey, confundido, y al mirar hacia el cielo y ver cómo la aurora iluminaba aquella ciudad demencial donde la vida y la muerte estrechaban lazos de modos tan inescrutables, pensó que al fin se había emancipado. Lo demás era casi mejor que no le importara un comino.

XIV

LA BURLA DEL DIABLO

A la mañana siguiente, la percepción que Bernardo tuvo de los asuntos acaecidos durante la noche era quebradiza y vaporosa, aunque no tanto como le habría gustado.

Todavía recordaba de manera bastante nítida, demasiado nítida, incluso, lo que había tenido lugar a la salida de la discoteca, y el efecto conjunto del alcohol y del bochorno sobre su organismo —una especie de sentido de la propia ausencia rebajado con varios chorretazos de migraña y de ardor de estómago— corroía cuanto le quedaba de dignidad tratando de hacerla jirones. El olor a taberna medieval pegado a su piel y el resabio entre ácido y acre de su boca ayudaban al descuartizamiento. Se puso en pie. De la ubicación del cuarto donde se encontraba, que apestaba terriblemente a bebida fermentada, o de quién era su propietario sí que había perdido todo recuerdo. Buscó a tientas el interruptor de la luz. Cuando lo apretó, enseguida pudo reconocer el dormitorio de la casa de Sabrina. Lo más probable era que se le hubiera dado por caminar hasta su piso, guiado por la misma energía errática que conducía a las ballenas a varar en las playas más lejanas, y que ella, apiadándose de su estado, hubiera decidido acogerlo. A Dios gracias, Sabrina no se encontraba en la vivienda. Lo que sí había era una nota adherida con un imán a la puerta del frigorífico. El texto decía lo siguiente:

*No quiero verte cuando vuelva.
Si estás todavía por aquí a mi regreso, te mato.
Tienes toallas limpias en la ducha.
S,*

La fuerte resaca, unida al hecho de que ya no le quedaran más pastillas en el bolsillo, avivaron

su miedo. Por consciente que fuera de que el contenido de aquella nota no iba en broma y de que podía marcar un antes y un después en su relación —según Yvonne le hubiera comunicado o no lo del club de *striptease*—, le dio menos importancia de la que le habría otorgado en otro contexto. La parte aún operativa de su cerebro estaba demasiado ocupada en tratar de encontrar algún argumento que contrarrestara la culpa y el escarnio como para dispersarse en otros asuntos. Y apenas encontró alguno que fuera más sólido que el de tratar de conservar el trabajo.

Con el asco como motor, corrió hacia el baño para lavarse los dientes. Allí comprobó agobiado que su cepillo había desaparecido. Si algo le sugería esa misteriosa abducción era que la cosa acababa de ponerse realmente seria entre Sabrina y él, premisa que quedó confirmada cuando por fin encontró el cepillo clavado en medio de un pequeño estanque de pis y papel higiénico, dentro del inodoro, a modo de sutil admonición. Bernardo tuvo que coger el de su novia para poder asearse, sin advertir que no hacía tanto que lo había sumergido él mismo con sus propias manos en el váter, como el de su casa. El colutorio que utilizó para enjuagarse cuando reparó en ello era de los de doble acción, pero ni utilizándolo tres veces seguidas logró quitarse el mal sabor de boca.

Lo desbordaron las arcadas y terminó vomitando en el váter. La visión del mejunje formado en el retrete lo llevó a hacerlo una vez más sobre la porcelana, pese a que ya no le quedaba gran cosa en el estómago.

¿Cómo demonios había podido caer tan bajo? ¿Es que estaba loco? ¿Y qué pensarían sus padres si se enteraran de que le había practicado sexo oral en la vía pública al responsable sesentón de un tanatorio? ¿Comprarían la tesis de que el fin justificaba los medios, que ellos tanto defendían en otros supuestos, o considerarían, por el contrario, que aquella conducta atentaba contra la honra de la familia? Es decir: ¿lo convertían sus actos en prostituto, en un *american gigoló* de bazar chino, o simplemente en un espabilado dispuesto a todo por asegurarse las habichuelas? Él lo veía más bien como una acción de gracias, tal vez un poco desagradable y fuera de lugar, pero, al menos, sincera.

Su jefe, aun siendo un borracho, un depravado y un tipo algo especialito, le había abierto las puertas de un futuro diferente. Nada tenía por qué salir mal en el supuesto de que lograra sobreponerse a lo que había sucedido, actuar como si nunca hubiera pasado y no volver a irse de copas con él. Con el tiempo, incluso podría llegar a acostumbrarse a aquel maldito trabajo y correr un tupido velo sobre los acontecimientos de la noche anterior, ¿no? Al fin y al cabo, lo que había hecho lo había hecho por dinero, trabajo y protección. ¿Acaso podía exigirle algo más a la vida? Quizás amor, pero tampoco era que pudiera quejarse, porque Ugarte, con todos sus defectos, a lo mejor lo amaba de una forma más sincera que Sabrina. Y gracias a él —debía recordarlo—, Humphrey había dejado de ser un problema para convertirse en la mascota mimada de la compañía.

Iba a tener que darle la razón a Ilsa: en algunos contextos, pensar en clave positiva tenía sus ventajas. La ocurrencia hizo que no dudara en dedicarle una afable sonrisa al señor Ugarte, quien, a pesar de la juerga de la víspera, mostraba un aspecto de lo más pulcro cuando se reencontró con él en el depósito de cadáveres. El empresario reaccionó a su muestra de buena voluntad de un modo similar, sin transmitir en ningún momento la sensación de que hubiera sucedido algo raro entre ellos horas antes. Era posible que ni se acordara. O eso fue lo que Bernardo escogió pensar, para no sentirse tan sucio, hasta que le pidió que lo acompañara al almacén con el pretexto de hacer inventario y volvió a desenfundar su pistola a traición.

—Al trabajo hay que venir lavado, peinado y bien follado —no le dolieron prendas en proclamar—. Anda, date prisa antes de que venga alguien.

El trabajador clavó los ojos en los genitales del señor Ugarte y deglutió cariacontecido.

—Vamos, chico, ¿qué te pasa ahora?

—Que no me gustan los hombres —explicó remiso—. Tengo... tengo novia.

—Y yo cuatro hijos, una esposa y una exesposa —refunfuñó su jefe—. No te vas a volver gay por hacerme un apaño si no lo has hecho ya escuchando *De niña a mujer* en la morgue, como te vi hacer ayer, descuida.

—El contrato no decía nada de esto.

—De acuerdo, como veas. Si quieres, luego yo te hago un apaño a ti. Paso de revueltas marxistas en mi empresa, que la política me la trae al paio. ¡Putos sindicatos!

Bernardo desestimó la oferta con un gesto cohibido y apesadumbrado.

—No hace falta —dijo—. De veras.

—Tú mismo, pero date prisa ya y échame un cable, leñe, que me estoy destemplando.

El asalariado se arrodilló de nuevo frente a Ugarte e inclinó la cabeza, incapaz de oponer más resistencia. A través de su único ojo, el falo varicoso del patrono lo observaba engreído mientras dos pegotes flácidos que le llegaban casi a la mitad del muslo se balanceaban un poco más abajo como descatalogados adornos de navidad. Solo había una forma de abordar el desafío: dejarse de miramientos y ponerse manos a la obra. ¿No era eso, después de todo, lo que hacían la mayor parte de los trabajadores del mundo? Si lo analizaba con frialdad, sin dejarse llevar por los escrúpulos, por la moral o por los prejuicios que durante décadas el heteropatriarcado le había implantado en el cerebro, aquella aparente pérdida de decencia no era más que la prueba última de que estaba empezando a convertirse en un hombre adulto de los de lanza en astillero. O algo similar.

—Espero que le haya gustado —manifestó en cuanto hubo concluido, tratando de disimular su dentera—. ¿Puedo irme a trabajar?

—¿Ya? ¿Y qué hay de lo de tu apaño?

—Mejor otro día, si eso.

De este modo, Bernardo acabó accediendo al depósito de cadáveres con un notable retraso. El más veterano de sus compañeros, cuyas facciones recias e insulsas le recordaban a un clon defectuoso de Cary Grant mezclado con material genético de Carmelo Gómez, le enseñó a dar puntadas sobre la carne muerta; otro, de ojos completamente inexpresivos y ademanes torvos, lo ilustró en el noble arte de eviscerar cadáveres de personas con sobrepeso, y una mujer rechoncha y fea que olía a pescado, para rematar la jornada lectiva, le enseñó a anudar correctamente las corbatas de los muertos y a reconstruir la apariencia de los accidentados con politraumatismos severos del cráneo. A partir de esta tercera lección, el festivo distanciamiento que su jefe había tratado de contagiarle comenzó a desmoronarse y Bernardo dejó de ver a sus clientes como meros trozos de embutido con necesidad de una buena presentación para verlos como seres humanos todavía medio calientes. El giro lo llevó a valorar, por extensión, que él podría también ingresar en el tanatorio en cualquier momento y a atormentarse mucho por ello.

Ninguno de los cadáveres en la cola del depósito había perdido la vida como consecuencia de un infarto o de un derrame cerebral ficticio, sino que todos ellos se habían llegado hasta allí por causas mucho más serias y reales. Si a él le ocurría lo mismo en el corto plazo, ¿habría tenido algún sentido tanta humillación solo por poder decir que era un hombre emancipado?; o peor aún, en el supuesto de que no llegara a ocurrirle nada en ese periodo, ¿tendría que seguir arrodillándose día tras día frente a su jefe para sobrevivir hasta que le llegara la hora? ¿De verdad merecía la independencia económica un sacrificio tan grande? Estaba claro que no desde el momento en que bastaba con rescindir el contrato o con denunciar al empresario para que el

problema dejara de existir. La incógnita, de haber alguna, se ceñía más bien a saber si podría encontrar otro trabajo que le permitiera seguir cuidando a Humphrey en tal caso.

Una buena opción para no tener que enfrentarse al abismo de la incertidumbre consistía en devolver al animal al refugio y lavarse las manos como Pilatos, claro que su compromiso, incluso si se lanzaba de cabeza a ello, habría naufragado, y nadie lo iba a salvar tampoco de quedar como un idiota delante de su familia, de su novia y de las autoridades, con toda la vergüenza y los desperfectos que tal extremo acarrearía en su orgullo. ¡Ni de broma iba a rendirse tan rápidamente! Antes debía demostrarle al mundo que estaba capacitado para ocuparse de una mascota. No podía ser tan difícil cuando cualquier anciana en tacataca lo hacía. Era posible que la terapia hasta funcionara con el paso de los días y que aquel animal por el que estaba sacrificando tantas cosas terminara salvándolo de algún modo.

Un poco más animado, abandonó por unos minutos el depósito de cadáveres y salió al patio para saludar a Humphrey. El cachorro, que dormía hecho un burujo sobre el césped, ni siquiera se giró para mirarlo. Su amo hincó la rodilla frente a él y extendió la mano con la intención de acariciarle el lomo. Humphrey gruñó irritado y le dio una fuerte dentellada en la palma, de tal forma que tuvo que apretarse los labios para no afearle la conducta de un collejazo.

—Después de todo lo que he hecho por ti, ¿te parece que esto es de recibo? —lo amonestó. Pero el perro, si cabe más irritado que antes por la invasión de su espacio, volvió a morderle la mano con fiereza. Su dueño no logró controlarse esta vez y le propinó una patada en el trasero. Humphrey se puso en pie y comenzó a ladrar y a correr en círculo, con el hocico estrechado en una expresión agresiva, mientras le tiraba de la tela de los pantalones. En mitad de uno de sus ataques, Bernardo sintió la vibración del móvil en el bolsillo. Alguien había decidido llamarlo justo en ese instante, y el número de dicha persona, por sorprendente que fuera, no se correspondía con el de Sabrina, con el de sus padres o con el de ninguna empresa de *telemarketing*.

—¿Bernardo Santos? —lo requirió una voz ronca al otro lado cuando se decidió a descolgar. El corazón le latía con desbocamiento arrastrado por el suspense.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Conrado Ferrari. Represento a la editorial Serendipia.

Por tanto tiempo había soñado el dibujante con recibir una llamada similar que pensó que se trataba de una broma. Serendipia era la editorial de novelas gráficas de mayor proyección del país, así como una de las que más habían crecido dentro del marco de la Unión Europea. A su servicio trabajaban dos tipos de creadores: o bien autores ya consagrados, o bien, de forma casi testimonial, algunos dibujantes noveles muy pero que muy afortunados que solían acabar, con los años, formando parte del primer grupo. El prestigio de la compañía era tan elevado, por todo ello, que Bernardo jamás les había enviado el currículum, convencido de que estaba fuera de su alcance trabajar para la empresa. Quienquiera que fuera el tal Conrado Ferrari tenía que haberse equivocado de número. La otra posibilidad era demasiado bonita para ser cierta.

—¿Serendipia? —repitió helado. Humphrey seguía mordiéndole los pantalones—. Mira, ignoro quién eres, pero no tiene gracia.

—Soy Conrado Ferrari, del Departamento de Producción Editorial. Le llamo porque...

—Insisto, no tiene gracia.

—Señor Santos, esta llamada es muy seria. ¿Podría dedicarme unos minutos?

A golpe de perseverancia, Humphrey logró rasgar un trozo de tela. Bernardo le propinó otro puntapié para alejarlo y que aflojara un poco, pero el perro no se dio por vencido ni así. Como por arte de magia, la voz al teléfono dejó de parecerle la de algún bromista con ganas de reírse de

sus ambiciones.

—¿Está seguro de que quiere hablar conmigo? —trató de cerciorarse antes de proseguir con la conversación.

—Para eso le llamo —porfió la voz sin descomponerse. El joven notó que el corazón se le aceleraba todavía más y que las axilas y la frente comenzaban a transpirarle con profusión—. No me andaré por las ramas: ha llegado a nuestras manos un original de su obra *El viento se autodespeina* y queríamos felicitarle por ella. Nos parece un trabajo muy fresco e ingenioso, de una ejecución técnica francamente depurada para su edad.

Bajo el título de *El viento se autodespeina* era como Bernardo había bautizado a su única novela gráfica terminada hasta la fecha. La había enviado meses atrás a un concurso regional de cómic en el que se había alzado con los trescientos euros del segundo accésit, con un lote de libros de cortesía y con una estatua ridícula de algo que se suponía que era un árbol centenario pero que recordaba más a una zarigüeya desnutrida. No entendía cómo una historia salida de un concurso de provincias había ido a parar a los estantes de Serendipia, aunque, según aseveraba aquel tipo —y ahora ya veía que no estaba tomándole el pelo—, así había sido.

—¿Quiere... quiere eso decir que están interesados en publicarla?

La voz de Conrado Ferrari invirtió unos segundos en meditar la respuesta.

—No —dijo contundente al término de aquella recensión.

Humphrey le clavó los dientes a Bernardo en el tobillo justo cuando el hombre se preparaba para dejarlo hablar.

—¡Mierda! —gritó el artista mientras le daba una nueva patada a la mascota. Se había tomado aquel tira y afloja como una especie de reto personal y no estaba dispuesta a ceder ni un milímetro de terreno.

—Bueno, supongo que, por una parte, sí —prosiguió Conrado—. La buena noticia es que en estos momentos estamos buscando nuevos dibujantes a quienes les interese diseñar los personajes y escenarios de nuestra primera película de animación. Creemos que usted reúne todas las características que necesitamos para dirigir el Departamento de Arte. Incluso le ofrecemos la posibilidad de participar en el guion, si así lo desea. Tal y como ya le he dicho, nos ha encantado su obra.

—¿Una película? —Bernardo recobró la suspicacia inicial—. Ahora sí que me está vacilando, ¿verdad? Yo no tengo ninguna experiencia en ese ámbito.

Para ser más exactos, no tenía experiencia en ningún ámbito específico, solo que confesárselo le pareció muy poco oportuno y todavía menos inteligente.

—En nuestra empresa creemos en el talento por encima de la experiencia y de los contactos —reivindicó Ferrari sosegado—, y a usted, por lo que hemos visto de su trabajo, le sobra de lo primero y le falta de lo segundo.

—Gra... gracias.

—¿Estaría entonces interesado en unirse a nuestro equipo?

Bernardo Santos ya ni siquiera notaba los mordiscos de Humphrey. La emoción había invadido su cuerpo, anesthesiándolo frente a cualquier otro estímulo.

—¡Por supuesto! —respondió sin pararse a pensar en lo que sus palabras implicaban— ¡Claro que sí!

—Nos alegra oírlo. ¿Qué le parece si nos vemos mañana en nuestras oficinas para discutir los términos del contrato?

—¿Mañana? Sus oficinas están a más de seiscientos kilómetros de aquí...

—Nos hemos tomado la libertad de reservarle un billete de avión. Y por el alojamiento no se

preocupe. También nos hemos hecho cargo de ello. Compartirá casa con el director, el señor Renault, dentro del estudio. Le gusta trabajar codo a codo con los encargados de los diferentes departamentos. Serán casi unas vacaciones pagadas.

Humphrey se afanó en ladrar a mayor volumen que de costumbre para concitar de nuevo la atención de su amo.

—Suenan estupendo —le dijo este a Ferrari—, pero hay un pequeño problema. Acaban de contratarme para otro trabajo y tendría que hablarlo primero con mi jefe.

—¿Alguna otra editorial?

—No exactamente.

—¿Productora?

—Tampoco. No tiene ninguna relación con el mundo artístico. Al menos no de una manera directa.

—Puedo darle hasta mañana a las ocho para que se lo piense —dijo el representante con formalidad—. No más. El vuelo es a las doce del mediodía. Hay otros candidatos y el tiempo vuela. Espero que lo comprenda. Eso que se escucha... —agregó tras una concisa pausa—, ¿es un perro?

—Sí, Humphrey.

—¿Y le tiene mucho cariño?

La pregunta resonó dentro de los oídos de Bernardo con un escalofrío. El animal ladró una vez más, animoso.

—Sí..., imagino que sí —titubeó su dueño antes de volver a patearle el trasero.

—En ese caso, he de advertirle que tendrá que separarse de él. El señor Renault es alérgico a los perros en el más amplio sentido de la palabra. Espero que eso no suponga ningún problema.

Humphrey se detuvo con el culo en pompa y las patas delanteras desplegadas para retarlo. Su labio superior vibraba de forma espasmódica con cada gañido. Debajo de él, unos diminutos pero feroces caninos emergían amenazantes de entre el mar de babas.

—En absoluto —mintió Bernardo para variar—. Está todo bajo control.

El perro se lanzó por segunda vez contra su pierna y le hendió los colmillos en ella. Hubo de apretar los dientes para contener el dolor. Inmediatamente después, sacudió el empeine de forma virulenta hasta arrojar al cachorro contra la verja del jardín.

—Fabuloso. Mañana le llamaremos para conocer su decisión —acordó Ferrari—. Si me permite un consejo, no se lo piense demasiado. Es una oferta de las que pueden cambiar el curso de una vida. Que tenga un buen día.

Y colgó. El telefoneado se encaró entonces a Humphrey. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de ello, pero la mano se le había desplazado por instinto hasta su pescuezo.

—¿Puede saberse qué pasa contigo? ¿Por qué demonios me muerdes?

El labrador se agitaba en el aire mientras chillaba y se retorció como un estudiante díscolo levantado por las orejas por una monjita sádica tras realizar alguna travesura.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó el señor Ugarte a lo lejos.

Las mejillas de Bernardo se arrebolaron.

—Perfectamente —dijo, y le indicó a su jefe, por mímica, que no se preocupara—. Todo genial.

Luego abrió la mano a fin de soltar al cachorro y el animal cayó sobre el césped con un plof solo para regresar en el acto a las andadas.

Al poco de reincorporarse al trabajo, su amo sintió que la sordidez de la faena pendiente en la morgue ya no lo amedrentaba tanto ahora que tenía asuntos más imperiosos de los que ocuparse,

como procesar aquella llamada que acababa de poner todo su mundo patas arriba, y también que todos esos asuntos, por una vez en su vida, irradiaban cierto aroma a esperanza.

No era para menos. En unas doce horas Conrado Ferrari volvería a telefonarlo y tendría que ofrecerle una respuesta definitiva o todo terminaría descarrilando una vez más. Para evitar el desastre solo debía hallar, dentro de ese mismo margen temporal, alguna forma de desembarazarse de su miserable mascota, tan incapaz de mostrar ningún tipo de afecto por él como él de reconocer que su vida o su muerte, su cariño o su desidia, su fidelidad o su vileza eran, en lo esencial, alforjas prescindibles de cara al viaje que ya se perfilaba frente a sus ojos.

Al fin había llegado su hora, y, si tenía que abandonar a Humphrey en el arcén de una solitaria carretera para disfrutar de ella, no iba a permitir que ningún «él nunca lo haría» se interpusiera en su camino.

XV

EL BOSQUE PETRIFICADO

Después de analizar a fondo su situación, entre puntada y puntada a los cadáveres del depósito, Bernardo Santos decidió cartografiar en un complejo diagrama mental todas las alternativas de las que disponía para sortear el escollo planteado por Humphrey. A grandes rasgos, eran las siguientes:

A. Contactar de nuevo con Sabrina y suplicarle que se quedara con el perro mientras él se iba a trabajar a más de seiscientos kilómetros de distancia.

B. Contactar de nuevo con sus padres y suplicarles que se quedaran con el perro mientras él se iba a trabajar a más de seiscientos kilómetros de distancia.

C. Contactar de nuevo con el refugio de animales y suplicarles que se quedaran con el perro mientras él se iba a trabajar a más de seiscientos kilómetros de distancia.

D. Contactar de nuevo con Ilsa y suplicarle que se quedara con el perro mientras él se iba a trabajar a más de seiscientos kilómetros de distancia.

E. No contactar con nadie y dejarse de súplicas para mejor liquidar al perro y poner de por medio más de seiscientos kilómetros de distancia. O los que fueran.

De las cinco alternativas, cuatro lo condenaban a hurgar en las dolorosas heridas de su autoestima para sobrevivir. La otra parecía algo más sencilla y asequible, pero no siempre lo más sencillo o lo más asequible era también lo más acertado. Debía afinar la puntería y descartar con tino. Las ramificaciones de cada opción, punto por punto, eran estas:

Si escogía A, Sabrina montaría en cólera, le repetiría hasta la saciedad que ya le había advertido sobre los riesgos de hacerse con una mascota, probablemente querría irse con él, cosa que a Bernardo no le apetecía nada tal y como estaba su relación en esos momentos, y, del cabreo, jamás aceptaría cuidar de Humphrey.

Si escogía B, sus padres se alegrarían un montón de que se marchara, pues eso equivaldría a que al fin habría encontrado un empleo decente, le repetirían hasta la saciedad cuál había sido su postura original sobre lo del perro y volverían a repetírselo, les diera él la razón o no, hasta que le sangraran los oídos.

Si escogía C, el responsable del refugio de animales montaría en cólera también, le repetiría hasta la saciedad que ya de inicio le habían dejado bien claro que adoptar no era ningún juego,

tomando probablemente medidas legales en su contra por vulnerar el contrato, y volvería a reírse de él junto al resto de sus compañeros.

Y si escogía D, Ilsa fingiría que se alegraba mucho pese a que por dentro montara en cólera, trataría de escurrir el bulto mediante técnicas asertivas, utilizaría sus prolijos conocimientos de psicología para hacerlo sentirse culpable por abandonar al peludo y convencerlo de recapacitar, y le diría, faltaría más, que tendría que ser él mismo a cambio de volver a cobrarle setenta y cinco euros.

En contrapunto con todo lo anterior, la opción más expeditiva, la E, reunía infinidad de ventajas: no le pasaría nada siempre y cuando se cuidara de que ningún testigo presenciara el crimen, evitaría tener que arrastrarse, se blindaría contra todo tipo de reproches ajenos, sería libre para irse adonde quisiera, lejos de Sabrina, de su familia, de Ilsa, del refugio de animales y de Humphrey, y podría iniciar una nueva vida trabajando en lo que en realidad le gustaba.

La decisión era bastante obvia. Así pues, en cuanto hubo terminado de acicalar cadáveres, cogió la correa de Humphrey, amarró al animal con ella y se internó en el frondoso y oscuro bosque junto al camposanto con la excusa de ir a dar un paseo.

Empezaba a anochecer y hacía bastante frío. Las alimañas que hasta esas horas de la tarde habían permanecido aletargadas en el monte salían de sus guaridas y emitían toda suerte de ominosos ruidos sobre la hojarasca. Humphrey, entretanto, mordía la correa a lo loco y peleaba en balde por huir de lo que se le avecinaba. Ambos llegaron al poco rato hasta un claro en mitad del bosque. En su parte central había un tocón de madera vieja carcomida por el musgo y la humedad, alrededor del cual Bernardo tomó la determinación de atar al cachorro. Acto seguido, se puso de cuclillas frente al *retriever*, le acarició el lomo con suavidad y él, calculadamente, saltó sobre su pecho para coserle la cara a lametones. La cola se le movió de un lado a otro como una campana que no se hubiera dado cuenta de que estaba tocando a rebato. Bernardo lo miró a los ojos —aquellos ojos grises, encandiladores y vivarachos que tanta pasión despertaban a su paso—, y ladeó los labios con amargura.

—Tienes que perdonarme —le susurró casi en la oreja muy compungido—. Yo jamás me habría figurado que llegaríamos hasta este punto, pero no tengo más alternativa. Abandonarte a la intemperie sería peor para ti.

El perro escuchó con atención y volvió a lamerle la mejilla. Un poso de escepticismo pareció condensársele en la mirada. Su amo le pasó la mano por el cogote y sacó discretamente el bisturí de disección con el que se había hecho en la morgue.

—Has destrozado mi vida, pequeño cabroncete —dijo de nuevo en el oído del labrador—. Juntos no llegaríamos a ningún sitio, lo sabes bien.

Humphrey inclinó la cabeza confuso. El rabo seguía moviéndosele a izquierda y derecha, igual que un metrónomo, en sincronía con sus amorosos parpadeos; su respiración era rápida, pero no agitada, y la lengua le colgaba de la boca mientras por sus belfos se deslizaban varios pingajos de babas muy densas.

Otro lengüetazo. Bernardo no comprendía por qué el cachorro actuaba así justo en ese momento salvo que estuviera tratando de chantajearlo emocionalmente, sin embargo, ¿podía en verdad un perro de apenas tres meses hacer alarde unas cotas de inteligencia semejantes? ¿O quizás solo estaba siendo sincero y todo lo que había pasado en el jardín había sido un juego para él?

—¿Qué importa? —rechazó por lo bajo, posando las rodillas en el suelo—. Tengo que quitármelo de encima igualmente si quiero conseguir el empleo.

La humedad del terreno le mojó primero los pantalones y más tarde la piel de las piernas.

Humphrey dio un brinco hacia su regazo. Bernardo lo rodeó de manera enérgica. Su mano izquierda, también con mucha fuerza, apretó el bisturí para evitar que se le escapara por culpa del sudor. El cachorro le lamió la oreja con alegría, imperturbable, conforme su acompañante sentía un escalofrío sordo que no supo si achacar a la tensión del momento o al miedo a que le fallara el pulso.

—No me lo pongas más difícil —gruñó acongojado—. ¿Crees que esto es sencillo para mí?

Un par de lágrimas brotaron de sus ojos. Al igual que le había sucedido con el escalofrío precedente, tampoco alcanzó a dilucidar de qué manera interpretarlas. Había rabia y dolor en ellas, pero también miedo, frustración y vergüenza. Matar perros con alevosía no resultaba tan fácil, desde luego, como aplastar moscas o pisar hormigas. En parte porque sus caritas redondeadas e inocentes jamás dejaban de transmitir esa ternura mullida y candorosa, casi como de anuncio de Aspirina, con la que hasta el menos empático de los carniceros podía llegar a enternecerse.

Bernardo vaciló. Ya no se sentía capaz de dar el paso. Y esa impotencia imprevista lo llenaba de furia. Con todo, no debía ni podía tolerar que un repentino ataque de sensiblería interfiriera en sus planes. El futuro dependía de un hilo. O se cargaba a aquel perro o se cargaba todas sus perspectivas de redimirse. Pero, ¿estaba listo para manejar la urticaria moral que sin duda le produciría asesinarlo en medio del monte? Es decir, ¿seguro que no había otras alternativas además de las cinco sopesadas de antemano? Porque, ¿y si lo que en el fondo quería que sucediera era precisamente eso? ¿Y si había montado todo aquel dramático teatrillo, en último término, solo para encubrir sus sentimientos más inconfesables? O ya sin tantos tapujos: ¿y si su temor a ser un psicópata tenía algún fundamento?

En una tentativa errática por descartar dicha posibilidad, sacó su teléfono, se conectó a la red de datos, que iba lenta pero funcionaba, y escribió la palabra *psicopatía* en el navegador. La información que encontró le puso los pelos como escarpías. No tanto porque su candidatura cumpliera de sobra con algunos de los requisitos para ser un asesino recogidos allí, sino porque su primera novia, Ingrid, le había enviado un texto similar como indirecta tras haber mantenido con él una absurda y acalorada discusión acerca del talento interpretativo de Ben Affleck, y eso le había hecho pensar que quizás no le faltaba razón en el diagnóstico.

Se estremeció. Cada vez que consultaba temas parecidos en internet, saltándose a la torera las instrucciones de Ilsa, terminaba más paranoico que antes. Debía relajarse y pensar con claridad, sin incurrir en ninguna distorsión cognitiva de las muchas que su terapeuta le había obligado a anotar en un cuaderno para reflexionar sobre ellas en los ratos muertos, como si en lugar de un inadaptado con ínfulas artísticas fuera algún tipo de Buda Shakyamuni *new age* tomando el sol debajo de una higuera.

Desde un punto de vista racional, aquellas aprensiones carecían de cualquier fundamento. Ningún psicópata al uso sufriría un ataque de pánico antes de cometer sus fechorías. Al contrario, la idea de matar excitaba tanto a aquellos turbios personajes que ni se planteaban si era bueno o malo. Sencillamente, no tenían conciencia ni remordimientos. Tanto el artículo como el correo electrónico de su exnovia ahondaban en ese hecho. Ahora bien, ¿qué pasaba si las taxonomías sobre desviaciones psicopáticas seguían la lógica de los horóscopos y también estaban influidas por algo similar a los ascendentes del zodiaco? De ser así, quizás pudiera haber psicópatas con ascendente neurótico o asesinos desalmados con ascendente TOC. ¿Alguien podía garantizarle, en caso de confirmarse, que no existiera un pequeño Ted Bundy sediento de violencia dentro de su cabeza de mequetrefe desarraigado? Él, a todas luces, no podía. Y las reglas y las clasificaciones, encima, estaban para saltárselas.

La única manera fiable de poner fin a todo aquel delirio era no recular, de modo que aferró los dedos al bisturí y lo acercó lentamente al cuello peludo de Humphrey. El animal continuaba con sus monerías cuando sintió que algo punzante comenzaba a hundirse en su pellejo. Al contacto con el metal, emitió un agudo chillido y mordió a Bernardo en la nariz para librarse de él. El cachorro se parapetó después contra el tocón y comenzó a gemir. Temblaba inconsolablemente de miedo, casi solicitando clemencia con los ojillos. Un estrecho riachuelo de líquido encarnado le manchó el pescuezo. No se trataba de un corte grave, aunque la semejanza entre la claridad de su pelaje y el intenso color rojo de su sangre hiciera pensar lo contrario.

Bernardo sintió pena por él. Había perdido el control por completo y ya no sabía ni lo que estaba haciendo.

—¡Deja de mirarme así! —le gritó—. Nada de esto es algo que yo haya buscado. Yo no... no... no soy ningún criminal. —Arrojó el cuchillo hacia la negrura del bosque y caminó hasta Humphrey para abrazarlo en contra de su voluntad—. Ni siquiera deseo hacerte daño, joder. Solo quiero que seas una buena mascota. Que me quieras. Que me ayudes a superar esta mierda.

Al tiempo que Bernardo rompía en lágrimas de desconsuelo, el can dejó de temblar. Su dueño jamás había llorado con tal vehemencia. Era como si hubiera estado reprimiendo todo aquello durante demasiados años y ya no pudiera comedir el empuje que ejercía sobre su cerebro. Lo sobrepasaron las emociones. El perro reanudó el recital de gemidos y se escapó de regreso al tocón. Además de por la sangre, su pelaje estaba ahora también mojado por las lágrimas de Bernardo.

—No te preocupes, pequeño —dijo este, que progresó por entre la hojarasca y el barro del umbrío y tenebroso bosque en busca del cachorro—. Todo saldrá bien.

Humphrey asomó las orejas por detrás de la madera cuarteada. No se lo veía muy convencido de nada.

—Te lo prometo —insistió su amo como paso previo a un segundo y más codiciado abrazo de reconciliación—, todo saldrá bien...

XVI

RETORNO AL ABISMO

Bernardo se sintió tan avergonzado por sus actos que no tuvo fuerzas para levantarse y cayó dormido sobre el mismo claro donde había estado a punto de pasar lo peor.

Cuando despertó, tenía el cuerpo aterido y cubierto de tierra y hojas muertas. Su mascota se encontraba acurrucada a la mayor distancia de él que la correa le permitía. La mancha sangrienta del cuello se le había resecado durante la noche, perdiendo su tonalidad roja. Más que una herida superficial, parecía ahora un rastro de barro. Trató de aproximarse, pero Humphrey rehuyó todos y cada uno de sus intentos por reducir distancias. En inicio, limitándose a retroceder asustado; luego, enseñándole también los colmillos y gruñendo con recelo.

Su emotiva confesión del día anterior no había funcionado. Se preguntó si en algún momento conseguiría hacer migas con el animal e intuyó que su cerebro no deseaba aventurarse a responder.

El tiempo había pasado más rápido de lo que a él le había parecido y su reloj ya estaba al filo de marcar las ocho. Ahora que había descartado lo injustificable, debía pensar en qué iba a decirle a Conrado Ferrari cuando llamara para comprobar si quería hacerse con el trabajo en Serendipia. No obstante, dado que el resto de alternativas comportaban abandonar a Humphrey y eso ya no iba a hacerlo después de lo que había estado tan cerca de hacer, tenía dudas sobre cómo abordarlo. Nadie estaría dispuesto a acoger al labrador de nuevo. Ni Sabrina, ni sus padres, ni Ilsa, ni los encargados del refugio. Nadie. Estaba claro, así las cosas, que el pequeño seguía siendo su problema, su responsabilidad. Él se había metido en aquel lío y él tendría que ingeniárselas para salir de allí, por más que eso exigiera renunciar a ciertas prebendas.

Recordó una frase que había escuchado tiempo atrás en boca de Clint Eastwood: «El valor de un sentimiento es el valor del sacrificio que estás dispuesto a hacer por él». Siempre le había resultado muy sugerente. La trampa estaba en que Bernardo desconocía cuál era el sentimiento por el que debía sacrificarse o si estaba dispuesto a sacrificar algo cuando ni siquiera podía asegurar que sintiera cosas de verdad. Tras darle un montón de vueltas en la cabeza, concluyó que la mejor manera de probar que todavía albergaba emociones valiosas dentro de sí pasaba por demostrárselo a su estricto juez interior realizando justo eso: un gran sacrificio. El grado de sinceridad con que debía acometer aquella renuncia era ya algo que lo sobrepasaba. Años antes

había experimentado una sensación no muy distinta al tratar de purificar su karma por la vía rápida mediante la puesta en práctica de buenas acciones indiscriminadas. A ambas las definía una especie de desasosiego lacerante provocado por la sospecha de que hacer cosas buenas no equivalía a ser una persona buena.

Aun con todo ello, por algo había que empezar...

El trabajo propuesto desde Serendipia llevaba aparejado una responsabilidad enorme. No iba a ejercer de mero ilustrador, sino de jefe de departamento. ¡Jefe de departamento! ¡Nada menos! Tuviera o no las aptitudes de las que Ferrari le había hablado la víspera —algo bastante cuestionable, en su opinión—, era una locura ponerlo al mando de un equipo humano cuando precisamente trabajaba en un tanatorio para no tratar con nadie.

«Miedo —musitó su propia voz con socarronería desde lo más profundo de aquel pesimismo—. Te corroe el miedo y estás dispuesto a arruinar el futuro solo por no asumir unas responsabilidades con las que podrías lidiar a la perfección, como cualquiera. Enfrentarse al mundo real es la verdadera terapia, y no depositar todas tus esperanzas en un perro y dejarse dominar por sus caprichos».

«Ya, ¿y qué hago con él? —impugnó una segunda voz igualmente suya, en realidad el reverso tenebroso de la anterior—. Si ni siquiera puedo asumir la responsabilidad de cuidar de un perro, mucho menos podré capitanear un departamento, ¿no?».

«¡Paparruchas!» —se limitó a exclamar la otra.

Su teléfono sonó antes de que la primera tuviera la oportunidad de llevarle la contraria. Era, como estaba previsto, Conrado Ferrari, de Serendipia. Bernardo se sentó en la hierba para poder hablar con él de forma más cómoda.

—Espero que ya haya tomado una decisión —declaró el portavoz de la editorial en tono grave y ceremonioso—. ¿Trabjará para nosotros?

Bloqueado, el candidato intentó decir que sí casi tantas veces como intentó decir que no, en ambos casos con un éxito muy limitado. Humphrey apareció de la nada al cabo de un lapso de indecisión para arrebatarse el teléfono de un mordisco. Había logrado liberarse de la correa y ahora avanzaba a toda velocidad, bosque a través, con el aparato entre los dientes. Su amo echó a correr detrás de él, vociferando su nombre mientras se desvivía por recortarle terreno a grandes zancadas, pero el perro no estaba por la labor. Los ecos de su llamada se extinguieron poco a poco entre los árboles y no solo acabó por perderle la pista, sino que él mismo, de manera bastante estúpida, perdió también el rumbo. No sabía dónde se encontraba ni disponía de ninguna referencia que lo ayudara a orientarse, así que la neblina de la irrealidad arraigó de nuevo en su mente. Tenía la impresión de estar en un sueño, o bailando un tango sobre una superficie resbaladiza, o fuera de su propio cuerpo a la vez que se observaba a sí mismo a través de un ojo de buey sucio y mal iluminado. Todo lo que veía comenzó a emborronarse y a trepidar. Como además el frío le había atacado durante la noche, tosía como un tuberculoso.

De repente, escuchó un crujir de ramas a su izquierda y decidió que aquella era la única dirección válida. La carrera en pos del ruido se prolongó por más de un cuarto de hora hasta que varios cláxones se hicieron audibles y una carretera apareció de la nada en mitad del monte. Bernardo vio que hasta dos coches frenaban al paso del cachorro. No se lo habían llevado por delante de milagro. Un tercer vehículo, procedente del otro sentido de la vía, también se detuvo cuando el perro invadió el carril. Su conductor se asomó a la ventana del utilitario para increparlo.

—¡La correa, imbécil! ¡Usa la puñetera correa!

—¡Lo siento! —se disculpó el dibujante mientras cruzaba la carretera a lo loco—. ¡Lo siento

muchísimo!

Pero el recorrido de su mascota estaba lejos de concluir a pesar de que ya había cruzado la calzada. Un corredor que no logró verlo a tiempo colisionó de manera muy torpe con él, en la propia acera, para luego precipitarse contra el asfalto y sufrir un aparatoso descalabro. Humphrey soltó el teléfono móvil. Su amo corrió a recogerlo, se acuclilló junto al accidentado tras tomarle las constantes vitales —que mostraban signos de flaqueza, aunque existían— y trató de reanimarlo. El hombre, sumido en una profunda inconsciencia, tenía la boca bañada en sangre, el cuello demasiado suelto y un golpe horrendo a la altura de la frente. Humphrey decidió dejar de trotar. Con una ladina mezcla de indiferencia y de curiosidad, lo observaba todo unos cuantos metros por delante. El responsable legal de todas sus acciones le envió de vuelta una mirada resentida, solo que él la ignoró. Y lo cierto era, hostilidades a un lado, que aquel no podía considerarse ni el mejor momento ni el mejor lugar para resolver sus diferencias. Tanto Humphrey como él tendrían que posponer su particular juego del gato y el ratón y centrarse en socorrer a aquel pobre desgraciado. Decidido a ello, Bernardo marcó el número de urgencias en su recién recuperado teléfono. El perro elevó la trufa y echó a andar, altivo, en la misma dirección del principio.

—¿Adónde vas? —le dijo a gritos— ¡Vuelve aquí, pedazo de cobarde! ¡Ahora!

Humphrey no le hizo ni caso y continuó avanzando en sentido contrario. Su perseguidor, mareado por la visión de la sangre, sintió deseos de ponerse en pie y de retomar el pilla-pilla, pero la respiración del atleta sonaba cada vez menos alentadora y no podía dejarlo allí en tales condiciones. Ya habría tiempo de encontrar al perro y de ajustar cuentas con él. Miró hacia abajo. La cabeza severamente golpeada del accidentado yacía sobre un charco de sangre en expansión. Nada más verlo, las venas de la sien le palparon y el nacimiento del estómago se le cerró como si estuviera a punto de vomitar, que era lo que estaba pasando. No tuvo tiempo ni de practicarle una reanimación. El impacto de la oleada de jugos gástricos en la cara del deportista, por el contrario, acabó con su letargo. Los párpados se le abrieron, escrutó a Bernardo con los ojos inyectados en sangre y elevó su mano de venas marcadas y huesos nudosos hacia la camisa del joven para asirla con un vigor insólito. Al apretar los dientes, se le desprendieron varias esquirlas de hueso que le hicieron expectorar. Bernardo temió que el corredor pudiera llegar a atragantarse con el contenido de su propia boca —un revoltijo de astillas de hueso, sangre y vómito que se le había acumulado sobre la lengua—, e intentó ladearle la cabeza para que pudiera escupirlo. En cuanto lo hizo, se escuchó un crujido aciago y el hombre volvió a desvanecerse no sin antes decir algo similar a «¡pagaréis por esto!», según a su socorrista le pareció escuchar.

Una moderna ambulancia llegó alrededor de cinco minutos más tarde. El personal interrogó a Bernardo acerca de qué había ocurrido exactamente y él se lo narró todo tratando de no cargar demasiado las tintas sobre su propio papel en lo acontecido. Los testigos, en cambio, sí entraron en detalles y no tuvieron reparos en enfatizar su culpabilidad, como tampoco los tuvo el servicio de emergencias cuando uno de los encargados de atender a la víctima le preguntó si alguien había tratado de moverla y él reconoció que sí, que lo había hecho para liberarle las vías respiratorias.

—Pues la ha liado usted parda —repuso el sanitario—. Por favor, venga con nosotros.

El resto del día fue un auténtico viacrucis. Durante su transcurso, Bernardo no solo se las vio con más de una docena de miembros del personal médico y policial, sino también con la mujer del corredor —quien resultó ser una persona particularmente poco amante de los perros y juró por activa y por pasiva que le arrancaría los testículos a dentelladas como algo le pasara a su

marido—, con un montón de impresos oficiales —multas, sobre todo—, y con un buen número de latosos ataques de ansiedad que a nadie, excepto a él, le importaron un pito.

Como medida de deferencia hacia la familia del herido, uno de los policías le recomendó pasar la noche en el hospital. A él la propuesta le pareció una buena idea aun cuando los allegados del corredor no quisieran saber nada de él ni en pintura, pues al menos así podría dormir bajo techo y tomarse un respiro para hacer algunas llamadas. La primera de ellas fue al número de Conrado Ferrari. Como el editor no respondió —quiso creer que a causa de lo intempestivo del horario—, lo invitó a dejarle un mensaje en el contestador para que supiera que estaba decidido a aceptar la oferta. La segunda fue a Sabrina, cuya mayor preocupación después de haber escuchado el relato de lo sucedido se redujo a que la ayudara a escoger un modelito para acudir al hospital a visitarlo. Bernardo le contestó por educación que no hacía falta, que solo llamaba para informar de que se encontraba sano y salvo, pero ella, sintiéndose mal por lo de la nota, insistió en que acudiría de todas formas. Y la tercera llamada, obviamente, la utilizó para contactar con el refugio de animales y consultarles si habían encontrado a Humphrey. El hombre al mando se maravilló de lo rápido que había extraviado al cachorro y le explicó con una mordacidad envidiable que Humphrey no estaba allí. Esto quería decir que continuaba suelto por la ciudad y que podía cometer aún más tropelías.

Para finalizar con la ronda de contactos, llamó también a sus padres. Lo último que a Bernardo le apetecía era tener que describirles lo ocurrido —le iba a caer una bronca de campeonato por ello—, si bien se forzó a hacerlo de igual modo para poder afrontar el pago de las multas. Como forma de ahorrarse el rapapolvo, hubo de fingir que el teléfono se le quedaba sin cobertura, lo cual alimentó mucho sus dudas sobre si ambos permitirían que pasara el resto de sus días en la cárcel por no abonar el importe de las sanciones o si, en vez de eso, se apiadarían de él.

Humphrey la había montado buena. Tan pronto como su dueño colgó el teléfono, se preguntó dónde se habría metido. Tenía que localizarlo siquiera para darle un escarmiento. Aquel cachorro del demonio se le estaba subiendo a las barbas y no podía consentirlo por más tiempo. De lo contrario, jamás lograría corregir su conducta.

Trató de imaginar qué ocurriría si ambos participaran en el *reality* de adiestramiento canino de César Millán y anticipó con horror que el mexicano probablemente también acabaría dándole la vuelta a todo para culparlo por la actitud de su mascota. Humphrey no dejaba de ser, en el fondo, un reflejo de todo el sopicaldo de conflictos que bullía dentro de él. Hasta que estuviera a gusto con su vida, como Ilsa solía decirle, no podría estar a gusto con quienes la poblaban. O quizás el encantador de perros y la psicóloga eran unos farsantes que no se enteraban de la misa la media y tendría que haber matado al chucho en el bosque cuando la oportunidad se le había presentado.

El universo empezaba a volverse un lugar cada día más incierto. En medio de esa aleatoriedad, Bernardo flotaba sin trayectoria definida, como un globo rojo de película alegórica iraní, zarandeado por el viento de su propia confusión.

Pidió una cerveza en la cafetería. Luego otra. Y otra. En el pico de mayor efervescencia etílica, el camarero le notificó que iban a cerrar y que no podía servirle más consumiciones. Él apuró lo que le quedaba de botellín y lo depositó encima de la barra con desaire justo cuando Sabrina hizo acto de presencia en el taburete contiguo.

—¿Otra vez bebiendo compulsivamente? No tienes remedio.

—Habló la abstemia...

—Vale, aceptamos barco. Pediré algo yo también. Por favor, ¿Me puedes poner una?

El camarero recorrió el cuerpo de Sabrina de arriba a abajo con una mirada libidinosa y asintió.

—Tremendo salido —dijo Bernardo desinhibido a causa de la ingesta de alcohol, en referencia al *barman*. Una sonrisa entre sardónica y nostálgica se le escabulló al deslizar los ojos hacia el escote de su pareja y comprobar que seguía teniendo tan poco pecho como siempre—. Y eso que hoy no te has puesto ni relleno.

Solía bromear a menudo con el modesto tamaño de los senos de Sabrina porque era la única forma de que no fuera siempre ella quien se le choteaba y porque se ponía muy guapa cuando se enfadaba, pero, en cuanto había comprendido que aquel tipo de chascarrillos le sentaban peor de lo que presuponía, había dejado de hacerlos con tanta frecuencia para no crisparla más de lo recomendable. La diferencia estaba en que ahora ya no se trataba de chascarrillos, sino que gran parte del magnetismo de la chica se había ido evaporando como consecuencia de lo mucho que en los últimos meses había adelgazado —salvo por la zona de las caderas, más abultada que nunca—, de que le habían salido un montón de arrugas y de que la gravedad no había tenido clemencia con su trasero.

Bernardo calculó que en unos dos o tres años poco quedaría ya del excitante cuerpo que había contribuido a obnubilarlo. Y puesto que la naturaleza tendía al equilibrio casi tanto como a la justicia poética, con el suyo también comenzaba a ocurrir algo parecido. Así lo probaba que las estrías y la flacidez hubieran causado grandes destrozos en su piel por causa de los vaivenes de peso derivados de la medicación, mientras que los efectos del sedentarismo, en paralelo, habían minado con inquina su complexión y su musculatura hasta hacer de ambas una extraña anomalía a mitad de camino entre la prominencia respingona y la escualidez, según el área. Por lo demás, teniendo en cuenta que ya lucía algunas marcas de edad en la cara y que los genitales empezaban a distanciársele peligrosamente de su ubicación natural, como si hubieran urdido a sus espaldas un plan secreto de fuga, estaba claro que tampoco él era inmune a la pérdida de elastina o a los efectos de la gravedad. El único consuelo que le quedaba era que aquella demacración pasaba más desapercibida que la de Sabrina debido a su mayor altura, a las suaves facciones aniñadas de su rostro y a su tendencia a vestir siempre de verde, color que le favorecía bastante.

En defensa de la chica, por contra, había que reconocer que le llevaba casi cuatro años y que él quizás estaría mucho peor cuando tuviera su edad. Suponiendo, eso sí, que no cortaran antes debido a la creciente pérdida de atracción sexual entre ellos, ya que a veces, mientras sus cuerpos pálidos y acartonados se enzarzaban sobre la cama en todo tipo de grotescas posturas al son del crepitar de sus articulaciones, Bernardo se ausentaba momentáneamente del *show*, tratando de verlo como un espectador, no como un protagonista, y el estómago se le revolvía.

Sí, no ganaba nada negándolo: el sexo le resultaba cada vez más tercermundista, ridículo y deplorable, cada vez más un trampantojo diseñado con el fin de autoconvencerse de que la vida tenía su lado bueno y merecía ser vivida; cada vez más, en suma, una actividad hueca y baldía. Para colmo, ese desafecto también se extendía a su propia corporalidad. Le asqueaba estar formado de carne y hueso; albergar un montón de inmundicia dentro de sí en sentido tanto metafórico como literal; verse a cada rato en la tesitura de tener que interrumpir sus actividades para ir al servicio a hacer aguas mayores o menores; estar condenado a luchar día a día contra la mugre, a asearse a todas horas como una estantería polvorienta a la que hubiera que limpiar dos veces a la semana con tal de prevenir que alguien notara su estado de abandono; y le repugnaba, por encima de todo ello, el sempiterno sainete de estar abocado a disimularlo para ocultar el proceso degenerativo que hasta el último mono sabía ya que era la vida, se resistiera o no a admitirlo.

Si Sabrina hubiera podido acceder a su cabeza para leer estos pensamientos, cosa que todavía le asustaba que estuviera facultada a hacer, le habría dado un patatús. No porque lo abrumara reflexionar sobre ellos, como en su caso, sino más bien porque, tratándose de una persona tan comprometida con la falsa ilusión de que seguía siendo una mujer enormemente atractiva y todavía capaz de romper un sinfín de corazones, odiaría descubrir la clase de cábalas que su imagen le había inspirado.

La chica dio un trago a su botellín hasta reducirlo a la mitad y rotó la cadera hacia Bernardo con una expresión de flagrante mal humor en puntos estratégicos de su maquillaje, como el ceño o la comisura de los labios.

—Primero llenas mi cama de pelos, a continuación casi haces volar por los aires mi apartamento, después te emborrachas como una cuba en un local de *striptease* delante de mis amigas y ahora tu perro causa un accidente del que eres responsable directo y que puede depararte problemas legales muy graves —recitó despiadada—. ¿Me quieres explicar cómo es posible que siga aquí a tu lado?

—Eso es lo que hacen las parejas, me imagino —contraatacó Bernardo—. Y ya te dije antes, de todas maneras, que no hacía falta que vinieras. Puedo apañármelas solo.

—Sí, claro, como en el refugio de animales.

—Aquello no tuvo nada que ver con esto. Desde entonces han pasado muchas cosas. He... he cambiado.

—En algunos aspectos debo reconocer que sí. ¿Qué carajo hacías borracho en el Sierra Madre un día de semana junto a un tipo que podría ser mi abuelo? Y no lo niegues. Yvonne me lo ha contado todo.

—No tenía adónde ir, ya lo sabes. Ese hombre es mi jefe. Y me está ayudando mucho. Se lo debía.

—¿Tu jefe? ¿Es que al fin has conseguido un trabajo?

—Puede que haya conseguido dos, en realidad.

—Pues no pareces muy contento por ello.

—Hay cosas más importantes que trabajar —el treintañero se puso serio—: la salud, el dinero, el... bueno, el amor.

—Los tópicos —se burló su novia.

—Los tópicos también, sí. Son tópicos por algo, no lo olvides.

Sabrina contuvo una risa ambivalente.

—Mira, cariño, siento haberme puesto como una loca —se disculpó a renglón seguido—, pero no me has dejado muchas opciones. Tienes que reconocer que lo de adoptar a ese animal ha sido una gran cagada.

—¿Ah, sí? Te recuerdo que yo estaba inconsciente cuando se formalizó todo.

—Lo hice para que te dieras cuenta de lo estúpidas que son muchas de las cosas que se te ocurren. O más bien que se le ocurren a Ilsa. Me desespera que seas tan influenciable, que tengas tan poca personalidad, que no pienses por ti mismo.

—Gracias por el apoyo —se rebeló él—. ¿Es a esto a lo que has venido?

—He venido porque no deseo que estés solo en estos momentos. Quiero ayudarte, Bernardo. Si te dejaras aconsejar por mí en lugar de por esa lerda...

—¿Qué pasaría?

—Que tu vida marcharía mucho mejor.

—Soy todo oídos.

—Tienes que deshacerte del perro, dejar de ir a la consulta de Ilsa y olvidarte de tanta pastilla

—recitó la chica de corrido—. Y no estaría mal, ya de paso, que empezaras a bajar también la tapa del váter después de mear y a escuchar alguna otra cosa que no sean baladas cutres de tu maestro Julio.

—El perro ha huido, no sufras —rejoneó Bernardo paniaguado—. En cuanto a mi tratamiento, digamos que no me queda mucho dinero para poder pagármelo, así que tampoco te preocupes, y te aseguro que no tendré mayor problema en bajar la tapa del váter después de mear, en cambiar de gustos musicales y hasta en tirar de la cisterna conmigo dentro, si te hace feliz, cuando tú dejes de olvidarte compresas, tampones y pañuelos usados por todos los sitios.

El rostro de Sabrina se hinchó de enojo. Con los globos oculares enrojecidos por el odio, levantó la mano para abofetearlo.

—¡Que sea la última vez que me hablas así, capullo!

Él recibió el impacto sin protestar, casi como agradeciéndoselo.

—Ojalá lo fuera —sostuvo.

Su agresora finalizó la cerveza con otro largo trago y la dejó sobre la barra dando un golpetazo contra el cristal. Las venas de la cabeza se le habían dilatado de forma asombrosa para alguien que no era ningún extraterrestre salido de *Mars Attacks!*

—¿Crees que estás en posición de amenazarme? —reclamó iracunda.

Ya se preparaba para responderle de malos modos cuando su móvil volvió a sonar. Era otro número desconocido, aunque no el de la editorial Serendipia.

—Acabamos de encontrar a su perro —anunció alguien a través del auricular, sin presentarse siquiera.

—¿Humphrey? ¿Están seguros?

Un ladrido chillón reverberó de fondo, despejando toda posible duda.

—Bien. ¿Cuándo podría recogerlo?

—Si no lo hace ahora, tendremos que llevarlo al refugio.

—Ahora mismo me encuentro en el hospital. No puedo despla...

Sabrina le quitó el teléfono con brusquedad.

—Yo me encargo —tomó el relevo desenvuelta—. ¿Dónde dicen que está? Ajá. De acuerdo. Enseguida me paso.

Tras ello, colgó sin miramientos y deslizó unas monedas hacia el camarero para abonar su bebida. Estaba muy muy enfadada, claro que no como solía estarlo a diario con sus acalorados berrinches; bajo aquella aspereza, en segundo plano, había un poso de pánico y también una delgada pátina de orgullo.

¿Era posible que su tendencia a reprenderlo cada dos por tres con la coartada de que era un pusilánime escondiera un intento desesperado por sacarlo del marasmo? No podía desechar la hipótesis. En el pasado, había leído varios artículos acerca de que algunas mujeres, desde un punto de vista genético y antropológico, se sentían inevitablemente atraídas por hombres fuertes, activos y con carácter del mismo modo que algunos hombres suspiraban por féminas de pechos turgentes y caderas amplias. Era razonable inferir, bajo este criterio, que Sabrina habría estado frustrada todo el rato a lo largo de su relación, y que su mal humor, sus salidas de tono y sus reproches venían a ser la sublimación inconsciente de tales deseos. Azuzado por todo ello, Bernardo concluyó que la mente humana era tan incapaz de ser natural como lo era él mismo en su vida cotidiana. O incluso peor, que nadie podría jamás vivir una vida interior plácida, mientras que este tipo de atavismos siguieran estando al timón, a no ser que se empadronara en una comuna de adictos al suero de la verdad.

—Gracias —le dijo a Sabrina todavía desnortado por su reacción—. Y disculpa el tono. No

está siendo un buen día.

Sabrina atildó suavemente la línea de los labios y le dio un beso recatado en la frente.

—Tranquilo, no pasa nada —contestó con voz meliflua—. Como dijo Anthony Perkins en *Psicosis*, «todos perdemos los estribos alguna vez».

—Era «todos nos volvemos locos alguna vez».

—¿Qué coño importa eso? —resopló caminando hacia la puerta del bar tras coger su bolso y pellizcarle la piel de la cara en un irrespetuoso gesto de cariño—. Lo dejaré dormir esta noche en casa y mañana mismo, si todavía sigues queriendo quedarte con él, lo llevo a un entrenador.

—¡Aguarda! —gritó el dibujante antes de que se alejara del todo. Ella se volvió en el mismo umbral a la espera de lo que fuera a decirle—. No le harás daño, ¿verdad? —preguntó con el semblante desencajado. Sabrina compuso otra de esas sonrisas polisémicas suyas que él tantas dificultades tenía para interpretar.

—Claro que no —negó guiñándole un ojo—. ¿Por quién me tomas?

Dicho esto, se fue con viento fresco. El camarero recogió entonces los botellines vacíos y miró su reloj. Iba a espetarle algo —quizás que tendría que irse también porque se disponía a cerrar el local— cuando un médico y una enfermera entraron en la sala con aire desafiante y rictus circunspecto. Saltaba a la vista que no traían buenas noticias.

—Señor Santos... —tomó la palabra el doctor, un hombre de mediana edad y pelo blanco muy alborotado que tenía pinta de no haber dormido en bastante tiempo—. Sentimos comunicarle que el señor Brandel... —No quería escucharlo. No podía escucharlo. Habría huido de allí a toda velocidad si los músculos le hubieran respondido, pero todas las fibras de su organismo estaban demasiado expectantes frente a la inminente conclusión de aquella frase como para ponerse en marcha—. El señor Brandel ha perdido la capacidad locomotriz de cerca del cincuenta por ciento de su cuerpo.

El peso de la culpa cayó sobre Bernardo como un chaparrón de plumas y brea.

—¿Para siempre? —repitió angustiado.

—Es lo más probable —especificó el doctor—. Los casos de recuperación son muy extraños en estas situaciones, y, las pocas veces que se producen, el paciente no llega a recobrar más del diez por ciento de la movilidad, siendo optimistas.

La sangre pareció detenerse en mitad de las arterias. Sintió un frío intenso, incisivo. Posteriormente, medio mareado, trastabilló unos centímetros y la enfermera se apresuró a estabilizarlo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no es nada —mintió él, tratando de recuperar el equilibrio.

—Me alegro, porque aún hay más...

Varios gritos histéricos venidos del exterior postergaron el suspense a escasos segundos de que el doctor se decidiera a comunicarle la traca final. Eran insultos. Muchos y de toda clase. Cada uno de ellos, más altisonante y crispado que el anterior. Los profería la esposa del damnificado, a la que una pareja de celadores sujetaba por la fuerza justo a la entrada del bar. No se requería haber estudiado lógica deductiva para adivinar lo que el doctor se encontraba a punto de soltarle.

—La familia del señor Brandel ha decidido interponerle una demanda —lo hizo al fin—. No solo por su responsabilidad en el accidente, que usted mismo ha reconocido, también por haberle manipulado la zona vertebral cuando estaba inconsciente. Sus lesiones no habrían sido tan graves si lo hubiera mantenido inmovilizado. Es algo que jamás debe hacerse frente a traumatismos de esa magnitud.

—¡Pero se estaba ahogando! —objetó Bernardo—. ¡Yo solo trataba de ayudar!

—En tal caso, permítame decirle que, de no haber sido por su ayuda, el señor Brandel habría podido salir del hospital por su propio pie.

—Entiendo. Pretenden utilizarme como cabeza de turco para no tener que lidiar con su propia negligencia. Es eso, ¿verdad?

—No diga tonterías —rechazó el médico—. Estamos hablando de algo muy serio.

Su interlocutor se apartó de la enfermera con un brusco movimiento de cintura.

—¡Claro que lo estamos haciendo, igual acabo en la cárcel por su culpa! —bramó desaforado

— ¡Ese hombre habría muerto si no le hubiera liberado las vías respiratorias!

—Recuerde que se las volvió a llenar con vómito...

—¡Eso no viene al caso!

—Yo creo que sí.

—¡Jamás me habían tendido una encerrona como esta! ¡No tienen ustedes alma! ¡Ni vergüenza!

—Oiga, ya basta de paranoias —ordenó el doctor—. Comprendemos que posee un amplio historial al respecto, pero no puede culparnos de algo de lo que es el único responsable: ese perro suyo iba sin correa, usted cometió una imprudencia al mover al señor Brandel y además le vomitó encima. Ya es lo suficientemente mayorcito para asumir sus errores. O debería serlo. La ha fastidiado, señor Santos, y este hospital no permitirá que salpique a nadie con su metedura de pata.

Se sintió acorralado. A pesar del valor que el alcohol le había imbuido, y del rapto imprudente que se había apoderado de él a raíz de su conversación con Sabrina, le costó encontrar una respuesta que no presupusiera su rendición.

—Eso tendrá que dirimirlo un juez —plantó cara tartamudeante.

El doctor abandonó la pose compungida y elevó sus ojos hacia él con la boca ladeada en una flexión demasiado segura de sí misma.

—Y lo hará. No se preocupe.

Después, avisó a la enfermera para que siguiera sus pasos y los dos se marcharon de la cafetería. Bernardo permaneció de pie entre las mesas y las sillas, como un viejo mástil oteando una tormenta en lontananza, hasta que el hombre de la barra, quien había estado fregando el suelo sin reparar en nada más, dejó la mopa en una esquina y repiqueteó en su costado para impulsarlo de regreso al plano terrenal y recordarle así que debía marcharse. Él no dio muestras de haber captado el mensaje por encontrarse sumido en un estado de desmadejada rigidez.

—¿Me escucha? Tiene usted que irse. Vamos a cerrar.

No bien el camarero volvió a intentar despabilarlo con otro toque en el hombro, se balanceó sobre su eje, tal cual un juguete autoenderezable en disconformidad con su sino, y perdió la consciencia por enésima vez.

XVII

MÁS DURA SERÁ LA CAÍDA

El médico que lo atendió tras su desvanecimiento resultó ser el mismo que lo había puesto al tanto del estado del señor Brandel. Igual que entonces, traía malas noticias. La primera de ellas, que su tensión arterial estaba demasiado alta; la segunda, que no solo había sufrido un desmayo, sino una angina de pecho; y la tercera, que su hígado mostraba preocupantes síntomas de deterioro fruto del consumo de ansiolíticos y de antidepresivos. O empezaba a cuidarse, o viviría más deprisa de lo que le convenía, moriría joven y ni siquiera dejaría un bonito cadáver.

La explicación que aquel hombre dio a su penoso estado de salud apuntaba al estrés como principal desencadenante de todas sus lacras. A juicio de Bernardo, el análisis no iba mal encaminado

—En lugar de tomar tantas drogas, haría mejor en acudir a alguna terapia —le aconsejó el sanitario—. Las pastillas solo actúan sobre el síntoma, pero no sobre la causa.

Él prefirió no mencionar que ya estaba siguiendo una terapia y que había acabado allí precisamente por ello. En su defecto, se limitó a asentir y a buscarse el pulso en la carótida para comprobar que le seguía latiendo.

Presión arterial alta y angina de pecho. Maravilloso. Para una vez que tenía una enfermedad real, ni siquiera se había dado cuenta de ello. El destino, a veces, hacía gala de un sentido del humor tan fino y rebuscado como la casi indiscernible línea que separaba el amor del odio. Lo del daño hepático, sin embargo, ya no le extrañaba tanto, dado que había amasado karma de sobra, a lo largo de la época más hipocondriaca de sus crisis depresivas, para padecer esa enfermedad y muchas otras.

A menudo solía preguntarse cómo reaccionaría si le detectaran una enfermedad real. En el caso de que sufriera un infarto, por decir algo, pensaba que preferiría pegarse un tiro a seguir viviendo con la ansiedad de que el corazón volviera a fallarle. Y con respecto al resto de órganos y de afecciones, el enfoque era idéntico: lo que había fallado una vez podría volver a fallar en cualquier instante. Dicho de otro modo, el cuerpo humano, por oposición a lo que aseguraban los gurús ayurvédicos, distaba bastante de ser un templo de armonía y de resarcimiento; era un enemigo, un adversario formidable compuesto por cientos de engranajes mal ensamblados y listos para jugársela a la mínima. La resignación con que recibió todas aquellas noticias

respondía justo a eso, a que para él, desde su distorsionado punto de vista, era mucho más angustioso temer que uno pudiera estar enfermándose que el hecho en sí de enfermarse. A fin de cuentas, cualquier incertidumbre desaparecía cuando alguien cualificado formulaba un diagnóstico médico. Y de la incertidumbre, de un modo u otro, dependía todo su ecosistema de neurastenias.

En el fondo, lo había conseguido: se encontraba enfermo de verdad, así que nadie podría echarle en cara que era un aprensivo y un paranoico. Una morbosa sensación de victoria sobre quienes se habíanpreciado durante años de haber aguantado sus presuntos ataques de hipocondría lo embargó de pronto. Habría pagado por que estuvieran a su lado para asistir a aquel triunfo. Con todo, el dulce sabor de la gloria se le disolvió rápido en la boca y no tardó en olvidarse de ello. Seguía teniendo cosas mucho más preocupantes con las que lidiar, como el irreductible picor instalado en su entrepierna desde lo del bosque, su forzado enclaustramiento en el hospital o todo el lío con Serendipia. Trató de solucionar lo primero rascándose a conciencia el pubis, pero, por más que lo hizo, no consiguió aplacar la comezón. Ahí notó que las ingles a no eran las únicas partes de su cuerpo que estaba sometida a los sinsabores de aquel prurito impío, ya que su trasero, su cabeza y sus axilas habían comenzado también a resentírsele. Cuando por último retiró la mano de las partes nobles y vio varios bichitos de color negro sobre su palma, las piezas encajaron. ¡Se trataba de pulgas! Justo lo que necesitaba para rizar el rizo de su desdicha.

En lo que al ingreso hospitalario se refería, Bernardo aprovechó uno de los múltiples despistes del equipo médico para quitarse el suero, vestirse a escondidas y huir de la forma disimulada en dirección al ascensor. Dentro había dos ancianos y una enfermera muy joven recién salida de su turno. Tuvo que luchar contra su propia vergüenza para no rascarse de nuevo los bajos frente al trío, aunque el escozor llegó a ser tan insoportable que terminó haciéndolo igualmente. Parásitos al margen, salir del complejo fue sencillo gracias a que se había producido un accidente de autobús con múltiples víctimas que acaparaba casi todos los recursos humanos del centro. En tales circunstancias, nadie se paró a pensar quién era ese tipo pálido y con cara de estreñido que no dejaba de rascarse la entrepierna, de manera que Bernardo pudo llegar sin apuros al exterior y afrontar allí el tercero de los temas del día: Serendipia. Puesto que a esas horas ya había dado inicio la jornada laboral, le respondió el propio Conrado Ferrari. Su voz sonaba menos sosegada que la primera vez y había en ella un claro deje de enfado.

—¿Ha escuchado mi mensaje? —lo apremió Bernardo en cuanto logró abrir una vía de comunicación con él.

—Sí —dijo el mandamás muy secamente.

—Es un alivio —suspiró él reconfortado—. ¡No lo sabe bien! Ayer le dejé un mensaje en el contestador, si es que no lo ha oído aún. Me ha sido imposible volver a contactar con usted hasta ahora.

—Ajá.

—Espero que me disculpe.

—Le disculpo.

—¿Ocurre algo?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De la excusa que tenga para haberme colgado el teléfono.

—Comprendo que esté usted molesto. Lo que pasa es que ayer tuve un día más movido de lo que esperaba —intentó excusarse Bernardo—. Sé que suena un poco raro, pero mi perro me robó el móvil mientras hablábamos, provocó después un accidente con un tipo francés que

hacía *running*, la policía me retuvo y, entre unas cosas y otras, acabé pasando la noche en el hospital. Por eso les dejé ese mensaje. Lamento no haber podido llamar antes.

—¿Con quién cree que está tratando, señor Santos?

—Es la verdad. Se lo juro. ¿Para qué iba yo a inventarme una historia tan absurda si no fuera cierto?

—Para justificar su falta de seriedad y tratar de salvar *in extremis* un trabajo que le viene bastante grande, pongamos —se enervó Ferrari.

—Puedo aportar pruebas. Llame a la policía si no me cree. O al hospital.

—No tengo tiempo para tonterías. Esta es una empresa seria y yo un hombre muy ocupado.

—Pero, ¿qué pasa con lo mío?

—Lo suyo no me incumbe. Hemos contratado a otra persona para el puesto.

—Por favor, sea comprensivo...

—Lo siento. Debo colgar. Salude a ese perro de mi parte. Espero que se encuentre bien.

Bernardo escuchó impotente cómo el editor ponía fin a la llamada. Muy abatido, trató luego de desplazarse a trompicones hasta la casa de Sabrina. Durante su errabundo trayecto hacia el barrio de la chica, se encontró con varias personas paseando a sus mascotas. A diferencia de Humphrey, todos los animales, incluso los más jóvenes, se mostraban dóciles y considerados con sus amos. Era lo que Bernardo llamaba «la mala suerte histórica», un fenómeno casi paranormal que lo perseguía desde tiempos remotos para sumir su vida en un despropósito donde siempre le tocaba bailar con la más fea. A saber: si se compraba un ordenador, venía defectuoso de fábrica; si tenía que realizar algún trámite administrativo, lo atendía el funcionario más lento y descortés; si decidía irse de viaje a la playa para relajarse, algún temporal lo mantenía encerrado durante todas las vacaciones; y, si decidía refugiarse de sus desgracias en el cine, o bien se estropeaba la bobina, o bien una manifestación de gente descontenta por cualquier cosa que a él le daba igual le impedía llegar a tiempo a la sesión.

Así había sido su vida desde pequeño y así parecía que seguiría siendo mientras que sus arterias, su hígado o su paciencia no decidieran otra cosa. Ignoraba, pese a ello, si esta condena la atraía él mismo a causa de su percepción negativa de la realidad o si se trataba de una cuestión de azar y de desventura, si bien los resultados no cambiaban. El mundo se nutría de injusticias. Eran el pan de cada día para los niños soldado de Sudán, los habitantes de la franja de Gaza, las ballenas islandesas, los chinos explotados por las mafias en talleres oscuros y pestilentes, los pobres pardillos que se compraban un iPhone del año anterior por el doble de precio el día previo al lanzamiento del nuevo; los polacos atrapados entre nazis y comunistas, los buenos equipos de fútbol que acababan sucumbiendo en los mundiales ante Italia sin que la *squadra azzurra* tirara a puerta más de una vez; los individuos perspicaces y creativos que carecían de don de gentes y se veían obligados a trabajar en un *parking* por el resto de sus días; o esos actores y actrices que siempre acababan imponiéndose en los Óscar a otros de mayor talento solo porque les había tocado un papel de yonqui o de discapacitado de los que requerían grandes dosis de histrionismo y de maquillaje.

¿Por qué con él iba a ser diferente? Quizás tenía que aprender a utilizar aquel don que la naturaleza le había dado en su propio beneficio, ya fuera montando un circo donde exhibir su mala fortuna, ya fuera escribiendo un libro de autoayuda pero al revés —algo así como *El poder del perdedor: aprendiendo del fracaso para convertir la mierda en oro*—, ya fuera tratando de hallar la fórmula química de su escasa suerte para aislarla en un laboratorio y crear con ella un virus altamente contagioso encargado de corregir el desequilibrio de una vez por todas. Porque el asunto empezaba a saturar, la verdad, y lo último que necesitaba era que todo aquel empacho de

adversidades acabara desparramándose por algún área conflictiva de su cerebro.

Llegado al portal del edificio de Sabrina, en todo caso, tropezó con otro perro atado a uno de los bolardos de la acera. Se trataba de un mastín napolitano que dormía desporrondingado sobre el suelo como si todo lo que pudiera pasar alrededor le importara una higa así descendieran del firmamento los cuatro jinetes del apocalipsis bailando muñeiras. El animal abrió los ojos y miró hacia el visitante con fatiga. Este le devolvió el gesto —en inicio, de forma recelosa; más tarde, con un destello de temor que pronto mutó en afabilidad—, y decidió acariciarlo. El perro giró sobre sí mismo, descolgó la lengua a un lado y se puso panza arriba para que le rascara el abdomen. Le dio ese placer —tampoco era que perdiera nada por ello— y lamentó de nuevo, mientras contemplaba su expresión gozosa, que Humphrey no hiciera gala de un talante tan sumiso. A su modo, era comprensible, puesto que apenas contaba con tres meses, claro que Bernardo, para bien o para mal, había estado a cargo de otros cachorros antes y ninguno de ellos había llegado jamás a causarle tantos problemas en tan poco tiempo.

Debajo del carácter alegre e hiperactivo del indómito *retriever* podía percibirse claramente algo que los demás cuadrúpedos no tenían, algo que ni siquiera él podía describir con exactitud. Quizás se debiera a que lo habían separado demasiado temprano de su madre, a algún tipo de gen defectuoso, a alguna enfermedad no detectada a tiempo o hasta a una posesión infernal. Imposible saberlo. Lo que no admitía ningún cuestionamiento era que Humphrey se asemejaba más a un lobo con piel de cordero que a un labrador buenazo e inocentón. Sus ojos claros, que de primeras deslumbraban por su belleza, escondían una mirada igual de gélida que su color. Y esa mirada, con gran asiduidad, penetraba en la cabeza de su amo como un berbiquí para implantarle cientos de sospechas y de malos pensamientos dentro.

El chuchó actuaba de una forma demasiado humana en líneas generales, hasta el extremo de que había ocasiones en las que parecía que comprendiera. El modo sumamente perverso en el que jugaba la baza de su adorabilidad para hacer lo que le venía en gana sin que nadie se irritara demasiado por ello, además, acreditaba que había seria actividad neuronal en su cabeza.

Bernardo había escuchado unas cuantas veces que el mayor logro del diablo consiste en hacer creer al mundo que no es real, y aquella mañana, especialmente, le parecía un dicho muy acertado. ¿Qué mejor treta podría idear el diablo para pasar desapercibido que residir en el cuerpo de un simpático y achuchable cachorro de labrador? Humphrey podría ser, en este sentido, el mismísimo anticristo.

Dejó de acariciar al mastín, llamó al interfono del piso de Sabrina y aguardó a que ella abriera la puerta. En vista de que nadie atendía al timbre, volvió a pulsarlo hasta que el dedo comenzó a dolerle. Cuando estaba ya por rendirse, una anciana salió de la vivienda y le permitió pasar. Lo más probable era que Sabrina no estuviera en casa, pero, indistintamente, necesitaba entrar. Subió por las escaleras hasta el rellano del piso de su novia, golpeó la puerta con los nudillos y se dispuso a esperar. Al otro lado podía escucharse el estribillo de una balada pop romántica reproducida a un volumen lo bastante alto para impedir que el timbre se oyera. Hastiado, golpeó la superficie de la puerta con mayor ímpetu y gritó el nombre de su novia varias veces.

—¡Ya va! ¡Ya va! —contestó al fin Sabrina.

Él respiró al escuchar su voz y trató de aparentar calma. La chica lo recibió en el mismo vestíbulo ataviada con ropa informal. Llevaba el pelo revuelto y tenía cara de no haber pasado muy buena noche. En sus mejillas, por otro lado, podía apreciarse una leve huella de rubor.

—¡Al fin! Creía que te habías muerto.

—No, qué va. Eso fue la otra noche, cuando tu perro casi nos mata con el butano.

Bernardo chasqueó la lengua. Día tras día, iba perdiéndole el miedo y el respeto a aquella

mala pécora y al resto de personajes y lugares que poblaban su triste cotidianidad.

—Pareces cansada —comentó según el sonrojo de las mejillas de Sabrina se volvía más turbulento—. ¿Te encuentras bien?

La profesora lo observó con el encopetado movimiento de ojos que le era característico. Sin perder más tiempo, se cruzó de brazos y adoptó una expresión defensiva.

—¿Tú te has mirado en el espejo?

—¿Antes o después de que me diera la angina de pecho?

—¿Qué?

—Parece ser que tengo la tensión arterial alta. Y el hígado para el arrastre, también. Gracias por venir a visitarme.

—Si hablas en serio, has de saber que no fui a visitarte porque estaba dormida. Tengo un sueño muy profundo.

Era cierto. Cuando Sabrina dormía, lo hacía con la dedicación y la profundidad de un lirón careto. De hecho, envidiaba bastante su facilidad para hacerlo cada vez que la veía caer rendida en brazos de Morfeo tan solo segundos después de apagar las luces, mientras que él se quedaba tumbado en la cama, incapaz de conciliar el sueño, con la mirada clavada en el techo y la única y molesta compañía de un montón de pensamientos malsanos y de sus inaguantables ronquidos.

Esta disparidad de biorritmos generaba frecuentes discusiones entre ambos. Solía pasar, por ejemplo, que Bernardo estuviera contándole algo importante, que ella se quedara dormida sin que él se diera cuenta hasta que terminaba de hablar y que sus cabezadas lo desquiciaran por considerarlas una falta de respeto y un alarmante síntoma de incomunicación.

Bernardo se preguntaba en muchas ocasiones si le importaba de verdad su vida o si todo lo que le decía le resbalaba como agua sobre plumaje de pato. *A priori*, apostaba por lo segundo, pero intentaba no obsesionarse con el tema porque a él también le daba un poco lo mismo lo que a Sabrina pudiera acontecerle.

—Habrás ido a recoger a Humphrey, por lo menos —consultó reprobatorio.

—Anda por la sala —dijo Sabrina señalando hacia la estancia contigua—. Está aprendiendo algunos trucos.

El recién llegado no entendió a qué se refería hasta que accedió al salón y se encontró con un veinteañero musculoso, de peinado *híster* y gafas de pasta negra, que sujetaba un pulsador de adiestramiento canino en su mano derecha al tiempo que, con la otra, le daba al perro galletitas de harina de salmón cada vez que se sentaba o se levantaba a la voz de «*¡sit!*» o «*¡up!*».

—¡Muy bien, pequeño, muy bien! —lo felicitó tras uno de sus ejercicios—. ¡Ese es mi Humphrey!

La escena repelió a Bernardo de forma visceral. Si tuviera que explicar los motivos de su aversión era posible que no lograra articularlos de una forma razonada. Por consiguiente, el encontronazo desató en él todo un alud de suspicacias.

—No es tu Humphrey. Es mi Humphrey —marcó territorio, retador—. ¡Ven aquí, enano! ¡Vamos! ¡Ven!

Ante la disyuntiva de acudir a la llamada de un tipo que había intentado degollarlo o a la de otro que le daba deliciosos obsequios solo por sentarse, el cachorro tenía claro qué opción le beneficiaba más y no le hizo ni caso.

—¡Ah, se me olvidaba! —mencionó Sabrina—. Este es Samuel, el entrenador del que te hablé. Un alumno.

—Puedes llamarme Sam —intervino el intruso—. Todos me llaman así.

Bernardo avanzó un par de pasos y escudriñó su silueta desde todos los ángulos. El tal

Samuel, de tez morena muy brillante, en duro contraste con el blanco chillón de sus dientes, le tendió la mano. Por obligación, se la estrechó. Cuando sus pieles entraron en contacto, un silencio plomizo recalentó toda la sala.

—Es un buen perro —expuso el chico con amabilidad para romperlo—. Muy simpático. Y muy listo... Ya le he enseñado unas cuantas cosas.

Bernardo sujetó por sorpresa a Humphrey y lo retuvo contra su voluntad en el regazo, donde el animal se revolvió a disgusto entre broncos gruñidos. Samuel, al rescate, le lanzó una chuchería y él la cazó al vuelo. Sabrina inclinó la cabeza tratando de reprimir una sonrisa, pero no logró hacerlo del todo. Los ojos le brillaban como nunca antes lo habían hecho en presencia de su teórica pareja.

—¿También a ella le has enseñado truquitos? —preguntó Bernardo movido por el recelo—. ¿O te los ha enseñado ella a ti?

—No empieces —terció la implicada—. Es solo un alumno.

—Cierto, yo...

—Tú harías mejor yéndote a estudiar, si tan alumno eres.

—He dicho que no empieces, por favor.

Humphrey luchó por zafarse de los brazos del dibujante, quien lo apretaba contra el pecho fingiendo que sus mordiscos no le dolían.

—Es por su bien —precisó él—. Ya me encargo yo de entrenarlo.

—¡Me estás avergonzando!

—Tú me parece que de vergüenza entiendes poco...

—Esto no puede ser real... —rebufó Sabrina para luego girarse hacia su alumno avergonzada—. Tienes que disculparlo, Sam. Sufre graves problemas de celos. Aquí donde lo ves hubo un tiempo en el que hasta hurgaba a escondidas en el cubo de la ropa sucia, cada vez que yo salía de farra sola, por si encontraba algún rastro raro en mis bragas. Y el muy Grissom siempre veía cosas que no existían. Un infierno, vamos.

—¿En serio?

—Como lo oyes.

—Eso no es del todo así. La medicación me causaba efectos secundarios muy raros y muy agresivos por aquella época y tú aparecías a las siete de la madrugada, borracha como una cuba, y nunca querías que te acompañara de fiesta. ¿Cómo no iba a írseme la castaña?

—¡Qué fuerte! —se le escapó al muchacho.

—¡Tú no te metas, payaso! —repuso el ilustrador liberando uno de sus brazos para empujarlo.

—¡Bernardo, para ya!

El perro gruñó y le arañó la cara con las patas como muestra de repulsa. En sintonía con ello, incrementó también la fuerza, la intensidad y la frecuencia de sus revuelcos y de sus mordidas. Se veía bien a qué bando apoyaba, detalle que caldeó todavía más los ánimos. En un rechace instintivo, le propinó un golpe en la cabeza para que se estuviese quieto.

—Nada de golpes ahí, por favor, que es solo un cachorro. ¿No ves que a largo plazo puedes causarle problemas neuronales graves? —osó intervenir Samuel con un desesperante sonsonete de aleccionamiento.

Él quiso argüir algo, pero la ira que lo envilecía se le atragantó en la garganta y no pudo más que proferir una especie de gruñido

—Hazle caso, cariño —le sugirió Sabrina pretendidamente calmada, como si le estuviera hablando a un suicida a punto de tirarse desde una cornisa—. Sabe de lo que habla.

La reveladora mediación de la chica desatrancó el habla de Bernardo, quien notó cómo su

cuerpo, en pleno, se constreñía azotado por la exasperación.

—¿Ahora te importa el perro? —le recriminó a Sabrina—. ¿Qué pasa? ¿Que está en la edad de estudiar?

—En cierto modo, sí... —empezó a expresar Samuel.

—¡Chitón!

El rostro de Sabrina se acorazó.

—La estás volviendo a cagar, cielo. —dijo con voz suave—. Lo que piensas que está pasando únicamente está pasando dentro de tu cabeza. Y lo sabes.

Siempre la misma cantinela. Bernardo la había escuchado tantas veces ya que hasta le daban ganas de ponerse a bailar a su ritmo por pura familiaridad. Y tantas veces había también reflexionado sobre ella que la mera idea de tener que seguir haciéndolo le ocasionaba muchísima zozobra.

—Son solo las ocho —argumentó tratando de templar su enojo—. A estas horas no hay quien te mueva de la cama. Y también es un poco temprano para dar clases o para entrenar perros en casas ajenas. Por no hablar de que eso suele hacerse en exteriores y de que aquí el experto se llama Sam y la asociación con el «tocámela otra vez» es inevitable. ¿Qué leches quieres que piense?

—¿De veras te interesa saberlo?

—Sí.

—Pues es muy sencillo —se avino a aclarar la acusada entre pucheros—, lo que quiero que pienses es que te amo con locura, que nunca te traicionaría, que no soy ninguna fulana y que Samuel y yo no tenemos ningún tipo de relación a lo *El Graduado*. Lo que quiero, cariño, es que confíes en mí de una vez por todas —remató un tanto sobreactuado,

La capciosa letanía de la confianza tampoco era nueva para Bernardo, y siempre daba lo mismo cuánto se esforzara por sustraerse a ella. A la hora de la verdad, no se decidía a creer del todo en su propio radar y acababa cediéndole el mando en contra de lo que le dictaba la intuición. Su problema era que tenía la autoestima demasiado hecha trizas. De ahí, y también de su acentuada manía por analizar al milímetro la conducta del prójimo, provenían todos sus más y sus menos con la inseguridad, una combinación, en efecto, letal, pues cualquier pequeño gesto, por nimio que fuera, corría el riesgo de enturbiar el telar de su psique y de obligarlo a urdir una tupida red de miedos y sospechas sobre su capacidad de raciocinio. Él no escuchaba a la gente, la leía; tampoco la comprendía, sino que la estudiaba. Y era esta enfermiza clarividencia lo que le permitía especular, a la larga, con interpretaciones muy variadas de la misma forma en que distintos historiadores interpretaban un mismo texto desde ópticas múltiples o hasta contrapuestas. Sus conclusiones podían estar en lo cierto o no, como las de cualquier otro relator, pero siempre se apoyaban en la realidad para salir a flote. El verdadero embrollo saltaba a la palestra justo ahí, ya que una emoción tan primaria como los celos difícilmente encajaba con la lógica espartana con que Bernardo manejaba la información del exterior. En muchas ocasiones —no le importaba reconocerlo—, se había equivocado por culpa de ello; en otras, por el contrario, no tanto. O, al menos, carecía de evidencias concluyentes para llegar a un fallo en firme habida cuenta de que la fórmula de ensayo y error conllevaba ese lastre.

A Sabrina le costaba comprender que tales comportamientos todavía le agradaban a él menos que a ella y que su intención, lejos de ser controlarla, era cerciorarse de que aún lo quería, de que seguía sintiendo algo por él. Desgraciadamente, la beligerancia entrecortada de sus reproches era la excusa perfecta para que ella pudiera salirse siempre con la suya, un factor que había terminado por desplazar las dudas desde el exterior hacia sí mismo, amén de hacer de ellas algo

bastante cotidiano. Todo ello se traducía en un complejo de culpa muy atosigante que mataba dos pájaros de un tiro: por un lado, restaba credibilidad a sus denuncias, y, por otro, desviaba lapidariamente la atención de aquellos asuntos más comprometidos para Sabrina. Su novia, si es que seguía siéndolo, tenía un don especial para darle la vuelta a la tortilla, y todo lo que él había hecho hasta aquel momento era maravillarse por su técnica en lugar de centrarse en los huevos rotos y de preguntarle quién demonios iba a pagar los desperfectos. O espabilaba rápido o se convertiría en un calzonazos de tal magnitud que su retrato valdría para ilustrar el concepto en las páginas de un diccionario enciclopédico.

—Me llevo al perro —pregon  con insolencia—. No quiero que te llene la casa de pelos; para eso ya tienes a este gre udo. De las babas tampoco no digo nada, que ya hay por aquí de sobra con tanto ni ato en celo.

— Por el amor de Dios, no seas imbécil! —se ofendió ella en lo que Bernardo quiso interpretar como un desconcertante grito de consternación—.  No hay nada entre nosotros!  Te lo juro! —Escor  la cabeza hacia Samuel como requiriendo su apoyo.

—Eso es cierto... —corroboró el guaperas—. Entre nosotros solo hay... amistad.

Los brazos de Bernardo se impregnaron de un súbito calor. Humphrey había dejado de removerse para soltarle medio litro de cálidos meados sobre el regazo como estrategia alternativa. Si no se tratara de un cachorro sin apenas capacidad de discernimiento, habría jurado que acababa de hacerlo a propósito.

—Ya lo has puesto nervioso —se quejó Sabrina en tono inculpatorio—. Vas a acabar estres ndolo.

El aludido trató de limpiarse la orina con la palma de la mano y luego, sin decir nada, la salpicó con ella. Su pareja no dio crédito a lo que estaba sucediendo y apenas pudo reaccionar. Como colofón, Bernardo apretó —prácticamente inmovilizó— a Humphrey contra el costado y lo sacó sin contemplaciones del apartamento.

Clint Eastwood tenía razón: el valor de un sentimiento era el valor del sacrificio que uno estaba dispuesto a hacer por él. Y fuera lo que fuera aquel sentimiento rudo y áspero encallado en la boca de su estómago, no cabía ya duda de que acab a sacrific ndolo todo en su nombre.

XVIII

ÁNGELES CON CARAS SUCIAS

Aquella noche, después de haber hecho un esfuerzo sobrehumano por cumplir con sus horarios de trabajo mientras Humphrey cavaba compulsivamente agujeros en el jardín del tanatorio, Bernardo tuvo un sueño en el que, por una vez, no lo perseguía ninguna criatura deforme ni se veía inmerso en ninguna truculenta escena de tintes surrealistas.

La visión comenzaba en casa. Para ser más específicos, en su cuarto. Él estaba en la cama y un rumor lejano, acompañado por algo similar a un temblor de tierra, lo despertaba. Al asomarse a la ventana, distinguía un montón de esferas enormes de acero avanzando sobre los edificios de la ciudad. Las esferas eran parecidas a las viejas canicas con las que jugaba de crío en la escuela, pero del tamaño de una montaña. Todas ellas surgían de las profundidades, a través de varias grietas humeantes, decididas a convertir el grueso de la civilización en una escombrera según un prefijado itinerario de idas y venidas. En un primer paso, derruían; en un segundo paso, machacaban; en el tercero, dejaban que los restos de aquellos lugares por donde habían pasado se les adhirieran como la inmundicia a una fregona; y, en el cuarto y último paso, regresaban al subsuelo solo para volver a emerger limpias y brillantes, tomar otro rumbo y perpetuar la devastación.

Bernardo se pasaba al menos una hora, dentro del sueño, huyendo de aquellas máquinas destructoras. Lo angustioso era que no había dónde esconderse. Ni siquiera bajo tierra. Las esferas giraban sobre sí mismas a una velocidad endemoniada e iban lustrando paulatinamente la corteza del mundo hasta dejarla tan pulcra como su piel metalizada.

Casi al final de la ensoñación, consumado ya el apocalipsis, se le revelaba que el planeta Tierra era en realidad otra de aquellas esferas, lo único que de mayor envergadura; una especie de bola nodriza gigantesca que contenía dentro a las demás como una *matrioska*. Aquello quería decir que ni el Sol, ni la Tierra, ni el hombre se encontraban en el centro del universo. Al revés, nuestro querido planeta azul, tan bello e imponente con todos sus grandiosos paisajes, era, de acuerdo con lo anterior, una simple esfera sucia suspendida a la deriva en el universo. Y el resto de esferas formaban parte de un mecanismo de limpieza periódico destinado a eliminar la mugre acumulada en su superficie; a librar a la esfera madre de todo cuanto los mortales, por ignorancia o por presuntuosidad, consideraban algo bello y singular.

Semejante perspectiva reducía a la raza humana a su esencia última: una especie de molesto parásito carroñero totalmente prescindible, un accidente evolutivo sin más importancia que una ventosidad flotando en una hormigonera, un triste y pasajero bluf en el discurrir del cosmos y de la existencia.

El temor a que aquello no solo fuera algún delirio de su subconsciente lo hizo despertarse empapado en sudor, con el corazón batiendo a lo loco en su pecho y un malestar atroz que tardó varios minutos en disiparse. Para entonces, Bernardo se encontraba dentro de un hostel de mala muerte, tendido sobre la cama chirriante de un cuarto insalubre y sin vistas donde apestaba a cocido, a ropa apolillada y a humedad. Lo había podido alquilar gracias a un adelanto del señor Ugarte y a una pizca más de deshonor, lo que en otro contexto bien podría definirse como «la puntita».

Sea como fuere, su llegada al hospedaje tuvo desde el inicio un punto de fatalidad. La razón: no haber comprobado antes de instalarse que el ventanal traslúcido con falleba situado junto a la cama de su cuarto fuera, como había creído al entrar por primera vez, la puerta que conducía a una supuesta terraza. Por culpa de ese fallo clamoroso, ahora tenía que lidiar con el inconveniente de que el acceso, en lugar de conducir al exterior, condujera a una habitación de mayor tamaño donde vivían hacinados un grupo de esclavos con gran afición al alcohol, a las discusiones y al sexo ruidoso, todo ello en perjuicio de su siempre muy ligero sueño.

El lado bueno estaba en que al menos, pese a las deficientes condiciones sanitarias de la pensión —un cuchitril donde no era extraño encontrarse trozos de excrementos en el bidé del baño compartido, o incluso, a veces, en la propia plataforma de ducha—, no necesitaba mendigar alojamiento ni a sus padres, ni a su hermana, ni a su novia o a Ilsa. Para alguien tan orgulloso como él, eso compensaba todas las estrecheces. Asimismo, había conseguido que la encargada de la pensión —una mujer sesentona medio loca que siempre llevaba un jersey a cuadros manchado de fideos— le permitiera dejar al perro en el patio de luces a cambio de tan solo cinco euros más. De vez en cuando, hasta le arrojaba sobras para que comiera, aunque el animal prefería las ratas que a veces también correteaban por allí y que a ella no le preocupaba mucho que lo intoxicaran por tratarse de «animales de confianza criados en casa con mucho cariño», según sus propias palabras.

Era un buen momento para hacer balance. Desde la adquisición de Humphrey, su vida había dado un vuelco de los gordos. Económicamente, no solo se había arruinado a causa de las sanciones recibidas, sino que también se había endeudado con sus padres y pronto lo haría con la familia de Brandel si el juicio por lo del accidente se saldaba en su contra. Por otro lado, aunque su vida laboral había mejorado gracias al nuevo empleo en el tanatorio, el precio a pagar por ello estaba siendo muy alto porque todo lo que ingresaba originalmente en metálico debía abonarlo después con carne, entendida esta divisa como la más literal y humillante de todas.

En lo que a sus apoyos atañía, Bernardo acababa de perderlos casi todos: sus padres lo habían echado de casa, su hermana lo odiaba de una manera muy insidiosa y su novia, Sabrina, no satisfecha con ponerle los cuernos, se comportaba como una arpía y estrangulaba su relación poco a poco con el probable y sibilino deseo de colapsarla para que terminara reventando y llenándolo todo de pus y de dolor.

La salud, para terminar, tampoco era que marchara bien. En el plano físico, padecía tres enfermedades que no eran ninguna broma: hipertensión, angina de pecho y principios de cirrosis hepática —la Santísima Trinidad, como él las designaba con sorna—, todo sazonado por una buena dosis de parásitos saltarines, por los síntomas psicosomáticos propios de sus múltiples trastornos y por los causados por los efectos secundarios de la medicación; y las cosas también

habían adquirido un sabor bastante agri dulce en el plano mental. Muchos de sus temores, ya casi olvidados, habían vuelto por sus fueros en respuesta a las peripecias vividas por culpa de Humphrey: el pánico a encajar en el perfil de un tarado asesino, el temor a la irrupción de imágenes mentales blasfemas, los celos, los pensamientos malsanos durante sus turnos en el tanatorio, el sofoco de resultar transparente, la culpa sempiterna y demás. Pero, al mismo tiempo, todo aquello también tenía su vertiente amable, pues la presión sobre él era ya tan extrema que empezaba a sacudirse de encima, con relativa solvencia y por pura autodefensa, problemas y personas que antes jamás había afrontado, como Sabrina.

La fobia social paralizante que durante años lo había mantenido en hibernación espoleaba ahora su orgullo, ese punto débil tan difícil de blindar, para que tomara las riendas de una vez. Bernardo Santos, que se había pasado media vida temiendo perder el control, apenas creía que estuviera comenzando a perderlo de verdad. El desbarajuste, curiosamente, no lo hacía sentir mejor, sino que, en un paradójico efecto rebote, potenciaba sus miedos y los estiraba al límite como un chicle a punto de romperse. Ya no se trataba de un pánico infundado. Se trataba de una realidad palpable. ¿Qué ocurriría si perdía el control del todo? ¿Si ese cosquilleo de anestesia que se le iba extendiendo por todo el cuerpo y que carriaba con la misma tirria su sentido del ridículo y de la compostura se hacía con el volante? No quería ni saberlo. Solo sabía que el enigma le inspiraba respeto y enardecimiento a partes iguales, como una regresión a esa adolescencia rebelde que nunca había tenido y que de pronto añoraba experimentar sabedor de que en breve tocaría a su fin.

Lo más astuto y conveniente era aprovechar la inercia para atajar algunos problemas. El primero y más urgente, la falta de higiene de los usuarios del cuarto de baño del hostel. A tal fin se levantó temprano, caminó hacia la ducha, recogió con un trozo de papel el nauseabundo presente que allí había dejado alguno de ellos y lo depositó sobre la mesa de la cocina cuando se sentaron para desayunar.

—¿De quién es esto? —preguntó envalentonado.

Lo más parecido a una respuesta que obtuvo fueron varias miradas de asco.

—Pues mi perro no ha sido, y yo tampoco —perseveró con timbre desafiante—. Por lo tanto, uno de vosotros es el responsable. Lo preguntaré otra vez: ¿quién ha sido?

—¡Estamos comiendo! —protestó una de las muchachas sentadas a la mesa, el morro retorcido por las náuseas—. ¡Quita eso de ahí ahora mismo o...!

Bernardo la interrumpió para restregarle la prueba del delito por la cara.

—¿O qué? —dijo—, ¿qué va a pasarme si no la quito?

Uno de los tipos esclavos llegó en esos momentos a la cocina para socorrer a la dama y arrearle a él un puñetazo en la mandíbula. El resto de sus compañeros, excitados por el alboroto, se unieron a la trifulca sin pensárselo mucho. Bernardo intentó contraatacar lanzando estocadas al tuntún con un tenedor ensartado en los restos de la deposición. En cuanto esta salió despedida contra la pared, ya no tuvo nada que hacer. Habría acabado de nuevo en el hospital de no ser por la propietaria de la pensión. Felizmente para el dibujante, la extraña mujer tenía bastantes prejuicios hacia los huéspedes de otras nacionalidades y decidió expulsarlos de la cocina con la excusa de que ya le habían causado bastantes problemas.

El triunfo, aunque amargo, le dio fuerzas a Bernardo para levantarse.

—¡Se caga en el váter! —chilló con los dientes salpicados de sangre—. ¡Y dentro!

Cuando por fin se quedó a gusto, recogió a Humphrey en el patio y emprendió el camino hacia el exterior, donde el señor Ugarte, como le había prometido la víspera, aguardaba en su coche con un grueso cigarro entre los labios.

—¿Qué te ha pasado esta vez? —se interesó, intrigado por sus heridas—. Últimamente no paras.

—Es una larga historia —adujo Bernardo, críptico—. No quiero aburrirle.

—Como veas, chaval. Tus deseos son órdenes para mí, ya lo sabes.

El coche arrancó y enfiló la dirección del tanatorio. En mitad del paseo, el empleado consideró oportuno prolongar su día justiciero y sacar a colación un tema que solo dos días antes no se habría ni atrevido a bisbisear:

—Tiene que terminar.

—¿Hablas conmigo, chico?

—Lo de los apaños. Tiene que terminar.

El señor Ugarte dio un volantazo y detuvo el coche en el arcén, junto a una frondosa arboleda. Estaba manifiestamente sublevado.

—Espero que no hables en serio —dijo mirándolo a los ojos con gravedad.

Bernardo, con Humphrey sobre sus rodillas, no permitió que lo intimidara.

—Hablo en serio —se mantuvo firme—, muy en serio.

El empresario desactivó el cierre centralizado, perplejo, salió del vehículo y le abrió la puerta.

—En ese caso, tendrás que ir andando —lo invitó a abandonar el coche también—. Son seis kilómetros, pero tranquilo, que eres joven.

Él ni se movió. Humphrey dormitaba entre sus brazos con las orejas caídas. Un par de coches pasaron a su lado a la velocidad del rayo.

—Si lo denuncio, podría caérsele el pelo —amagó con coaccionarlo—. Y si se lo digo a su esposa..., bueno, no creo que le sentara demasiado bien.

El señor Ugarte lo sacó del coche por la solapa. Sus carcajadas retumbaron con una altanería y un desprecio proporcionales a los de su empujón. Luego lo arrojó al suelo.

—¿Tú? ¿Denunciarme? ¿A mí? ¿Decirle a mi mujer? ¡No tienes huevos!

—Lo único que quiero es trabajar y ganarme la vida sin tener que chupar nada, como la gente normal —protestó.

—La vida es chupar cosas y tragar con ello, chaval —zanjó Ugarte tras escrutarlo desde lo alto y abrirse la bragueta—. Ya sea en sentido literal o en sentido figurado, la vida es chupar y tragar. O eso, o que otros lo hagan por ti. Ahora bien, para que otros lo hagan por ti, primero tienes que curtirte desde abajo. Bien abajo —rio—. Ni te imaginas la de cosas que me metí en la boca para llegar hasta donde estoy ahora. ¿Quieres denunciarme? Hazlo. Adelante. ¿Quieres hablarle de esto a mi esposa? Adelante también. Eso sí, ya te lo avanzo para que luego no te sorprendas si lo haces, como el tiro te salga por la culata, mis abogados y yo te golpearemos tan fuerte que puedes estar seguro de que esta no será la última cosa que tengas que chupar. —Meneó su miembro a un lado y a otro con suficiencia—. Ahora tú decides: tragar o no tragar. —Se lo acercó malévolamente—. ¿Y bien, Hamlet?

Bernardo sopesó la posibilidad de ceder a su coacción como estratagema para poder arrancarle de un bocado aquel apéndice infecto. No obstante, se lo pensó mejor y prefirió conservar el poco orgullo que aún le quedaba y reincorporarse con la boca bien cerrada.

—Iré a pie —solventó. Su ceño estaba contraído en una expresión de afectada dignidad. El señor Ugarte encogió los hombros antes de entrar de nuevo en el vehículo.

—Si eso es lo que quieres, que así sea —convino—. Aunque, si llegas un solo minuto tarde, puedes considerarte despedido. Ya sabes que detesto a los achantados.

—No merezco este trato —discrepó el treintañero ultrajado—. ¿Por qué soy yo quien tiene que pasar por el aro y no los demás?

—Es una buena pregunta. ¿Estás seguro de que no conoces la respuesta?

Bernardo permaneció pensativo. Solo por la burlona rudeza con que su jefe acababa de dirigirse a él intuyó por dónde iban los tiros.

—Me imagino que porque en este mundo hay dos clases de hombres —se aventuró a proporcionarle una contestación—: aquellos que se arrodillan para tragar y aquellos que dan la orden de que otros lo hagan.

El señor Ugarte perfiló una sonrisa y aplaudió gratificado.

—Al fin has aprendido la lección. ¿Ves como no era tan difícil? —se pitorreó antes de volver a salir del vehículo con la bragueta desabrochada—. Ahora dime, muchacho, ¿tú de qué clase eres?

El coche llegó al tanatorio alrededor de diez minutos más tarde. Una vez allí, cada uno se dedicó a lo suyo hasta el término de la jornada laboral, como si nada hubiera pasado. Sin embargo, algo sí que había pasado, y ni el empresario ni su subalterno volvieron a comportarse igual de ahí en adelante. El primero, debido a que pronto empezó a mostrarse más reservado en sus comentarios, a protestar de vez en cuando por la presencia del perro en el recinto y a prestarle a Bernardo menos atención que de costumbre, sobre todo desde que a la semana siguiente se le dio por contratar a Sascha, un joven amanerado a quien tomó bajo su ala y que enseguida lo desplazó en la escala de favoritos. El segundo, debido a que aquel hiriente desplante lo llevó a sentirse muy incómodo en el trabajo y a experimentar algo similar a un ataque de celos como reacción. De alguna forma retorcida, echaba de menos los chascarrillos del señor Ugarte, sus palmaditas en el hombro, las borracheras de madrugada. Incluso sus lloriqueos. A raíz del tenso desencuentro del coche todo eran siempre problemas: si le hablaba, él le torcía la cara; si albergaba alguna duda sobre el protocolo a seguir en sus quehaceres, tenía que buscar consejo en otros compañeros, y si le solicitaba permiso para fumarse un cigarro fuera de la morgue, frecuentemente se encontraba con una negativa. La tirantez entre ambos llegó a tal nivel que el estrés y las obsesiones de Bernardo no tardaron en dispararse, volviéndose insostenibles.

Con el objetivo de poner el broche de oro a esa guerra fría, el señor Ugarte decidió una tarde, para mayor escarnio, cambiarle el turno de día por el de noche, con lo cual no era raro que el dibujante se pasase horas y horas a solas en el depósito de cadáveres junto a todos los cuerpos desnudos allí almacenados. El temor a que alguno cobrara vida en la noche para vengarse de él por maquillarlo mal se mezcló con su disparatada fobia a llegar a cometer algún día un acto abominable que ni de broma quería cometer. Eso condujo, por añadidura, a que su trabajo se fuera transformando progresivamente en un suplicio mayor del que era su vida antes de conseguirlo. Cada vez que le entraba una pájara, salía al jardín y le contaba sus penas a Humphrey en un intento por recuperar el aplomo y por ganarse de paso su confianza, pero el perro no le prestaba atención más que para indicarle con gruñidos que cerrara el pico. En la misma línea, si lo intentaba acariciar, rehuía sus arrumacos escondiendo la cabeza entre las patas; si intentaba jugar con él lanzándole un palo o haciéndole cosquillas, ni se inmutaba; y si se sentaba a su lado para fumar, enseguida se ponía en pie y se marchaba desairado hasta la sección más alejada del jardín.

Ante este panorama, Bernardo ya empezaba a dudar de si el labrador había desarrollado finalmente la facultad de percibir toda su miseria, igual que la gata Greta, o si aquel comportamiento respondía más bien a que aún recordaba lo del bosque. Ambas alternativas desembocaban en la misma cruda verdad al final del túnel: Humphrey prefería dormir sobre la hierba del jardín del tanatorio a compartir tiempo con el único ser humano que por allí rondaba cada noche. Su fallo quizás estaba en que él, al contrario que la gente de a pie, a quien el

cachorro solía amar de forma generalizada, no sentía nada real por aquel saco de pulgas. Solo pretendía simularlo para demostrarse que no era un monstruo. Tal vez aquella impostura le valiera para engañar a algunas personas, cierto, aunque no a su mascota. Ella tenía un instinto mucho más fino que el de los humanos, y ese mismo instinto le susurraba al oído que no se fiara del tipo depresivo, inestable y fariseo que luchaba con escaso poder de persuasión por ganarse su afecto.

De este modo tan desolador, a Bernardo comenzó a darle ya un poco igual estar acompañado por muertos, por vivos, por su perro o por el ejército de rumiaciones enfermizas que a todas horas se arremolinaban en su cabeza para martirizarlo. El clímax se produjo cuando los restos mortales de una prostituta llamada Madeleine recalaron en el tanatorio y el señor Ugarte, con lágrimas en los ojos por tratarse de una buena conocida suya —tal vez algo más que eso—, le imploró que se encargara de acicalarla, dado que él no se sentía en condiciones de asumir la tarea en primera persona.

—Tienes las mejores manos de toda la plantilla —había llegado incluso a decirle—. Si haces un buen trabajo, olvidaré nuestras diferencias.

Bernardo trató de no prestar demasiada atención al cuerpo de la mujer muerta durante el proceso, solo que este era tan suave, tan voluptuoso y olía tan bien que le pareció notar que algo se le desprendía de manera involuntaria entre las piernas y palideció. Como resultado, dejó en ese mismo momento de trabajar y salió al jardín para verter el contenido de su estómago sobre el césped. Aquella fue la única ocasión en la que Humphrey se le acercó, si bien nada más que para olisquear el vómito.

Basándose en todo ello, decidió llamar a Ilsa para comunicarle lo que había pasado, ya que no se veía capaz de contener dentro de una mente con unos contrafuertes tan poco sólidos como la suya todo el horror que lo atenazaba. La terapeuta descolgó casi de milagro. Su voz ligeramente afónica apenas resultaba audible entre el barullo de voces y música. Por la inflexión distendida de su discurso, se intuía que había salido de fiesta y que estaba algo ebria.

—¡Ya te lo he dicho mil veces! —le gritó de muy malos modos—. ¡Tienes que ser tú mismo! ¿Que te excita el cadáver de una fulana muerta? ¡Pues asúmelo, joder! ¡Hazte una paja! ¿Qué más da? Nadie se va a enterar. Bastante peor es que te guste tanto Julio Iglesias y no veo que te quite el sueño. —Realizó una pausa para dar un trago a lo que estuviera bebiendo—. ¿Sabes? Estás como una jodida maraca, pero me caes bien. ¿Quieres que te pase a buscar?

—No creo que sea una buena idea. Estoy en el trabajo. Además, parece que has bebido...

—¡Me tienes hasta el coño con tus conductas de evitación! —rugió la psicóloga, desfondada—. ¡Hoy voy a hacer de ti un hombre!

El intercambio verbal terminó con esta frase sin que a Bernardo le quedara claro hasta qué punto el alcohol había hablado por ella. En lo personal, creía que Ilsa no había dicho nada de lo anterior en serio, sin embargo, gracias a Sabrina, sabía que una mujer bajo los efectos del alcohol era incluso más peligrosa e impredecible que un hombre.

Mientras fumaba otro cigarro en el jardín para fastidio de Humphrey y de su desbordada hostilidad, un coche apareció a lo lejos avanzando en zigzag hacia el tanatorio. Era evidente que los reflejos del conductor no se encontraban en su mejor momento, por lo que debía de tratarse de Ilsa.

—¡Aquí! —intentó Bernardo llamar su atención para que no se estampara contra el muro del cementerio—. ¡Cuidado! ¡Ten cuidado!

El vehículo dio un bandazo, dobló a la izquierda de golpe y acabó derribando la valla del jardín con un espectacular alunizaje. Humphrey y el aprendiz de embalsamador estuvieron a

punto de ser arrollados, aunque lograron esquivar el coche en el último instante. Ilsa no tuvo tanta suerte. La gravedad arrastró el coche contra la pared oriental del edificio y su cuerpo salió despedido a través del parabrisas, al chocar contra la tapia, para estrellarse contra un ventanal y reventarlo con el impacto. De ahí voló rumbo a la máquina de café de la sala de espera en un convulso trayecto salpicado de sangre y esquiras. Su cabeza quedó inserta dentro de ella en tanto que el resto de su cuerpo, chorreante de café en ebullición y cortocircuitado por una fuerte descarga eléctrica, pataleó durante cerca de un minuto hasta quedar reducido a una masa carbonizada.

El siguiente en llegar fue, a petición del propio Bernardo, el señor Ugarte.

—Tú recuerda, a esta no la conoces de nada —dispuso con incredulidad tras escuchar de su boca lo ocurrido y evaluar detenidamente el escenario de los hechos—. ¡De nada!

—¡Pero es mi psicoterapeuta! —rebatía él—. ¡Salgo en sus archivos!

—Los archivos pueden desaparecer. ¿Dónde tiene la consulta? ¿Y qué pintas tú en psicoterapia, por cierto? Eso no lo mencionaste en la entrevista.

—Señor Ugarte, no es el momento.

—Da igual. En el fondo, siempre sospeché que estabas tarado. Ahora respóndeme, ¿dónde tiene la consulta el pedazo de barbacoa este?

—¡No hable así de ella! ¡Es una persona!

—¿Quieres que te ayude o no?

Bernardo se limpió el sudor de la frente con un suspiro fatigado.

—Si no quisiera que me ayudara, no lo habría llamado.

—De acuerdo, pero... —conectó Ugarte dos y dos—, ¿por qué tendría yo que prestarte ayuda después del desprecio que me hiciste el otro día?

Su empleado no pudo más que tragar saliva.

—Al final consentí —balbució—. ¡Jamás lo desprecié!

—¿Volverás entonces a insinuar que me aprovecho de ti?

—¡No! ¡Puede estar seguro!

—¿Y cómo puedo estarlo yo?

—¡Porque haría cualquier cosa para demostrárselo!

—¿Cualquiera?

—¡Sí! ¡Hasta volver a arrodillarme si hiciera falta! Pero no ahora. ¡Ahora ayúdeme, por Dios!

—No estaría mal eso de que te arrodillaras... —estimó el mandamás frotándose las manos con lascivia—. Las circunstancias, desde luego, difícilmente podrían ser más excitantes, ¿no te parece?

—¿¿Es así como piensa ayudarme?, ¿en serio?

—Ya sabes, *quid pro quo*.

—Señor Ugarte, yo le prometo que habrá tiempo para eso y para lo que quiera, pero me temo que tenemos asuntos más importantes que atender. Y no es *quid pro quo*, es *do ut des*. La gente suele confundir ambas locuciones por culpa de *El silencio de los corderos*, que ha hecho mucho daño.

—¡Déjate de pedanterías rancias, coño! ¿Qué clase de joven eres? ¿Dónde ha quedado el amor al riesgo, a la aventura, el espíritu del sesenta y ocho? ¿No serás uno de esos mojigatos del #MeToo?

—No, no lo soy. Y, de todos modos, lo que yo sea poco importa en estas circunstancias —se soliviantó el maquillador—. ¡Mi psicoterapeuta está empotrada en su máquina de café!

—Tienes que aprender a relativizar, chico. Nada podemos hacer por ella ahora. Si lo que

buscas es que declare a tu favor para que las autoridades no se hagan preguntas extrañas sobre lo ocurrido aquí, mejor será que cierres el pico de una puñetera vez, bajes al pilón y no me des más la turra con tus zarandajas.

Bernardo estaba tan agobiado por lo ocurrido que claudicó. Lo hizo aprisa, sin demasiada entrega, de manera casi automática. A su jefe esta morosidad le dio un poco lo mismo, como sugería el hecho de que sus gritos de placer terminaran eclipsando el de la llegada al lugar de dos coches de policía. Uno de los vehículos, por lo visto, había seguido la pista del auto de Ilsa a causa de su exceso de velocidad, mientras que el otro, según todos los indicios, se le había unido por el camino porque a esas horas de la madrugada no había mucho más que hacer. Los agentes que viajaban a bordo de ambos se quedaron atónitos al descubrir a Bernardo y al señor Ugarte en plena faena, pero aquello no habría sido más que un escándalo menor en un país acostumbrado a no escandalizarse por nada si a Humphrey no se le hubiera dado por salir del tanatorio, casi al mismo tiempo, con una ristra de intestinos entre los dientes y el pelaje manchado de sangre, líquido de embalsamar y otros fluidos indefinibles.

—¿Qué haces? —se desgañitó Bernardo muerto de asco al verlo—. ¡Suelta eso!

Pero el cachorro prefirió correr hacia el bosque, con las entrañas a rastras, e internarse en la oscuridad que rodeaba los árboles. Ugarte, seguido por los agentes y también por su protegido, ingresó en el tanatorio a la carrera en dirección a la morgue. El cuerpo mordisqueado y casi irreconocible de Madeleine descansaba a medio destripar sobre una de las mesas de disección. Al verla allí eviscerada, la furia detonó en él con el estruendo de una mina antipersona para envolver sus ojos en una especie de odio fulgurante que a punto estuvo de iluminar la estancia.

—¡Tú, pirado de los huevos! —lo llamó a capítulo fuera de sí—. ¡Estás despedido!

Y todavía con un gusto muy desagradable en la boca, Bernardo comprendió, mientras Humphrey se tendía sobre el suelo dispuesto a probar el sabor de la carne humana, que su destino, hiciera lo que hiciera por evitarlo, estaba marcado a fuego en los designios del peor infierno de los posibles.

XIX

CAMPO DE BATALLA

Por fortuna, la investigación del accidente exoneró a Bernardo de toda responsabilidad gracias a que las pruebas toxicológicas determinaron que Ilsa estaba borracha y que haberse puesto al volante, en su situación, constituía un grave delito susceptible de acarrear fatales consecuencias, como así había sucedido.

Ahora bien, el dictamen judicial no le evitó tener que enfrentarse a otros desafíos igual de graves. El primero de ellos, sobrevivir a su propia conciencia, que insistía en culparlo de la tragedia al alegar que Ilsa nunca se habría subido al coche si él no la hubiera llamado; el segundo, asimilar que la publicación de la rocambolesca noticia en todos los informativos lo había convertido, por méritos propios, en el hazmerreír oficial del reino. No cualquiera, al fin y al cabo, podía jactarse de que la policía lo hubiera sorprendido practicándole sexo oral a un sesentón mientras una mujer hecha trizas exhalaba su último suspiro encartada en una máquina de café y Humphrey se daba un festín con los restos mortales de una prostituta.

También el cachorro devino una especie de estrella por ello, con la particularidad de que la gente no dejaba de tratarlo con la misma alegría y deferencia de siempre por mucho que su papel en el atestado hubiera sido tan escabroso como el suyo. Incluso lo mimaban más que antes en proporción a esa escabrosidad.

El tercer problema al que tuvo que enfrentarse tras el desastre fueron las suspicacias de su novia. En un radical giro de los acontecimientos, Bernardo pasó de desempeñar su tradicional rol de celoso patológico a ejercer por partida doble el de presunto adúltero. Esto es, de un lado, Sabrina no paraba de preguntarle qué pintaba Ilsa borracha en el depósito a esas horas de la madrugada ni de insinuar que existía algo más que una mera relación de índole terapéutico entre ambos; y de otro, le repugnaba que su novio le hubiera proporcionado placer oral a un viejo empresario de pompas fúnebres, tanto por la sordidez de su traición como por la eventualidad de que un hombre feo, añoso y barrigudo pudiera excitarlo más que ella, toda una afrenta para su ego de diva en horas bajas.

Cuando Sabrina le preguntó por qué lo había hecho, él dijo que por simple experimentación. El motivo de su respuesta estaba en que no quería dañar todavía más la imagen del señor Ugarte a pesar del despido. Si Humphrey había destrozado el cadáver de su amiga, él y solo él tenía la

culpa, que era quien había dejado la puerta del depósito abierta además de estar a cargo del animal. Una persona no se redimía de algo tan grave echándole más deshonra encima a quien lo había ayudado a salir adelante. Tal vez su jefe no fuera el mejor de los jefes. Y tal vez presentara, por descontado, sus pequeñas tendencias parafilicas, como todo el mundo, pero Bernardo aún se sentía extrañamente en deuda con él. No iba a traicionarlo ahora que las tornas se le habían vuelto en contra solo porque peligrara su propio renombre.

El señor Ugarte tenía mujer, hijos, nietos y un negocio del cual todos vivían en mayor o menor medida. Que fuera un degenerado no lo autorizaba a dinamitar su familia. Y, hasta cierto punto, la benevolencia implícita a aquel perdón aliviaba sus remordimientos al recordarle que también estaba cualificado para llevar a cabo actos de bondad. ¿Acaso le concernía a alguien tan insignificante como él lo que la gente murmurara a sus espaldas? ¿Iba a recuperar el trabajo, su autoestima o la lucidez mental por llevarlo a juicio? Lo dudaba. Y de temas legales, huelga decirlo, ya estaba más que servido. Remover el avispero en que se había convertido su biografía a raíz del follón del tanatorio solo conseguiría que eso condicionara el desarrollo del litigio con los parientes de Brandel. Prueba de ello era que ya estaba comenzando a hacerlo...

En varios medios de comunicación, su portavoz se había preguntado qué clase de energúmeno permitía que un perro sin seguro, sin correa y sin adiestramiento arruinara la vida de un inocente y lo metía además en una morgue para que se pusiera las botas con los muertos. A su entender, la respuesta se hallaba en los antecedentes del joven, donde ya constaba que había sido multado por ir con el perro suelto y que hasta se había visto envuelto en una turbia pelea de discoteca.

Otros que también pusieron el grito en el cielo fueron los familiares de Ilsa. En cuanto se demostró que la terapeuta había acudido al tanatorio por causa de la llamada de Bernardo, encontraron en su perfil el esparrin perfecto para canalizar sus frustraciones. Según decían, la analista habría podido salvarse de no haber estado él más preocupado por montárselo con el señor Ugarte que por auxiliar a un corredor al borde de la muerte, así que lo denunciaron por omisión del deber de socorro. La guinda del pastel la puso un periodista ávido de notoriedad que logró acceder a los archivos de la psicóloga, hacerse con las fichas de Bernardo y airearlas en los medios con especial hincapié en sus obsesiones más perturbadoras. Por todo ello, los padres del dibujante, que sabían que no estaba en su sano juicio pero en absoluto se figuraban las cosas que se le pasaban por la cabeza, decidieron desentenderse de todos los gastos legales a los que se enfrentaba. El pobre se quedó así vendido frente a un montón de pleitos con la única ayuda de Claudio Sakall, un abogado de oficio tan ansioso e inexperto como él.

De lo que hasta hacía poco había sido su vida, solo le quedaba ya Humphrey, aunque después de que un inspector enviado por el refugio lo hubiera sorprendido en la pensión rebozado en sus propias heces —no, aún no había conseguido superar aquel hábito vomitivo—, en pleno banquete de rata muerta y con varias garrapatas adheridas al pellejo, hasta el perro quisieron quitarle. Si aquel aciago burócrata hubiera decretado su reingreso en el albergue, Bernardo habría tenido que enfrentarse a un nuevo juicio por vulnerar el contrato de adopción y quizás también a otra multa. El tipo, menos mal, fue piadoso y se contentó con darle un plazo de cuarenta y ocho horas para mejorar sus condiciones de vida. Ingrid apareció entonces de la nada, tras un montón de años, y se ofreció a cuidar del cachorro a cambio de que destruyera en su presencia todas las copias de los vídeos eróticos grabados durante su época juntos. Al parecer, no le gustaba un pelo que los conservara pese a que todo había sido iniciativa suya. Él prometió que lo haría. La oferta de la chica, en todo caso, fue tan asombrosa que solo logró interpretarla en clave de «quiero volver contigo», al menos de inicio. Poco después descubrió que Ingrid estaba satisfactoriamente casada, que era madre de dos gemelos preciosos y que seguía guardándole el mismo rencor que

cuando lo había dejado —salvo por el hecho de que un inexplicable sentimiento de piedad lo había atenuado—, y cambió de opinión. Lo mejor era, sencillamente, abstenerse de flirtear para ceñirse a darle las gracias.

Su relación se remontaba a unos seis años atrás, cuando ambos habían mantenido un ardiente romance lastrado por los coqueteos con las drogas de Ingrid y los problemas de inestabilidad psicológica de Bernardo. Digamos, para resumir, que el cóctel no había ligado bien, que un inoportuno accidente de tráfico responsable de destrozar parcialmente la cara y la autoestima de la chica había enfangado su tóxico idilio más de la cuenta, y que la intromisión de un farandulero con boina aficionado a tocar el saxo fue la puntilla que lo arruinó todo en pocas semanas. Su antipatía por los músicos echaba raíces en ese episodio, y con su desconfianza para con el sexo opuesto, que no siempre había alcanzado tal énfasis, le ocurría algo similar.

Aquel repentino ofrecimiento de ayuda por parte de Ingrid solo podía significar que se sentía mal por cómo había acabado todo entre ellos y que deseaba redimirse. No iba a ser él, desde luego, quien la criticara por querer apoyarlo en un trance tan delicado, de modo que aceptó el ofrecimiento.

—Tenías mucho potencial —le confesó ella la mañana en que vino hasta la pensión para que le entregara el perro—. Es una pena que hayas acabado así.

Sus palabras lo ofendieron por el duro y precipitado veredicto que encerraban sobre su vida.

—Aún no estoy acabado —replicó confrontándola cara a cara—. Saldré de esta.

Ingrid articuló una sonrisa endeble. Las cicatrices de su rostro no estaban tan marcadas como antes e incluso le conferían cierto atractivo según el ángulo. Era probable que se hubiera realizado algún retoque.

—Eso me haría muy feliz —siseó abatida antes de despedirse con un beso—. Cuidaré bien de tu perro, no te preocupes.

Al verla alejarse, se preguntó quién iba a cuidar de él, ya que le quedaba muy poco dinero y no podría pagar la pensión por mucho tiempo más, a lo que ahora tenía que añadir que su piso estaba alquilado, que sus padres lo habían desheredado y que no le apetecía nada tener que aguantar los constantes reproches de Sabrina si se refugiaba en su casa. Un brote de desesperación lo impulsó a erguirse de improviso y a correr hasta Ingrid para suplicarle que lo alojara en la suya.

—No creo que a mi marido le seduzca la idea —dijo ella serena—. Y menos ahora, con todo lo que se cuenta sobre ti. Recuerda que tengo hijos.

—¿Piensas de verdad que estoy tan chalado? Son solo ideas chorras. Temores irracionales. Nunca podría hacer nada de eso.

—Prefiero evitar el riesgo dentro de lo posible. Si lo necesitas, puedo dejarte dinero para ir a algún hotel decente. No hace falta que me lo devuelvas.

Ingrid extrajo algunos billetes de la cartera. Aunque Bernardo estuvo próximo a cogerlos, logró contenerse.

—Tranquila, ya me las apañaré.

—Veo que sigues siendo tan orgulloso como siempre.

—Claro, por eso dejaba que mi jefe me metiera la pilila en la boca, porque soy muy orgulloso. Ella guardó el dinero en el bolsillo.

—Está bien. Arreglaré el trastero y podrás quedarte allí con el perro hasta que las cosas se calmen —flaqueó por conmiseración—. Intentaré también convencer a László para que lo entienda.

Bernardo no pudo controlar las ganas de rascarse el pubis con la mano. Las pulgas

continuaban haciendo de las suyas allí abajo pese a todo el tiempo transcurrido desde el contagio

—¿László? ¿El mismo László que antes me decías que no te atraía en absoluto cuando me celaba de él?

—Si te sirve de consuelo, la verdad es que llevabas razón, siempre me gustó.

—Debería caérsete la cara de vergüenza por haberme mentido de esa manera.

—¿Qué tienes, quince años? Eso fue hace mucho tiempo.

—No deja de ser una mentira. ¿Cómo pudiste hacerlo?

Ingrid le puso la mano sobre los hombros, confesional.

—Mira, Bernardo —comenzó a hablar—. Siento tener que ser precisamente yo quien te lo diga, pero hay algo que debes saber sobre las relaciones. Cuando tu sentido arácnido vibra, vibra por algo. Te conozco. Eres bueno con esas cosas. Las ves venir a la legua. Por eso no nos dejas más opción que negarlo tajantemente. Y por eso tienes tanta fama de paranoide, porque nada escapa a tu ojo. Eres como un Sauron solo que de lo monomaniaco.

Él enarcó las cejas, estupefacto por lo que acababa de escuchar.

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé, que es peor.

En el acto, relampagueó en su cabeza una imagen muy poco edificante de Sabrina practicando sexo salvaje con Samuel, quien la premiaba con galletitas por su entrega, igual que a Humphrey, cada vez que se revolvía estremecida sobre su cuerpo musculoso. Los conductos digestivos se le estrecharon y temió quedarse sin respiración y sin pulso.

—¿Podrías ser un poco más específica? —se obstinó en preguntar con los dedos índice y corazón posados sobre las venas del cuello—. ¿Cómo es que lo sabes?

Ingrid se apartó el pelo de la cara para así regodearse en el estudio paternalista de sus facciones. Por medio de esos dos simples gestos, Bernardo se dio cuenta de que ya no quedaba en ella nada de la chiquilla inmadura e irreflexiva a quien había seducido años antes. La persona que ahora tenía delante era una mujer renovada, hecha de una pasta muy distinta a la de entonces. Él, en comparación, seguía siendo el mismo tarambana medroso de toda la vida. O incluso era posible que se hubiera ido convirtiendo en un tipo más ingenuo e infantil. Con algunas patas de gallo y una mirada aparentemente más interesante, quizás, pero igual de verde por dentro que de costumbre. Necesitaba un baño de realidad con urgencia, e Ingrid, como si le hubiera leído la mente, no vaciló en dárselo.

—Esto que te voy a decir jamás se lo he dicho a nadie —reanudó su discurso con expresión neutra—. Yo soy mujer. Llevo más de treinta años siendo mujer. Sé lo que significa ser mujer. Y, por supuesto, como buena mujer, conozco todas las cosas que las mujeres no queremos que sepáis sobre nosotras. ¿Estás preparado? —Él asintió, no demasiado seguro de nada—. Verás, Bernardo, algunas mujeres, lo creas o no, podemos llegar a ser un poquillo golfas. Cuando los hombres nos lo decís, lo negamos, igual que negamos nuestras infidelidades, sin embargo, eso es lo que podemos llegar a ser: un poquillo golfas. Por lo menos en el sentido que esa palabra tiene para la mayoría de hombres. ¿Me sigues? —Él volvió a asentir, abrumado—. Bien, porque ahora viene lo importante —prosiguió la chica—: vosotros sois todos, ya de serie, una panda de cabrones. Y de eso también estáis al tanto. Vaya si lo estáis. Lo triste, lo lamentable, es que, si vosotros no fuerais tan cabrones, nosotras no nos veríamos en la necesidad de llegar a ser tan golfas. Aun así, ¿sabes una cosa? En el fondo, ni todos los hombres sois tan cabrones ni todas las mujeres somos tan potencialmente golfas. Existen excepciones. Pocas. Muy pocas. Pero son reales y están entre nosotros. Tú eres una de ellas. De ahí que te cuente esto. No puedes seguir engañado. Ya tienes bastantes problemas como para que te los multipliquemos. Cuanto antes te

hagas a la idea de que los seres humanos somos como somos y de que buscando otra excepción no conseguirás más que autodestruirte, antes podrás comportarte como un cabrón y volver a disfrutar de la vida. La naturaleza nos ha creado así por algo. Nadie puede luchar contra la naturaleza. Si tuve que dejarte, fue por ello. Y, si estoy casada con László, también. Él es un cabronazo, te lo aseguro. Y además lleva boina y toca el saxofón que te cagas. ¿Entiendes ahora por qué nos amamos tanto?

Bernardo trató de digerir a contrarreloj las implicaciones de su revelación. Si en el colegio le hubieran enseñado tales cosas en lugar de materias inútiles como análisis sintáctico, álgebra o latín, habría logrado enfrentarse a la vida con mayores garantías de supervivencia. Ingrid tal vez fuera un poquillo golfa, como ella misma no se cansaba de repetir apoyada en su distintivo sarcasmo, pero, además de eso, era también una santa, y acababa de iluminarlo como la Virgen de Fátima a un pastorcillo pusilánime.

—Yo también te amo —se rindió admirado a sus encantos.

—Inténtalo de nuevo cuando logres convertirte en un cabrón —lo rechazó la chica con picardía—. Mientras entrenas, la oferta del trastero sigue en pie. ¿Aceptas?

No pudo rechazarla. Esa misma noche, por tanto, se instaló junto con Humphrey en el oscuro trastero abuhardillado del viejo edificio donde vivía Ingrid. Allí solo había cajas polvorientas, un colchón sucio lleno de ácaros y algún que otro mueble de madera consumido por la carcoma. Las paredes eran de ladrillo, y el suelo, de cemento sin embaldosar. Hedía a rancio, a humedad y a rata muerta, aunque al menos, como compensación, podía alejarse del mundanal ruido y olvidar momentáneamente los acontecimientos de los últimos días.

Su ex le ofreció un juego de ropa de cama limpio y un cuenco de sopa caliente. También le indicó que podía utilizar el cuarto de baño de casa siempre que antes tomara la precaución de avisarla para evitar que se encontrara con László, pues no le había dicho nada de su presencia en el inmueble, y le dejó también un balde vacío y una palangana llena de agua por si prefería asearse allí. Bernardo le dio las gracias por todo, se despidió de ella —esta vez de verdad—, y se tumbó sobre el colchónapestoso. Humphrey, que se había limitado a merodear por el desván mordisqueando y marcándolo con orina, se situó a sus pies y le enseñó los dientes.

—¿Qué te pasa ahora? —rezongó el desahuciado treintañero.

Su perro cargó todo el peso del cuerpo sobre las patas delanteras y gruñó con más ahínco. Bernardo sabía por experiencia —y porque lo había leído en varios libros— que la mejor forma de lidiar con los caprichos de un animal dominante era no hacerle caso. Por ello, en lugar de responder a sus demandas, pensó en la chica del parque. Hacía tanto tiempo que no la veía que ya la recordaba como una especie de sueño nebuloso.

«¿Ella también es una golfa?» —se cuestionó. Y la voz enredadora de su cerebro enseguida entró en fisión para negarlo.

«De eso nada —le dijo terminante—. Ella es una excepción, igual que tú. Ella es especial».

«Suen a autocomplacencia —objetó el crítico incommovible que habitualmente servía de contrapunto a esa primera voz—. Ninguno de los dos sois especiales. Solo dos corazones solitarios tan necesitados de un horizonte hacia el cual caminar que ya hasta os da igual que esté retocado cutremente con Photoshop».

Fue ahí cuando Bernardo decidió dejar de pensar y volvió a fijarse en el perro, quien seguía gruñendo rabioso a menos de treinta centímetros. Su aspecto modosito desentonaba a lo grande con sus maneras agresivas. Hasta le resultaba cómico que una bola de pelo tan adorable, con aquella planta suya de inocente Copito de Nieve, se le enfrentara tan ferozmente.

—¡Deja ya de dar la murga! —le ordenó—. ¿A quién coño pretendes asustar tú, mequetrefe?

¿Es que nunca te has visto en un espejo? —El can lanzó otro gruñido como respuesta—. Seguro que no. Y, si lo hicieras, eres tan tonto que confundirías tu propio reflejo con otro chuchó y te lanzarías contra él. Así sois de inteligentes vosotros, los cuadrúpedos pulgosos.

Como dolido por los insultos, Humphrey se abalanzó sobre él a la caza y captura de su yugular. La energía desplegada en el ataque fue tan apabullante, por contraste con el reducido tamaño de su cuerpo, que Bernardo interpuso el brazo para prevenir males mayores. Sus reflejos no evitaron que el cachorro le arrancara un pedazo de piel y que continuara tratando de abrirse camino hacia el cuello.

—¡Aparta, coño! —exclamó mientras lo empujaba al suelo de un golpetazo—. ¿Qué crees que estás haciendo? —El perro escupió el jirón de piel ensangrentada y retomó sus malos modos—. ¡Soy tu amo! ¡Sit! ¡Sit!

Todas las órdenes cayeron en saco roto. Humphrey tomó carrerilla y se lanzó de nuevo sobre su dueño con el propósito de hacerse con aquel colchón mugriento. Bernardo se limitó a eludir los mordiscos y a intentar alejarlo para no tener que hacerle daño. Ahí sintió sus dientes sobre la nuez y contraatacó con idéntica fiereza. El cachorro gimió cuando los incisivos se le hundieron en el pescuezo y le apretó el rabo hasta casi aplastarlo con los dedos entre salvajes gruñidos. Al cabo de unos segundos, el humano tiró al perro al suelo y le atizó una patada para mantenerlo a distancia. Suponía que el dolor doblegaría su acometividad, pero solo contribuyó a estimularla. En este nuevo asalto, Humphrey apuntó a las orejas, hincándole los colmillos en el pabellón auditivo derecho hasta desgarrarle un trozo a lo Mike Tyson. Para redondear la jugada, aprovechó que había bajado la guardia al cubrirse la herida con las manos y trató de alcanzarle de nuevo el cuello. Sus caninos penetraron uno o dos centímetros en la carne bajo la barbilla. Bernardo notó que no respiraba bien y le entró un escalofrío. Si aquellas piezas dentales llegaban hasta sus arterias podrían causarle un grave problema, de modo que actuó como lo haría cualquier otra bestia y le rasgó él también la oreja tras retorcerse mediante un forcejeo. Una vez que el *retriever* hubo reulado para gañir nuevamente de dolor, salió disparado en pos de su garganta y lo mordió con ímpetu. Las pezuñas de Humphrey le arañaron la cara. Una de ellas se le metió en el ojo y tuvo que dejar de constreñirle el gaznate. El cachorro bufó colérico, se le encaramó de rebote al pecho y lanzó una dentellada que le desgajó el labio inferior. Su amo, con la sangre escurriéndole de la boca como una papilla espumosa, se sintió sobrepasado por ello, con lo que agarró al perro por las costillas, oprimió hasta que los dedos se le metieron entre los huesos y lo empujó contra la pared de una arremetida. Humphrey ya se disponía a atacar otra vez cuando Bernardo, reptando exhausto sobre el suelo, se rindió y le cedió su lugar en el colchón. El animal comprendió lo que estaba ocurriendo sin mayores explicaciones y se acomodó sobre el catre mientras paladeaba soberbio su triunfo desde lo alto.

No fue aquella una noche plácida para su compañero de buhardilla. Entre el frío, las heridas y la incomodidad de su lecho de hormigón, apenas pudo conciliar el sueño. Humphrey, por el contrario, no necesitó de muchos minutos para dormirse. El destronado *Homo sapiens* pensó que tal vez podía sacar ventaja de ello atacándolo por sorpresa en mitad de la madrugada, aunque no le pareció un modo honorable de domar a su adversario, si era en eso en lo que el cachorro se había convertido. Prefirió esperar en la oscuridad y emplear la duermevela, como alternativa, en trazar un plan más valiente y efectivo. El mejor que se le ocurrió fue cogerlo en el regazo, subir a la azotea y saltar juntos al vacío hasta que sus cuerpos formaran parte de una misma papilla de sangre y huesos. Eso o envenenarlo con su medicación. Lamentablemente, algo así era absurdo. Humphrey formaba parte de la terapia. No podía rendirse tan a la ligera. No debía. Si la solución fácil acababa prevaleciendo, quizás nunca lograra mejorar. Así fuera por honrar a Ilsa, que había

muerto por su culpa y le había dejado aquel bicho como único legado, tenía que intentarlo otra vez.

El perro y él habían empezado con mal pie, era innegable. De cualquier modo, si ambos ponían de su parte, tal vez logran revertir el malentendido y llegar a ser un hombre y una mascota funcionales. Ya no se trataba solo de cuidar a un animal o de probar que tenía la capacidad de trabar lazos afectivos con él, sino también de dejar claro que podía hacer lo propio con el resto de seres humanos de su entorno y consigo mismo.

Humphrey era, desde ese ángulo, el último vínculo que lo mantenía unido a su propia humanidad; un hilo deshilachado, frágil y sometido a una presión excesiva, pero un hilo a pesar de todo. ¿Acaso una oreja rota y un labio desgarrado representaban algo ante la perspectiva de una redención plenaria? Tenía pinta de que no. El sentido de su vida, a la postre, descansaba sobre aquel animal díscolo con quien tanto le costaba conectar. No estaba dispuesto a permitir que ahora que había llegado tan lejos se le escapase. Era solo un perro. Él era un humano. Costara lo que costara, lograría meterlo en cintura.

XX

AMARGA VICTORIA

Una claridad difusa deslumbró a Bernardo cuando los primeros haces del alba empezaron a filtrarse por la claraboya del desván. Las lesiones de su cara, de su oreja y de su brazo ya se le habían convertido en costras secas, proporcionándole un inquietante aspecto de fantasma de la ópera en proceso de abstinencia de las drogas. Con todo, ahí estaba, encerrado igual que un Quasimodo cualquiera dentro de un trastero que hacía las veces de Notre Dame, mientras fuera del habitáculo un mundo lleno de belleza se desperzaba.

Humphrey abrió los ojos más o menos al tiempo que él. Tenía legañas en las cuencas y la misma expresión de superioridad moral en el hocico con que se había quedado dormido sobre el colchón. Ambos se levantaron para caminar hacia la palangana también al unísono, con lo que fue inevitable que coincidieran a escasos centímetros del recipiente. El cachorro apretó la quijada, soltó un bufido desdeñoso y su rival no tuvo otra salida que apartarse para que bebiera. Sabía que así no contribuía a que lo respetara como el macho alfa que pretendía ser, pero, tal y como estaba el equilibrio de poder entre ellos, le cundía más ganarse su simpatía que disputarle el estatus. Si el animal se sentía a gusto sometiéndolo y eso mejoraba su relación, la meta estaría un poco más cerca. No en vano, esa era la misma técnica que solía usar con Sabrina y le había funcionado hasta muy recientemente. Quizás, con el tiempo, podría mandar sobre el perro desde la sombra sin que este se diera cuenta. ¿Qué más le daba permitirle beber primero? Había cosas más importantes que convertirse en el líder de la manada, como que existiera una manada propiamente dicha, cosa que solo podía suceder si cejaba en su deseo de imponerse al chucho.

Humphrey terminó de abrevar y volvió a extenderse sobre el colchón. Bernardo procedió entonces a hidratarse y a lavarse la cara y las heridas. Un afilado retortijón le notificó que hacía tiempo que no evacuaba. Si esperaba mucho más, reventaría. La cuestión era que odiaba la idea de presentarse en casa de Ingrid para hacer de vientre teniendo en cuenta que podía encontrarse con László, así que afirmó las posaderas sobre el cubo vacío, hizo fuerza y descargó sus intestinos.

Un olor pestilente invadió la estancia. Con el rostro lívido, el dibujante suspiró y echó un vistazo a las deposiciones. Cuando hubo reparado en que dentro del cubo había más sangre que heces, las náuseas y el miedo casi provocaron que se le detuviera el corazón. El perro se acercó

también al cubo para husmear, sin que esta vez se sintiera demasiado atraído por el menú. Desde más cerca, su dueño volvió a inspeccionar el balde y se fijó en que la sangre de dentro, además de recubrir las heces, estaba mezclada con ellas. Eso podía ser síntoma de muchas dolencias, si bien solo se quedó con la más letal de todas: cáncer de colon. Dos de sus tíos habían padecido la enfermedad en el pasado, y él mismo había sufrido un agresivo y agorero pólipo anal el verano previo. Ambos antecedentes, combinados con su vida excesivamente sedentaria, con su pésima dieta y con su actitud más bien poco entusiasta hacia la vida, lo convertían en el blanco perfecto de aquel mal a pesar de su relativa juventud.

—De modo que así es como termina —murmuró con los ojos clavados en una especie de coágulo negruzco—. Un breve momento de desahogo y todo a la mierda. —Se detuvo para reír su propia gracia—. Al final, el maldito loro decía la verdad. «Del chocho al nicho...».

La puerta se abrió con un chirrido y su exnovia apareció en el umbral sosteniendo una bandeja repleta de alimentos que puso amablemente a sus pies. Humphrey acudió hasta ella y lamió algo de leche a traición. Ingrid luchó a empujones por apartarlo.

—Déjalo —le sugirió Bernardo—. No pasa nada.

La chica reparó en las lesiones de ambos y el semblante se le colapsó en una mueca de horror y de incredulidad.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido aquí?

—Cosas nuestras. Parece más grave de lo que es. Que no te impresione.

—¿Ha sido el perro?

—Algo así.

—Esas heridas tienen un aspecto horrible. Deberías ir al hospital. Quizás te haya transmitido alguna enfermedad.

—No importa —desestimó el ilustrador con un gesto indolente.

—Te hacía más hipocondriaco. Cuando estabas conmigo, algo así te habría puesto de los nervios.

—Muchas cosas han cambiado desde que estaba contigo.

—Ya, claro... —se rio Ingrid por lo bajo.

—Quizás he madurado.

—Déjame al menos que te eche algo de desinfectante. No puedes salir así a la calle.

—Tengo otras prioridades en estos momentos, créeme. ¿Hueles esa peste? Ha salido de mi interior. Y te garantizo que el aroma es mejor que su aspecto. Estoy podrido. Por dentro y por fuera.

—Lo que estás es delirando. Ven conmigo abajo y...

El estridente tono de llamada del móvil de Bernardo irrumpió en la conversación como un elefante en una cacharrería. Una foto de Sabrina, alegremente abrazada a su torso en la pantalla, aguardaba a que descolgara. Él así lo hizo y se llevó el teléfono al oído mientras Ingrid inclinaba la cabeza con ponderación.

—Tenemos que hablar —fue todo lo que le dijo la profesora—. Dentro de media hora en el parque.

Apabullado por un fogonazo de desasosiego, Bernardo livideció. Sabía tan bien como el resto de habitantes del planeta, aun con sus mermadas habilidades sociales, lo que «tenemos que hablar» significaba en boca de una teórica pareja.

—¿Tu chica? —se inmiscuyó Ingrid.

—Creo que ya no —esclareció él trazando una trémula sonrisa con lo que le quedaba de labios—. Conoces mejor que yo cómo va esto: a veces podéis ser un poquillo golfas.

—Porque vosotros sois todos muuuy cabrones. Que no se te olvide esa parte —condescendió su ex con una fuerte risotada y las pupilas medio vidriosas.

—Nunca la he olvidado.

De nuevo, el silencio. Ambos se miraron de hito en hito y notaron que las brasas de su relación empezaban a avivarse ante el deseo irrefrenable de ejercer de madre y de hijo, respectivamente. Era como si una grieta se hubiera abierto en el tiempo para transportarlos a un lugar y una época fuera de todo lugar y de toda época donde el bienestar de sus primeros días juntos se hubiera mantenido intacto.

Sintió ganas de fundirse con ella. La boca de Ingrid se abrió ligeramente, casi por sí sola. Los ojos, en cambio, se le cerraron. Bernardo invadió su espacio con prevención, desplegó también los labios —o lo que quedaba de ellos—, y la besó efusivo. El cálido acoplamiento entre ambas cavidades los condujo a experimentar un hormigueo estremecido. Luego, un impacto mucho más brusco y menos placentero golpeó al exiliado en la espina dorsal. Al caer al suelo, reconoció delante de sí el rostro ceñudo de László. Lucía un poco más viejo que la última vez que lo había visto, aunque se mostraba igual de asilvestrado. Ingrid trató de que reprimiera aquella ira interponiéndose entre sus puños y él, infructuosamente. Su marido estaba fuera de sí y no atendía a razones.

Como ya Humphrey había hecho el día anterior, László se le arrojó encima y empezó a atacarlo valiéndose de su mayor corpulencia. Decenas de puñetazos se estrellaron a un lado y a otro de su cara hasta que al aficionado al saxo le sangraron los nudillos. Mientras recibía la paliza, clavó los ojos en László y sintió que una mezcla de rencor y de frustración lo afligía ante la impasibilidad del animal, que no hizo ni el amago de defenderlo e incluso parecía divertirse con el espectáculo. Por último, László elevó a Bernardo por la solapa, lo miró con asco, escupió en su frente y lo lanzó contra el cubo de las heces ensangrentadas. El contenido se le derramó sobre la cabeza y parte del pecho. Humphrey bostezó. Lo normal habría sido que Bernardo aprovechara el incómodo silencio posterior para disculparse o para tratar de explicarle al esposo de Ingrid que no sacara las cosas de quicio. Sin embargo, vaticinando que difícilmente podría justificar lo que había hecho sin recibir otra somanta, prefirió callar, despedirse de la chica acoquinado y abandonar el trastero. Humphrey no salió de allí hasta que László lo lanzó de una patada al exterior. E incluso entonces se resistió a seguirlo.

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez era su inepto abogado, Claudio Sakall, quien estaba al auricular.

—Buenas noticias —anunció el picapleitos—. La familia de Ilsa está dispuesta a negociar.

—¿Y a eso lo llamas una buena noticia? Te recuerdo que no tengo nada con lo que pueda negociar.

—La mejor parte es esa. Si tú también te avienes a ello, podrían declararte insolvente y conmutarte la pena por servicios a la comunidad.

Su cliente sonrió con ironía. Había luchado durante tantos años por integrarse en esa comunidad, tratando siempre de servirla de alguna manera, que no dejaba de tener su guasa que justo ahora, cuando venía de vulnerar por todo lo alto las reglas de convivencia generales, le abrieran de par en par las puertas de aquel vedado territorio. Si lo hubiera sabido con antelación, habría ingresado en el bando de los malos mucho tiempo atrás.

—¿Y qué pasa con Brandel? ¿Alguna novedad?

—Tengo una estrategia, pero dudo que te guste.

—Sorpréndeme.

—No te lo tomes a mal, ¿eh? Es solo una táctica provisoria. Para nada quiere decir que yo lo

piense. Ya sabes cómo somos los abogados.

Bernardo se impacientó.

—¿¡Quieres soltarlo de una vez!?

—Vale, vale, de acuerdo —cedió el jurista—. He consultado con varios colegas de mayor experiencia y todos coinciden en recomendarme que opte por la vía de convencer al juez de que estás tarado. Si preparamos una buena defensa, podremos reducir sustancialmente la condena, y hasta es factible que nos absuelvan.

—Querrás decir que me absuelvan.

—Bueno, somos un equipo, como el Equipo A.

—Ya, y a mí me toca Murdock, ¿no?

—Murdock era un gran personaje.

—Murdock estaba loco. Y yo no lo estoy.

—De eso nada. Desde ahora, tú también estás loco. ¡No puedo perder mi primer caso!

El representado emitió un gruñido de censura.

—¿Es eso lo único que te importa? ¿No perder el caso? ¿Y qué hay de mi reputación?

—Con todos los respetos, ¿has leído los periódicos últimamente? —lo dribló Sakall—. Tu reputación ya está destrozada. ¿Sabes lo que les hacen en la cárcel a los tipos con una reputación como la tuya?

Harto de discutir, Bernardo canceló la llamada sin ni siquiera responderle.

Las noticias que el abogado acababa de relatarle eran sencillamente indignantes. Con todo lo que había tenido que sufrir en su lucha por alcanzar el estatus de persona normal, verse de repente obligado a dejar de aspirar a ese estatus para eludir la posibilidad de ir a prisión le hacía hervir la sangre. De materializarse el despropósito, su derrota quedaría certificada para los restos pasara lo que pasara, y lo consagraría, a efectos existenciales, como un perdedor profesional de los de categoría, un tipo decadente y acabado sin nada que ofrecer salvo su propio patetismo, un alma pobretona de esas con quienes la gente, en definitiva, adoraba sentirse identificada en las películas pero nunca en la realidad. La realidad, como él mismo bien había podido comprobar, se guiaba por sus propias normas, y muy pocas veces dichas normas coincidían con las de la ficción. De ahí que la ficción fuera ficción, y la realidad, realidad. Y de ahí que solo un idiota como él siguiera creyendo que los sucesos de la ficción podían llegar a encontrar su reflejo en la realidad.

Ninguna de las dos cosas le parecía muy justa. En lo que a él se refería, el mundo hacía tiempo que solo era una gran arbitrariedad obsesionada con morderse la cola y con no dejar ni las rasas para los gatos. Apenas le consolaba que todavía existieran en él algunos lugares hermosos, algunos enclaves dignos de ser contemplados. El parque donde había quedado con Sabrina, que era el mismo donde la había besado por primera vez —además del mismo donde se había encontrado días atrás con la chica islandesa, a la cual temía no volver a ver nunca—, pertenecía a este grupo.

El día estaba nublado. La hojarasca formaba pequeños vórtices bajo los árboles, batida por un viento cadencioso y frío que olía a nostalgia, a utopía otoñal. Sabrina lo estaba esperando sentada sobre un viejo columpio de madera. El quejido de las cadenas oxidadas al balancearse presagiaba ya algo malo. Ella le brindó una sonrisa. Antes incluso de poder captarla con claridad, Bernardo supo que se trataba de una reacción forzada. El pequeño detalle de que Sabrina hubiera llegado primero —¡ella, que siempre era impuntual!— daba también que pensar.

Como un animal camino del matadero, se sentó a su lado.

—Deberías ponerle la correa —comentó la docente señalando a Humphrey. El labrador lo

había seguido hasta el parque de San Cosme sin que se diera cuenta y ahora jugueteaba a lo lejos con una pelota de fútbol abandonada—. A no ser que necesites más multas para tu colección, claro. En ese caso, vas por buen camino. ¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Estás bien?

—Ahórrate los preámbulos —objetó él, la voz arrastrada, casi muerta—. No tiene pinta de que vayamos a montárnoslo.

—¿Por qué eres tan borde? Ni siquiera sabes lo que te voy a decir...

—Pues dilo. Dilo de una maldita vez.

—Trato de ser diplomática. De acabar bien.

—¿Quieres que lo diga yo? Igual te resulta más fácil.

—No es lo que imaginas.

—¿No? ¿Estás segura?

—Estos últimos meses han sido muy difíciles y...

—He dicho que te ahorres los preámbulos.

—Ese es uno de tus grandes problemas —se enojó Sabrina—. Nunca escuchas a nadie. Así te va.

—No te escucho porque estás yéndote por las ramas. Decir lo que me tienes que decir no tiene tanta dificultad. Son solo cuatro conceptos: *adiós*, *rutina*, *yogurín*, *pasión*. Tú estudiaste filología, no debería resultarte muy difícil verbalizarlos.

La chica pestañeó cabizbaja.

—Espero que no me odies —dijo después.

—Tranquila. Te amaré con locura hasta el día de mi muerte.

—Eres un idiota. Todo esto podría haber funcionado si no lo hubieras sido tantas y tantas veces.

—Ya.

—Hablo en serio.

Él chasqueó la lengua escéptico.

—No te atormentes. De acuerdo con los postulados de la física cuántica, en una dimensión paralela, tú y yo caminamos todavía de la mano —musitó con ironía.

—Pedante.

—Guarra.

Sabrina alzó el brazo y le dio una bofetada en la cara. El labio inferior de Bernardo se le abrió un poco más por el golpe y comenzó a sangrar. Lo recolocó con los dientes.

—Gracias —repuso—. Eres un sol.

—Lo siento. No he podido controlarme. Me has llamado guarra.

—Usted perdone. A veces no sé cómo tratar a las damas.

—Hay que joderse contigo. Ahora que rompemos te pones decimonónico.

—¿Has acabado ya?

—No. Todavía no.

Una figura espigada salió de entre los árboles y comenzó a jugar con Humphrey. El perro saltaba alegremente a su alrededor deseoso de recibir una galletita de harina de salmón cada vez que lo hacía. Bernardo casi ni tuvo que mirar para descubrir que se trataba, en efecto, de Samuel.

—Estás muy charlatana hoy. No lo estabas tanto cuando dormíamos juntos.

—Jamás comprendiste que llegaba a casa muy cansada de trabajar. Ese era otro de tus grandes problemas. No todos podemos permitirnos el lujo de rascarnos los bajos todo el santo día, como tú.

La mención de la palabra *rascar* le recordó a Bernardo que su entrepierna seguía picándole

tanto o más que antes por causa de las pulgas, de forma que deslizó la mano hacia ella y se la refrotó para aliviarse.

—Ahora también me los rasco de noche —aseguró—. Deberías verme.

—Eres un puto cerdo.

—Me lo tomaré como un piropo. El último. O el primero, según se mire. ¿Era eso lo que querías decirme o hay algo más?

—Claro que hay algo más.

—Pues dale, esta situación está empezando a incomodarme y no quiero que me pegue un vahído otra vez.

Samuel lanzó un palo a lo lejos y Humphrey corrió detrás de él para cobrarlo, ganándose así otra galletita.

—Quiero que sepas que soy consciente de todos los problemas que tuviste a causa del perro —desembuchó por fin Sabrina.

—Lo dudo mucho.

—No, en serio, fui muy egoísta.

—¿Qué está pasando? ¿Va a haber un eclipse o algo? Creo que es la primera vez que escucho una disculpa de tu boca.

—Yo tampoco te he visto nunca así. Estás como cambiado.

—Para ser tan consciente de los problemas que tengo por culpa del perro, parece que te sorprendiera que haya aprendido algo de ellos.

—¿Qué es lo que has aprendido?

—A encajar los golpes sin dejar de mover el rabo, básicamente —recapituló Bernardo—. ¡Ah!, y también otra cosa, pero creo que mejor me la guardo para mí, porque no me apetece recibir más leñazos. Últimamente voy sobrado.

—Te prometo que no lo haré.

—Y yo te recuerdo que no hace tanto me prometiste amor eterno.

—*Touché*.

Un silencio muy tenso se hizo fuerte de pronto entre ambos.

—¿Tú has aprendido algo? —lo rompió él para decir.

—No lo sé.

—Qué le vamos a hacer. Ni para inspirar una moraleja valgo.

—Déjate de victimismos, no soporto cuando te pones así.

Otra pausa. Los dos se removieron incómodos sobre sus columpios.

—¿Sabes que hoy he cagado sangre? —volvió a la carga Bernardo.

—Muy simpático.

—Creo que tengo cáncer de colon.

—Esos chistes no me hacen gracia.

—A mí tampoco.

—Entonces deja de hacerlos —demandó la profesora agotada— ¡No sé por qué coño te gusta tanto la escatología!

Su contrapartida intuyó que ese no era realmente el motivo del malestar que acababa de demostrarle y se subió también al tren de la rabia reprimida.

—A lo mejor es que aún estoy en la etapa anal —la pinchó—. Tú, por lo que veo, has alcanzado ya la fálica. ¿Está bien dotado el Casanova?

—No seas gilipollas...

—Eso es un sí como una casa.

—¿De verdad te parece un tema importante? —planteó Sabrina a vuelapluma.

—¿No lo es?

—Soy feliz con él, Bernardo, nada más importa.

—Yo fui feliz contigo.

—No mientas.

—Solo es una mentira en parte —admitió él descorazonado—. Nuestra relación fue un infierno desde el principio, solo que el infierno que más cerca me tuvo del cielo en toda mi vida. No conozco otra cosa.

Sabrina agarrotó el entrecejo y lo miró intrigada mientras los ojos se le humedecían por la proximidad de unas lágrimas que trataba con todo su ánimo de retener.

—¿Intentas hacerme sentir culpable?

—No. En absoluto. Yo haría lo mismo en tu lugar. Quizás no me liaría con un alumno porque tengo cierta ética profesional aunque me haya quedado sin trabajo. Por lo demás, comprendo tu situación.

—Es un alivio.

—Claro. Caer de pie siempre lo es —echó Bernardo más leña al fuego.

—Si no lo dices, te mueres.

—Soy lo que soy, Sabrina.

—¿Sí? ¿Y qué eres? —preguntó la chica.

—Yo mismo. O algo parecido —replicó él—. Lo que se suponía que debía ser.

—Volviendo al perro...

—¿Qué pasa? ¿No te gusta lo que oyes?

—Deberías tomarte la medicación.

—La he tomado, descuida. Pero, si quieres que hablemos de perros, hablaremos de perros. Me sorprende que quieras hacerlo, eso sí, tenía entendido que no era un tema que te interesara particularmente.

—Siempre me han interesado los animales —contemporizó Sabrina audaz—. Y desde que conozco a Sam, más. Él me está enseñando a verlos de otra forma. No te ofendas. De hecho... de hecho nos gustaría proponerte algo.

—Empiezo a dudar de que realmente haya tomado la medicación.

—Como ya te dije, sabemos lo que has sufrido por culpa de Humphrey, y también lo que estás sufriendo por nuestra culpa, así que Sam ha pensado en resarcirte. Y yo estoy de acuerdo. Nos gustaría adoptar al perro.

Bernardo, que hasta ese instante se balanceaba en el columpio fingiendo sosiego, puso los pies en el suelo para detener el vaivén. La expresión se le petrificó por el estupor.

—¿Me estás diciendo, después de todos los cristos que montaste no hace tanto, que ahora estarías dispuesta a vivir con el mismo bicho peludo, baboso y maloliente al que tanto odiabas? —dijo.

—Sí. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Bueno, a mí se me ocurren otras opciones.

—Adelante —lo invitó Sabrina a embestir.

—Podrías tener un poco de decencia y atragantarte con tus palabras en lugar de seguir diciendo chorradas irritantes —entró al trapo él—. O quizás podrías regalarme una máquina del tiempo para que pudiera enviar al pasado un Terminator que se encargara de que nunca lleguemos a conocernos. No, mejor no, se me ocurre otra idea. Podrías asfixiarte oliendo el hedor de tus gases, esos cuescos horribles que yo siempre luché por contener por respeto hacia ti y que

tú nunca te preocupaste de moderar en mi presencia. ¿Le has tirado alguno ya a él?, ¿eh? ¿Lo has hecho? ¡Seguro que no! —Se levantó de golpe y proyectó la voz para llamar a Samuel a gritos—. ¡Ey, figura! Igual no lo sabes, pero aquí donde la ves esta mujer es toda metano. ¡Metano y bilis! ¡Mantenla lejos de los anacardos o...!

Nada pudo ya salvarlo de recibir otro sopapo. La herida del labio se libró del golpe esta vez, aunque su potencia fue tan demoledora que lo hizo caer al césped como un fardo de paja.

—¡Debería haberte dejado mucho antes! —estalló Sabrina, propinándole acto seguido una patada en los genitales—. ¡No pongas esa cara! ¡Igual así se te inflama un poco el irrisorio colgajo que tienes entre las piernas y aumenta algo de tamaño! Porque, ¿sabes? ¡El tamaño sí importa! —Se giró hacia Samuel en busca de refugio y de sostén—. ¡Vámonos, cariño! ¡Ya he acabado con él!

El nuevo amante de su novia —exnovia ya— dejó de jugar con el cachorro para seguirla con la misma docilidad con que Humphrey obedecía sus órdenes. Bernardo se quedó en el suelo, con un rictus dolorido en los labios, hasta que vio cómo Humphrey trotaba empingorotado hacia él y creyó que al fin había logrado ganarse su confianza. No era así. El perro en realidad seguía a Samuel porque este acababa de pasar a su lado y porque continuaba en posesión de las galletitas. A lo mejor esa era la clave: una bolsa de galletitas. Si lo hubiera pensado antes, se habría ahorrado un montón de problemas.

—¡Humphrey! —trató de atraerlo—. ¡Humphrey! ¡Ven!

La mascota no se dio por aludida. Caminaba ahora a un compás más tranquilo junto al adiestrador, quien hacía lo propio junto a Sabrina, al tiempo que le acariciaba el lomo y seguía dándole chuches. Las tres siluetas desaparecieron rápidamente detrás de una loma, con el sol a contraluz. El dibujante pensó que solo faltaba la leyenda «*The End*» para acreditar que todo había llegado a su desenlace, no precisamente idílico. Se imaginó una platea llorando a moco tendido frente a la exhibición a veinticuatro fotogramas por segundo de su desdicha y eso le dio fuerza para erguirse, convertido ya en una piltrafa humana, y trastabillar en dirección al banco donde se había encontrado con la chica islandesa, tal vez el único sitio del que guardaba buenos recuerdos desde que se había hecho con el perro. Allí tomó asiento de nuevo, prendió fuego con dejadez a uno de sus cigarros y se preparó para esperarla hasta que el cuerpo aguantara o la entropierna dejara de dolerle y de picarle.

De ese modo se forjaban los héroes, y de ese modo, abandonado hasta por su propio perro, fue también como Bernardo Santos aprendió a darle la patita a la vida de una vez por todas. Solo los hados sabían si recibiría un premio por ello o no. Hasta que ese momento llegara, lo mejor que podía hacer era seguir agachando las orejas, poner cara tristona y esperar a que alguien le regalara una caricia. O, a falta de ellas, una galletita.

EPÍLOGO

EL SUEÑO ETERNO

A la luz de cómo habían ido evolucionando los acontecimientos, no supuso demasiado problema para Claudio Sakall convencer al juez de que su cliente estaba un poco ido. Gracias a ello, el magistrado tampoco tuvo mayor problema en conmutarle la pena por servicios a la comunidad.

Los estrambóticos episodios protagonizados por Bernardo a raíz de la adquisición de Humphrey bastaron para garantizarle la sentencia sin necesidad de fingir demasiado o de recurrir a los testimonios de Sabrina, de Ingrid, de László o de su propia familia, a cada cual más aplastante. Lo que el leguleyo en ningún caso llegó a comentarle fue que también tendría que pasar los fines de semana en el psiquiátrico municipal, donde un tal doctor Curtiz — indistinguible por edad y por metodología de sus homólogos en los campos de exterminio nazis —, le ofreció someterse a una novedosa terapia electroconvulsiva que él prefirió no seguir hasta que... bueno, hasta que su idolatrado Julio Iglesias comenzó a aparecérselo en el servicio para comunicarle que desoyera a Ilsa y luchara menos por ser él mismo y más por inspirarse en su ejemplo.

—Yo ni siquiera tenía buena voz. Y mírame —le repetía a menudo sentado en la taza del váter mientras Bernardo se duchaba—. Todo es cuestión de actitud, como tocar la guitarra, importa más la pose que la melodía.

Al cantante no le faltaba razón, con la salvedad de que su discípulo ya había llegado a un punto en el que le daba lo mismo salir o no del pozo. A lo largo de la tragicomedia vivida con Humphrey, había aprendido a conformarse con muy poco y a intentar disfrutar de ello lloviera o tronara. Incluso cuando el juez tuvo a bien estipular que los servicios a la comunidad habría de cumplirlos en el refugio de animales, rodeado de perros malolientes que lo miraban por encima del hombro, igual que hacía Humphrey, manifestó una entereza casi glacial en la aceptación del castigo.

Durante las largas horas de faena en su nuevo puesto de trabajo, se dedicaba a limpiar los excrementos de los animales y a darles de comer un potingue bastante nauseabundo que no tenía pinta de ser muy sano. A veces, también paseaba a algún que otro perro o les administraba medicinas a los que enfermaban, incluida la inyección de pentobarbital con la que se les practicaba la eutanasia a los casos más graves. Sus pesadillas cobraron nuevos bríos a partir de

esa época por ello, aunque las evacuaciones hemorrágicas, imaginaba que por un tema de equilibrio interno, cesaron de una forma tan inesperada y milagrosa que Bernardo se abstuvo de ir al médico en busca de una respuesta. Para el escaso suspense que aún le quedaba en la vida, prefería no estropearlo. Siempre era mejor convencerse de que alguien en algún lugar se había apiadado de él —y de que lo de la sangre se debía a una hemorroide trombosada o a alguna úlcera estomacal—, que conocer la verdad última de los hechos.

Siguiendo esa misma tónica, también prescindió de revisar el estado de sus problemas hepáticos y cardiovasculares. ¿Para qué? Preocuparse por la salud solo contribuía a que se estresara más de lo que solía estar, a agravar sus dolencias, a adquirir otras nuevas y a impedirle vivir en paz. Si su cuerpo pretendía sublevársele, que se sublevara. Primero tendría que pasar por encima de él. Y a él nunca le habían gustado los revolucionarios, así que estaba dispuesto a dar la batalla hasta el final. Únicamente tomó una pequeña medida sanitaria: comprarse un collar desparasitador para detener la comezón en sus partes pudendas, muy castigadas por defecto tras la salvaje patada de Sabrina en el parque.

Más allá de eso, sus relaciones con el resto del género humano se mantuvieron igual de precarias que de costumbre. La diferencia era que ahora, en lugar de deprimirse por ello o de maldecir a su mala suerte histórica, lo aceptaba todo tal y como se le presentaba en una especie de sufrida apoteosis de la templanza que enorgullecería al más elevado de los monjes budistas.

Un día de enero, el señor Ugarte se personó en las dependencias del refugio de animales con la finalidad de mantener una conversación con él. Bernardo creía que se iba a poner violento como represalia por lo de Madeleine, sin embargo, nada más que quería verlo para disculparse, para darle las gracias por no haberlo llevado a juicio y para ofrecerle un buen fajo de billetes en concepto de indemnización. Cuando su lucha por no aceptarlo fue desoída, el empresario se le abrazó dramático, comenzó a llorar a moco tendido y le propuso salir de fiesta juntos una última vez. Tuvo que negarse porque la terapia del doctor Curtiz era incompatible con el alcohol, pero no le habría disgustado volver a agarrarse una buena curda con aquel pobre diablo aun arriesgándose a que acabara metiéndole de nuevo cuerpos extraños en la boca.

En otro orden de cosas, su familia fue aceptando que él no era lo que los americanos denominaban «*the friendly boy next door*» y hasta se dignaron, pasado algún tiempo, a volver a hablarle y a invitarlo a comer a casa en fechas señaladas. Bernardo creía que lo hacían para acallar sus conciencias —sobre todo, Gloria—, si bien no le desagradaba tener que participar en aquel simulacro de familia estructurada e incluso le divertía tanto paripé. Él seguía queriéndolos al margen de estos conflictos, y, dado que podía comprender reacciones mucho más peliagudas —como que alguien se subiera a lo alto de un campanario y disparara contra todo, por ejemplo—, también podía comprender que unas figuras tan poco afines a su forma de concebir el mundo presentaran reticencias a verlo como alguien normal dentro de su singularidad. Los miembros de su clan no eran gente mala, como ratificaba que hubieran decidido alojarlo hasta que a los inquilinos del piso de Bernardo se les acabara el contrato; solo les faltaba algo de paciencia a la hora de comprender o tolerar otros modelos de conducta, nada tampoco muy grave.

A Ingrid sí que nunca más volvió a verla. Ni a su marido László. Apenas supo algo de la primera, transcurridos tres meses, gracias a una carta de más de seis folios de extensión remitida por ella misma en la cual se disculpaba por la actitud de su esposo, le deseaba mucha suerte para el futuro, fuera cual fuera, y le confesaba, mediante un último y abracadabrante viraje —y en calidad de «especialmente golfa entre las golfas», según sus propias palabras—, que había disfrutado mucho con el beso compartido en el trastero. Así, la misma información que poco tiempo atrás lo habría sumido en un estado de pesimismo muy nocivo empezó a resultarle hasta

graciosa. Se le pasó por la cabeza prolongar la correspondencia, decirle que él también había disfrutado con el beso y recomendarle que dejara a László y volviera con él, aunque decidió inhibirse una vez más y centrarse en sus propios asuntos, que no eran pocos.

Con Sabrina, Humphrey y Samuel sí se encontró otras muchas tardes por la calle. Y sus conversaciones eran tan torpes siempre que coincidían que daban ganas de salir huyendo. Durante una de ellas, a principios del verano, Bernardo se tomó la libertad de acucillarse ante el perro para tratar de acariciarlo. El animal gruñó, mostrándole los caninos con resentimiento, y luego reculó hacia sus amos. De estas y otras conductas igualmente poco receptivas se deducía que continuaba sin estar abierto a darle una oportunidad, de modo que él, que tampoco tenía muchas ganas de dorarle la píldora en tanto que continuara siendo tan arisco, se alejó y lo dejó estar.

—¿Es feliz, al menos? —le preguntó a Sabrina por decir algo.

Ella indagó en sus ojos hasta la raíz, de esa forma cómplice en la que a menudo lo observaba cuando captaba sus dobles sentidos, y le concedió el privilegio de dedicarle una sonrisa.

—No se puede quejar —dijo con un inesperado atisbo de nostalgia—. Es una gran mascota.

Bernardo se permitió el lujo de sonreír también. *A posteriori*, miró a Samuel, cuya cara de pánfilo había adquirido un anómalo aspecto perruno como resultado de pasar demasiado tiempo junto a sus canes, y consintió respetuoso. Sabrina vislumbró la radiografía que del cerebro del adiestrador acababa de formarse, presidida por un tocinito de cielo bamboleándosele en el interior del cráneo, y después se mordió los labios. La gestualidad de la chica, sus miradas y sus elocuentes silencios demostraban que seguía existiendo un fuerte vínculo entre ambos. Más fuerte, según parecía, que el vínculo existente entre Samuel y ella misma. Pese a todo, los dos sabían de sobra que nunca volverían a estar juntos, sino solo conectados de forma invisible igual que el día y la noche, con ocasionales periodos de claroscuros como aquellos encontronazos fugaces.

Su destino, bueno o malo, era la chica islandesa...

Jornada tras jornada, acudía religiosamente al banco donde la había conocido aquella ya lejana mañana con la esperanza de reencontrarla y de poder conversar otra vez con ella. Y quizás, si el valor lo acompañaba, de confesarle también su amor. Pero los meses pasaron y ni la muchacha ni su perro aparecieron nunca, lo cual le hizo pensar que tal vez hubiera llegado la hora de rendirse.

Cierta tarde de octubre, cumplido exactamente un año desde la única charla entre ambos, una silueta surgió desde detrás de la colina más alta del parque de San Cosme con un *basset hound* como escolta. A medida que se fue acercando, El extanatopractor apreció que no se trataba de una mujer, sino de un hombre vestido de blanco y tez muy morena. Aquella tonalidad contrastaba de forma llamativa con su ropa y con el relumbramiento de su dentadura. Bernardo reconoció de ese modo al maestro. Él se acomodó con desenvoltura a su lado y palmeó amistoso en su espalda.

—¿Tú de nuevo? —le dio la bienvenida en actitud resignada.

—¿Acaso esperabas a alguien distinto?

—La verdad es que sí...

—¡Ah, ya! Otra vez a vueltas con la misma chica.

—¿Te extraña?

—En absoluto, los sueños son una necesidad, yo los vendo día y noche.

—Veo por dónde vas. ¿«Siempre hay por qué vivir, por qué luchar»?

El maestro emitió una de sus característica risillas, agitó la cabeza con un balanceo travieso, y

le respondió cantando:

—«Siempre hay por quién sufrir y a quién amar...».

—«Al final, las obras quedan, las gentes se van»

—declamó también Bernardo.

—«Otros que vienen las continuarán...» —le tomó el relevo su mentor, satisfecho por la fluidez del empastado vocal. Uno y otro se arrimaron entonces al centro del banco hasta sentir sus respectivos resuellos acariciándoles la cara y elevaron el tono al alimón:

—«La vida sigue iguaaaaaaaaal».

El sol, en lo alto, rutiló pletórico antes de comenzar a hundirse tras el horizonte de la misma forma lenta, pausada y colorida en que lo había hecho durante miles de años. Julio Iglesias y su nuevo corista contemplaron el espectáculo en escrupuloso silencio hasta que el astro hubo desaparecido por entero. En ese momento, el más joven concluyó que la locura era mucho más gratificante que la cordura y que la normalidad que tanto había perseguido podía irse a freír espárragos si volverse loco consistía en aquello. Definitivamente empezaba a entender que, de tanto ocultar la verdad con mentiras, se había engañado sin saber que era él quien perdía; que, de tanto correr por ganar tiempo al tiempo —«de tantos fracasos, de tantos intentos», como decía la letra original de su ídolo—, se había olvidado de vivir; y no iba a tolerar, ahora que comenzaba a beneficiarse de la calma después de la tormenta, que nada ni nadie empañara su felicidad. Ni siquiera él mismo.

De un modo extravagante, inverosímil y refractario a cualquier pretensión de desentrañamiento, la terapia de Ilsa había funcionado. Que la chica islandesa existiera o solo fuera una proyección mental de sus propias ansias de cambio, igual que la de Julio lo era de a saber qué, tenía ya muy poca importancia. Bernardo Santos acababa de transformarse en un hombre diferente, un hombre nuevo, un hombre renacido, y eso no pasaba todos los días.

Para conmemorar su triunfo, liberó los dientes, saltó a cuatro patas sobre el banco y aulló al cielo en agradecimiento. Un montón de perros le respondieron al poco desde la lejanía. Podría ser que alguno de ellos fuera Humphrey. O podría ser que no. El sacrificio, en cualquier caso, había valido la pena.

ESTO HA SIDO TODO POR AHORA...

Pero, antes de irnos, me gustaría darte las gracias por haber comprado el libro. Ojalá hayas disfrutado tanto de su lectura como yo de haberlo escrito.

En caso afirmativo, recuerda que puedes dejar tu valoración sobre él en la plataforma donde lo hayas adquirido. Te llevará muy poco tiempo y a mí me ayudarás más de lo que crees a seguir escribiendo historias. De hecho, hay ya unas cuantas disponibles en Amazon, por si te apetece echarles un vistazo. Solo tienes que introducir mi nombre en el buscador y allí las verás.

Para mantenerte al tanto acerca de mis próximos proyectos también puedes visitar la web ggvelasco.com o mis perfiles en Twitter (@VelascoGG) e Instagram (@ggvelascoautor), donde encontrarás toda la información necesaria sobre mis libros y sobre mí así como contenidos y beneficios exclusivos.

¡Gracias de nuevo por todo y hasta la próxima!

G. G. Velasco

ÍNDICE

[Nota del autor](#)

[Prólogo. La senda tenebrosa](#)

[I. Sabrina](#)

[II. Tener y no tener](#)

[III. Sirocco](#)

[IV. El último refugio](#)

[V. Tres en una cerilla](#)

[VI. La diosa del amor](#)

[VII. El circo sangriento](#)

[VIII. Horas desesperadas](#)

[IX. Callejón sin salida](#)

[X. En un lugar solitario](#)

[XI. Llamad a cualquier puerta](#)

[XII. Casablanca](#)

[XIII. A través de la noche](#)

[XIV. La burla del diablo](#)

[XV. El bosque petrificado](#)

[XVI. Retorno al abismo](#)

[XVII. Más dura será la caída](#)

[XVIII. Ángeles con caras sucias](#)

[XIX. Campo de batalla](#)

[XX. Amarga victoria](#)

[Epílogo. El sueño eterno](#)